Adelita

SOFÍA GUADARRAMA COLLADO

UNA MUJER,
UNA REVOLUCIÓN

VERGARA



Adelita:
Una mujer, una revolución

Sofía Guadarrama Collado

2017

Primera edición digital: agosto de 2017

Ediciones B México, S. A. de C. V.

ISBN: 978-607-529-319-6

El amor puede tomar muchas formas: una canción, una mujer o una revolución.

Cecilia es una chica de alta sociedad, pero el destino la pone en medio de una revuelta llena de violencia y sentimientos encontrados que la llevan a convertirse en la soldadera más famosa del país.

Adelita rescata del olvido la imprescindible labor de las mujeres en un periodo crucial en México, poniéndole un rostro humano a la lucha armada.

Se trata de una versión audaz de la leyenda de este personaje. Una historia iniciática, que marca el cambio de una mujer a través de su propio corazón.

Para Elvia Díaz,
por su genuina amistad,
su maravillosa bondad,
y su admirable perseverancia.

La Revolución será transfeminista o no será.

DIANA J. TORRES

No se nace mujer, se llega a serlo.

SIMONE DE BEAUVOIR

Los hombres temen que las mujeresse rían de ellos.
Las mujeres temen que los hombres las asesinen.

MARGARET ATWOOD

Capítulo 1

El corcel del adulterio

En honor a la verdad, a don Ignacio Lombardo de Rus no le faltaban razones para ser inmensamente feliz. «La vida no es difícil, nosotros la hacemos difícil», le había dicho en cierta ocasión su mejor amigo, Rubén Argüelles, ministro de la Suprema Corte de Justicia. Pero en esos ardientes instantes de pasión, don Ignacio no recordaba ni las palabras de su amigo, ni mucho menos que treinta años atrás, por esas fechas, comenzó su idilio con María Luisa Gurría.

En esa época, aun a riesgo de equivocarse, el joven Ignacio Lombardo de Rus decidió contradecir a sus padres al negarse a aceptar el matrimonio impuesto como a todos los jóvenes de alcurnia de la recién estabilizada Ciudad de México, gracias al gobierno de don Porfirio. Habían terminado las guerras de Reforma, las invasiones de los franceses y los norteamericanos que tanto aterraron a la población. Con la llegada al poder de Díaz en 1876, no sólo los hacendados se llenaron de esperanzas, también las nuevas generaciones. Para los ojos de la ciudadanía el progreso por fin había llegado.

Los tiempos estaban cambiando e Ignacio Lombardo de Rus jamás sintió tantas emociones juntas. María Luisa Gurría no sólo le había robado el corazón, sino también el cerebro, decían aquellos testigos de las locuras del lozano enamorado, a principios de 1879.

La joven pareja tenía a su favor dos cartas de triunfo: sus familias se ubicaban entre las más acaudaladas e influyentes del país y, además, tenían una sólida amistad. Si bien la rebeldía de los muchachillos enamorados desató algunos escándalos e incomodidades entre las familias de los otros dos partidarios

comprometidos (cada uno por su parte), con María Luisa e Ignacio, la sociedad miró con buenos ojos aquel arrebato de mocedad que los llevó al altar a mediados de 1880. Con el paso de los años el joven Ignacio pasó de ser un mancebo apasionado a un caballero de intachable conducta; María Luisa, a toda una dama de la alta sociedad, siempre presente en todos los eventos de la élite capitalina.

Caminaron de la mano de la suerte por veinticinco años: engendraron ocho hermosos hijos y heredaron las fortunas familiares, hasta que un día, el desamor tocó a su puerta. Don Ignacio perdió el interés en aquella mujer con quien había compartido su vida por casi tres décadas. La cabellera cada vez más canosa, las arrugas inclementes y las imperfecciones de la edad hacían de María Luisa una flor marchita para don Ignacio, a quien jamás le faltaron enamoradas. Sin embargo, no fue hasta el fin de aquella travesía que aquel marido pleno de integridad decidió cabalgar el corcel del adulterio.

Al estilo de los buenos amantes, sedujo a Lucila con extrema prudencia: siempre con sonrisas furtivas, miradas evasivas y distancia elegante. Ella tenía la edad del hijo mayor de Ignacio: veintiséis años. Casada a los quince con un hombre de sesenta y uno, y de aspecto cadavérico, la fortaleza de don Ignacio —delgado, espalda recta, bigote francés y ojos intensamente azules— le pareció un ramo de virilidad. El hombre con quien había compartido la cama en los últimos once años jamás había rebasado la meta de los cinco minutos en los rituales de la pasión. En una ocasión, ebrio, tomó a Lucila de la cintura, la giró, la inclinó sobre el tocador, le alzó la falda, le bajó las pantaletas y la penetró con torpeza. Ella, como siempre, cedió, muy a pesar de la humillación que aquello representó a perpetuidad. Para su suerte, diez segundos después, él se derrumbó sobre su espalda, exhausto y satisfecho con su desempeño.

Lo cierto es que nada sería igual a partir de entonces. Como en un acto de hechicería, los amaneceres más nublados y fríos de Lucila Fonseca de la Garza se tornaron en radiantes primaveras. Para su mala fortuna, a don Ignacio Lombardo de Rus y a don Nazario Castillo y Berra los vinculaban un rosario de negocios y los

protagonistas de la política nacional, conocidos popularmente como los Científicos. Recibir a don Ignacio en su casa o acudir en compañía de don Nazario a la de los Lombardo era lo más parecido a acercarse a un panal de abejas: tentador hasta la demencia por las mieles que de éste brotaban, pero amenazador por las abejas que tarde o temprano saldrían en defensa de su territorio.

El amor no los tomó por sorpresa ni los encontró en el camino; ellos lo acecharon con tal desesperación que terminaron enmarañados en una yedra de inquietudes. Cada mirada clandestina detonaba suspiros que en ocasiones los delataron en público. Cuando Lucila veía a don Ignacio, en su cuerpo se encendía una llama que hacía hervir su sexo, su vientre y sus senos. Sus pezones se hinchaban, ávidos de caricias. Cada centímetro de su piel se erizaba con sólo sentirlo cerca. Su corazón palpitaba acelerado y los poros liberaban el elixir de su pasión recluida. Incapaz de controlar aquellos deseos, saciaba su necesidad a solas, sustituyendo con sus dedos y el poder de la imaginación los labios de Ignacio, hasta explotar en un delirio orgásmico. Minutos después la atormentarían los prejuicios. Una mujer decente no debía adentrarse en actos pecaminosos.

Luego de intercambiar sonrisas por más de ocho meses, por fin encontraron un rincón de la casa de Ignacio, el lugar idílico para el primer beso, las primeras caricias, esas que siempre son las más bellas y seductoras. En el enorme jardín trasero de la casa se llevaba a cabo la fiesta de despedida de Cecilia, la hija menor de Ignacio, quien esa misma semana partiría rumbo a Francia en el *Duc de Bragance*, un lujoso barco francés de la Compagnie Générale Transatlantique, para después trasladarse a Lausana, Suiza, donde estudiaría en el instituto Château Mont-Choisi.

Al final del pasillo del segundo piso, entre las habitaciones de las visitas, Lucila se hallaba de pie, con la espalda hacia la pared, la barbilla al cielo, los ojos entrecerrados, sus cinco sentidos concentrados en el tacto de sus dedos, el aroma de Ignacio envolviéndola como un velo, su bigote francés acariciando a penas sus mejillas y su aliento barnizándole la piel. Tanto tiempo anhelando aquel instante. Tantos deseos reprimidos. No pedía más.

Del otro lado de la pared, en una habitación, se encontraba Alejandra Castañeda Landa, mejor amiga de Cecilia, quien, cual

ladrona profesional, esculcaba las pertenencias de las visitas que habían llegado de otras ciudades para la celebración. Alimentaba desde los siete años el vicio de hurtar objetos personales en cada fiesta a la que asistía —únicos lugares donde practicaba aquella fechoría— ya que tenía la creencia de que gracias al alto número de asistentes jamás sería descubierta. Al igual que su amiga Cecilia, Alejandra pertenecía a una de las familias más pudientes del país y no tenía necesidad de robar, pero para ella era como la cura para un dolor muy profundo o el agua para las flores. El ritual consistía en estudiar minuciosamente a los invitados, elegir a uno en particular, ubicar su recámara y encontrar el artículo de mayor valor sentimental. De esta manera no les arrancaba un objeto cualquiera, sino un pedazo de sus corazones.

Al escuchar ruidos en el pasillo, se metió con apuro en el armario, detrás de docenas de vestidos, y contuvo la respiración. La puerta se abrió y una pareja de amantes entró sin separar sus labios enredados en un beso. Las manos de Ignacio se perdían entre la cabellera ondulada de Lucila, quien daba pasos lentos hacia atrás rumbo a la cama, al mismo tiempo que le desabotonaba la camisa a su recién estrenado amante. Ambos se dejaron caer sobre el colchón sin separarse un centímetro. La mano izquierda de Ignacio bajó suave desde la cabellera de Lucila hasta el cuello; las yemas de sus dedos transitaron con delicadeza entre las montañas de un pecho de proporciones envidiables. Pronto aquella mano bajó por la cintura y siguió entre el bosque de seda y crinolinas hasta sumergirse en sus profundidades.

Aquellos dedos apenas si rozaban las ingles de Lucila, quien para entonces había perdido toda la fuerza de voluntad. Ignacio desabotonó el liguero de la media izquierda, la cual retiró con suavidad hasta que aquella hermosa pierna quedó desnuda. Llegó el turno de la derecha. Entonces Ignacio se sumergió debajo de aquel vestido voluminoso y buscó su camino hasta el centro de la pasión. Se bebió la humedad que emanaba del cuerpo de Lucila. Chupó aquellos labios profundos y tersos como si fuera la última vez que haría el amor en su vida. Lucila recargó las plantas de sus pies sobre la espalda de Ignacio y se hechizó con las explosiones que provocaban aquellos besos entre sus piernas. Uno. Dos. Tres. Cuatro. «¡No pares!». ¡Cinco! «¡Ahhh!». ¡Seis! No creía que fuese

posible tener tantos orgasmos en tan poco tiempo. «¡Ya! ¡Ya no puedo!». ¡Siete! Uno tras otro. «Oh… Qué maravilla».

Mientras tanto, en el interior del armario, Alejandra se preguntaba quiénes habían entrado a aquella habitación. Sabía que la huésped era una anciana, tía de don Ignacio. En más de una ocasión estuvo tentada a abrir la puerta del armario para ver de quiénes se trataba, pero no se atrevió, ya que temía que al ser descubierta también se sabría quién hurtaba cosas personales de los invitados. Dejó todo a la imaginación. Nadó en un océano de rostros hasta que finalmente reconoció la voz de aquel hombre que susurraba palabras apasionadas.

Si algo distinguía a Alejandra entre todas sus amigas, era su discreción absoluta. Jamás se le escuchó hablar mal de alguien o delatar algo que había presenciado. Sin importar cuántos la señalaran como testigo, ella nunca salía de un rotundo «no sé». Tenía plena confianza en que, si un día alguien la descubría hurtando, en complicidad, o quizás gratitud, no la delataría. No obstante, en esa ocasión, aquello que había descubierto la atormentaba más de lo que cualquiera podría imaginar. Cecilia era su amiga de toda la vida. La mejor de todas. Guardar ese secreto la condenaba a la rinconera de los traidores. Con justa razón su amiga podría reclamarle el haberse callado. Pensó en decenas de explicaciones y ninguna la satisfizo. Ella conocía mejor que nadie a su amiga y sabía perfectamente cuánto la irritaba que le ocultaran secretos relacionados con ella. Enterarse de que su padre, siempre tan íntegro, era un adúltero, la destrozaría, pero descubrir que su mejor amiga sabía y se había callado, la enardecería como leña seca. Aunque también cabía la posibilidad de que comprendiera la situación y agradeciera aquel gesto de discreción. Cecilia era indescifrable: sueño y pesadilla, un baúl lleno de rosas y pólvora. Tenía todo para ser feliz y el poder para dinamitar la dicha en segundos.

Para cuando la pareja de amantes salió de la habitación, Alejandra tenía, cual frágil hoja de papel, la existencia rota a la mitad. Se encontraba empapada en llanto, como si se tratara de su padre. Ignoraba los impulsos del adulterio y la frecuencia de éste, pero le dolía hasta la médula. Olvidó el motivo que la había arrastrado hasta esa habitación y salió como quien apenas ha

despertado de una pesadilla. El pasillo silencioso le pareció aterrador. Los cuadros en los muros, las sillas de fina caoba, los candelabros pulidos y los pisos de mármol se asemejaban al oscuro de una cueva atestada de murciélagos.

La casa de los Lombardo de Rus, situada en Paseo de la Reforma número 114, equina con Milán, diseñada en el año 1900 por el arquitecto Manuel Robleda y Guerra, en un terreno de veinte metros de ancho por cincuenta de fondo, tenía una fachada de tres pisos con enormes ventanales de arcos en la parte superior. La entrada de la casa, cuyo techo lucía plafones de complejo diseño, tenía una amplia escalera redonda suspendida en el aire. A mano izquierda se encontraba una sala de espera y a mano derecha un estudio. En la parte posterior se hallaba la sala de estar con una lujosa chimenea de mármol, y sobre ésta, en la pared, una pintura original del pintor italiano Cosimo Rosselli, del siglo xv. En el lado derecho de la sala yacía un piano de cola August Förster —marca fundada en 1859 por el alemán Friedrich Förster—, rodeado de muebles europeos y americanos de las firmas más imponentes: Thonet, Ford and Johnson, Dirk van Erp, Morris, Olive Nock, Harris Lebus, entre otras. Entre las majestuosas columnas de mármol se encontraba una docena de obras de arte de pintores como Perugino, Sandro Botticelli, Domenico Ghirlandaio y Pinturicchio, que daban a la mansión el toque más ostentoso de la época.

Alejandra, desde el pasillo del segundo piso que daba a la sala, con las manos puestas sobre el barandal de madera, contempló en silencio a través de los enormes ventanales a un grupo de mujeres con vestidos de cola de pavo que platicaban y sonreían entre la música de la orquesta y las risas de los demás invitados. En pocos minutos daría inicio el vals. Imposible atentar contra la estabilidad de aquella familia a la que tanto amaba. Cruel desmoronar los sueños de su amiga Cecilia que en unos días partiría a Francia. Por primera vez en quince años aquellas niñas se separarían. No se verían en mucho tiempo.

Fulminada por un sentimiento inconsolable caminó por el jardín elegantemente decorado con flores y manteles, entre invitados y meseros con charolas de plata repletas de bocadillos suculentos. Cedió al consuelo de que quizá nadie se enteraría jamás de lo que ella había atestiguado encerrada en un armario. El adulterio de los

hombres era como el trote de los caballos y el rodar de las carretas: se escuchaba todos los días y a todas horas. Sólo que, en las noches, con menor tránsito y más escándalo. En una ocasión una de sus tías le dijo que el verdadero amor se daba con el tiempo y perdonaba la falta de pasión y la infidelidad. Alejandra era muy niña para comprender aquellas palabras. Muy niña para comprobarlo. «La juventud es engañosa», le dijo su tía aquella tarde de otoño.

—Pero ¿dónde te has escondido, niña? —le dijo María Luisa Gurría al encontrarla de frente—. Ven acá —la tomó de la mano y la guió sin preguntar más—. Te voy a presentar a Lucila Fonseca de la Garza y a don Nazario Castillo y Berra.

Conocer el rostro de aquella mujer le zarandeó la tierra. Había deseado, como nunca antes, ignorar su identidad.

Aquella dama poseía una belleza codiciable: sus ojos verdes y su sonrisa se apoderaban del entorno; su piel era casi tan tersa como la de un recién nacido. Su cuello delgado y largo le daba un aspecto tan sensual como elegante. Por si fuera poco, el vestido que llevaba puesto era de lo más selecto de la moda francesa. El uso de sedas, crinolinas y colores era perfecto para la ocasión. No hubo dama en la fiesta que no volteara a verla y admitiera que aquella prenda era una joya. La silueta de su esbelta cintura era lo más parecido a una obra de arte.

—¡Cielo! —dijo María Luisa Gurría al ver llegar a su esposo. Luego se dirigió a los invitados que tenía a su derecha—: Les ruego que disculpen a mi esposo, pero siempre está ocupado. A veces ni yo misma sé dónde se encuentra —liberó una risita ingenua—. Pero ya lo tienen aquí, listo para compartir la noche con nosotros. Les prometo que no lo dejaré escaparse hasta que termine la fiesta.

—No le hagan caso. Ya saben cómo exagera mi esposa —don Ignacio se inclinó ligeramente.

Lucila extendió su mano derecha envuelta en un guante rosa claro e Ignacio la besó con elegancia. Alejandra no pudo más que desviar la mirada con incomodidad. Sin duda, esa noche no podría dormir, ni las siguientes, no mientras Cecilia siguiera en el país. No mientras continuara visitando la casa de los Lombardo de Rus.

—¿Dónde estabas? —preguntó María Luisa Gurría.

Alejandra y don Ignacio reaccionaron con sorpresa, pues parecía que María Luisa los miraba a los dos ya que estaban uno junto al

otro. Alejandra no supo responder. Para su suerte, don Ignacio se apresuró a justificar su ausencia:

—Afuera, castigando a unos peones que otra vez se emborracharon.

—Es verdaderamente lamentable que esa gente no sepa controlar esos vicios —agregó don Nazario Castillo y Berra.

—Estuve leyendo —intervino María Luisa— que son borrachos debido a su raza.

—Eso me queda claro —don Nazario se peinó el largo bigote con los dedos.

—He escuchado que beben tanto para aguantar las catorce y a veces dieciséis horas de jornada laboral —dijo Lucila.

—Patrañas —respondió con disgusto don Nazario—. Yo trabajo todo el día y no por eso me emborracho todas las tardes.

Con el irrenunciable afán de huir de aquel incómodo momento, Alejandra buscó con la mirada a su amiga Cecilia. No entendía por qué doña María Luisa la había arrastrado hasta ahí. Apenas era una niña de quince años y lo que menos le interesaba a esa edad era involucrarse en las charlas de los adultos. Como un rayo de luz que ilumina una oscura habitación, encontró a Cecilia entre un grupo de amigas.

—Les ruego me disculpen —dijo con respeto alzando ligeramente su vestido y agachando la cabeza—, voy a retirarme.

—Anda niña —respondió don Ignacio.

Sin salir aún del asombro, Alejandra se encaminó a donde se encontraban Cecilia y sus amigas, quienes la recibieron con un par de bromas.

—Como ya cumplió quince años ahora nada más habla con los adultos —dijo Rosalinda Villafuerte.

Todas ellas rondaban entre los doce y los catorce años, incluyendo a Cecilia. El enredo de emociones le impidió a Alejandra comprender el sarcasmo. La conversación continuó sin que ninguna de ellas se percatara del diluvio que acontecía dentro de la cabeza de Alejandra y le ahogaba los pensamientos. Sólo hasta entonces apareció en su mente el rostro de su padre sonriéndole a Lourdes, una joven de veintiocho años que le daba clases de canto a Alejandra. Llegó la turbulenta duda y con ella una cadena de sentimientos, en su mayoría nocivos. La imaginación a veces es un

verdugo que acecha a todas horas sin clemencia. No pudo borrar de su cabeza a su padre con otras mujeres.

—¿Estás bien? —preguntó Cecilia luego de notar la actitud indiferente de Alejandra.

—Sí… sí —respondió y se alejó del grupo.

—No… —Cecilia la persiguió—. No estás bien. ¿Qué te ocurre?

—Me encuentro indispuesta —se llevó la mano al vientre—. Tú me entiendes.

—Pediré a uno de los criados que te prepare una habitación para que descanses.

Pero Alejandra no pudo descansar esa tarde ni las que siguieron. Días después acompañó a su amiga a la estación de trenes que la llevó al puerto de Veracruz y volvió a casa con el corazón devastado. Todo permaneció en una aparente normalidad por año y medio. Jamás se escucharon rumores sobre el adulterio de don Ignacio y doña Lucila, como si todo aquello hubiese ocurrido únicamente en la imaginación de Alejandra.

Corría el año de 1910, el más esperado para muchos, en particular para los habitantes de la Ciudad de México donde, justamente en esos días, se llevaban a cabo las celebraciones del primer centenario del inicio de la Independencia de México. Las familias distinguidas —entre ellas los Lombardo de Rus, los Castillo y Berra y los Castañeda Landa— estaban comprometidas a participar de los banquetes, recepciones, bailes, desfiles y demás eventos sociales de aquel majestuoso mes y alojar en sus residencias a los treinta y dos contingentes representantes de la realeza y gobiernos de Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile, Italia, Francia, España, Alemania, Colombia, Rusia, Japón, entre otros.

Los ojos del mundo estaban puestos en la nación que don Porfirio Díaz había reconstruido para los inversionistas extranjeros, mas no para la clase baja. A diferencia del resto de la nación, la Ciudad de los Palacios, como se le conocía entonces a la capital de México, poseía tanta elegancia como cualquier urbe de Europa. En México no pasaba nunca nada. Había tanta paz en el país que la gente solía decir que «todo mundo se aburría en paz». Había llegado la era del ferrocarril, el tranvía, el automóvil, el telégrafo, el teléfono, la electricidad y el cinematógrafo. Las fachadas de todas las viviendas

y edificios de las avenidas principales lucían esplendidos adornos, banderas de los países invitados, alumbrado por todas partes e imágenes de los personajes ilustres de la patria: Miguel Hidalgo, Agustín de Iturbide, Porfirio Díaz, entre otros.

En esos treinta días de festejo a lo largo de todo septiembre se trasladó de Silao, Guanajuato, en solemne cortejo, la pila bautismal de Miguel Hidalgo y Costilla al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, en la Calle de Moneda. Se inauguraron el Manicomio General —construido en el terreno de la antigua hacienda La Castañeda—, la muestra japonesa en el Palacio de Cristal, la exposición popular de higiene, la mineralógica, las exhibiciones permanentes, reformadas y enriquecidas del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, y el Museo Nacional Tecnológico, la exposición de figuras de cera, la médica, la agrícola y ganadera, la Estación Sismológica Central, la Escuela Nacional Primaria Industrial para Niñas «Josefa Ortiz de Domínguez», el XVII Congreso Internacional de Americanistas, el IV Congreso Médico Nacional, la Escuela Normal para Profesores, la estatua de Alexander von Humboldt, el Congreso Nacional de Educación Primaria, la Victoria Alada —también conocida como el monumento a la Independencia—, el Hemiciclo a Juárez, el monumento a Cuauhtémoc, la Escuela Nacional de Altos Estudios, del nuevo anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, las obras de agua potable de la Ciudad de México, la Universidad Nacional de México, el nuevo lago de Chapultepec, las grandes obras del desagüe del Valle de México, y la fábrica de pólvora sin humo. Se colocaron las primeras piedras de la Cárcel General de San Jerónimo, el monumento a Washington en la Plaza Dinamarca, el monumento a Pasteur, el monumento a Isabel la Católica, el monumento a Garibaldi, y el nuevo Palacio Legislativo. Se llevaron a cabo la recepción de los embajadores y delegados extranjeros en el Palacio Nacional —luego un recorrido en carruajes por la avenida de San Francisco, donde les lanzaron lluvias de flores—, varios desfiles de carros alegóricos, una visita a las pirámides, homenajes a Rubén Darío y a doña Josefa Ortiz de Domínguez, la jura de bandera por seis mil niños en la Plaza de la Constitución, el homenaje a los héroes de 1847 en el Colegio Militar de Chapultepec, la fiesta de la Beneficencia Pública, funciones

populares de teatro y toros, fuegos artificiales, la entrega del uniforme de Morelos por parte de la embajada española, entrega del Collar Carlos II de España, celebración y desfile en honor al centenario de la República de Chile y majestuosas maniobras militares y simulacro de guerra en las lomas del Molino del Rey.

Todos estos eventos fueron realizados en presencia de los Científicos —nombre que la gente de bajos recursos dio burlonamente al círculo de políticos, empresarios e intelectuales cercanos al presidente, también mal llamados los Niños Bonitos— en quien don Porfirio había puesto toda su confianza desde 1892. Entre ellos destacaban: Alfredo Chavero, Justo Sierra Méndez, José López Portillo y Rojas, Bernardo Reyes, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, José María Velasco, entre otros. No eran más de cincuenta, pero sólo veinte eran extremadamente cercanos al mandatario.

A partir del Porfiriato, la celebración de Independencia había sido adelantada un día para festejar el cumpleaños de don Porfirio Díaz. El 15 de septiembre de 1910 se llevó a cabo el majestuoso desfile de carros alegóricos que transportaban actores representando a los aztecas, los tlatoanis Moctezuma Xocoyotzin, Cuitláhuac y Cuauhtémoc; a Hernán Cortés y sus aliados; Agustín de Iturbide, el Ejército de las Tres Garantías, los Insurgentes y el Ejército Realista. Al dar las once de la noche don Porfirio dio el Grito desde el balcón central de Palacio Nacional e hizo repicar la campana de Dolores, la cual no se escuchó. Se rumoraba que partidarios de Francisco I. Madero le pusieron un trapo al badajo.

Más tarde dio inicio la cena de gala en Palacio Nacional. Don Ignacio Lombardo de Rus, su esposa doña María Luisa Gurría y cinco de sus ocho hijos con sus cónyuges se hallaban entre los invitados ilustres a aquel espléndido festín. Cecilia se encontraba en Suiza, Manuel en Alemania y Daniel en Inglaterra. Los demás ya habían terminado sus estudios e incluso se habían casado y procreado hijos. Don Porfirio Díaz le había consignado a don Ignacio la tarea de hospedar en su casa y agasajar al excelentísimo señor Karl Bünz, embajador especial en representación del imperio alemán, su esposa, la señora Von Herwarth und Bittenfeld, el secretario mayor, Hanz von Herwarth und Bittenfeld, y varios miembros de la embajada alemana. Por lo tanto, todo ese mes tuvo

que acompañar a sus invitados desde la primera luz del sol hasta que cada uno de sus huéspedes decidía ir a dormir. Don Ignacio apenas si tenía tiempo para descansar unas cuantas horas.

La noche del 15 de septiembre, en la cena de gala de Palacio Nacional, la delegación alemana fue escoltada por don Ignacio y su familia. El banquete, con alrededor de diez mil invitados, abarcó todos los pasillos del patio central, las galerías y los salones del buffet de honor, decorados con magnánimos adornos de rosas rojas y gladiolas, follaje, plantas tropicales, gobelinos (tapicería estilo Luis XIV de Francia), pinturas, esculturas, espejos monumentales, ornamentos de lujo, treinta mil lámparas eléctricas y una lona encerada de cuatro mil quinientos metros cuadrados, mientras la orquesta de ciento cincuenta músicos, sobre una plataforma de columnas de mármol, ubicada en el patio central, amenizaba con valses austriacos. El menú —creado por Sylvain Dumont, chef presidencial, y la primera dama Carmen Romero Rubio, servido a doce tiempos y redactado en francés— consistía en ingredientes europeos, pero esencialmente franceses: *August Förster* (perlas de melón bañadas en champaña rosada), *potage Christophe Colomb* (potaje Cristóbal Colón), *saumon du Rhin grillé à la St. Malo* (salmón del Rhin a la parrilla con salsa St. Malo), *poularde à l'écarlate* (pollito de leche a la escarlata), jerez, champaña, vino blanco y tinto de origen francés. Algunas piezas de la vajilla tenían el monograma de Díaz al centro y el águila porfiriana en el borde.

«Se presentó el señor Presidente de la República acompañado de su distinguida esposa, para recibir a los invitados… Entre tantas elegantísimas *toilettes*, con las últimas creaciones de los modistas parisinos destacaba doña Carmen Romero Rubio de Díaz, con un riquísimo vestido de seda de oro… El corpiño y la falda adornados con perlas y canutillo de oro. En el centro del corpiño, un gran broche de brillantes. Gruesas perlas en el cuello y una diadema de brillantes en el tocado».

Mientras tanto, en las mesas se hablaba de las maravillas que se habían logrado a lo largo del gobierno de don Porfirio Díaz. Los invitados decían que se sentían en una ciudad europea. Los extranjeros mostraban bastante interés en hacer grandes inversiones en el país.

El excelentísimo señor Karl Bünz, embajador del imperio alemán

y su esposa, la señora Von Herwarth und Bittenfeld se encontraban sentados a un lado de don Ignacio y doña María Luisa. Aunque su anfitrión mexicano hablaba alemán, los embajadores insistían en hablar en español.

—Cuando uno visita un país debe hacer el mayor esfuerzo por hablar el idioma que ahí predomina —dijo Karl Bünz con un par de tropiezos en la pronunciación.

—Me complace escuchar eso, excelentísimo —respondió don Ignacio.

—Además, la lengua española es muy hermosa. No como el inglés que es tan pobre, como… —hizo una pausa—. *Wie cavernicola Sie sagen?* —preguntó en alemán.

—Se dice igual: cavernícola.

—Ah —sonrió.

Poco antes de las dos de la mañana, doña María Luisa pidió a don Ignacio que la condujera a los baños. En su camino se encontraron con don Nazario y doña Lucila, a quien don Ignacio había visto de lejos durante toda la noche sin poder dirigirle la palabra. Ambos se contemplaron por un instante como si el mundo alrededor se hubiese desvanecido.

—Buenas noches, doña Lucila —dijo doña María Luisa—. ¿Cómo está, don Nazario?

—Muy ocupado atendiendo a la embajada de Rusia.

—Pero muy entusiasmado —respondió él con sus dos manos en la solapa del saco—. Mi esposa es la que no se encuentra bien. Cosas de mujeres —dijo casi a tono de burla.

—Estoy un poco indispuesta, pero no puedo retirarme a descansar —dijo Lucila—. Mi esposo no debe abandonar a nuestros huéspedes. No hablan español.

—No sabía que usted hablara ruso, don Nazario —respondió don Ignacio.

—No. Para nada. Ni siquiera hablo inglés. Tenemos un grupo de intérpretes que han estado acompañando a la embajada.

—Mi esposo podría escoltarla si usted lo desea —ofreció doña María Luisa.

—De ninguna manera —replicó Lucila—. No puedo permitir que don Ignacio abandone a sus huéspedes.

—No se preocupe. Ellos hablan perfectamente español. De

hecho, en este momento se encuentran platicando con el embajador de Argentina. No se percatarían de la ausencia de mi marido. Además, estoy segura de que él estaría encantado de acompañarla —volteó a su izquierda para ver a su esposo a la cara—. ¿No es así, Ignacio?

—Con gusto la escoltaré a su casa si así lo requiere, y si lo permite don Nazario.

—No se diga más —dijo don Nazario casi como si diera una orden—. Ignacio, amigo, tú siempre dispuesto a ayudar. No sé qué haría sin tu amistad. Aprovecharé tu ausencia para presentar a los embajadores de Argentina, Rusia y Alemania y así distraerlos un poco en lo que vuelves.

Al salir de Palacio Nacional, don Ignacio y Lucila se encontraron con un empleado del gobierno encargado de llamar a los choferes de cada uno de los automóviles estacionados alrededor de la plaza conocida desde entonces como el Zócalo, ya que, en 1843, el presidente Antonio López de Santa Anna había mandado construir una columna en el centro de la plaza para conmemorar la Independencia de México, pero sólo se colocó la base, mejor conocida por los capitalinos como «el zócalo». Mientras esperaban la llegada del coche de los Lombardo de Rus, don Ignacio y Lucila observaron sin hablar la estación del tranvía, ubicada dentro de la plaza, los jardines con senderos, las fuentes en las esquinas, las bancas de hierro, y los fresnos iluminados con lámparas eléctricas, anteriormente de gas hidrógeno. Debido a la saturación de árboles y plantas, no se podía ver el kiosco desde afuera, donado por don Antonio Escandón, situado en el centro de la plaza, sobre el zócalo que había sido originalmente para el monumento a la Independencia.

Minutos más tarde se estacionó frente a ellos un Oldsmobile descapotable 1910, verde con rines rojos y molduras doradas. El chofer bajó del auto y se apresuró a abrir la puerta para que Lucila y don Ignacio abordaran. Para ese año circulaban en la Ciudad de México alrededor de mil trescientos vehículos motorizados, en su mayoría Hupmobile, Oakland, Stutz, Graham, Reo, Oldsmobile y Ford T. Siete años atrás eran apenas ciento treinta y nueve coches en toda la ciudad. Aquel incremento obligó al gobierno de don Porfirio Díaz a crear el primer reglamento de tránsito —velocidad

máxima de diez kilómetros por hora en calles estrechas y cuarenta en avenidas amplias y carreteras— y el primer impuesto sobre vehículos.

El automóvil rodeó la Plaza de la Constitución hasta llegar a Cinco de Mayo, calle situada en la zona poniente del centro de la capital, nombrada de esta manera en 1862 por decreto del presidente don Benito Juárez, quien decidió conmemorar la muerte del general Ignacio Zaragoza y exaltar el triunfo de las tropas mexicanas contra los franceses. Diez años atrás Cinco de mayo terminaba en la calle de Vergara, donde desde 1844 se encontraba el Gran Teatro Nacional, con aforo para tres mil quinientas personas, considerado la obra arquitectónica más importante después de la Catedral Metropolitana. Pero fue demolido en 1905 por órdenes de Porfirio Díaz para expandir la calle Cinco de mayo hasta la Alameda Central, donde muy pronto se construiría el Palacio de Bellas Artes, con mil quinientas butacas menos que el Gran Teatro Nacional. Se rumoraba que con esto don Porfirio estaba destruyendo parte del legado de Antonio López de Santa Anna. Incluso el Jockey Club de México —donde todos los días, a la una de la tarde, se reunían los hombres más ricos de la ciudad a jugar a la ruleta y los dados—, sufrió la ampliación de la calle Cinco de mayo, perdiendo noventa metros de su fachada.

La residencia de los Castillo y Berra se ubicaba justo en frente de la Alameda Central, una hermosa plaza de ocho calzadas, prados y jardines llenos de fresnos y una fuente al centro en forma de tazón octagonal, la cual había sido creada en 1592 por órdenes del marqués de Salinas, donde antes estaba el tianguis de San Hipólito y el quemadero de la Santa Inquisición.

El mayordomo, un hombre delgado como una tabla, los recibió mucho antes de que el chofer apagara el automóvil.

—Buenas noches, mi señora —dijo el empleado sin hacer más preguntas.

—Buenas noches, Arturo. Me siento un poco indispuesta —explicó Lucila sin que hubiera necesidad de ello—. Mi marido sigue en Palacio Nacional y probablemente llegue más tarde. Don Ignacio me hará un poco de compañía por un momento.

—¿Mi señora desea que les prepare algo de beber?

—No será necesario, Arturo. Puedes irte a descansar. Diles a los

demás que ya pueden ir a dormir.

—Como usted lo ordene —el mayordomo se inclinó agachando la cabeza y se retiró.

—Impresionante la cena de gala —dijo don Ignacio para disimular.

—Jamás había visto tanto lujo en un evento de don Porfirio. Es un gran anfitrión. Los embajadores e invitados quedaron estupefactos.

Las miradas entre ellos eran como dos flamas ardientes. Ninguno de los dos sabía qué decir. Su único deseo era que los empleados se fueran a dormir para por fin ellos poder liberar aquellos deseos que habían reprimido en los últimos meses.

—Debo retirarme —dijo don Ignacio al mismo tiempo que caminaba a la puerta.

Lucila lo acompañó. Él abrió la puerta e hizo señas al chofer para que se retirara. Ya en el coche le había dado previas instrucciones de estacionar el automóvil a la vuelta de la esquina. En cuanto el autose retiró, don Ignacio cerró la puerta y se dirigió a Lucila, quien lo aguardaba con el alma en un hilo. Sin esperar un minuto más se enredaron en un beso que tuvieron que suspender por precaución. Subieron las enormes escaleras en silencio extremo y se dirigieron a la recámara de Lucila donde muy pronto se desnudaron. Se amaron con demencia sin preocuparse por el mundo.

En un suspiro, todo llegó a su fin: fue muy tarde cuando se percataron del humo que se esparcía por la habitación. Lucila se apresuró a vestirse mientras don Ignacio, aún desnudo, intentaba apagar con una sábana las llamas que rodeaban el umbral de salida. Aterrado por el miedo a morir calcinado atravesó las llamas e intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. La manija ya le había quemado las palmas de las manos mientras unas llamas le rostizaban la espalda.

—¡Auxilio! —grito golpeando la puerta—. ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Lucila entró en pánico al ver a don Ignacio envuelto en llamas, gritando y corriendo alrededor de la habitación, tratando de apagarse a sí mismo, sin poder eludir la muerte.

Capítulo 2

Señorita Lombardo

Mi padre fue muchas personas a la vez. También a quien más amé en la infancia. Todos en la familia coinciden en que fui la hija predilecta. Mis siete hermanos coinciden en que yo, por ser la menor, me gané ese lugar privilegiado en el corazón de papá, quien, sin importar la cantidad de trabajo, me dedicaba sus tardes. Me llevaba de paseo a la Alameda Central en su carruaje negro con asientos de terciopelo rojo, arrastrado por un caballo raza hackney de pelaje negro y patas blancas. Mientras el cochero conducía, papá y yo platicábamos. Al llegar a la Alameda, el lacayo se apresuraba a descender del carruaje y abrir la puerta para que papá saliera primero y después yo. En realidad, el sirviente me cargaba con una pericia impresionante, pues yo aún era muy chiquita para bajar sola del carro que entonces me parecía gigantesco.

Solíamos pasar de cinco a siete de la tarde en aquella plaza formidable, donde siempre había más niños. Papá se sentaba en una banca y me observaba correr y jugar con otros chiquillos, mientras platicaba casi siempre con las mamás de mis compañeros de recreo. En una ocasión, cuando tenía entre seis o siete años, como casi siempre, mamá me cuestionó cómo nos había ido y qué había hecho mi papá (preguntaba poco por mí); entonces le comenté, sin imaginar las consecuencias, que papá platicaba con algunas señoras en el parque. A partir del día siguiente ella nos acompañó. Con frecuencia me pedía en secreto que señalara a las mujeres con las que papá platicaba, pero no me atreví; sentía que lo traicionaba. A mi entender, él no estaba haciendo nada malo, pero por la manera de actuar de mi madre, todo parecía indicar que era de lo peor.

Aunque yo aún no sabía lo que era el adulterio, aprendí qué eran los celos. Los celos de mamá.

Como dije al principio, mi padre fue muchas personas a la vez. Principalmente por la forma en que la gente lo veía: no era igual con todos. No importa cómo seamos en realidad, ni el esfuerzo que hagamos para que la gente nos conozca —y nos comprenda—, siempre nos percibirán a su entender. Cuando alguien me describe pienso que está hablando de otra persona. Por supuesto que no me conocen. Y lo peor de todo: creen conocerme. Se les hace tan fácil decir que actúo de una u otra manera porque me sucedió esto o lo otro. Tan fácil que parece la vida. Pero como soy hija de don Ignacio Lombardo de Rus y María Luisa Gurría, debo asumir la responsabilidad y la culpa de lo que ocurra en mi linaje. Por lo tanto, no puedo asegurar que todo lo que diga sobre mi padre y mi familia sea objetivo. Libero una sonrisa irónica, alzo las cejas y encojo los hombros al pensar en esto. No puedo evitarlo.

Para los ojos de mamá, papá siempre fue un adúltero incorregible. Tardé años en comprender cuán celosa era ella. En los primeros años de mi vida pensaba que tantas preguntas eran interés por mí; luego comprendí que era por lo que hacía papá cuando íbamos al parque. Con el paso del tiempo fui comprendiendo eso que yo desconocía. A diferencia de mi madre, yo jamás he tenido un ataque de celos. La palabra «celos» era muy recurrente en casa. Siempre había un tema relacionado con celos. Mi mamá, obsesionada por saber todo lo que hacía papá y con qué mujeres hablaba. Por otra parte, había muchos celos entre mis hermanos. En alguna ocasión mi nana me dijo que yo detonaba los de mis hermanas con sólo hacer acto de presencia, aunque yo me negué a creerlo por muchos años.

Llegué al mundo en 1895, cuando el mayor de mis hermanos ya estaba en la adolescencia. Gabriel había nacido en 1881, exactamente nueve meses después de la boda de mis padres, apenas lo suficiente para evitar rumores. Fue el hermano con el que menos contacto tuve. Siempre que nos cruzábamos en casa nos saludábamos y seguíamos nuestro camino. Cuando cumplí diez años él ya tenía veinticuatro y se había casado.

Para Gabriel, mi padre siempre fue un hombre estricto e

implacable con los errores. Decía mi nana que papá jamás le permitió a Gabriel correr por la casa ni mucho menos hacer berrinches como los que yo llegué a hacer entre los tres y los seis años. A Gabriel siempre le dijeron que debía darnos un buen ejemplo a sus hermanos, pues todo lo que él hiciera, sería aprendido por nosotros. Mi nana decía que él fue un niño muy obediente y temeroso de los regaños paternos, que casi siempre incluían golpes. Golpes que el segundo hijo, Manuel, nacido en 1883, recibió en exceso. A diferencia de Gabriel, Manuel fue un niño indomable. Por ello era castigado todos los días por papá. Para Manuel —quien conmigo fue un poco más atento que Gabriel—, papá fue un hombre cruel y un mal padre. Y con justa razón lo decía. Eran dos enemigos viviendo en la misma casa. Por eso cuando Manuel se fue a estudiar a Alemania a los quince años todos en casa sintieron alegría por él. A partir de entonces iba a casa cada dos años, pero jamás volvió a ser el mismo y mucho menos la relación con papá. Verlos sentados en la misma mesa era como tener a dos fieras preparadas para batirse a duelo a la menor provocación.

Mi nana decía que papá era muy joven entonces, que aún no sabía educar a sus hijos y que aprendió después de arruinarles las infancias a los demás. Claro que esto me lo decía cuando yo ya era más grande y la admiración que sentía en años anteriores por mi padre se había diluido. Mi primera desilusión fue cuando vi cómo papá golpeaba a Daniel, el menor de los hombres y mayor que yo. Él era muy diferente al resto de mis hermanos: tímido y poco comunicativo. Aquella vez que vi a papá golpeando a Daniel yo apenas había cumplido ocho años. De acuerdo con mi nana, mi hermano tenía un amiguito del cual se rumoraban muchas cosas y, por lo tanto, que ambos hacían cosas indecentes en un callejón. Aunque Daniel lo negó, desde entonces su reputación quedó mancillada y se volvió el chisme de la sociedad. Mi padre tardó muchos años en dirigirle la palabra, porque a diferencia de la salvaje relación que tuvo con Manuel, a Daniel le tenía mucho cariño, por ser el séptimo de sus hijos. Papá creía que después ya no tendría más hijos, ya que mamá había sufrido dos abortos repentinos y el médico le aseguró que ya sería muy difícil que tuvieran más descendencia. Y justo cuando ya se habían resignado,

se enteraron de que yo venía en camino.

Para mis hermanas, papá fue todo lo contrario. Aunque también recibieron golpes, no fueron tantos ni tan violentos. En su mayoría eran bofetadas. Mi hermana mayor, Luisa, nacida en 1885, fue como una segunda mamá para mí, a pesar de que no hubo la necesidad de que me cuidara. Yo tenía mi nana, pero ella siempre se hizo cargo de mí, algo que no hizo con mis otros hermanos. Por las atenciones excesivas de mi hermana y de mi papá fue que el resto de mis hermanos siempre se mostraron celosos, en particular Guadalupe, de 1886 y Rosario, de 1888. Ana María, de 1890 y mi hermano Daniel, de 1891, fueron los únicos que jamás dijeron que yo era la consentida, pues, aunque Luisa me daba toda su atención, dijo muchas veces que era la favorita. Según Rosario, papá era un hombre manipulable. A veces he llegado a pensar que tenía razón al decir eso. Pero creo que era por sus hijas, no por cualquiera. Rosario siempre fue la más osada, desobediente, cínica en muchas ocasiones. Se podría decir que ella era la que más merecía castigos y fue la que más logró evadir la furia de papá. No me atrevería a decir que era malcriada, pero por cosas menos importantes, Manuel y Daniel recibieron tremendas palizas.

Guadalupe era todo lo contrario. Siempre haciendo lo correcto. «No se vaya a enojar papá», era su frase más común. Su actitud a veces era insoportable. En su opinión papá era el mejor padre del mundo. Cada vez que él castigaba a alguno de mis hermanos, incluyéndola a ella, aseguraba que se lo merecían y que sólo así aprenderían a ser buenos hijos. No me incluyo, porque afortunadamente (no sé si debería decir desafortunadamente) papá jamás me puso una mano encima.

Y finalmente, Ana María, la más graciosa de todas mis hermanas. Por lo menos para mí, pues en opinión de mis hermanos ella era torpe y descuidada. Admito que sí se le olvidaban algunas cosas. A veces muchas. Esa incapacidad de retener cosas en su memoria le dio la virtud de desconocer el rencor. Sin importar cuántas veces se aprovecharan de su ingenuidad, ella no le daba importancia. En una ocasión le pregunté a mi nana si ella creía que Ana María fingía ser descuidada y la respuesta fue: «No, mi niña, tu hermana es tan ingenua que el día que nació en lugar de llorar se rió con las nalgadas que le di».

Mi nana —cuyo nombre era Concepción de los Remedios, pero llamada nana por todos, incluso por mis padres y abuelos— también fue la partera de la familia. Ella recibió a todos mis hermanos y a mí. Y nos crió a todos. La última vez que la vi fue el día que abordé el tren a Veracruz para irme a estudiar a Lausana, Suiza. Me enteré seis meses después de que papá la envió a la cocina, lo cual parecía ser lo mejor para ella. Había pasado cuarenta y cinco años criando hijos ajenos. Yo fui la última. Con mi ausencia, mi nana ya no tenía nada qué hacer en esa casa. Pero mi padre no quiso despedirla. Dicen que en la cocina se le asignaron pocas tareas. Pero mi nana no había nacido para pelar papas ni picar cebollas. Lo suyo era preparar biberones, cambiar pañales, hacer trenzas, bolear zapatos de niños, enmendar calcetines, subir dobladillos, abrazarnos cuando más la necesitábamos. Lo más triste de todo es que la mayoría de nosotros no estuvimos ahí cuando ella más necesitó un abrazo. Dicen que murió de tristeza, que dejó de comer y que un día su cuerpo se llenó de malestares de los cuales jamás sufrió, como si el compromiso con nosotros le hubiera dado inmunidad ante cualquier enfermedad. Jamás la vimos con gripa, tos, fiebre o dolor estomacal.

Quizá suene cruel decir esto, pero me siento mejor por no haber estado con mi nana en sus últimos días. He visto morir a mucha gente —algo que contaré más adelante. Vi llorar a decenas de madres, hijos, hermanas llorar por sus enfermos. Y aun siendo gente a la que no conocía, derramé lágrimas como jamás lo había hecho. Sé que ver a mi nana en su lecho de muerte me habría destrozado.

Incluso el día que partí a Veracruz, lloré principalmente por ella. Algo me decía que no la volvería a ver. No sé si era por sus sesenta y ocho años, o por el inmenso amor que le tenía. En cambio, por papá no experimenté tristeza ni mucho menos ese miedo de no volver a verlo. Tal vez porque no esperaba su muerte. Era un hombre esbelto, saludable, joven, fuerte. Lo dicho no significa que no lo amara. Pues, aunque tuve la mala fortuna de verlo en sus momentos más agresivos con mis hermanos, no me siento con el derecho de juzgarlo porque nunca fue así conmigo. Muy a pesar de tantas desilusiones, papá siempre fue para mí ese hombre al que amaba y admiraba. Ni siquiera cuando me enteré de las condiciones de su muerte sentí la facultad para condenar lo que hizo.

Aunque no lloré por papá cuando me fui a estudiar a Suiza, sí lo extrañé mucho. Era la primera vez que me encontraba fuera de casa, sin mi nana, sin padre y sin mi hermano Daniel.

El viaje en el *Duc de Bragance* (barco bautizado en honor al ducado del mismo nombre), fue hasta entonces una de las experiencias más maravillosas de mi vida. No porque no haya viajado antes en algún barco transatlántico ni tan lujoso como ése. Ya había ido con mi familia a Francia, Inglaterra, España y Portugal. La diferencia de esta ocasión radicaba en el objetivo de mi travesía y el hecho de salir del hogar. A todas las señoritas de sociedad se nos educa para el matrimonio, y para ello era estrictamente necesario asistir a un instituto como el Château Mont-Choisi.

Me llevaron mi madre y mi hermana Guadalupe, quien se había graduado de ese mismo colegio años atrás. Descendimos del transatlántico al amanecer en el puerto de La Rochelle, Francia, donde a las ocho de la tarde abordamos un tren que nos llevó a Ginebra, Suiza, por lo tanto, no pudimos disfrutar del paisaje. Llegamos poco antes de las siete de la mañana a la estación de trenes donde ya nos esperaba un coche enviado por el instituto. Yo iba tan emocionada que les señalaba todo a mi mamá y mi hermana. «Mira, mamá, esas montañas. ¿Ya viste esas casas, María?». Además de inmensas alfombras de viñedos, vimos a través del cristal del coche los cultivos de alfalfa, maíz, trigo, papas y árboles frutales.

Fundado en 1885, ubicado en las colinas sobre el lago Lemán, a tres kilómetros del centro de Lausana y rodeado de viñedos, el Château Mont-Choisi es un internado para señoritas de la clase alta, en donde las alumnas recibimos preparación para entrar en sociedad (y principalmente para adquirir marido), con las clases de comportamiento y etiqueta más exclusivas, además de las materias académicas secundarias.

A simple vista parece una lujosa mansión de cinco pisos con techo de varias aguas bastante inclinadas y tejados color marrón. A tan sólo tres calles se halla el lago Lemán, cuya mitad pertenece a Francia, y en el otro extremo se encuentra una hermosa cortina de pinos, hayas, robles, coníferas y montañas que en los inviernos se tiñe de blanco. Cuando las aguas del lago yacen absolutamente

tranquilas dan la impresión de ser un cielo al pie de los Alpes.

Llegué al Château Mont-Choisi con tanto entusiasmo que perdí la capacidad de ver todo alrededor, como una joven enamorada por primera vez. La elegancia se transpiraba desde el momento en que una entraba en sus instalaciones: las niñas ensayando sus pasos en el jardín sobre una tabla estrecha, como si se tratara de una cuerda floja. Tenían que cruzar dos metros sobre ésta sin perder el balance y sin ensuciar el vestido. La barbilla en alto, la mirada al frente, hombros hacia atrás, pecho inflado, espalda arqueada, codos enterrados en las costillas y las dos manos sosteniendo las enaguas. Se veía tan hermoso.

Nos recibió Martina Borromini, la directora del instituto, una mujer de aproximadamente sesenta y cinco años, pero por su forma de caminar y hablar parecía de cincuenta. Extremadamente esbelta. Su rostro casi sin arrugas o manchas. Tiempo después me enteré de que utilizaba todo tipo de ungüentos para mantenerse así. Su recibimiento fue espectacular. Como si yo fuese la reina de México. Todas las alumnas y profesoras estaban formadas afuera de la escuela, con sus atuendos elegantes. Luego comprendí que no se habían vestido así para recibirme, ésos eran los vestidos de todos los días. Otra de las cosas que me sorprendieron fue lo bellas y delgadas que eran todas, tanto que me sentí fea y gorda a su lado.

Martina Borromini nos enseñó la escuela, en compañía de otras dos institutrices. Las tres caminaban con elegancia absoluta, sin bajar las miradas y sin perder el balance en sus pasos. Tiesas. Como esas muñecas que mi padre me había regalado en la infancia. Su simple presencia ya me parecía incómoda, muy a pesar de lo elegante y hermosa que se veía. No dejaba de hablar de las princesas, duquesas, condesas e hijas de presidentes, emperadores y sultanes que ella había educado. Nos llevó a su oficina en la cual nos presumió todas las condecoraciones que había recibido alrededor del mundo. Mi madre y mi hermana no dejaban de halagar los logros de la señorita Borromini. Yo, por mi parte, seguía muy entusiasmada. Todo esto que he contado es porque ya tuve suficiente tiempo para analizarlo, pero en su momento no fue así, ni siquiera me di cuenta de muchas cosas. Estaba hipnotizada. Fui educada para aspirar a una vida como ésa. No le encontraba ningún defecto. Lo admito: en ese momento era la joven más feliz sobre la

Tierra.

Todo cambió en el momento en que me instalé en mi dormitorio. Tenía como compañeras a tres jóvenes de belleza inefable: Amber Cavendish, hija del duque de Devonshire, Inglaterra; Nikolaevna Jrushchov, nieta del zar del imperio ruso, de 1855 a 1881, Alejandro II Nicolaiévitch, y Henriette Fischer, la única que no pertenecía a la aristocracia, pero era hija del prominente químico alemán Hermann Emil Fischer, quien descubrió el primer somnífero. Ninguna hablaba español, sólo francés e italiano, además de sus lenguas nativas.

Ellas vivían en una competencia feroz de belleza, inteligencia, elegancia y delicadeza. Incluso la medida de su cintura era un factor para rivalizar. Nada comparado con lo que yo había visto en México, lo cual no significa que no existiera tanta frivolidad. Su carga social era mucho mayor que la mía y la de mis amigas en la escuela. Yo era tan sólo la hija de un hombre adinerado de mi país; ellas, en cambio, llevaban en hombros los apellidos de sus familias y en muchas ocasiones el futuro de sus naciones. En cuanto dije mi procedencia, me miraron como si les hubiera dicho que era la hija de la cocinera. Y luego se sorprendieron cuando les comenté que en mi país —el cual por cierto no sabían dónde estaba— no había monarcas, emperadores, sultanes, duques ni nada por el estilo. Por un instante mostraron genuino interés en nuestra forma de gobierno, pero soltaron tremendas carcajadas al escucharme decir que el presidente Porfirio Díaz tenía en el cargo casi treinta años.

—¿Entonces cuál es la diferencia? —preguntó Nikolaevna.

—Supongo que ninguna —respondí avergonzada—. Tenemos una monarquía disfrazada.

—¿Eso significa que tu padre puede aspirar a ser presidente? —preguntó Henriette.

—Sí, pero no ganaría. Ya lo han intentado otros.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte —comentó Amber.

Por primera vez en mi vida me sentí como siempre debió sentirse la más humilde trabajadora de mi casa. Según Amber yo no tenía nada de qué preocuparme. No lo comprendí en ese momento. Yo sentí que sí. Tenía muy claro el papel de mi familia en la sociedad capitalina, pero jamás me había planteado la idea de que

en realidad yo no tenía ningún cargo público ni responsabilidad con mi país. Era tan sólo parte de la decoración en las fiestas de gala de don Porfirio y atractivo para los viejos que buscaban niñas como yo para comprarlas como esposas. Aunque jamás se habló de compraventa, era por todos conocido que las familias de dinero nos utilizaban a las hijas como moneda de cambio, algo que nadie se atrevía a juzgar, no mientras representara beneficios.

Mientras platicábamos yo desempacaba mis cosas y entre otras cosas saqué de mi equipaje una manzana que mamá había comprado, además de otras frutas afuera de la estación de trenes de Ginebra. Amber la observó con insistencia, hasta desconectarse de la conversación.

—¿Te vas a comer eso? —preguntó con ansiedad.

Me hizo recordar a un niño que, años atrás, en un viaje que habíamos hecho mi familia y yo a la ciudad de Puebla de los Ángeles, se me acercó hambriento mientras mis hermanas y yo comíamos unos dulces locales en la plaza central.

—No… —respondí consternada.

Amber se acercó con apuro, tomó la manzana entre sus manos y la olfateó profundamente antes de darle una mordida. Nikolaevna y Henriette guardaron silencio por unos segundos mientras la observaban con profunda lástima. Amber había llegado al internado pesando casi noventa kilos. Cuando yo la conocí pesaba menos de cincuenta. La tenían en una dieta inhumana: le daban de desayunar menos de la mitad de lo que todas comíamos, y eso que también nos daban porciones pequeñas. Todas pesábamos entre cuarenta y cincuenta kilos. Comíamos únicamente en el desayuno y en la comida. La dieta consistía en fruta, leche, té y una rebanada de pan por la mañana, y en la tarde una pequeña porción de sopa y un guisado. Con eso nadie se atrevía a dejar nada en el plato y mucho menos a compartirlo.

—¡Chicas! —se escuchó una voz femenina en el pasillo—. ¡Apúrense! ¡Ya es hora!

Amber se apresuró a tragar lo que le quedaba de manzana y se limpió rápidamente la boca con el cobertor de su cama.

—No digas nada —me suplicó en inglés.

—Lo prometo.

En ese momento alguien abrió la puerta.

—¿Qué están esperando?

—Le estábamos explicando a nuestra nueva compañera cómo debe organizar sus cosas en la habitación, señorita Townsend —respondió Henriette.

—Ustedes no tienen nada que explicarle. La directora ya le dio instrucciones, y si esta jovencita no puso atención, es su problema, no de ustedes. ¡Andando!

Salimos de los dormitorios con apuro, pero sin correr ni dando pasos largos, una de las reglas principales del instituto. Al llegar al piso donde se ubicaban los salones, mis compañeras de dormitorio me señalaron el mío y siguieron derecho. Ellas ya estaban en segundo y tercer grado, por lo tanto, no teníamos clases juntas. Al entrar a mi aula me encontré con un grupo reducido de seis alumnas.

—Buenas tardes, señoritas. Yo soy la señorita Giraud.

Todas saludamos al mismo tiempo. Era nuestra primera clase, a pesar de que la mayoría acabábamos de llegar esa mañana. La señorita Giraud era una mujer de aproximadamente un metro noventa, de cara cuadrada, piel tan blanca que se le transparentaban las venas, ojos muy pequeños, la ceja derecha muy alzada, y el cuello más delgado y largo que he visto en mi vida.

—Somos mujeres —se mantuvo firme a un lado del escritorio, como si estuviese posando—. Y como tales, debemos comprender nuestra posición en sociedad. Ustedes tienen un papel muy importante en sus países, ante sus familiares y amistades, pero principalmente, ante su marido. Después de Dios, a ese hombre con el que se casarán deberán amarlo y respetarlo por sobre todas las cosas. No importa nada más. Si se enoja y les levanta la mano, ustedes deben comprender que tendrá sus razones. El marido no golpea porque sí; lo hace porque la mujer lo incita. Existen muchas formas de provocar la ira de sus esposos: desobedeciendo, mintiendo, fingiendo, enojándose, callándose la verdad, hablando de más, actuando inapropiadamente y cientos de cosas más. Todas ustedes vinieron a este instituto principalmente a prepararse para el matrimonio, esa sagrada institución, y pilar de la familia. Ustedes no nacieron para casarse con cualquier hombre. Están destinadas a ser las mujeres de hombres importantes, de la más alta sociedad. Y si él las elige, ustedes no pueden ni deben fallarle. Es su obligación

complacerlos a toda costa. Esos hombres tienen en sus manos el destino del mundo y ustedes estarán ahí para escucharlos, amarlos, comprenderlos. En esta clase aprenderán a complacer a sus maridos. Ésa debe ser su meta en la vida. No nacieron para otra cosa. No hagan caso a esos rumores que están surgiendo en diversas ciudades, en las que se asegura que muy pronto las mujeres cambiarán el mundo, que podrán obtener los mismos empleos que los varones y que podrán votar. ¡Mentiras! El papel de la mujer ha sido el mismo desde hace miles de años, en todas las naciones, en todas las culturas, y no va a cambiar.

Las palabras de la señorita Giraud me generaron mucha incomodidad desde el principio. No esperaba eso. Aquello lo había escuchado toda mi vida en mi casa y en las de mis familiares y amistades. Me quedaba claro que las mujeres estábamos destinadas a obedecer al marido, que no teníamos derecho a votar en las elecciones ni oportunidades laborales. Todo eso lo había entendido. Desafortunadamente, yo me había hecho falsas esperanzas al viajar a Europa: había escuchado tantas cosas sobre lo que estaban haciendo las mujeres en Inglaterra, Francia, Alemania… Se suponía que el inicio de esta década traería consigo modernidad, progreso, más derechos para la mujer.

Esa noche, al regresar a los dormitorios, pregunté a mis compañeras qué opinaban del instituto y sus enseñanzas.

—Debemos estar agradecidas de tener el privilegio de estudiar aquí —respondió Nikolaevna con la postura firme que se nos obligaba a mantener a toda hora, incluso al momento de acostarnos.

—Es la mejor experiencia de mi vida —dijo Henriette desviando la mirada.

—¿No les parece que el sistema del instituto es demasiado estricto? —pregunté temerosa. Era mi primera noche y no sabía si alguna de ellas me delataría con la señorita Borromini.

—Puede parecerte demasiado estricto, pero un día lo valorarás como es debido —me dijo Amber casi con enojo.

—Tenemos mucha suerte —intervino Nikolaevna al mismo tiempo que una de las damas de compañía le quitaba el corsé, el cual, igual que a mí y a todas mis compañeras, la asfixiaba despiadadamente—. Provenimos de las mejores familias —hizo una

pausa y dirigió sus pupilas hacia Henriette que no pertenecía a la nobleza de su país—. Bueno, casi todas. Pero las que no, son hijas de personajes valiosos para la sociedad.

Henriette le dio la espalda y se dirigió al armario para guardar su ropa.

—Piensa en la cocinera de tu casa, en tus maestras, en tus damas de compañía —continuó Nikolaevna con la espalda recta aún después de haberse quitado el corsé—. Ellas están destinadas a trabajar el resto de sus vidas. Nosotras jamás nos tendremos que preocupar por eso. Nos atenderán como princesas hasta el último día de nuestras vidas. Lo único que debemos hacer es aprender las reglas y respetarlas. Demostrarles a nuestros maridos que tienen a la mejor esposa del mundo.

—Toda mi vida tuve dificultad para bajar de peso. Fui el hazmerreír de mis primas hasta los trece años. Hasta que llegué aquí pude adelgazar —dijo Amber disimulando satisfacción por lo que acababa de decir.

—¿Es malo tener unos kilos de más? —pregunté asombrada.

—¡Claro! —respondieron las tres.

Me pareció lamentable ver cómo la mayoría de mis compañeras creían ciegamente en lo que escuchábamos todos los días en cada clase. No sé si se debió a lo repetitivo que eran las institutrices o a que mis compañeras en verdad comulgaban con ese credo que ahí nos iculcaban.

Los siguientes días comprobé que el Château Mont-Choisi no era el lugar que había soñado. Cuando papá nos llevaba a las cenas de gala de don Porfirio Díaz, siempre creí que la elegancia de las mujeres era algo natural, como si hubiesen nacido con ella. Cuando mamá me informó a los ocho años que un día asistiría al Château Mont-Choisi para aprender a comportarme, creí que sería algo mucho más divertido. Jamás pasó por mi mente que sería un lugar lleno de crueldad simulada de distinción.

Era una tortura desde el amanecer: levantarse a las cinco de la mañana con la espalda recta, sin bajar la mirada, esperar a que las damas de compañía nos acercaran la bata, caminar a las tinas de baño, entrar con elegancia, sentarnos tomadas de la mano de una de las ayudantes, que sin decir palabra alguna esperaría nuestras instrucciones. Ellas debían tallarnos la espalda, el cabello, los

brazos, extendernos la bata al salir, secarnos el cabello y peinarnos, ayudarnos a vestir y maquillarnos. Para la mayoría de mis compañeras era mal visto que yo platicara con mi sirvienta, que se llamaba Angelina. Luego nos dirigíamos al comedor y esperábamos de pie a que todas estuviésemos presentes. La señorita Townsend caminaba alrededor de la extensa mesa —en la que cabíamos exactamente cincuenta y un alumnas y la señorita Borromini— e inspeccionaba a cada una de nosotras de pies a cabeza. Nuestros peinados, atuendos y maquillajes debían estar en perfectas condiciones. «Levanta la cara, saca el pecho, estira los brazos, mete los codos, cierra las piernas, sonríe, abre bien los ojos, abre un poco más los labios, hombros hacia atrás», eran las frases que todas las mañanas escuchábamos. Sólo hasta que cada una de nosotras se encontraba en la posición perfecta nos podíamos sentar, y esperar, el tiempo que fuese necesario a que llegara la señorita Borromini. Cuando ella hacía acto de presencia nos poníamos de pie, la saludábamos y hasta que ella nos daba permiso (con frecuencia nos daba largos sermones), podíamos tomar asiento para comenzar con las oraciones de cada mañana. Este ritual podía durar entre una y tres horas. Más las dos horas de baño, vestido, peinado y maquillaje, en ocasiones desayunábamos cinco horas después de haber despertado.

El ritual de la comida era peor. No podíamos empezar en cuanto nos servían. Debíamos esperar a que los meseros se retiraran del comedor. Mientras tanto teníamos que platicar con la directora. Es decir que, si una de nosotras hablaba, el resto debía permanecer en absoluto silencio. Aunque no tuviéramos tema de conversación teníamos que estar dispuestas a decir o responder lo que ella quisiera. El tema era a su parecer: la noticia en los periódicos, alguna de nuestras clases, arte, literatura, moda, música. La regla era que debíamos ser capaces de hablar de todo, mas no de lo que en verdad opinábamos. Si la señorita Borromini consideraba que nuestra opinión era inapropiada, nos interrumpía y daba un largo discurso, sin importar cuánta hambre tuviéramos; hablaba hasta el hartazgo. El resumen siempre era que no debíamos juzgar las decisiones de los reyes, emperadores, presidentes o jefes de estado. En política teníamos que apoyar la postura de nuestro gobierno. En las artes, la literatura y la música nuestros comentarios debían ser

opacos, casi nulos. Si nuestros maridos los aprobaban entonces, sí podíamos hacer todo tipo de elogios, de lo contrario nuestro compromiso era callar.

En muchas ocasiones sentí deseos de salir corriendo, pero no tenía a dónde ir. Ni siquiera llevaba dinero para pagar el tren. Me encontraba en una jaula de oro en la que los canarios no sabían que eran prisioneros. Al principio hice todo lo posible por acatar las reglas, pero con el paso de los meses fui perdiendo tanto la paciencia como el respeto por las institutrices.

Mi primer desacato fue subir las escaleras casi corriendo. Mis compañeras me miraron como si estuviese rompiendo las cortinas. No me vio ninguna de mis superiores. Aunque no fue necesario, alguien le informó a la señorita Borromini, quien me llamó a su oficina y me dio un larguísimo discurso sobre la etiqueta y los buenos modales. Semanas después, en una comida, no pude esperar a que los meseros les sirvieran a todas mis compañeras y comencé a comer. Tenía muchísima hambre. La señorita Borromini ordenó que retiraran mi plato. Y lo peor de todo fue que me obligó a permanecer en la mesa hasta que todas terminaron de comer. Y tampoco me dieron de comer al final. Mi actitud no sólo incomodaba a mis superiores, sino también a una docena de compañeras. Muchas de ellas eran incluso más estrictas que las profesoras.

—¿No entiendo cómo te permitieron ingresar a tan refinada escuela? —me dijo Jacqueline, cuando una la profesora había salido del salón.

—Yo tampoco —respondí con soberbia.

—¿Así se comportan todas en tu país? —insistió mirándome con desdeño—. ¿Dónde está? ¿En África?

—Sí, justamente arriba de tu país.

—Ya recordé: vienes de un país de indios que quieren ser europeos.

Muy discretamente me quité uno de los zapatos y lo mantuve escondido por un instante breve.

—Son ustedes los que están inmigrando a América.

—Para conquistarlos, porque son tan mediocres que ni siquiera se saben gobernar.

Le lancé el zapato, pero justo cuando la profesora estaba

entrando. Jacqueline se llevó las manos al rostro y echó a andar un berrinche infantil. Mi zapato le había dado en la mejilla derecha.

Era la primera vez en mi vida que tenía un pleito con alguna compañera de escuela. Siempre fui del tipo de alumnas respetuosas. Pero había algo entre Jacqueline y yo que simplemente nos hacía odiarnos una a la otra. Estoy segura de que fue desde el primer instante en que nos vimos. No nos hablamos ni nos presentamos, sólo nos observamos con desdén. Pasaron varias semanas para que nos dirigiéramos la palabra por primera vez. Y ni siquiera fue de manera cordial. Me encontraba recargada en el barandal de las escaleras, con mis libros entre los brazos y mi pecho, platicando con dos de mis amigas. Las gradas del instituto son tan amplias que pueden transitar ocho personas al mismo tiempo. Pero Jacqueline decidió que quería bajar justo por donde yo me encontraba.

—Las escaleras no son lugar de descanso —dijo y caminó con sus amigas justo entre mis compañeras y yo.

Al pasar a mi lado, levantó el codo, con lo cual hizo que se me cayeran los libros.

—Disculpa —fingió de una manera descarada estar avergonzada.

—Podrías recogerlos —respondí tratando de evitar una discusión, aunque tenía muchos deseos de decirle que era una estúpida arrogante. Pero yo era nueva y no sabía cómo funcionaban las cosas en el instituto.

—Con gusto lo haría, pero tengo que llegar a mi clase.

A partir de entonces, cada encuentro incluía una mirada bravucona, una frase incómoda o una burla por parte de alguna de las dos. Duró poco mi buena voluntad. Era por todos sabido el choque que había entre nosotras. Sin embargo, ninguna de las compañeras nos delataba.

La profesora ordenó que fuera a la oficina de la directora. Accedí para no meterme en más problemas. Al estar frente a la señorita Borromini creí que me iba a informar que me expulsarían.

—Señorita Lombardo —se postró frente a mí con elegancia—. Agradeceré infinitamente que me explique qué fue lo que ocurrió.

Aquella actitud tan respetuosa me sorprendió de sobremanera.

—Jacqueline comenzó a agredirme. Primero dijo que no debían haberme permitido entrar a este instituto, luego habló mal de mi país y de mi gente.

—No se preocupe, señorita Lombardo. Haré lo posible para que eso no se repita. Tiene mi palabra. Ahora, sólo le ruego que usted me ayude y le ofrezca una disculpa a su compañera.

—Así lo haré —respondí con deseos de salir de esa oficina.

Al caminar por los pasillos del instituto sentí las miradas de todas las alumnas desde sus bancas, como si ellas ya supieran mi condena. Por supuesto, un castigo que en ese momento yo ignoraba llegaría tiempo después.

Fui al dormitorio de Jacqueline para ofrecerle disculpas, tal cual me lo había exigido la señorita Borromini. Estaban ella y una de sus compañeras de dormitorio.

—Jacqueline, vengo a pedirte que me perdones —dije quizá no con mucha sinceridad, pero sí con ganas de poner fin a aquel conflicto.

—Ya no quiero esta enemistad entre tú y yo —dije en el dormitorio.

Por suerte estaba su compañera de dormitorio como testigo.

—Gracias —sonrió forzadamente—. Te perdono —se levantó y salió del dormitorio.

Permanecí entre las camas sin saber qué hacer. No quería encontrarme a Jacqueline en el corredor, pero tampoco pensaba quedarme ahí.

—Ella no quiere que le pidas perdón —dijo la joven que compartía el dormitorio con Jacqueline—. Hola. Me llamo Miranda —extendió su mano.

—Mucho gusto, soy Cecilia.

—Sé perfectamente quién eres.

—Nunca te había visto.

—Es porque no tenemos ninguna clase juntas y suelo pasar la mayor parte del tiempo aquí… estudiando —hizo un gesto de desagrado.

—¿En verdad?

—Bueno, no es por placer, sino porque la señorita Borromini me obliga.

—¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Me descubrieron cogiendo con una compañera —lo contó orgullosa.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Sí! ¡Y lo peor es que ni siquiera me dejaron terminar! —liberó una risa socarrona—. Desde entonces, me vigilan todo el tiempo y me prohíben estar con otras en lugares privados.

—Pero estás con Jacqueline a solas —fruncí el ceño.

—Eso se debe a que ella es supuestamente la alumna más confiable.

—¿Y por qué es la más confiable?

—Porque fue la que me delató con la señorita Borromini.

—Sí, te creo.

—¿Quieres saber por qué lo hizo? —sus labios delataron su picardía.

—¿Por qué?

—Porque me estaba cogiendo a la chica que a ella le gustaba. Pero no es mi culpa que ellas me prefieran a mí.

—¿Jacqueline? —no pude esconder mi asombro—. Jamás imaginé que…

—Ella y muchas más. Y las que no son lesbianas son bisexuales y las que no son bisexuales lo hacen por curiosidad o necesidad. Ya lo verás con el tiempo. El encierro y la falta de hombres te hace cambiar de opinión si eres de esas que dice que nada más les gustan los hombres. Además, no te embarazas —se mordió el labio inferior de manera seductora.

—¿Y sucede muy seguido?

—Todos los días.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En todas partes, y en cualquier lugar solitario. Baños, dormitorios, salones vacíos, la capilla, hasta en el jardín detrás de los arbustos. Es imposible que las profesoras vigilen a todas las alumnas.

—Yo creí que todas respetaban las reglas. Principalmente por la clase de…

—Ya sé. La clase de buenas costumbres: «Niñas, sus partes son sagradas, no deben tocarlas más que para lavarse, respeten su cuerpo. Las relaciones sexuales serán únicamente con sus esposos. Expulsen todos esos pensamientos pecaminosos…». Un día todas nosotras saldremos de aquí y regresaremos a nuestras aburridas vidas, nos casaremos con algún viejo rico y cumpliremos al pie de la letra todas estas tonterías que nos enseñan aquí. Mientras tanto, no

vale la pena desperdiciar el tiempo.

Hasta ese momento no me había detenido a pensar en lo que me acababa de decir Miranda: tarde o temprano surgiría la necesidad de sexo. Quizá porque apenas llevaba unos meses y estaba tratando de comprender mi nueva vida, tal vez porque pensé que era algo imposible en un lugar como ése o probablemente porque nunca había pensado en tener algo con una mujer. Jamás había sentido atracción hacia ninguna de mis amigas o compañeras de clase. Pero siempre tuve deseos sexuales muy fuertes.

Recuerdo que cuando tenía apenas tres o cuatros años de edad me sentaba en los descansabrazos de los sillones y me frotaba haciéndome de atrás hacia delante y viceversa. La sensación entre mis piernas era alucinante. Aún no sabía por qué lo hacía, pero tenía claro el para qué. Un día mi madre me encontró frotándome en el sillón y me dio varias nalgadas y una regañada sin explicarme por qué estaba mal.

Con frecuencia las amistades de mis papás llevaban a sus hijos a la casa. Mientras ellos fumaban puros y bebían Brandi, los menores jugábamos en el jardín o en alguna habitación de la casa. Entre esos niños había uno que me gustaba mucho, llamado Vicente, quien tenía la misma edad que yo. Era hijo de Rubén, el mejor amigo de papá. En cierta ocasión en la que estábamos jugando a las escondidillas con otra docena de invitados, Vicente y yo nos escondimos detrás de un mueble ubicado en contra esquina de una de las salas. El espacio era apenas suficiente para nosotros dos. Mi pierna izquierda estaba completamente pegada a su pierna derecha. Nuestros hombros parecían estar unidos.

—Ayer vi a mi hermana Rosario con un niño —mentí.

Vicente no respondió.

—¿Quieres que te diga lo que estaban haciendo?

—Si tú quieres —no se atrevió a mirarme. Estaba más preocupado porque no nos descubrieran.

—Se estaban besando.

Me miró de reojo y desvió la mirada rápidamente.

—¿Te explico cómo se estaban besando? —puse mi mano sobre su ingle.

La atención de Vicente era toda mía en ese instante, como si por arte de magia hubiese olvidado que estábamos en un juego. Sus ojos

parecían dos canicas enormes. Tragó saliva y asintió temeroso con la cabeza. Me acerqué y justo antes de poner mis labios frente a los suyos me detuve. No me atreví. Nunca lo hice. Siempre tuve intenciones que al final abortaba.

Sólo cuando se trataba de algo verdaderamente íntimo y solitario era capaz de hacerlo sin sentir culpa. Como cuando comencé a masturbarme a los trece, justo cuando mis deseos sexuales comenzaban a volverse dominantes. Por otro lado, las reglas en casa eran cada vez más estrictas. Me acercaba a la pubertad y los cuidados de mi madre y mis hermanas eran mayores. Vigilaban prácticamente todo lo que hacía. Jamás permitieron que estuviera a solas con ningún chico.

Por eso cuando Miranda me habló de la vida sexual que había en el instituto, sentí que mis deseos reprimidos comenzaban a florecer como en plena primavera.

—Tú le gustas a Jacqueline —dijo Miranda de pronto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te dijo algo?

—Ella y yo nunca hablamos, ni para saludarnos, pero la conozco demasiado bien. Cuando alguna niña le gusta, le hace la vida imposible.

—¿Por qué?

—Para que se aleje. Cuando se enamoró de Nancy estuvo al borde de romper todas las reglas por ella. Y mira que es la alumna más puritana de toda la escuela. Pero cuando se enteró de que Nancy y yo estábamos teniendo una relación, enfureció y nos delató.

—No me gustan las mujeres —aseguré.

Con el paso del tiempo fui descubriendo todos esos sitios donde las chicas tenían relaciones. También reconocí a las que ya tenían pareja y a las que andaban en busca de alguien. No sé si imaginar lo que hacían mis compañeras fue lo que despertó mi curiosidad o la falta de hombres en mi vida. Un día, caminaba por el pasillo y vi a Jacqueline salir de su dormitorio. Me adelanté muy despacio para dejar que se alejara. Para entonces ya no teníamos ningún tipo de confrontación. Al acercarme a su dormitorio noté que la puerta estaba entreabierta. Miranda me había estado vigilando.

—Cecilia —susurró.

Me detuve y miré en ambas direcciones del pasillo. No había

nadie. En ese momento Miranda abrió la puerta y me jaló del brazo. Ni siquiera me dio tiempo de decir una palabra. Me besó. Muy rico. Tierna y salvaje a la vez. Me arrinconó entre su cuerpo y la puerta del armario. Su aliento barnizó mi cuello. Su cabellera barría mi nariz. Esa mujer sabía muy bien lo que hacía. Sus senos y los míos hacían presión entre sí. Mi piel se estremecía. Me despojó de la ropa con una facilidad impresionante. Con ella conocí una forma diferente de tocar otros cuerpos. Me llenó de placer y me hizo vibrar sin llegar al acto sexual, pues, en ese momento entró la señorita Borromini. Jacqueline nos había delatado.

A partir de entonces, al igual que a Miranda, se me prohibió salir de mi habitación, más que para ir a clases, a misa y al comedor. Al principio pensé que sería más cómodo estar en mi dormitorio todo el día, pero con el paso del tiempo comencé a desesperar; entonces decidí revelarme. Comencé a desobedecer a mis institutrices. Estaba fastidiada de las reglas de etiqueta y todas esas formalidades. Permanecer todo el día con la columna recta nos generaba severos dolores de espalda. Cuando entraba al baño me agachaba hasta tocar las puntas de mis pies o hacía movimientos de espalda hacia los lados para contrarrestar los dolores. Un día, en medio de la clase, me harté de estar con la espalda recta y me encorvé. La institutriz me llamó la atención, pero la ignoré, luego caminó hacia mí:

—Señorita Lombardo de Rus, siéntese correctamente.

—No —respondí con la mirada hacia el piso y mis manos tocando mis pies—. Me duele mucho la espalda. Necesito cambiar de posición un rato.

—¡Le ordeno que se ponga de pie y salga inmediatamente del salón!

En ese momento tomé la decisión de hacer todo lo posible para que me expulsaran del instituto. No le hice caso a la institutriz. Entonces ella salió del aula. Mis compañeras me miraban con seriedad. Sólo dos de ellas dejaron escapar unas sonrisas clandestinas. Minutos después llegaron la señorita Borromini, la señorita Giraud, la señorita Townsend y dos hombres que trabajaban en el instituto.

—Señoritas, salgan del salón y vayan a sus habitaciones, excepto usted, señorita Lombardo de Rus —ordenó Borromini con

serenidad.

Todas obedecieron sin hacer ruido. En cuanto el aula quedó sin alumnas los dos hombres me levantaron como si yo fuese una hoja de papel, y me llevaron afuera del salón.

—¡Suéltenme! —dije en voz alta al mismo tiempo que me esforzaba inútilmente por liberarme—. ¡Suéltenme! ¡Suéltenme!

Grité cuando vi que me llevaban al sótano, donde estaban las habitaciones de la servidumbre y la cocina. Había un cuarto hasta el final, sin ventanas ni muebles, excepto por una cama muy pequeña, sin cobijas. Los hombres me metieron y salieron antes de que yo pudiese alcanzarlos y salir con ellos. El primer día grité varias horas. Lloré hasta quedarme dormida. Al amanecer sentí que habían pasado siete noches, pero era apenas la primera. Las paredes eran azul opaco, el piso era de madera vieja y el baño apenas un bote de latón en la esquina del cuarto, lo cual significaba que debía dormir con el escusado a unos metros de mi cama. Cada vez que orinaba o defecaba tenía que tocar a la puerta para pedir que me llevaran una cubeta de agua para vaciar mis excrementos por una coladera y luego el agua para que se fuera por el drenaje. Generalmente me la llevaban horas más tarde. Me daban de comer una vez al día. No me permitían bañarme. Ver esas cuatro paredes, el techo, la cama y el bote de latón por tres semanas y cuatro días me provocó una ansiedad que jamás había experimentado. Creí que me volvería loca. Por fin comprendía por qué todas obedecían, porque ninguna me había dicho nada.

Un día entró la señorita Borromini y sin mirarme comenzó a hablar. Yo me encontraba sentada en la orilla de la cama, con la espalda hacia la pared y abrazando mis piernas, con las rodillas al nivel de mi barbilla. Me sorprendió que no me ordenara que me sentara correctamente.

—El único objetivo de este castigo es hacerte una mejor persona. Me habría encantado enviarle a tu familia una jovencita perfectamente educada y respetuosa. Pero no se va a poder… —por primera vez me miró a los ojos—. Nosotras jamás hemos expulsado a ninguna alumna, ni lo haremos. Señorita Lombardo, el motivo de su regreso a casa no tiene nada que ver con su mal comportamiento. Nos llegó un telegrama en el que nos informaron que su hermano que vive en Alemania viene mañana por usted y que de ahí viajarán

a Francia para tomar un barco transatlántico. Su padre murió anoche.

Capítulo 3

El amor y otros prejuicios

La mañana del 16 de septiembre de 1910 no apareció una sola nota trágica en los periódicos. Todo era relacionado con la magna celebración del centenario de la Independencia en Palacio Nacional. Abundaban los desplegados de patrocinadores en páginas enteras, como el de la Compañía Cervecera Toluca y México S. A., que celebraba los festejos en *El Imparcial*. La Violeta, gran fábrica de puros, promovía en otro desplegado los puros llamados, Centenarios, los cuales tenían estampados en las etiquetas los rostros de veinticinco hombres ilustres, desde 1810 hasta 1910, incluyendo, por supuesto, a don Porfirio Díaz.

Ni la muerte de un aristócrata pudo empañar las celebraciones. Por lo tanto, el funeral de don Ignacio Lombardo de Rus tuvo que posponerse diez días. Don Porfirio Díaz había dado órdenes estrictas de que nada desviara la atención de los invitados ni de la prensa. Para el 26 de septiembre de 1910, ya se había retirado una gran mayoría de los huéspedes y los últimos eventos eran tan sólo protocolarios. Aun así, don Porfirio prohibió que se anunciaran las ceremonias fúnebres de don Ignacio. Todo se llevaría a cabo en la más absoluta discreción en la casa de los Lombardo de Rus, a la cual acudirían únicamente familiares y amigos cercanos.

Y si en algo favoreció el talente de don Porfirio a los Lombardo de Rus Gurría en esa ocasión, fue que la familia entera pudo encontrarse luego de un largo viacrucis de desencuentros y, por desgracia, por última vez.

Hacía varios años que los hijos de don Ignacio Lombardo de Rus no se reunían ni para las celebraciones más importantes. Por una u

otra razón alguno estaba ausente. Gabriel, a pesar de que su padre lo había elegido para que se hiciera cargo de los negocios familiares, decidió ir a vivir a Mérida, Yucatán, con su esposa y sus tres hijos. Las malas lenguas aseguraban que incluso el más obediente de los hijos se había hartado del autoritarismo de su padre. Luisa se había casado con un hacendado de Nuevo León. Las únicas que vivían en la capital eran Guadalupe, Rosario y Ana María. Antes de viajar a México para presenciar el funeral de su padre, Manuel, con más de una década viviendo en Alemania, viajó primero a Suiza para recoger a su hermana Cecilia en el Château Mont-Choisi.

—Estás enorme —Manuel alzó las cejas y abrió los ojos impresionado al ver a su hermana en la sala de espera del internado. La última vez que se habían visto ella tenía doce años—. Y tan bella.

Cecilia, con el semblante más opaco que nunca, apenas si pudo dibujar una sonrisa forzada.

—Se encuentra destrozada por la noticia —intervino la directora —. No ha podido dormir.

Por primera vez Cecilia veía nerviosa a la señorita Borromini. Enredaba los dedos de ambas manos con inquietud, como si estuviese tejiendo algo con apuro.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Cecilia con los ojos vidriosos. La tenía sin cuidado lo que la señorita Borromini dijera en ese momento. Estaba segura de que jamás volvería a ese lugar. Si algo la había impulsado a asistir a ese internado era, primero la creencia de que era un lugar digno de pertenecer, y segundo para darle gusto a su padre que muchas veces había insistido en verla casada con el mejor hombre de México y convertida en la dama más elegante de la capital. Pero ahora sin su padre no podía imaginar su futuro. La aterraba la idea de estar en casa sin él y sin su nana. La relación con su madre, si bien jamás fue nociva, tampoco resultó ser amorosa.

Manuel no entendía el dolor de su hermana. No porque no quisiera, sino porque en su memoria seguían abatiendo los golpes, escuchándose los gritos, las amenazas, y retumbando el odio sin sentido. Muchas veces se preguntó —no por celos ni por envidia— por qué el amor de su padre hacia sus hijos había sido distribuido tan inequitativamente.

—Papá tuvo un infarto —respondió fríamente, aunque ganas de contar la verdad no le faltaron, pero a petición de su madre en un telegrama, no dijo nada en el instituto—. Vámonos. Daniel nos espera.

—¡Daniel! —a Cecilia se le dibujó una sonrisa—. ¿Está afuera? —dio unos pasos a la salida.

—No. En Francia.

Daniel había estado estudiando en Inglaterra, pero en ese momento se había trasladado a Francia para encontrarse con sus hermanos y viajar los tres en el mismo transatlántico.

—Ah… —Cecilia se detuvo de golpe y desilusionada bajó la mirada.

Manuel sabía del cariño que se tenían esos dos hermanos menores y por un instante sintió un golpe de desolación porque él jamás había tenido una relación parecida con ninguno de sus consanguíneos. En muchas ocasiones se preguntó si se debía a su temperamento o al de ellos. Incluso llegó a pensar que no eran familiares, pero al verse en el espejo se desvanecían las dudas: todos tenían, en copia fiel, los rasgos de su padre.

—Vámonos —dijo con seriedad.

La señorita Borromini dio instrucciones a dos de sus empleados para que subieran el equipaje de Cecilia al automóvil. Mientras tanto, las alumnas observaban curiosas desde las ventanas de sus dormitorios. Entre ellas corría el rumor de que habían expulsado a su compañera, algo que no era nada favorable para el instituto, pues al hacerlo, darían señales de incapacidad para educar hasta a las más rebeldes alumnas. En cuanto el coche arrancó la señorita Borromini ordenó que todas las estudiantes y docentes se reunieran en el comedor. Ahí les informó que el padre de Cecilia había muerto y que ésa era la única razón por la cual se había ido. Hubo sonrisas y caras de incredulidad que incomodaron a la señorita Borromini.

Mientras tanto Cecilia observaba con tristeza los viñedos desde el automóvil. Lamentaba que su viaje a aquel país tan hermoso y organizado no le hubiera satisfecho como ella esperaba.

—¿Estás bien? —preguntó Manuel al verla tan callada.

Aunque no habían tenido una relación muy cercana, Manuel recordaba que en la infancia Cecilia hablaba tanto que su madre o su nana tenían que callarla.

—Sí.

—Sé que esto es muy doloroso para ti. Me gustaría tener las palabras correctas y ser el mejor ejemplo de la familia para que me creyeras, pero no puedo. No lo tengo. No nací para la obediencia.

Cecilia fingió que lo ignoraba, aunque puso mucha atención a cada una de las palabras de su hermano. Hasta ese momento había comprendido cuán parecidos eran ella y él. Jamás se había declarado rebelde, pero en el internado surgió esa otra Cecilia que nadie conocía.

—¿Te vas a quedar en México? —preguntó Cecilia para cambiar el tema de la conversación.

—No —respondió sin titubear.

—¿Aunque papá ya no esté en casa? —arrugó el ceño.

El automóvil transitaba en ese momento entre una larga cortina de árboles de grandes dimensiones que apenas si dejaban pasar algunos débiles rayos de sol. Daba la impresión de que estaban atravesando un túnel tapizado de hojas verdes y cafés.

—Al principio mi motivo era alejarme de papá, pero con el paso de los años fue creciendo mi amor por Alemania y su estilo de vida. Muy a pesar de las diferencias entre católicos y judíos, creo que es un país con un gran futuro. Dudo que algún día llegue a una crisis parecida a la que está viviendo México.

—¿A qué te refieres? México no tiene ninguna crisis.

—Eso es lo que tú crees porque has vivido alejada de México.

—Sólo fue año y medio —liberó una risa inaudible.

—Ha sido toda tu vida…

La sonrisa de Cecilia se desvaneció. Se encogió de hombros, dirigió la mirada hacia la ventanilla del automóvil y observó las hojas secas que bailoteaban esparcidas por los neumáticos del Mercedes Benz, modelo 1910, color vino, con techo descapotable blanco.

—Estoy hablando en serio, Cecilia —Manuel insistió, como si tuviera deseos de despertar a su hermana de aquella fantasía en la que había permanecido dieciséis años—. No tienes idea de la miseria que hay en México.

—Sí, lo sé. Los veía en el Zócalo, en el centro de Puebla, Guadalajara y Monterrey.

—Eso no es nada comparado con lo que verías si recorrieras el

país.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —Cecilia se llevó las manos a la frente con un gesto de incomodidad.

Manuel guardó silencio por varios minutos. Cecilia mantuvo la mirada a través del cristal del automóvil. Las hojas esparciéndose por el viento la tenían distraída, mas no le había borrado de la mente los comentarios de Manuel. Ella sabía perfectamente que en su país había pobreza, pero había sido educada para ignorarla, minimizarla en las conversaciones, y evadir cuando no existían más recursos, pero en esta ocasión no había forma de irse al salón siguiente, excusarse con cualquier argumento absurdo, fingir; se trataba de su hermano mayor, el que más conflictos había tenido con su padre, el que más comprendía la situación de México, pues también se había dado el tiempo de recorrer el país: cada vez que viajaba de Alemania a México, permanecía tres días en la capital y veinticinco en el resto de la república.

—Perdóname —Cecilia casi nunca pedía perdón.

—No es tu culpa.

Cecilia se sintió molesta con el comentario.

—No quise ser impertinente.

—Te educaron para ser sumisa… Entiendo tu actitud…

—Yo no soy sumisa… —se enojó.

—Estabas en una escuela para esclavas sexuales.

—¡¿Qué?! —Cecilia frunció el ceño, arrugó los labios, se encogió y empuñó las manos sin darse cuenta.

—Disculpa, no debí decir eso —Manuel se recargó en el asiento y cerró los ojos.

—¿De verdad crees lo que acabas de decir?

Cecilia lo creía firmemente, pero necesitaba el apoyo de su hermano para no volver jamás, sólo que él no lo entendió en ese momento y creyó que su hermana estaba ofendida.

—Ya te pedí perdón…

—Tienes razón —dijo Cecilia con la mirada hacia el frente, viendo la nuca y el sombrero del chofer. Al fondo se quedaba una carretera angosta, tapizada de hojas secas—. En esa escuela lo único que aprendemos es a pisotear nuestra dignidad. No entiendo cómo Guadalupe pudo estar ahí tantos años…

—Ella nació sin dignidad.

Ambos rieron en ese momento.

—No quiero volver a esa escuela —dijo Cecilia luego de unos minutos de silencio.

—No volverás. Te lo prometo —Manuel la miró con mucha seguridad.

—Pero si regresas a Alemania no vas a poder ayudarme si mamá se aferra a que regrese.

—La verdad es que no creo regresar pronto. Mamá va a necesitar de nuestro apoyo con los negocios de papá. Además, tengo entendido que la situación del país no está muy bien que digamos.

—Papá siempre decía que gracias a don Porfirio México había incrementado su comercio nacional e internacional, que había traído inversión extranjera.

—Sí y también se hicieron muchas cosas más como la construcción de ferrovías, las cuales incrementaron de seiscientos setenta kilómetros a casi veinticinco mil durante el Porfiriato y muchas obras públicas en la capital. El problema principal es la mala distribución de riquezas. Familias como la nuestra han sido excesivamente beneficiadas, mientras que otras miles sufrieron la represión del Estado y han perdido incluso sus tierras. No se puede negar que los primeros años del régimen fueron verdaderamente buenos, lo malo es que no supieron adaptarse al cambio, a las nuevas generaciones, a la modernidad. Ahora se han vuelto represores del pueblo y se han ganado muchos enemigos. Más aún con el fraude electoral de este año y el encarcelamiento injusto de Francisco I. Madero.

Cecilia ignoraba quién era el hombre que su hermano recién había mencionado. En el año y medio que había permanecido en Suiza apenas si se había enterado de algunos acontecimientos en México por medio de algunas cartas de su amiga Alejandra. Principalmente le contaba sobre los preparativos del centenario de la Independencia. Aunque tenía deseos de seguir platicando con su hermano, sentía que no estaba lo suficientemente informada para mantener una conversación. Entonces disimuló un bostezo.

—Disculpa, pero anoche no dormí y necesito reponerme —de cierta manera no estaba mintiendo. No había dormido bien en varias semanas y la noche anterior, principalmente por la noticia de que su padre había muerto.

—Descansa.

Cecilia se acomodó de lado y cerró los ojos. Sin darse cuenta se quedó dormida y despertó hasta que llegaron a la estación de trenes de Ginebra. Debían esperar un par de horas a que partiera el tren.

—Vamos a comer —dijo Manuel y se dirigió a la salida de la estación.

—¿A dónde? —Cecilia lo siguió con dificultad. Su hermano daba pasos muy largos y ella, con el vestido y los tacones, apenas si podía dar pasos cortos. Sin darse cuenta caminaba con elegancia. Tenía muy grabadas las enseñanzas del Château Mont-Choisi.

—No tengo idea. Vamos a buscar. Debe haber algo bueno por aquí cerca.

—¡Espérame! —Cecilia alzó la voz.

Manuel se detuvo sorprendido con el tono imperativo que por primera vez había escuchado de su hermana.

—No puedo caminar al mismo paso que tú —señaló con los dedos el vestido y sus zapatos.

Aunque ganas de sonreír no le faltaron, Manuel respondió con un gesto humilde: agachó la cabeza y juntó las palmas de las manos.

—Vamos —Cecilia avanzó y Manuel a su lado, haciendo todo lo posible para dar pasos que para él resultaban demasiado cortos.

Al llegar a la calle caminaron sin rumbo preciso hasta encontrar un establecimiento casi vacío en el cual se detuvieron a comer.

—Recuerdo el día que llegamos —dijo Cecilia con una sonrisa irónica—. Tenía tantas ilusiones. Me había tragado todos los cuentos falsos que me contó Guadalupe.

—De haber sabido, yo me hubiera encargado de desmentirla.

—¿Cómo ibas a saber del maltrato en el Château Mont-Choisi?

—No me refería a eso, sino a las mentiras de Guadalupe. Yo siempre supe que era una mentirosa. Y estoy seguro de que lo hizo para arruinarte la vida.

—¿En verdad crees eso? —Cecilia se quedó boquiabierta.

—No solamente lo creo, lo aseguro. La conozco bastante. Mucho más que tú. Crecí con ella, fui testigo de todas las maldades que les hacía a los otros hermanos y luego fingía inocencia. Ésa siempre ha sido su forma de ser: actuar como beata ante la familia y la sociedad para poder ejercer su crueldad en las sombras. El Château

Mont-Choisi es la escuela perfecta para ella porque ahí mejoró sus estrategias de engaño.

Cecilia se quedó en silencio por un largo rato.

—¿Dije algo que te incomodara? —preguntó Manuel.

—Me siento extraña contigo —dijo Cecilia mientras masticaba un emparedado—. Nos conocemos muy poco y a ratos no sé qué decir.

—Te entiendo perfectamente —Manuel respondió con tranquilidad, mirando al horizonte—. La diferencia de edades es la razón principal.

—Todo esto es tan raro. Nacimos y crecimos en la misma casa y somos dos desconocidos.

—La mayoría de mis amigos han pasado por lo mismo: vienen de familias numerosas. Uno de ellos tiene catorce hermanos con su madre y cinco más con el padre.

—¿Crees que papá tuvo hijos con otras mujeres? —sonrió con nerviosismo. Aunque quiso fingir que lo decía de broma, en el fondo Cecilia esperaba que no fuera cierto. La imagen de su padre ya había perdido prestigio con el paso de los años y enterarse de algo así la hundiría.

—No lo sé —Manuel arrugó las cejas y acarició su delgado bigote con los dedos—. Dicen que los hijos ilegítimos siempre aparecen en los funerales —bajó la mirada y observó su copa de vino por un instante. Sintió deseos de decirle a Cecilia que su padre había muerto en adulterio, pero tenía claro que hacerlo le arrebataría la atención de su hermana por el resto del viaje. Sabía que a final de cuentas podría justificar su silencio por petición de su madre.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Cecilia dejó su emparedado sobre el plato, puso los codos sobre la mesa y las quijadas sobre las palmas de sus manos.

—Por supuesto…

—¿A qué crees que se deba el maltrato que te dio papá?

Aquello era un tema que despertaba muchas inquietudes y dolores en Manuel.

—No lo sé —se masajeó la nuca—. Siempre me lo he preguntado. Jamás entendí sus motivos. Lo que sí te puedo asegurar es que nunca estuve de acuerdo con la violencia que ejercía hacia

todos nosotros, y siempre se lo hice saber. Creo que eso fue lo que más lo enfurecía. No recuerdo exactamente cuándo fue la primera vez que me revelé, pero sí tengo claro que nunca tuve miedo.

—¿Te duele su muerte?

—En lo absoluto. No siento placer, pero tampoco dolor ni pena. Quizá hace diez años me habría dado gusto. Ahora simplemente lo veo como un desconocido. No lo voy a negar, los golpes siguen en mi memoria, y seguirán ahí por muchos años, tal vez por siempre, pero no me generan rencor.

—Escucharte decir esas cosas me conmueve y me duele: es como hablar de dos personas completamente distintas.

—A todos nos sorprendió la forma en que cambió contigo. A pesar de que a las otras hijas siempre les dio más amor que a los varones, contigo fue demasiado. Se enamoró de ti.

A Cecilia le brotaron unas lágrimas en ese momento.

—Disculpa… —dijo ella limpiándose las mejillas con elegancia, como había aprendido en el Château Mont-Choisi.

Ambos guardaron silencio por el resto de la comida. Tampoco hablaron en las siguientes horas. Al abordar el tren, Cecilia cayó dormida en cuanto iniciaron el recorrido. Manuel se mantuvo despierto durante todo el viaje. Tenía el corazón hecho pedazos: se había enamorado ciegamente de una alemana incapaz de expresar sus sentimientos. Cuando comenzaron su relación, Manuel pensó que era timidez. Trato de ser paciente con ella, pero descubrió que en realidad no era ésa la causa de su frialdad. Le encantaba hablar de todo y a todas horas, excepto de lo que sentía, de lo que pasaba por su mente. Si Manuel se atrevía a preguntar qué sentía ella por él, Emily arrugaba la cara y miraba en otra dirección:

—¿Para qué quieres saber?

—Pregunto porque te quiero, y necesito saber qué es lo que sientes por mí —respondía.

—Sí, sí te quiero —decía ella como quien admite ser culpable de algún error—. ¿Ya? ¿Podemos hablar de otra cosa? —alzaba las cejas y se encogía de hombros.

Emily era muy apasionada en la intimidad, pero apenas terminaban se transformaba por completo en un tímpano de hielo. Sólo en una ocasión, cuando Manuel se despidió sin darle un beso ni el acostumbrado «te quiero» que pronunciaba con tanto afán,

Emily lo detuvo y le dijo con temor que lo quería. Fue la primera y única vez que exhibió sus sentimientos ante Manuel. Él se acercó e intentó abrazarla, pero ella se lo impidió. Detestaba los abrazos. De acuerdo con sus palabras, cada vez que alguien lo hacía ella sentía una urgencia por escapar.

Si bien Manuel se había enamorado en otras ocasiones jamás había sufrido por amor, lo que para muchos es el verdadero síntoma del enamoramiento. A él le parecía una estupidez. Para él aquello no era más que una muestra de debilidad. Y aunque en más de una ocasión sintió que se le desmoronaba el mundo al terminar alguna relación, jamás dio muestras de debilidad ni mucho menos pidió perdón. Se sabía orgulloso, y lo utilizaba como su mejor escudo. Había aprendido a usarlo desde la infancia: por mucho que sintiera ganas de llorar, se aguantaba el sufrimiento y mostraba al mundo cara de dignidad.

Fueron varias las mujeres que bañadas en llanto le rogaron que no las abandonara, pero él jamás dio su brazo a torcer. No perdonaba desplantes, mentiras y mucho menos infidelidades. Era un roble ante un ramo de rosas que se deshojaba con el soplo del viento.

Jamás imaginó que un día se encontraría a una mujer mucho más orgullosa y fría que él. Una mujer que no se permitía siquiera la más mínima cursilería. La vida también le había dado cachetadas y por ende ella no estaba dispuesta recibirlas nuevamente. Sin importar cuánto sacrificara, nunca, nunca, nunca le permitiría a nadie que la volviera a humillar. Nadie le volvería a levantar una mano ni tendría siquiera el derecho de reclamarle algo. Se había declarado libre en una época en la que las mujeres no solían hacer tal atrevimiento.

Se lo advirtió a Manuel muchas veces: ella era una mujer libre de hacer lo que le viniera en gana, jamás habría lazos entre ellos, nada de reclamos, al primer drama, se acabaría todo. Manuel creyó haberlo entendido, pero lo olvidó conforme su amor por Emily fue engordando. Un día la encontró coqueteando con un hombre. La razón y los celos son incompatibles. Generalmente, los segundos siempre terminan ganando la batalla. Manuel perdió la cabeza, le reclamó a Emily su infidelidad, una infidelidad inexistente ya que ella le había advertido que en cualquier momento ella podría tener

algún encuentro amoroso con quien le diera la gana e incluso lo abandonaría si así lo deseaba. En un acto beligerante, Manuel decidió dar por terminada aquella relación amorosa que tantas sonrisas le había generado en los últimos meses. Seguro de que ella volvería en un par de días con la cola entre las patas, esperó primero enojado, luego confundido, al final preocupado porque ella no se dignaba a buscarlo y mucho menos a rogarle como muchas otras lo habían hecho en el pasado.

Dos semanas más tarde, Manuel se rindió y se declaró imbécilmente enamorado de Emily. Echó al basurero su orgullo y su dignidad y fue a su casa a pedirle perdón, pero ella se negó a abrirle la puerta. Volvió al día siguiente y la mucama le abrió sólo para informarle que la señorita Emily no quería verlo. A la mañana consecutiva le mandó decir que no soportaba las escenas de celos. Esperó una semana para volver a buscarla, pero recibió la misma respuesta. Insistió los días siguientes, sin embargo, ya nadie abrió la puerta.

El desamor consume y Manuel se diluyó en el alcohol y los prostíbulos por más de tres meses hasta el día en que recibió un telegrama en el que le informaban que su padre acababa de morir. Como un primer impulso pensó en no asistir al funeral de aquel que le había hecho trizas el corazón con su desprecio. Luego pensó que sería una buena despedida ir a escupir a su tumba. Finalmente concluyó que sería la mejor manera de sacar a Emily de su cabeza. Lo sabía por experiencia: la distancia facilita el olvido.

También sabía que los viajes nutren el recuerdo. Emily permaneció en su mente a lo largo de aquel trayecto. Sus ojos chiquitos y su nariz esbelta, sus labios tan finos, su voz suave y al mismo tiempo tan ruda, sus hombros delgados, sus senos pequeños, y esas caderas, ella, toda ella, su risa, su ironía, su impresionante capacidad para ver el mundo desde una perspectiva más libre. Emily era una diosa. Emily era la mujer de sus sueños, probablemente el amor de su vida, y la había perdido por un arranque de celos. Manuel fue el hombre que más amó a Emily, y él, al que ella más adoró en la vida. Pero bajo los embrujos del amor casi nadie es justo y muchas veces castiga a quien menos lo merece.

Al amanecer llegaron al puerto de La Rochelle, Francia, donde

Daniel ya los esperaba. En cuanto Cecilia lo vio a lo lejos corrió hacia él y se le colgó del cuello en un abrazo. Se besaron las mejillas. Manuel los contempló con gozo y a la vez con tristeza. Habría dado lo que fuera porque alguna de sus hermanas lo quisiera de esa manera.

—No sabes cuánto te he extrañado —dijo Cecilia sin quitarle los brazos del cuello.

—Yo a ti, pequeña —era el único de la familia que la llamaba de esa manera— ¿Cómo has estado? Cuéntame de tu estancia en el Château Mont-Choisi.

—No quiero hablar de eso —respondió y soltó a su hermano.

Manuel se acercó a ellos.

—Hermano —dijo Daniel con regocijo. Aunque tampoco había tenido una relación cercana con Manuel era de los pocos con los que se sentía a gusto.

—¿Cómo va la vida en Inglaterra?

—Maravillosa —respondió Daniel fingiendo una sonrisa.

—Me alegra escuchar eso. Vamos, que ya es tarde.

Avanzaron entre la multitud entusiasmada por el viaje en el transatlántico que los llevaría al continente americano. Para ellos, que habían viajado prácticamente toda su vida de un continente a otro, no representaba ya ninguna emoción, en cambio para la mayoría de los pasajeros era una experiencia primeriza y digna de festejos.

Los hijos de don Ignacio Lombardo de Rus observaron con indiferencia al resto de los pasajeros festejando la partida lanzando flores y gritando orgullosamente. Mucha gente permaneció un par de horas en la cubierta observando el puerto de La Rochelle hasta que desapareció en el horizonte.

Poco a poco fueron entrando a sus camarotes hasta que sólo quedaron unas cuantas personas, entre ellas Daniel, a quién el viaje le había caído como anillo al dedo. Llevaba un año ocultándose de las autoridades londinenses. Había sido acusado de sodomía. De acuerdo a la Criminal Law Amendment Act 1885, se estableció como delito de sodomía cualquier práctica sexual entre varones.

Su amante, un joven inglés de apenas dieciocho años había sido condenado a dos años de prisión con trabajos forzados. Daniel tuvo la suerte de que Jason le rogara que escapara por la ventana antes

de que entraran los policías a su departamento. Ni las amenazas ni la tortura fueron suficientes para que Jason revelara el nombre de su amante. Sabía perfectamente que a Daniel, por ser extranjero, le iría peor. Ser homosexual era un riesgo que muchos estaban dispuestos a correr con tal de ser felices. Inglaterra tenía casi cuatrocientos años oprimiendo a los homosexuales. Por desgracia, las autoridades continuaron investigando hasta que varios de los testigos coincidieron con el nombre de Daniel.

Uno de los casos más recientes y más famosos era «El escándalo de la calle Cleveland», donde un burdel masculino fue descubierto por las autoridades en 1889, y estaban involucrados una larga lista de personalidades de la élite londinense.

Daniel sabía que en México la situación era igual, pero que de cierta manera tenía el respaldo de su familia y, por supuesto, el apellido Lombardo de Rus. Al igual que «El escándalo de la calle Cleveland», en México había ocurrido algo muy parecido el 18 de noviembre de 1901, cuando la policía llevó a cabo una redada en una vivienda particular de la calle Paz, en la que cuarenta y un hombres —diecinueve de ellos vestidos de mujeres—, bailaban alegremente. Nunca se hicieron públicos los nombres de los arrestados ya que se rumoraba que entre ellos se encontraba el número cuarenta y dos: el yerno de Porfirio Díaz, Ignacio Mier, a quien, según las malas lenguas, los mismos policías le permitieron huir. El caso quedó en la memoria colectiva como «El baile de los cuarenta y uno».

En un periódico se publicó: «La noche del domingo fue sorprendido por la policía, en una casa accesoria de la 4.ª calle de la Paz, un baile que 41 hombres solos verificaban vestidos de mujer. Entre algunos de esos individuos fueron reconocidos los pollos que diariamente se ven pasar por Plateros. Éstos vestían elegantísimos trajes de señoras, llevaban pelucas, pechos postizos, aretes, choclos bordados y en las caras tenían pintadas grandes ojeras y chapas de color. Al saberse la noticia en los bulevares, se han dado toda clase de comentarios y se censura la conducta de dichos individuos. No damos a nuestros lectores más detalles por ser en sumo grado asquerosos».

El 25 de noviembre de 1901, el periódico *El Popular* publicó: «Los vagos, rateros y afeminados que han sido enviados a Yucatán,

no han sido consignados a los batallones del Ejército que operan en la campaña contra los indios mayas, sino a las obras públicas en las poblaciones conquistadas al enemigo común de la civilización».

A pesar de que Cecilia y Manuel intentaron en diversas ocasiones saber qué tenía a Daniel tan preocupado, no lo lograron. Daniel sabía perfectamente que desde entonces se habían intensificado las redadas, los chantajes policíacos, las torturas, y encarcelamientos en la capital. Prefirió guardar su secreto para siempre. Le quedaba la tranquilidad de que lo ocurrido años atrás con aquel muchachillo con el que había perdido la virginidad había quedado en el olvido, o por lo menos en rumores.

Ocho días más tarde, los tres hijos de don Ignacio Lombardo de Rus llegaron al funeral para enterarse de que su madre había enloquecido.

Capítulo 4

El silencio de Alejandra

Los primeros días del viaje fueron sencillos, manejables porque mis hermanos y yo nos dimos tiempo para platicar un poco, actualizarnos en algunos chismes, pero los últimos cinco, a decir verdad, resultaron insoportables. Se nos acabaron los temas de conversación y el deseo de convivir. Para mi sorpresa, Manuel se comportó más agradable que Daniel. No tengo idea si se debía a él, a mí, o a ambos, pero la relación que habíamos sostenido años atrás parecía haberse esfumado. Él apenas si quería hablar de su vida en Londres. Y admito que yo tampoco tenía intenciones de platicarles sobre mi experiencia en el Château Mont-Choisi.

Llegamos al puerto de Veracruz en medio de un calor insufrible. Por lo menos para mí que venía de Suiza donde la mayor parte del tiempo hace frío. Y yo con valijas llenas de ropa invernal. Aunque sólo me había ausentado año y medio, bajar del barco y ver tanta gente morena y mucha de ella en condiciones deplorables me cambió la perspectiva. No recordaba tanta miseria. Quizá Manuel tenía razón y yo no me había dado cuenta de que había vivido alejada del verdadero México. En mis recuerdos había niños descalzos, una que otra mujer vendido ropa bordada a mano en las banquetas afuera de la iglesia o en el mercado. Lo que estaba viendo a mi regreso era un país hundido en la pobreza. Aunque tuve deseos de hablar de eso con mis hermanos me abstuve, ya que en los últimos días apenas si nos habíamos saludado en las mañanas y hacíamos algunos comentarios triviales para romper el silencio en la mesa.

Abordamos un tren que nos llevó a la Ciudad de México. Igual

que en los últimos días, no hablamos en todo el camino. Para mi suerte, conforme fuimos acercándonos a la capital la temperatura fue bajando. A veces pensaba en la señorita Borromini y me preguntaba cómo sería ella en Veracruz. No creo que habría logrado sobrevivir más de un día. Criticaría despiadadamente los modales de las mujeres mexicanas: todo sería vulgar, corriente y horroroso.

Llegamos a la estación de trenes al amanecer, donde nos estaban esperando mi hermana Rosario y el chofer. Tuvimos dificultad para obtener nuestro equipaje. Se habían perdido algunas maletas y nadie supo darnos una respuesta congruente. Todos los trabajadores se justificaban o simplemente nos ignoraban. No recordaba tanta desorganización e incapacidad de los empleados para solucionar problemas.

Al llegar a casa todo cambió por completo. A pesar de que nos habían anunciado que don Porfirio había exigido que el funeral fuese discreto, a mi madre no le importó y avisó a toda la familia y a todos los conocidos. Era difícil caminar por la casa entre tantas personas que en lugar de rezar o guardar respeto, charlaban como si se encontraran en una cena de gala en Palacio Nacional.

Al llegar a la sala nos encontramos a mi madre hablando en voz alta:

—Éramos tan jóvenes —dijo frente al féretro, vestida toda de negro y con un velo cubriéndole el rostro—. Tomamos un camino con la ilusión de llegar juntos a la vejez. Corrimos. Queríamos devorarnos el mundo. Construimos un universo para nosotros, en el cual nadie más importaba. Nos juramos amor tantas veces. Nos prometimos tantas cosas. Y cometimos tantos errores. Sin embargo, nada de eso fue razón suficiente para dar fin a nuestra historia. Crecimos juntos. Recorrimos el mundo de la mano. Aprendimos tantas cosas una del otro. Acumulamos miles de anécdotas. Compartimos millones de instantes. Platicamos de todo. Nos amaneció cientos de veces amándonos; otras odiándonos. Nos dijimos frases hermosas y crueles. Con tu llegada terminó una de las etapas más tristes de mi vida, comenzó la más feliz, la más completa, y sin ti inicio otra tremendamente dolorosa. Lo teníamos todo para ser inmensamente felices y renunciamos a eso por decenas de razones sin pies ni cabeza. Cuántas veces nos lo dijo Rubén: «La vida no es difícil; nosotros la hacemos difícil». Perdoné

todo, menos que me dejaras de querer. Sólo tú sabes qué fue lo que me perdonaste y lo que jamás me perdonarás… donde quiera que te encuentres. Puse mi vida entera en este matrimonio. Mi proyecto de vida era cuidar de ti y hacerte feliz a toda costa. No lo logré. Jamás imaginé que viviría este día. Tenía la esperanza de librar todos los obstáculos y llegar al final contigo. Dibujé en mi mente a dos ancianos que se amaban a pesar de la adversidad. Habría sido muy bello tenerte a mi lado en este momento tan importante en mi vida. Te pido que me perdones por no ser lo que esperabas, por no saber hacerte feliz, por tantos errores. Pero no soy una mala persona. No soy una mala persona. Lamento mucho no ser quien tú querías. Me atormenta la soledad en la que me encuentro. Jamás había llorado tanto como en estos días. Me arrepiento de tantas cosas que hice y no hice.

Dentro del salón donde se estaba velando el cuerpo de mi padre, la gente se mantenía en silencio; sin embargo, afuera se murmuraba con cinismo. Luisa, nuestra hermana mayor, nos informó que mamá tenía días repitiendo las mismas palabras. Si bien la muerte de mi padre me tenía conmocionada, enterarme de que mi madre había enloquecido me dejó perpleja.

—No habla con nadie —explicó Luisa haciendo todo lo posible por disimular: espalda recta, codos hacia adentro, mirada al frente y el rostro sin expresión.

—¿Por qué no nos avisaste en el telegrama? —reclamó Manuel tratando de mantener la compostura.

—¿Y qué ibas a cambiar desde allá?

Mi hermano se quedó callado. Se notaba en sus ojos la ira y a la vez la impotencia. Pero la realidad es que ninguno de nosotros podía solucionar lo que estaba ocurriendo.

—A lo único que le ha dado verdadera atención ha sido al funeral, incluyendo sus preparativos.

—¿Entonces puede que sea pasajero? —preguntó Daniel.

—Eso dicen los médicos que han venido a observarla, porque tampoco se ha dejado diagnosticar correctamente.

—¿Qué fue lo que le causó el infarto a mi padre? —pregunté.

—¿Infarto? —Luisa me miró con sorpresa.

—¿Podemos hablar de eso más tarde? —intervino Manuel.

—¿Por qué? —respondí al no entender la reacción de mi

hermano—. Quiero saberlo ahora.

—Porque no te informé todo.

No pude contener mi rabia y le exigí que me explicara.

—Papá murió en un incendio.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo?

—Tuvo la cortesía de acompañar a la esposa de don Nazario Castillo y Berra a su casa la noche de la celebración de la Independencia y justo cuando se despedía se percataron de que la chimenea había expulsado un pequeño trozo de carbón el cual cayó en la alfombra y fue demasiado tarde cuando intentaron escapar.

—¿Tarde? —dije tratando de contenerme—. Qué explicación tan absurda.

—Así son los designios de Dios. No tienen explicación —dijo con tono de monja, Guadalupe que en ese momento se había acercado a nosotros.

—¿En verdad tienes que decir esas cosas en este momento? —respondí enojada. Creo que también lo dije por el enojo que sentía hacia ella por haber convencido a papá de que me enviaran a estudiar a Suiza. Más aún, por lo que me había contado Manuel en nuestro viaje de regreso.

—Es la verdad: Dios padre, sabe por qué hace las cosas —tenía las palmas de las manos unidas frente a su pecho como si estuviese rezando.

—Papá y la esposa de don Nazario eran amantes —dijo Rosario con un discreto tono sarcástico—. No se dieron cuenta del incendio porque estaban haciendo el amor —apretó los puños y los lanzó hacia el frente al mismo tiempo que hacía un ruido con los labios sonrientes.

—¡Cállate! —la regañó Guadalupe y le pellizcó el brazo.

—¡Suéltame! —le respondió Rosario con rabia—. ¡Suéltame o grito!

Guadalupe la soltó y Rosario cobró venganza con un codazo en las costillas.

Sentí que se me congelaba la sangre. No podía creer lo que acababa de escuchar. Sin poder controlar mi ira, salí de la sala.

—Cecilia —Manuel dio un par de pasos detrás de mí, pero Luisa lo detuvo.

—No es momento para escándalos. Déjala que salga un rato y se

desahogue. Regresará cuando se sienta más tranquila.

Alcancé a escuchar eso ya que por el tumulto de gente se me complicó llegar a la puerta. Caminé por Paseo de la Reforma con dirección al norte. A pesar de encontrarme entre tanta gente me sentía inmensamente sola. La relación con mis hermanos se encontraba peor que nunca: éramos unos desconocidos. Y con la ausencia de mi nana y mi padre, todo en mi futuro se veía gris. Sentí deseos de salir corriendo y perderme en esa ciudad que me había visto nacer y que en ese momento parecía desconocerme. Por primera vez en mi vida sentí odio hacia mi padre. De súbito se había convertido en la peor decepción de mi vida.

Minutos más tarde vi a mi mejor amiga Alejandra y a sus padres —que vivían a tres cuadras— caminando en dirección a mi casa. Su primera reacción fue abrazarme y decirme cuánto sentían la muerte de mi padre, como si se hubiesen enterado en ese instante. Durante el viaje pensé que en cuanto llegara al funeral no iba a poder detener el llanto, pero con la noticia del adulterio todo cambió. No derramé una sola lágrima y la gente lo notó.

—Entiendo tu dolor —dijo doña Estela, la mamá de Alejandra, mientras me acariciaba las mejillas, como si buscara rastros de llanto.

—Vamos a darle nuestras condolencias a tu mamá —dijo el papá de Alejandra.

—¿Quieres que te acompañemos de regreso a tu casa? —doña Estela preguntó con un tono muy parecido al de Guadalupe: autoritario y dulce a la vez.

—No —respondí—. Voy a quedarme aquí un rato.

—No es correcto que una señorita de tu edad esté en la calle a estas horas de la noche —insistió.

—Disculpe, necesito estar sola —respondí tajantemente.

—Está bien —dijo ofendida y casi al borde del llanto—. Yo lo decía porque para mí siempre has sido como a una hija y deseo lo mejor para ti. Me preocupa tu bienestar y…

—Mamá —Alejandra la silenció—. Vayan a la casa de Cecilia. Yo me quedaré con ella.

Tampoco tenía deseos de estar con mi amiga, pero era preferible a tener que seguir escuchando los chantajes de su madre. Recuerdo que, en una ocasión, Alejandra había pedido, con un mes de

anticipación, permiso para ir con mi familia a un viaje a Guadalajara, y su madre había accedido. Pero justo el día en que saldríamos de viaje, ella se hizo la enferma. Siempre utilizaba falacias como ésa y Alejandra siempre cedía, aunque no le creyera. El drama de su madre consistía en insistirle a su hija que la dejara ahí en casa, con la servidumbre y que se fuera a donde tenía que ir, pero persistía con un «ya estoy acostumbrada a arreglármelas yo sola», lo cual era completamente falso: no era una mujer soltera, ni viuda, ni abandonada, ni pobre. Tenía a su esposo y siete hijos varones, pero a Alejandra, por ser la única hija, y la menor, la había condenado a ser su acompañante hasta su muerte.

—¿Cómo estás? —me cuestionó Alejandra con dificultad. Ella sabía cómo me sentía, pero al mismo tiempo tenía que hacer el interrogatorio. Las amigas siempre nos preguntamos cómo estamos, aunque sepamos la respuesta.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —me tallé los ojos.

Ambas comenzamos a caminar por Paseo de la Reforma con dirección al sur.

—Cómo tú digas —noté que Alejandra sintió un alivio. Sólo con verla sabía que algo estaba ocultando. La conocía perfectamente, mucho más de lo que ella imaginaba; tanto que siempre estuve al corriente de esas fechorías de ingresar a las habitaciones en las fiestas y robarse algo de valor. En varias ocasiones impedí que la descubrieran, sin que ella se enterara: interrumpía el camino de quien pasaba por los pasillos o hacía ruidos para que Alejandra se escondiera. Nunca se lo dije porque sabía que se avergonzaría. Ella no quería cómplices. Gozaba de aquello por ser su único secreto. No necesitaba las cosas que se robaba: su padre le compraba lo que ella pidiera. Nunca le faltó nada. Si yo le confesaba que la había descubierto ella habría perdido ese único placer furtivo. Por otra parte, debo admitir que yo también disfrutaba espiarla. Era bastante divertido.

—No recuerdo haber visto ese monumento —dije contemplando hacia arriba una mujer desnuda con alas de ángel, bañada en oro.

—Es la Victoria Alada. Don Porfirio la inauguró el día en que se conmemoraron los cien años la Independencia. Fue el día en que tu… —Alejandra se arrepintió de lo que estaba a punto de decir.

—Mi papá tenía una amante —dije a quemarropa, sin quitar la

mirada de aquel hermoso monumento.

En ese instante transitó sobre la avenida un automóvil, cuyas bombillas deslumbraron a Alejandra que tenía la vista sobre la calle. Se cubrió ligeramente los ojos con las manos y aprovechó aquella distracción para eludir la responsabilidad de hacer cualquier comentario. Cuando el autose alejó, me paré frente a Alejandra.

—Ya lo sabías —aseguré mirándola a los ojos.

—Sí —respondió luego de agachar la cabeza y guardar silencio por varios segundos—. Pero te aseguro que…

—¿Eso quiere decir que el chisme está en boca de todos?

—¡No! ¡De ninguna manera! —cambió su tono de voz y su forma de mirarme. No me di cuenta de que ella seguía ocultándome algo —. Sólo lo sabe tu familia y la mía.

—¿Quién se los informó?

Alejandra titubeó:

—Qué sé yo… A mí me lo contó mi madre. Pero te aseguro que nadie más lo sabe —trató de desviar la mirada, pero al darse cuenta de que yo la observaba a los ojos se mantuvo con la mirada hacia el frente.

—¿Qué más sabes?

—Sólo eso —Alejandra volvió a ponerse nerviosa.

Yo sabía que no debía presionarla mucho, de lo contrario no confesaría nada.

—Disculpa mi actitud —le dije mostrando humildad—. Todo esto es muy difícil para mí. Nunca imaginé que mi padre sería capaz de algo así.

—No sé qué decirte.

—Te entiendo. No tienes que decir nada —caminamos hacia la glorieta donde se ubicaba el nuevo monumento a la Independencia.

—Me siento muy apenada contigo —se detuvo de súbito y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Perdóname, Cecilia, perdóname, pero no sabía qué hacer y mejor me callé.

—¿De qué estás hablando?

—Que yo supe todo este tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—En tu fiesta de despedida, yo vi a tu padre con esa mujer en una de las habitaciones. Estaban…

Sentí mucho enojo en ese momento por el silencio de Alejandra, pero a la vez mucha gratitud. Yo en su lugar también me habría callado. No me correspondía destruir una familia con un chisme. No sé si hubiera impedido el trágico final de mi padre y su amante, y tampoco he querido pensar en ello. No vale la pena gastar mi tiempo en algo que no puedo solucionar. Estuve a punto de abrazarla y agradecerle su silencio.

—¿Por qué no dijiste nada? —dije molesta.

—Perdón, yo…

—Creí que eras mi mejor amiga…

—Lo soy —lloraba desconsolada.

Aunque estaba agradecida con ella, yo sentía que tenía que darle una lección, de lo contrario en el futuro se le haría más sencillo ocultarme cosas. Para mí, la lealtad siempre ha sido esencial. Mi padre me había decepcionado, mi nana había muerto y sólo me quedaba Alejandra.

—Perdóname —rogó.

—Necesito estar sola.

Alejandra se alejó en silencio rumbo a mi casa. Yo permanecí al pie de la Victoria Alada, disfrutando en silencio mi estúpido triunfo. No sé por qué, pero eso me hizo sentir bien. En ningún momento pasó por mi mente que fuera un acto de crueldad o de mala fe. Simplemente era un escarmiento.

A mi padre se lo hacía con frecuencia: cuando llegaba tarde a alguna cita que tuviéramos él y yo, o que dijera algo que me hiciera enojar o que no me comprara algo que yo deseaba. Lo hice desde que tenía cinco o seis años de edad. Fue algo que nació en mí y, aunque en muchas ocasiones intenté no comportarme de esa manera, me resultaba imposible. Tenía que hacerme la ofendida, a pesar de que en realidad no lo estuviera. Y quizá, lo que podría ser más ridículo, es que la mayoría de las veces mantenía mi enojo por semanas aun cuando en el fondo moría de ganas por perdonarlo o incluso confesarle que era sólo un berrinche y que ya no estaba enfadada, pero mostrar mis sentimientos me habría hecho débil ante los ojos de un hombre de carácter tan fuerte como mi padre. Mi nana en una ocasión me dijo que papá era diferente conmigo porque yo era más dominante que él. Parece que tenía razón. A diferencia de mis hermanos, yo jamás le pedí perdón por nada. Al

contrario, lo obligaba, sin decírselo, a que él se disculpara, aunque la culpa fuera mía.

Permanecí sentada en los escalones de aquel nuevo monumento por más de una hora, observando los automóviles modernos que transitaban y los cada vez menos frecuentes coches arrastrados por caballos. Me sorprendía la forma en que la tecnología había cambiado nuestras vidas en tan pocos años.

Volví a casa porque ya era tarde y también porque sabía que, si no participaba en el funeral, me iba a generar muchos problemas con mi madre y mis hermanas. Fue incómodo entrar a la casa: toda esa gente vestida para un coctel, y sus pláticas saturadas de frivolidad. Caminé directo a la sala donde estaba el féretro y me senté junto a Manuel. Había más lugares junto a mis hermanas, pero en ese instante Manuel era el único que me daba confianza. Tanta que lo abracé y me recargué en su hombro. Tenía deseos de llorar, pero no podía. No por mi padre ni por mi madre, sino por la impotencia que sentía en ese momento al no poder largarme de ahí. No nada más de la sala o la casa, sino de la ciudad. En verdad quería desaparecer de mi vida, de ese entorno lleno de hipocresía.

Sentí hambre poco después de las cuatro de la madrugada. Me levanté a buscar algo de comer. Había menos gente. No me percaté del momento en que comenzaron a retirarse. Me dirigí al comedor donde los meseros habían instalado diversas charolas con bocadillos. Quedaban pocos. Había café y algunas copas de vino servidas. Uno de los meseros, que se encontraba de pie al final de la mesa, se apresuró a servirme en cuanto vio que tomé una taza. Luego cogí una pieza de pan dulce y me senté ahí, aprovechando que no había nadie más que el mesero a punto de caerse de sueño.

—Lamento mucho la muerte de tu padre —dijo a mi espalda una voz muy varonil. No era ronca como la de un señor de cincuenta años, pero tampoco débil como la de un jovencito.

—Gracias —respondí al mismo tiempo que giré la cabeza para verlo a la cara.

Me encontré con un hombre alto, piel blanca, ojos verdes, cejas pobladas, bigote corto, nariz recta, labios delgados y una quijada cuadrada. Todo en conjunto le daba un aspecto sumamente atractivo.

—Santiago Muriel Altamirano, para servirte —dijo al mismo

tiempo que extendía su mano para que yo le diera la mía y pudiera besarla.

—Cecilia —dije sin responder a su galantería—. Una de las hijas del finado.

—Lo sé —aseguró.

—¿Cómo lo sabes? —sentí desconfianza.

—Tu padre y el mío eran socios. Don Gilberto Muriel. Quizá lo conoces.

—No. La verdad es que eran tantos que me resulta difícil memorizar sus nombres. Además, a muchos de ellos me los presentaban y no los volvía a ver.

—Como a mí.

—¿Como a ti? No entiendo.

—Yo estuve presente en tu fiesta de despedida y en otras anteriores.

—¿De verdad?

—Sí. Estuviste la mayor parte del tiempo con tus amigas.

—Es cierto —me sentí como una tonta—. Pero a ti… —agaché la cabeza y me tapé la mirada—. No te recuerdo.

—No importa —sonrió—. Supe que estuviste estudiando en Suiza.

—Así es —oculté el disgusto que me generaba el recuerdo de aquel instituto.

—¿Vas a regresar después del funeral?

—¡No! —perdí toda capacidad de disimulo.

—Por lo visto no quieres volver —jaló una silla y se sentó a mi lado.

—Debo regresar a la sala —me puse de pie.

—Disculpa —se levantó de inmediato y se enderezó—. Perdona mi atrevimiento.

—No te preocupes. De verdad debo regresar a la sala. Quiero acompañar a mi padre en su último viaje.

—Lo entiendo. Te acompaño.

—Prefiero entrar sola. No es correcto que una señorita entre acompañada de un desconocido al funeral de su padre —no lo dije porque creyera en todo eso, sino por algo en mí que jamás he podido controlar. Cuando algún hombre se me acerca demasiado, siento el impulso por alejarlo a como dé lugar.

—Cierto —se inclinó avergonzado—. Nuevamente te ofrezco disculpas.

Sin responderle me dirigí a la sala y me volví a sentar junto a Manuel hasta que salió la luz del sol. A esas horas únicamente estábamos los familiares más cercanos. Poco después de las ocho de la mañana entraron los sirvientes por el ataúd y se lo llevaron a la Catedral, donde a las nueve se llevaría una misa en honor a mi padre.

Lo más doloroso, debo admitirlo, fue llegar al Panteón Francés de la Piedad, caminar en medio de sus lápidas grises, abandonadas, cubiertas por hojas secas y sentir el aire frío que golpeaba mi rostro. Creo que hasta ese momento comprendí que mi padre había muerto, que no volvería a verlo jamás, que sus manos grandes y velludas nunca más volverían a acariciar mis mejillas, como cuando se preparaba para darme un beso en la frente.

Ésa fue mi primera confrontación real con la muerte. Hasta el momento nadie verdaderamente cercano había muerto en mi familia. Ni siquiera había podido estar en el funeral de mi nana. El llanto de mi madre, mis hermanas, hermanos, tías y primas se convirtió en un diluvio. Imposible distinguir las lágrimas auténticas de las fingidas.

El sacerdote dio un último discurso antes de que el féretro fuese depositado en el sepulcro. Habló del honor, la lealtad y la integridad de mi padre, de ese hombre que muchos creían que fue. Si hubiesen estado ahí los peones de la hacienda, sus empleados o sus enemigos, habrían pensado como yo, que el cura estaba hablando de otra persona, alguien que quizá jamás había existido.

Cuando el ataúd comenzó a bajar, colgado de los mecates que los peones sostenían con mucha fuerza, para no irse ellos también al hoyo, mi madre dio inicio a un rosario de gritos en los que le reclamaba a mi padre que la hubiese abandonado.

—¡¿Por qué me dejaste, Ignacio?! —y de pronto cayó de rodillas. Con una mano en la tierra sostenía el peso de su torso y con la otra extendida hacia el féretro ya en el fondo de la fosa, insistió—: ¡No me dejes, Ignacio!

Yo también tuve deseos de gritar eso, a pesar de la decepción que me carcomía por dentro.

Mis hermanas acudieron en su ayuda inmediatamente. Pronto

una lluvia de flores cubrió el ataúd. El cura agradeció la presencia de los familiares, amigos y deudos y nos invitó a retirarnos para que el difunto por fin pudiera descansar en paz. Todos obedecimos como un buen rebaño de ovejas. Las mujeres caminaban con elegancia del brazo de aquellos caballeros de sombrero largo y bigotes afrancesados. El teatro había terminado. No volveríamos a ver a más de la mitad de ellos en muchos años.

Mientras caminábamos hacia la avenida apareció a mi lado el mismo hombre que me había saludado la noche anterior. No recordaba su nombre, pero lo reconocí enseguida. Esa sonrisa tan varonil y esos ojos que me sacudían con sólo contemplarme.

—Hola —extendió la mano cortésmente—. Santiago Muriel Altamirano. Nos conocimos anoche.

—No recuerdo —evité mirarlo y seguí mi camino—. Disculpa. Ayer saludé a tanta gente.

—Lo sé —su voz se escuchaba cansada, como si hubiese corrido minutos atrás—. Entiendo cómo te sientes.

—¿De verdad?

—Mi madre murió hace cinco años. Pasó once meses en un hospital sin poder moverse, con oxígeno y suero. Apenas si podía hablar.

—Lo siento.

—Yo también, y mucho. Todavía me despierto a media noche pensando que ella sigue en la cama del hospital llorando de dolor.

—La última vez que vi a mi padre estaba sano y fuerte como un roble.

—Perdona que lo diga, pero tienes suerte. A la mayoría nos toca ver morir a nuestros padres muy lentamente.

Me sentí extraña. Yo ni siquiera vi el cuerpo de mi padre calcinado. Me despedí de un ataúd sellado, un objeto que de ninguna manera representaba a mi papá. Su memoria había quedado como hojas en el viento, un bello recuerdo a la orilla del mar que se evaporaba con la brisa. Definitivamente tenía suerte, años más tarde comprobaría que existen formas más tortuosas de perder a un ser querido; maneras más dolorosas de recordar sus últimos instantes.

—Supongo que debió ser muy doloroso —dije y me arrepentí al instante. Me sentí tonta.

—Mucho. Pero el tiempo ha sido de gran ayuda para mitigar el dolor. Y la escuela…

—¿Qué estudias?

—Estoy en la Escuela Nacional de Medicina. Termino el año que viene.

—Me parece muy injusto que las mujeres no podamos estudiar medicina.

—En mi escuela hay mujeres estudiando medicina.

—¿Estás hablando en serio? —por un momento creí que estaba mintiendo.

—Sí… Hay cuatro o cinco. No sé muy bien porque no están conmigo.

—Me encantaría estudiar medicina —dije como quien habla de su primer amor.

—¿Y por qué no lo haces?

—No sabes lo que estás diciendo —me sentí tan mal en ese momento nada más de pensar lo que pensaba decirle.

—Sí sé.

—No. En mi familia las mujeres no estudian para ser profesionistas, sino para ser esposas de alta sociedad, adornos en cenas de gala.

—¿Has escuchado de Matilde Petra Montoya Lafragua?

—No.

—Hace apenas pocos años se convirtió en la primera mujer en México en graduarse como médico.

Me quedé boquiabierta al escuchar la historia de Matilde, quien a los cuatro años ya sabía leer y escribir.

—Siempre estuvo por arriba del promedio de sus clases —explicó Santiago—, tanto así que al llegar a la secundaria fue rechazada por ser demasiado joven. Su madre le consiguió maestros privados, con lo cual a los trece años se graduó como maestra de primaria, lo cual no le valió de nada a la hora de solicitar un puesto, debido a su corta edad. Entonces entró a la Escuela de Parteras y Obstetras de la Casa de Maternidad, en las calles de Revillagigedo, donde se brindaba servicios médicos a madres solteras. Con apenas dieciséis años Matilde ya era una partera graduada y auxiliar de cirugía de los doctores Luis Muñoz y Manuel Soriano.

»Dos años más tarde, Matilde se mudó a la ciudad de Puebla, donde sufrió todo tipo de ataques por parte de los médicos locales que se encargaron de convencer a los pacientes de no contratar los servicios de “aquella joven protestante”. Matilde no se dio por vencida y se inscribió en la Escuela de Medicina de Puebla. Tras aprobar el examen de admisión fue recibida en una ceremonia pública nada más y nada menos que por el gobernador de Puebla, abogados del Poder Judicial estatal, maestras y muchas damas de la sociedad. Un gran número de médicos continuaron atacando a la joven al grado de publicar un artículo en el periódico, el cual amenazaban que «Impúdica y peligrosa mujer pretende convertirse en médico».

»El acoso fue tanto que Matilde regresó a la Ciudad de México, con veinticuatro años de edad, y una carrera trunca. No obstante, aplicó al examen de admisión en la Escuela Nacional de Medicina. En La Ciudad de México las cosas no fueron muy distintas: “Debe ser perversa la mujer que quiere estudiar medicina para ver cadáveres de hombres desnudos”, decían sus opositores. Fue así que surgió un grupo de mujeres que decidió defenderla. Pronto se les unieron más personas y la gente los llamó los Montoyos.

»Pero los detractores también estaban entre los alumnos, quienes luego de varias acusaciones lograron que Matilde fuera dada de baja. El argumento era que las materias del bachillerato que había cursado en escuelas particulares carecían de validez. Matilde solicitó cursar dichas asignaturas en las tardes en la Escuela de San Ildefonso, pero no la aceptaron, pues el reglamento interno de la escuela era específico: “alumnos”. Aunque no decía nada de «alumnas no», lo anterior fue suficiente argumento para rechazarla rotundamente.

»Matilde no se dio por vencida y le escribió una carta don Porfirio Díaz. Tiempo después, el director de San Ildefonso recibió instrucciones directas de la Presidencia para aceptar a Matilde. La historia se repitió cuando quiso tomar su examen profesional. El reglamento interno de la Escuela Nacional de Medicina decía “alumnos”. Matilde solicitó nuevamente el apoyo de don Porfirio. Para sorpresa de muchos, el presidente emitió un decreto en el que se actualizaban de inmediato los estatutos de la Escuela Nacional de Medicina, y permitían que se graduaran mujeres médicos.

»El 24 de agosto de 1887, el presidente Porfirio Díaz acudió con su esposa Carmelita y un selecto número de damas de sociedad y periodistas al examen de Matilde. Mientras los detractores argumentaban que Matilde se había titulado por "decreto presidencial", los periódicos la elogiaban: "La señorita Montoya es la primera damita mexicana que ha concluido una carrera científica"».

—Voy a estudiar medicina —dije entusiasmada.

En ese momento escuché que mi madre gritó mi nombre. Se encontraba en el automóvil.

—¡Cecilia, ven! ¡Apúrate!

—Me llama mi madre —le dije a Santiago—. Ya me voy —afirmé sin quitar la mirada de su rostro.

—¿Te puedo visitar un día de éstos? —preguntó y sentí un intenso cosquilleo recorrer todo mi cuerpo.

—Sí —caminé hacia atrás sin dejar de verlo, hasta que choqué con alguien y tuve que caminar de frente hasta el coche.

—Apúrate, niña —insistió mi madre.

Al abordar el auto, que ese día llevaba puesto el capote, me encontré con don Nazario Castillo y Berra, a quien ya conocía.

—Buenas tardes —saludé respetuosamente.

Don Nazario llevaba encendida una pipa que impregnó por completo el interior del automóvil.

—Buenas tardes, señorita —se inclinó para besar mi mano—. Lamento mucho la muerte de su señor padre —seguía sosteniendo mi mano y yo sentía como si me la quisiera arrancar.

—Gracias —retiré mi mano y evadí un encuentro de miradas.

—Como ya sabes, la esposa de don Nazario también falleció en el incendio de su casa —intervino mi madre con gran lucidez, algo que llamó mi atención, pues hasta el momento se había comportado como una desquiciada.

—Lo sé —dije y sentí mucho temor en ese momento.

—Don Nazario me ha pedido tu mano y se la he concedido. Estoy segura de que estás lista para ser una excelente esposa —en ese momento dejé de escuchar la voz de mi madre y sólo veía el movimiento de sus labios, como si de pronto me hubiese quedado sorda.

Capítulo 5

El universo entre sus labios

Hasta entonces, para Cecilia nunca había sido tan larga ni tan solitaria una noche como aquélla en la que su madre le deshilachó el corazón al anunciarle que la iba a casar con un hombre que le cuadriplicaba la edad. No era la primera en su familia a la que condenaban de esa manera. A sus abuelas, sus tías, sus primas y tres de sus hermanas las habían casado con hombres mucho mayores que ellas y a los que ni siquiera habían conocido hasta que fueron comprometidas.

Sabía que algún día sus padres le presentarían a un hombre y que con poco o sin preámbulo le anunciarían que debería casarse con él. Tenía perfectamente claro que no sería una opción, pero jamás imaginó que sería don Nazario. Sin intenciones de martirio imaginó por un breve instante su vida matrimonial junto a ese hombre de setenta kilos, un metro sesenta y cinco de estatura, barba y cabellera canosas, ojeras profundas, y una nariz afilada. Ella, de un metro setenta de estatura, era la más alta y más delgada de todas sus hermanas.

Ni siquiera sabía cuántos años tenía don Nazario. Era aún muy joven para calcular la edad de la gente mayor. Después de los cincuenta a todos los veía igual. Pensó en un número al azar. Setenta. Con suerte —para ella— moriría en diez años. Cecilia tendría veintisiete. Más cinco de luto. Podría casarse con quien le diera la gana a partir de los treinta y dos sin recibir críticas de la sociedad. Se le ocurrió que también podría estudiar medicina. Ya sería mucho mayor que el promedio de alumnos, pero no le pareció un problema. De súbito recordó a su tía Lourdes, que igual se había

casado con un hombre de cincuenta y siete años cuando ella tenía apenas dieciséis. Cuarenta años después, él seguía vivo, aunque inmóvil en una cama; un costal de huesos cerca de los cien años. Si don Nazario llegaba a esa edad, Cecilia tendría que vivir con él por lo menos treinta años. Enviudaría a los cincuenta y siete.

Todas sus amigas habían conversado sobre el tema en alguna ocasión. Para eso habían sido educadas. Era algo ineludible, parte de la vida: como cumplir quince años, tener cambios en sus cuerpos, casarse, sin importar con quién; tener hijos y finalmente llegar a la vejez. Sólo una amiga dijo en una ocasión algo que dejó a las demás sin palabras: «Si a mí me casan con un viejito, lo envenenaré un día».

Como una ráfaga fugaz, aquel recuerdo invadió la mente de Cecilia. De inmediato desechó aquel pensamiento. Se sabía incapaz de algo así. Ni siquiera pudo recoger del suelo un pato muerto que su padre había cazado con su escopeta en un día de campo.

Tras dar decenas de vueltas sobre el colchón llegó a la conclusión de que obedecer las órdenes de su madre la llevarían directo al cadalso. Decidió que al amanecer hablaría con su madre y le exigiría cancelar aquel compromiso. Su argumento sería que ella y su padre se habían casado por amor y no por un matrimonio pactado. Estaba segura de que con ello cedería cual cordero. Con lo que no contaba era que el matrimonio entre sus padres había resultado mucho más benéfico para las dos familias que los compromisos anteriores y, por ende, se hicieron de la vista gorda ante el capricho del par de tórtolos enamorados. Mientras Cecilia no tuviera un mejor partido que don Nazario, nada ni nadie la libraría.

La ingenuidad de Cecilia la llevó hasta el comedor a la mañana del día siguiente. Mientras los lacayos servían los alimentos se apresuró a hablar con su madre antes de que sus hermanos bajaran.

—Madre… —dijo temerosa—. Quiero hablar con usted sobre…

—¡¿Pero qué haces?! —reclamó exaltada a su hijo mayor, quien había llegado en ese instante y estaba a punto de sentarse en la silla de su padre.

—Disculpa —respondió humildemente.

—En cuanto regrese tu padre le voy a decir lo que acabas de hacer —dijo María Luisa como regañando a un niño de cinco años.

—Mamá —respondió Cecilia—. Papá está muerto.

Gabriel la miró con enfado.

—¿Qué? —descargó una carcajada—. Por amor de Dios, ¿qué cosas dices? Le acabo de dar la bendición antes de que se fuera a un desayuno a Palacio Nacional con don Porfirio. Lo mandó llamar para felicitarlo por su extraordinaria participación en las fiestas del centenario. Ya deberías saber que al general no se le puede decir que no. Y mira, con eso, seguramente le concederá a tu padre los permisos para las imprentas que quiere poner en Jalisco, Guerrero y Nayarit. En este país no se puede mover un dedo sin el permiso de don Porfirio.

—Papá está muerto —insistió.

—¿Estás hablando en serio? —la miró con rareza.

—Sí.

En ese momento comenzaron a llegar los demás hijos, yernos, nuera y nietos de doña María Luisa.

—Mi cielo, ¿cómo estás? —dijo María Luisa al ponerse de pie y dirigirse a Manuel. Debes estar muy cansado. ¿Cómo te fue en el viaje?

—Efectivamente, madre. Bastante cansado.

—Desayuna —le acarició el cabello—. Y en cuanto termines te regresas a tu habitación a descansar. Cuando llegue tu padre le diré que fuiste a comprarme unas medicinas.

—¿Qué?

Cecilia se acercó a Manuel y le habló al oído:

—No la contradigas. No tiene caso.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—Niñas —dijo María Luisa en voz alta—. Necesito que esta tarde todas estén en casa porque va a venir un diseñador de modas a tomarnos medidas para los vestidos de la cena de gala que realizaremos su padre y yo por nuestro aniversario.

Todas fingieron estar de acuerdo, conscientes de la situación de su madre.

—Por cierto —continuó doña María Luisa—, tengo que informarles que su hermanita Cecilia ha sido comprometida con don Nazario Castillo y Berra.

—¡No! —Cecilia se puso de pie inmediatamente—. No me voy a casar con ese anciano.

—Mi amor, tu padre ya le dio tu mano a don Nazario.

—¡Mamá! ¡No me voy a casar con ese señor!

—No pienso discutir contigo. En cuanto llegue tu padre le dices todo lo que piensas.

—¡Mi padre no volverá jamás!

—Deja de decir tonterías.

—¡Mi papá está muerto! —gritó—. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!

—¡Cállate! —María Luisa se llevó las manos a los oídos—. ¡No! ¡Tu padre no está muerto! —gritó más fuerte que Cecilia—. ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—¡Cecilia! ¡Basta! —intervino Daniel—. ¡Basta! ¡Basta!

—Tenemos que ir a buscar a Ignacio —dijo María Luisa al mismo tiempo que caminaba a la puerta—. Hay que averiguar dónde está.

—Mamá, tranquilízate —Guadalupe la tomó del brazo y la guió a su habitación—. Papá está bien.

—¿Ya estás contenta? —preguntó Luisa con reclamo a Cecilia.

—No —respondió Cecilia con enojo—. Pero no estoy de acuerdo con lo que están haciendo. Tienen que hacerla entender que papá está muerto.

—Ella lo sabe, pero se niega a aceptarlo.

—¿Y piensan dejar que esto siga así?

—¿Tienes alguna solución?

Cecilia caminó hacia su madre y se detuvo frente a ella.

—Madre, papá está muerto.

—Cállate —le dijo Guadalupe.

—Papá murió y no podemos hacer nada al respecto.

En ese momento doña María Luisa observó aterrada a sus hijos al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Sí, mamá. Papá está muerto.

—No. ¡No! —se fue corriendo por las escaleras. Guadalupe quiso alcanzarla, pero la detuvo Manuel.

—Déjala sola, quizá eso la ayude. Vamos a desayunar.

—¿Todavía tienes deseos de comer? —preguntó rabiosa Luisa.

—Tenemos que comer y seguir con nuestras vidas.

—¿Y tú de qué vida hablas, si ni siquiera vives aquí?

—¿Qué te hace creer que me voy a ir?

—¡Claro! —liberó una sonrisa burlona—. Como ya murió papá, quieres ver con qué te quedas.

—Agradezco tu sinceridad.

—No es momento para discutir —intervino Rosario—. Además, de nada sirve que discutan algo que se sabrá a la lectura del testamento.

—¿A ti quién te está hablando? —Luisa respondió furiosa.

—No necesito que me hablen. Estoy en mi casa y tengo el mismo derecho que tú para decir lo que me dé la gana.

—Vamos a desayunar —Ana María los convocó como quien llama a una tropa de niños—. El café se está enfriando.

Guadalupe y Luisa se fueron indignadas por las escaleras mientras que Cecilia se dirigió a la calle. El resto se quedó en el comedor. Y como si nada hubiese ocurrido hablaron de cómo les había ido en los últimos años. La familia se había desmembrado a tal grado que la evasión era la columna vertebral de la casa. Nada se comentaba ni se discutía en grupo. Todo era en privado y con no más de tres en las conversaciones. Un puñado de desconocidos pretendiendo ser parientes. Aunque decepcionados de lo que la vida les había heredado, acostumbrados a compartir la mesa por un hilo de sangre. Ninguno de ellos tenía claro en qué momento había comenzado la descomposición. Más de uno trató en alguna ocasión de entender cómo y por qué se habían distanciado tanto.

Las semanas siguientes no ayudaron en mucho a la reconstrucción familiar. Ni siquiera la situación política y económica los unió. La bonanza del Porfiriato estaba por llegar a su fin. Nadie, ni siquiera el presidente, imaginó la repercusión que tendría la entrevista concedida por don Porfirio Díaz al periodista estadounidense James Creelman en 1908 para la revista *Pearson's*, titulada «Presidente Díaz, héroe de las Américas», y reproducida en México por *El Imparcial*, *La Iberia*, *El Diario del Hogar* y *La Patria de México*.

«Nuestra mayor dificultad la ha constituido el hecho de que el pueblo no se preocupa lo suficiente acerca de los asuntos políticos como para formar una democracia. Están acostumbrados a guiarse por aquellos que poseen autoridad en vez de pensar por sí mismos», había dicho don Porfirio a Creelman, a quien también prometió retirarse en 1910. «Daré la bienvenida a un partido de oposición. Si

aparece lo veré como una bendición y no como un mal, y si puede desarrollar poder, no para explotar sino para gobernar, estaré a su lado. Me olvidaré de mí mismo en la feliz inauguración de un gobierno totalmente democrático en mi patria».

Ese año y el siguiente se publicaron libros y panfletos: *Preguntas electorales*, de Manuel Calero; *¿A dónde nos dirigimos?*, de Querido Moheno; *La organización política*, de Francisco Sentíes; *Los grandes problemas nacionales*, de Andrés Molina Enríquez, y *La sucesión presidencial*, de Francisco I. Madero, quien despertó tal entusiasmo alrededor del país, que para 1910 había ganado las elecciones con el Partido Nacional Antirreeleccionista que él mismo había fundado. La amenaza para el presidente estaba más latente que nunca; por lo tanto, mandó arrestarlo en San Luis Potosí, bajo los cargos de conato de rebelión y ultraje a las autoridades. De esta manera, aunque Madero ganara las elecciones, no podría asumir el cargo. Don Porfirio Díaz fue reelecto presidente el 21 de agosto de 1910. Pero Francisco I. Madero era uno de los hombres más adinerados del país, por lo cual no le fue difícil obtener su libertad, gracias a su abogado, Pedro Antonio de los Santos Rivera.

El 5 de octubre de 1910, cuando apenas habían terminado las celebraciones del centenario de la Independencia, Francisco I. Madero promulgó el Plan de San Luis, en el cual convocó a un levantamiento el 20 de noviembre de 1910 en contra del gobierno. Salió de San Luis disfrazado de ferrocarrilero la madrugada del 6 de octubre; viajó a Monterrey en el vagón de equipajes, luego a la frontera en tercera clase y al día siguiente ya se encontraba en San Antonio, Texas, donde se refugió y buscó apoyo de los Estados Unidos, cuyo gobierno estaba molesto con Porfirio Díaz por haberles negado el uso de la bahía de Magdalena y por haber privilegiado más a los petroleros británicos que a los norteamericanos.

La familia Lombardo de Rus Gurría, como muchas otras adineradas, estaba a favor de Díaz. Para la clase media y alta resultaba inconcebible lo que Francisco I. Madero pretendía, pues para ellos México tenía crecimiento gracias al extenso gobierno de don Porfirio. No estaban equivocados del todo. A finales de 1895, la

Hacienda Pública tenía un superávit: cuarenta y cuatro millones de pesos de ingresos y cuarenta y uno de gastos, algo jamás visto en el país.

—Después de tres décadas en el poder, lo único que lo va a quitar de ahí será la muerte —dijo una mañana Gabriel, sentado en la sala de estar con las piernas cruzadas, el periódico extendido y una taza de té en la mesita junto a él.

A su lado, la delgada cortina de la ventana se sacudía con el aire que entraba desde Paseo de la Reforma. Del otro lado, decenas de mujeres en finos vestidos de seda y con sombrillas en las manos para cubrirse de los rayos del sol y caballeros con sombreros y sacos transitaban elegantemente por la acera.

—Dicen que Francisco I. Madero tiene el apoyo de los gringos —respondió su esposa Carlota, sentada en el otro extremo de la sala. Sostenía entre sus dedos un listón azul cielo que pensaba coser al cuello de una blusa. Junto a ella se encontraban Guadalupe y Luisa.

—Ay, mujer. No te dejes llevar por rumores. Mejor ocúpate en tus bordados —Gabriel devolvió la mirada a las páginas del diario que esa mañana anunciaban la promulgación del Plan de San Luis —. En cuanto Madero regrese al país será arrestado con todo y su grupo de revoltosos.

Gabriel sabía que los rumores eran ciertos. La guerra contra Madero estaba perdida desde el principio y no precisamente por el movimiento armado, sino porque el presidente de los Estados Unidos, William Taft, le había dado la espalda al general Porfirio Díaz, lo cual significaba que en cualquier momento reconocerían a Francisco I. Madero como legítimo presidente de la república mexicana.

Carlota disimuló una sonrisa mientras hacía el moño con el listón.

—¿Sí me escuchaste? —Gabriel preguntó con tono déspota.

Guadalupe y Luisa observaron con azoro la nueva personalidad de su hermano mayor, siempre tan obediente y callado, ahora tan autoritario y brusco.

—Sí —Carlota respondió sin alzar la mirada.

—No me ignores cuando te hablo.

En las escaleras se escucharon pasos. Pronto apareció Cecilia frente a la enorme puerta de madera de pino que daba a la calle.

—¿A dónde va usted, señorita? —Gabriel la regañó desde su asiento.

Cecilia se detuvo confundida al escuchar aquello.

—A la calle… —arqueó la ceja derecha.

—Pregunté a dónde. Responde.

—A casa de Alejandra —puso la mano en el picaporte.

—Acércate un momento.

—Se me hace tarde.

—Te estoy hablando.

Cecilia frunció el ceño antes de dirigirse a la sala de estar.

—Una señorita no debe andar en la calle como cualquier mujerzuela.

—¿De qué estás hablando? Voy a casa de mi mejor amiga. Ni mi padre ni mi madre me cuestionaron de tal manera a dónde me dirigía.

—Eso era antes de que te fueras a Suiza, de que papá falleciera y de que mamá… —Gabriel suspiró con aflicción—. Ya sabes… —se enderezó al percatarse de que estaba flaqueando, infló el pecho con arrogancia y amenazó—: A partir de ahora tienes que pedirme permiso para ir a cualquier lugar.

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacer lo que estás pidiendo?

—No te lo estoy pidiendo; te lo estoy ordenando porque soy tu hermano mayor y porque en ausencia de mis padres yo soy quien toma las decisiones.

—Nos vemos más tarde —Cecilia sonrió y caminó hacia la puerta.

No dio más de cuatro pasos cuando un agresivo jalón de cabello por poco la hace caer de espaldas.

—Cuando tú naciste papá ya se había hecho a la idea de que no tendría más hijos. Fuiste una especie de milagro para él, que ya estaba perdiendo la fortaleza que siempre lo distinguió. Se había convertido en un hombre débil y tú lo hiciste más. Te maleducó. Nunca te dio las nalgadas que merecías. Pero yo… —sonrió con saña—. Yo no me voy a tocar el corazón. Vete a tu habitación. No tienes permiso para salir —le soltó el cabello.

—Tú no tienes derecho…

—Sí lo tengo porque soy el responsable de la familia de ahora en adelante.

Guadalupe y Luisa se miraron entre sí con satisfacción al ver que por fin alguien había puesto en su lugar a Cecilia, para ellas, una niña caprichosa. Si bien era cierto que a Cecilia la habían consentido muchísimo más que a los demás hermanos, también habría que tomar en cuenta que sus caprichos jamás habían rebasado los límites de la intransigencia. En general eran berrinchillos entre padre e hija. Una relación que únicamente se había dado entre ellos dos, por lo tanto, para el resto de la familia parecían más caprichos de lo que en realidad eran.

Si lo hubiera deseado habría salido de la casa por la puerta de la cocina o la del patio trasero, pero Cecilia no quiso empeorar la situación en casa. Ni siquiera tenía idea de cuánto duraría la estancia de sus hermanos en la capital. Con suerte todo volvería a la normalidad en cuanto se llevara a cabo la lectura del testamento, que era lo que todos esperaban, aunque fingían estar preocupados por la salud de su madre.

Para entonces, María Luisa seguía igual que el día del funeral. De nada había servido que Cecilia le gritara en su cara que su padre estaba muerto. Cada mañana se levantaba de buen humor, se bañaba, y luego de que su dama de compañía la peinara y vistiera cuidadosamente, bajaba al comedor como lo había hecho meticulosamente en los últimos treinta años. Sus hijos y nietos habían comprendido que la situación no cambiaría y por ende hablaban con María Luisa como si Ignacio siguiera vivo.

—Ay, no me digan que su padre ya se fue a trabajar sin desayunar —se tocaba suavemente el cabello para asegurarse de que estuviera impecable.

—Así es, madre —respondió Rosario con un gesto mal fingido—. Ya lo conoces.

—Le he dicho muchas veces que eso le va a hacer daño. No debe irse con el estómago vacío.

—Esta mañana se tomó un café con una pieza de pan dulce —dijo el mayordomo con la misma seriedad de siempre.

Ninguno de los hijos de María Luisa se sorprendió al escuchar aquello. Conocían a Horacio desde que eran niños y sabían que él era capaz de hacer cualquier cosa por la estabilidad de la familia.

—Bendito sea Dios —María Luisa se persignó—. Ya con eso me quedo más tranquila.

—Mamá, quiero ir a la casa de Alejandra. ¿Está bien? —preguntó de pronto Cecilia con la certeza de que su madre no se negaría, ya que jamás lo había hecho.

—¿A la casa de quién? —la pregunta no parecía dudosa sino ingenua.

—Mi mejor amiga. La conoces desde que nació.

—Supongo que… —en ese momento la mirada de María Luisa se encontró con la de su hijo Gabriel, quien le insinuaba que se negara. Accedió a las advertencias de su hijo—. Lo mejor será que esperes a que regrese tu padre.

—Es suficiente —Cecilia se puso de pie al percatarse de lo que acababa de hacer su hermano y caminó furiosa a la salida—. Estoy harta de esto. No soy tu prisionera.

—¡Cecilia! —gritó Gabriel—. ¡Detente ahí!

—¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué le gritas así a Cecilia? —intervino Manuel al llegar al comedor.

—No te metas en esto —Gabriel le respondió extendiendo su brazo derecho con autoritarismo, como si con éste pretendiera detener a su hermano.

—Sí. ¿Cuál es el problema? —preguntó Ana María al llegar con una sonrisa al comedor. Para ella muy pocas cosas representaban conflicto. Nada la afligía. Si algo no tenía solución se resignaba inmediatamente a las consecuencias, y si la tenía no se preocupaba, pues asumía la certeza de que tarde o temprano llegaría. Y si por su confianza excesiva las cosas no resultaban como esperaba, admitía su culpa y daba el asunto por concluido.

El enfado de Cecilia era tal que al llegar a la puerta empujó al mayordomo —quien sin que nadie se lo ordenara se apresuró a postrarse en la salida por si era necesario—, abrió la puerta y se marchó.

—Voy a poner en cintura a esa niña —advirtió Gabriel—. Y más les vale que ésta sea la última vez que interceden.

—¿De qué estás hablando? —Manuel le respondió con enfado—. Cecilia ya no es una niña. Tú no eres su padre.

El par de hermanos se encontraba en un duelo de miradas.

—Pues en su ausencia, yo soy la autoridad en esta casa, aunque no les guste —apuntaba con el dedo hacia el techo—. Alguien tiene que mantener el orden.

—¡Vaya! —sonrió Manuel con sarcasmo—. Igualito a él.

—Te recuerdo que también era tu padre —le golpeó dos veces el pecho con la punta del dedo índice de la mano derecha.

—Desafortunadamente —se quitó el dedo agresor con un manotazo.

—¡Niños, ya dejen de pelear! —gritó María Luisa con lágrimas escurriendo por sus mejillas—. Van a ver cuando llegue su padre —bajó la mirada, se cruzó de brazos y comenzó a mecerse de adelante hacia atrás—. ¿Ignacio, dónde estás? Mi vida. ¿Por qué no vuelves?

Hijos, nueras, yernos y nietos la observaron en silencio, incapaces de interceder.

—Ignacio, mi vida… —caminó a la puerta trasera de la casa y al llegar al patio se sentó en una de las sillas del desayunador del jardín—. Ignacio… Ignacio…

—Cecilia tiene razón —dijo Daniel mirando a través del enorme ventanal que daba al jardín trasero—. Necesitamos hacer algo para ayudar a mamá.

—No la vamos a internar —respondió Guadalupe buscando con la mirada la colaboración de Gabriel.

—No —secundó el hermano mayor—. No la internaremos. Se quedará en su casa. Contrataremos a alguien que le haga compañía todo el día.

—¿Cuándo piensas regresar a Yucatán? —preguntó Manuel con severidad.

—No lo sé. ¿Y tú cuándo piensas volver a Europa?

—Aquí me voy a quedar a vivir.

—Qué casualidad. Justo ahora que papá ya no está —se cruzó de brazos.

—Justamente por eso —Manuel, más relajado que su hermano se llevó las manos a la cintura—. Y necesito saber cuándo te vas a largar para poder estar en paz.

—Tú a mí no me vas a correr —se le acercó nuevamente—. Ésta también es mi casa.

—Mientras no se lea el testamento.

—¿En verdad crees que papá te heredó algo? —mostró una sonrisa cruel—. Te odiaba.

—Quizá tanto como yo a él. Pero te puedo asegurar que siempre tuvo la certeza de que fui honesto con él, al igual que Cecilia. Ella y

yo nunca nos dejamos de papá. En cambio, contigo y con Guadalupe siempre tuvo a dos lambiscones, incapaces de expresar lo que realmente sentían por él. ¿O me vas a decir que cada vez que te daba con la fusta pensabas que era el mejor padre del mundo? Oh, sí papá, me encanta que me maltrates, mira no lloro, no grito, no me quejo…

Gabriel no se contuvo y le soltó un golpe a Manuel en la boca, con el cual este terminó con la cara de lado. Apenas se repuso le devolvió el puñetazo. Pronto las hermanas y Daniel intervinieron para detener la pelea.

Manuel salió de la casa con la boca manchada de sangre, la cual se limpió con su pañuelo mientras caminaba. Un par de cuadras adelante vio a Cecilia sentada en una banca con un joven. Hizo todo lo posible por pasar inadvertido y saber quién era aquel muchacho. Se trataba de Santiago Muriel Altamirano, con quien Cecilia había mantenido contacto en los últimos días.

Conocedor de los maremotos del amor, Manuel cambió el rumbo y dejó a la joven pareja enmarañada en un nudo de miradas. Era la séptima vez que se encontraban y a ninguno de los dos le quedaba duda del magnetismo que había entre ellos.

El primer encuentro formal entre ambos fue dos días después del sepelio. Cecilia había salido con el propósito de buscar a Alejandra, con quien no había hablado desde la noche del velorio. Ni siquiera en el entierro se dignó a dirigirle la palabra. Hasta ese día su filosofía del perdón había sido inamovible: los demás tenían que rogarle por disculpas. Pero la noticia de que se tenía que casar con don Nazario la había hecho ignorar aquella forma de pensar. Necesitaba un abrazo, aunque no le contara nada, aunque no le solucionara el problema.

Pero no llegó con su amiga ya que en el camino fue interceptada por Santiago, quien había esperado varias horas afuera de la casa para verla. Sin saber aún qué pretexto inventar para tocar a la puerta se sentó en el otro lado de la calle y observó con atención a la gente que entraba y salía de la casa. Hasta entonces seguían llegando amistades a dar sus condolencias a la familia. Santiago vio que algunas de estas visitas arribaban con arreglos florales. Por un instante pensó que sería una buena idea hacer lo mismo, pero inmediatamente comprendió que eso no le serviría para ver a

Cecilia. Seguramente lo recibiría el mayordomo y luego alguno de los hijos mayores de don Ignacio.

Y justo cuando Santiago creyó que estaba perdiendo su tiempo, Cecilia salió apresurada, como si intentara huir. Santiago cruzó la calle y estuvo a punto de ser arrollado por un coche. La siguió un par de cuadras hasta que obtuvo el valor de interceptarla, sin tener la más mínima idea de lo que le diría.

—¡Cecilia! —dijo en voz alta y ella volteó inmediatamente.

Lo miró como si hubiese estado esperando todo el día para ese encuentro. Aunque tenía deseos de platicar con Alejandra, la presencia inesperada de Santiago resultaba mucho más tentadora. Más que hablar de lo que le acontecía, Cecilia necesitaba olvidar. La evasión era su placebo más recurrente: ignorar que los problemas estaban ahí, evitar hablar de ellos, eludir el cuestionamiento y el llanto. Para ella siempre era preferible gritar que llorar; correr que arrodillarse; enfadarse que disculparse; hacer cosas para que la gente se distanciara antes que alejarse ella. De esta manera la culpa siempre recaía en los demás, por lo menos a su entender.

—Disculpa… —Santiago se mostró inseguro, lo cual fortaleció a Cecilia.

—No te disculpes —le coqueteó discretamente con los labios y los párpados—. Me da gusto verte.

—¿De verdad? —parecía un niño ilusionado.

—Sí. Estuve pensando en ti toda la mañana —mintió. Sí había pensado en él, pero nada más un rato.

—¿No te interrumpo?

—Sí, pero no tiene importancia. Iba a la casa de mi amiga.

—Si gustas te acompaño y me voy.

—Ella puede esperar —se mantuvo en silencio mirando hacia la zona norte de Paseo de la Reforma, esperando a que él hiciera alguna invitación.

—La Alameda está muy cerca…

—Lo sé, mi padre me llevaba todos los días cuando era chiquita.

—No, entonces, supongo que no es buena idea.

—Por el contrario, me encantaría.

Conforme avanzaban por la avenida, Santiago se fue relajando más y más hasta que desapareció la tensión. La plática fluyó sin necesidad de preguntas y respuestas. De pronto, parecía que ambos

se conocían de toda la vida. Aunque no concordaban en todo, el intercambio de ideas era bastante ameno e interesante.

A partir de ese día, se vieron a la misma hora en el mismo lugar. A veces caminaban por las calles, otras, simplemente se sentaban en cualquier banca a platicar durante horas. Hasta el día en que Gabriel le prohibió salir a Cecilia, quien para evitar que Santiago la esperara en balde, mandó a su dama de compañía a que le informara que ese día no llegaría por un compromiso familiar. Pasaron cuatro días sin verse. Cuatro días en los que Santiago se atormentó con sus miedos, miedos que desaparecieron en cuanto la vio de nuevo. Se estaba enamorando de aquellos ojos pequeños, esa nariz respingada y esos labios delgados. Luego finalmente pudieron encontrarse.

—Ya debo regresar a casa —dijo Cecilia casi hipnotizada por las pupilas de Santiago.

—No te vayas.

—Mi hermano está muy molesto conmigo porque me salí sin su permiso. Sólo quería que supieras que no había podido verte porque Gabriel no me dejó salir. Ahora se siente el padre de la familia.

—¿Cuándo te veré de nuevo?

—No lo sé. Yo te aviso con mi dama de compañía.

Santiago extendió lentamente su mano hasta llegar a la de Cecilia. En cuanto ella lo sintió quitó la mano para evitar el contacto. Aunque se moría de ganas por tocarlo, sabía que debía rechazarlo.

—Tengo que irme.

—Te acompaño.

—No. Si te ve mi hermano se va a enojar más.

—Como tú digas.

Cecilia extendió su mano para despedirse y Santiago la jaló hacia su cintura mientras que con la otra la tomó del cuello y la acercó hacia él. En un santiamén sus rostros estaban a unos cuantos centímetros de distancia. Sus alientos se mezclaban suavemente, como los vapores con el aire. Cecilia cerró los ojos y se dejó llevar hasta la caricia de un beso infinito. Todo el universo estaba entre sus labios.

Capítulo 6

Cuentas claras

El pasado nos condena. A unos con mayor severidad. Siempre pensé que tenía el control. Papá me mal acostumbró. No debió darme mejor trato que a mis hermanos. Supongo que nunca imaginó que me harían pagar la factura tras su muerte. Gabriel, Guadalupe, Luisa y Rosario se cobraron todas las que papá les hizo para defenderme.

Las pocas veces que le reclamaron a papá por mi conducta o por un obsequio que yo recibía, fueron severamente castigados. Papá llegó al grado de prohibirles cualquier comentario en contra mía. Sin yo darme cuenta, me convirtió en la intocable. No me di cuenta porque tenía cuatro o cinco años cuando eso ocurrió. Crecí creyendo en las muestras de cariño de mis hermanos. Poco a poco fui comprendiendo que no eran del todo sinceras. En especial Luisa que tanto me había cuidado como a una hija. Pero no como madre amorosa, sino como un gendarme. De esta manera podía regañarme, darme jalones de cabello, pellizcos y evitar que papá se diera cuenta, porque apenas me daba una cachetada, me pedía perdón y me decía que lo hacía por mi bien y que no le dijera a papá. Al principio le hacía caso y callaba. A los ocho años, me enteré, de labios de mi nana, que por mandato de mi padre nadie podía hacerme un desaire. Si no hubiera sido por ella que se empeñó en contrarrestar la mala educación que me daba mi padre, yo habría sido peor. Admito que no fui una buena persona por muchos años. No sé si lo sea ahora.

Me habría gustado ser más empática con mis hermanos, pero estaba embelesada con los cariños de mi padre, quien podía ser tan

insufrible como afectuoso. Demasiado. Ninguna de mis hermanas o hermanos se habría resistido a tanta ternura. Es cierto que empalaga, pero de eso a un torbellino de bofetadas, me quedo con la miel.

Los únicos que jamás mostraron recelo hacia mí fueron Daniel y Ana María. Ni siquiera después de la muerte de mi padre, que fue cuando empeoró la situación. A veces Manuel me defendía, pero en cuanto veía que no iba a lograr mucho se callaba o simplemente se marchaba.

Un día todo cambió: mis hermanos comenzaron a tratarme de manera distinta, casi como lo hacían cuando yo tenía cinco o seis años. Me convertí nuevamente en la consentida de la casa. Incluso Gabriel dejó de tratarme con el autoritarismo de las primeras semanas. Para mi mala fortuna, en esa ocasión yo estaba consciente de que todo era una farsa. Debería decir para mi buena fortuna, pero hubiera preferido no saberlo, creer ciegamente que mis hermanos me querían, pues justo en esa etapa de mi vida era cuando más necesitaba de su cariño. Con la ausencia de mi padre y de mi nana me sentía en el más sombrío de los desamparos.

El tema principal en casa era mi boda con don Nazario, a quien no había visto desde el funeral. Mis hermanas se encargaron de todos los preparativos de la cena en la que don Nazario pediría mi mano. Yo, por supuesto, estaba demolida por dentro. Me había enamorado ciegamente de Santiago, a quien veía todos los días a escondidas en diferentes puntos de la ciudad para no levantar sospechas. Lo amaba tanto que me aterraba decirle que mi familia tenía planeado casarme con un anciano. Sabía que lo perdería para siempre. Muchas veces estuve a punto de confesárselo, pero veía su cara llena de tanta luz y no me atrevía siquiera a insinuarle algo. Yo era muy dichosa a su lado. Él era mis sonrisas y mis sueños. Plenitud y miedo. Risas y solemnidad. Silencio y gritos. Serenidad y arrebato. Canto y baile. Todo en un mismo ser. Siempre tan guapo, siempre tan seductor, siempre tan sonriente.

Cada noche, antes de dormir, me invadían pensamientos espantosos sobre mi boda con don Nazario. Buscaba la manera de evitar aquel matrimonio, pero no sabía cómo. Tenía claro que no podría decir que no. Eso estaba fuera de mis posibilidades. Hasta entonces nunca había sabido de alguna mujer que se negara a

casarse con el hombre que su familia le había asignado. Ignoraba que mis padres habían desobedecido a mis abuelos cuando los habían comprometido con otras personas. Me enteré tiempo después. Y quizá, aunque lo hubiera sabido, no habría tenido el valor. Entonces yo era una cobarde que fingía ser valiente. Toda mi vida creí ser valiente, hasta que papá murió.

Un día me di por vencida y decidí confesarle a Santiago toda la verdad. Como en los últimos dos meses, caminábamos por las calles de la ciudad hasta encontrar algún sitio donde sentarnos y pasar las horas. Ese día yo sabía que sería el último. No me había planteado la idea de que él propondría otra cosa. No sé por qué. De verdad era una cobarde dispuesta a acatar las órdenes de mi familia.

—Santi… —lo miré a los ojos mientras acariciaba sus manos—. Tengo que decirte algo.

—Ya lo sé: estás locamente enamorada de mí —había tanta ilusión en sus palabras que estuve a punto de claudicar.

—Sí. Lo estoy. Te amo con demencia —lo besé y lo abracé.

—¿Qué tienes? —preguntó al darse cuenta de que estaba llorando.

—Mi madre va a casarme con don Nazario Castillo y Berra.

La tristeza que contemplé en sus ojos me desmoronó por dentro. Se quedó en silencio por varios minutos. No me atreví a decir una sola palabra. No tenía el coraje para pedirle perdón por haberme callado tanto tiempo. Simplemente nos veíamos a los ojos. De pronto su rostro cambio: su mirada se tornó atrevida, viva, llena de esperanza.

—¡Vámonos del país! —puso sus manos suavemente en mis mejillas.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Mis papás quieren que estudie la especialidad en Estados Unidos. Nadie sabe de lo nuestro. Si desapareces jamás imaginarán que te fuiste conmigo.

No supe qué responder. En el fondo quería salir corriendo para no darle una respuesta y poderlo pensar detenidamente, pero también quería besarlo y decirle que estaba dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo.

—Eso le causaría un inmenso dolor a mi madre —respondí casi sin pensarlo.

—A ella no le importa tu dolor —se mostró enfadado.

—Lo hace por mi bien.

—Ya perdió la razón. Ya no sabe lo que hace.

—Las madres siempre saben lo que es mejor para sus hijas.

Me sentí tan avergonzada al percatarme de que estaba hablando exactamente como Martina Borromini. A pesar de lo mucho que intenté evadir sus enseñanzas tenía implantadas ideas muy firmes sobre lo que una señorita de sociedad debe hacer para satisfacer a su familia.

Se dio media vuelta en silencio y comenzó a caminar. Sabía que lo estaba perdiendo para siempre. Tenía claro que eso ocurriría, sólo había intentado aplazar el final lo más posible. Lo dejé partir. No se puede retener a alguien cuando no se tiene la certeza de lo que se quiere. Aunque yo estaba segura de que lo amaba, no tenía idea de lo que quería hacer con mi vida. Tenía apenas diecisiete años.

Permanecí en una banca hasta que empezó a oscurecer. Lloré incansablemente para no tener que esconder mis lágrimas en casa. Ninguno de mis hermanos sabía o imaginaba lo que pasaba en mi vida. No me conocían. Y yo tampoco a ellos. Tanto que ni siquiera me percaté de lo que habían estado planeando en los últimos dos meses.

Esa tarde cuando llegué a casa me enteré por medio de Fátima, mi dama de compañía, que el notario había ido a la casa a hacer la lectura del testamento de mi padre. Me sentía tan triste que no me interesé en saber de qué manera habían sido divididos los bienes de papá. Pero la información no tardó en llegar. Mi hermano Daniel fue a mi habitación en la noche, poco antes de que me durmiera. Ya me encontraba en camisón y en mi cama cuando tocó a la puerta. A pesar de que le dije que ya me iba a dormir, insistió en que habláramos.

—Pasa…

Se sentó a mi lado.

—¿Qué es eso tan importante? —pregunté al acomodar mi espalda en el respaldo de mi cama.

—Hoy vino el notario a hacer la lectura del testamento.

—Ya lo sé —bostecé intencionalmente para demostrarle que la herencia me tenía sin cuidado.

—Eres la heredera universal.

Sentí como si me hubiesen echado un balde de agua fría. Si ya de por sí mis hermanos no me querían por ser la hija consentida, ahora me detestarían.

—¿Estás bromeando? En verdad deseo que estés mintiendo, Daniel.

—No —apretó los labios y alzó las cejas—. Eso no es todo. Hay una cláusula que dice que, si te casas con un hombre con una fortuna mayor a la de papá, la herencia pasa a manos de mamá y ella decide la manera de repartir los bienes. Pero en caso de que mamá muera o no esté en condiciones de tomar una decisión la herencia se divide en partes iguales entre los hombres.

—¿Por qué les negó la herencia a mis hermanas?

—Porque están casadas y papá jamás quiso dejarles su fortuna a los esposos de ellas; por esa misma razón tú perderías la herencia si te casas.

—Entonces…

—Sí —hizo una mueca—. Por eso la urgencia de mis hermanos por casarte.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —estaba muy confundida con la actitud de Daniel.

—Porque eres mi hermana y te quiero —tomó mi mano y la acarició con suavidad.

—Pero a ti también te conviene que me case.

—No me interesa la herencia. Me indigna el abuso y la injusticia.

Lo observé con gratitud infinita; no por el dinero sino por su solidaridad. A pesar de los años y la distancia él seguía siendo mi cómplice.

—¡No te cases! —exclamó a tono de plegaria y sentí un gran alivio. Como si me estuviese dando permiso de romper con todas las reglas, de deslindarme de una responsabilidad que no me pertenecía.

Pensé en Santiago: tuve un deseo voraz por salir corriendo rumbo a su casa y anunciarle que no me casaría con don Nazario, envolverlo en un abrazo, acariciar sus labios con los míos y pedirle que me llevara con él, muy lejos de ahí. No lo hice. Seguía siendo la misma temerosa de siempre. La cobardía nos persigue toda la vida

hasta que la confrontamos. Esa noche dormí poco pensando en lo que quería hacer. Sabía que no sería nada fácil enfrentar a mi madre y mis hermanos.

A la mañana siguiente desperté con mucho entusiasmo. Estaba determinada a manifestar a todos que por ningún motivo me casaría con don Nazario, pero ocurrió algo inesperado: mamá había intentado quitarse la vida cortándose las venas. Las heridas no fueron tan graves y no perdió mucha sangre. Además, su dama de compañía la encontró, por lo tanto, hubo tiempo para que llegara el doctor y le curara las heridas. Yo no me di cuenta del escándalo debido a que el ruido en las recámaras del segundo piso no se escucha en las del tercero, donde estaba la mía. Fui la última en enterarme. Cuando mis hermanos me vieron me miraron con vilipendio. Yo apenas estaba comprendiendo lo sucedido.

—Se nota que la vida de tu madre no te interesa —me regañó Guadalupe.

—No sabía. Además, nadie me avisó.

—Disculpe, su majestad por no avisarle. Si te levantaras temprano…

—¡Ya basta! —gritó Gabriel mirando a Guadalupe.

—Ahora resulta… —estrelló las palmas de sus manos sobre sus muslos.

—No es el momento.

—Claro —sonrió con sarcasmo—… porque te conviene.

—Cállate.

—A mí no me vas a callar —puso las manos en la cintura y alzó la quijada en postura amenazante.

—Gabriel tiene razón —intervino Luisa—. No digas nada de lo que te puedas arrepentir —su gesto era cínico.

No sé si no le importaba que yo me percatara de lo que había detrás de su mensaje o realmente creía que yo era una tonta.

—Voy a mi habitación —exhaló con menosprecio, se cruzó de brazos y se dio media vuelta.

—Te acompaño.

En cuanto mis hermanas se retiraron me acerqué a Daniel para preguntarle qué había ocurrido. Me dio una explicación tan corta como ambigua. Entonces Gabriel, con su nueva actitud de hermano cariñoso, me aclaró lo ocurrido. Mamá había sufrido uno de esos

momentos de depresión en los que estaba consciente de la muerte de papá, los cuales eran los más peligrosos para ella, pues mientras se encontraba en la otra actitud todo era manejable. Ella, aseguraba que no había pasado nada, que papá se había ido a trabajar, pero en las noches, cuando veía que mi padre no llegaba a dormir, comenzaban las dudas, luego las preguntas, hasta que finalmente ella por sí sola recordaba lo ocurrido.

En noches anteriores había tenido arranques de histeria y comportamientos extremos. En una ocasión salió de la casa a las tres de la madrugada sin que nadie se percatara. Hasta que un hombre que transitaba en su coche a esa hora la vio parada a mitad de la calle. Al principio mi madre lo llamaba Ignacio, pero en cuanto el sujeto negó ser Ignacio, ella comenzó a correr desesperada. Él comprendió que mi madre no estaba bien y la persiguió hasta alcanzarla y salvarla de sí misma. Para suerte de ella esto ocurrió justo frente a la casa y el hombre tuvo la paciencia y la cordura suficiente para analizar la situación: buscó una vivienda con luces encendidas o alguna señal. Mi madre había dejado abierta la puerta de la entrada principal. El desconocido la llevó hasta la casa con el engaño de que ahí estaba Ignacio; al entrar, el hombre encontró la casa vacía, así que preguntó casi a gritos si había alguien. Pronto salieron el mayordomo, el ama de llaves, las damas de compañía, los lacayos, las cocineras y hasta el chofer, cuyas habitaciones estaban más cerca. Mis hermanos y mis cuñados bajaron un minuto después. La primera reacción de Gabriel fue apuntarle al hombre con un rifle. De pronto mamá lo defendió:

—Este hombre me está ayudando a buscar a tu padre.

—¿De qué estás hablando, madre?

—Si me permite hablar —dijo el hombre con tranquilidad.

Mi hermano bajó el arma.

—Yo venía conduciendo mi autojusto aquí en frente cuando encontré a su madre de pie en medio de la avenida. Me bajé del coche para ayudarla y me llamó Ignacio. No sabía quién era el tal Ignacio, pero…

—¡Ese tal Ignacio era mi padre! —interrumpió Gabriel con reclamo.

—Estoy segura que el caballero no lo dijo de forma despectiva —intervino Guadalupe.

—Lo siento. Le ruego que me disculpe —cambió su conducta con impresionante rapidez. No era la primera vez que lo veía mudar de actitud o estado de ánimo de forma tan abrupta. Sorpresivamente su mal humor o su agresión desaparecieron.

En otra ocasión mi madre amenazó con lanzarse desde el corredor del segundo piso, el cual desde el barandal daba a la sala principal. Se había sentado en el pretil con los pies colgando al vacío. Los lacayos, mis hermanos y mis cuñados se apresuraron a mover todos los muebles de la sala mientras mis hermanas intentaban convencer a mamá de que no saltara.

—¡Quiero ver a Ignacio! —les respondía alterada.

—Ya viene en camino —respondió Luisa llena de terror.

Rosario se acercó a mamá, puso los codos sobre el barandal, miró hacia abajo y luego dirigió la mirada a mi madre con mucha tranquilidad.

—Tú y yo sabemos que no vas a brincar.

—¡Cállate!

—Y si brincas no te va a suceder nada, porque allá abajo están esperándote los lacayos, el chofer, tus hijos y yernos. Quizá te rasguñes un brazo, pero nada más. Deja de hacer dramas, mamá. Mejor acompáñame a mi recámara y me cepillas el cabello, como cuando tenía diez años.

—Mi niña —mamá la miró con ternura. Entonces Rosario aprovechó para abrazarla. Pronto Luisa y Guadalupe se acercaron para ayudarle a mamá a regresar al piso.

En otras ocasiones simplemente había gritado desesperada por toda la casa que papá estaba muerto y teníamos que consolarla. Por eso yo no entendí la actitud de mi hermana Guadalupe al verme en la mañana en que mamá se había cortado las venas. Era de esperarse que tarde o temprano haría algo así.

Bajo esas circunstancias, mis intenciones de cancelar la boda con don Nazario se desvanecieron cual espejismo en medio del desierto. Tenía claro que no me atrevería a decir una palabra ni ese día ni esa semana. No quería ser la responsable de la muerte de mi madre. Debería decir, a la que culparan por su muerte. A esas alturas cualquier cosa que le ocurriera a mi madre sería mi culpa ante los ojos de mis hermanos.

En el fondo esperaba que Santiago llegara y me robara, pero eso

no ocurrió. No dio señales de vida. Pasaron los días y las semanas sin saber nada de él y yo no me atrevía siquiera a enviar a una de las criadas a investigar qué estaba haciendo. Me daba miedo que alguien me descubriera. Ojalá hubiera sido más valiente. Me arrepiento tanto de no haber tenido el coraje. Aunque yo pretendiera ser rebelde, no lo era. Tenía grabadas las enseñanzas del Château Mont-Choisi.

Tres semanas después envié a Fátima, mi dama de compañía, a que investigara. Las noticias fueron devastadoras: se había ido a Estados Unidos anticipadamente. Ni siquiera había terminado la carrera de medicina. De acuerdo con una de las sirvientas de su casa, Santiago y su familia querían salir del país antes de que comenzara la Revolución.

Sólo hasta entonces comprendí cuán cobarde había sido y seguía siendo, pues a pesar del dolor que se apoderó de mí en ese momento, no me atreví a gritarles a todos que nada ni nadie me obligarían a casarme con don Nazario.

En lugar de eso, me encerré en mi habitación por varias semanas. Salía cuando era estrictamente necesario: comidas, reuniones familiares o las visitas de don Nazario que comenzó a ir la casa dos o tres veces por semana. Y aunque no hablábamos él y yo, me obligaban a permanecer en la sala mientras él conversaba con mis hermanos y mi madre sobre los preparativos de la boda o asuntos de negocios y política nacional. Mi cuerpo estaba presente, pero mi espíritu y mis pensamientos estaban a kilómetros de distancia. De súbito escuchaba un regaño: «Niña, responde. Don Nazario te hizo una pregunta». Y ni así lograban obtener mi atención. Respondía lo que querían escuchar. Al finalizar regresaba a mi habitación en rotundo silencio y lloraba la mayor parte del día o escribía cartas para Santiago. Cartas que nunca envié y que regularmente terminaban en el fuego de la chimenea. Dormía muy poco y cuando lograba conciliar el sueño me despertaban las pesadillas en las que veía a Santiago parado en el último vagón del tren, despidiéndose de mí. En otras ocasiones soñaba que en las calles me gritaban cobarde y me lanzaban bolas de lodo. La peor de todas era aquélla en la que me veía como esposa de un anciano al que tenía que cuidar hasta el día de su muerte. Sin embargo, no eran las pesadillas las que me generaban el mayor sufrimiento, sino

los sueños en los que podía contemplar los ojos de Santiago, sentir su piel desnuda junto a la mía, respirar el aroma de su cuerpo, beber su aliento y escucharlo decir que era yo el amor de su vida. Entonces despertaba y encontraba el eterno silencio de la madrugada, y el suplicio de su ausencia en mi cama.

Las únicas veces que salía de casa era cuando mis hermanas me obligaban porque don Nazario iba a visitarnos o porque teníamos que ir con el diseñador de modas para hacerme pruebas del vestido para la cena de compromiso. De lo contrario les daba igual lo que yo hiciera con mi vida.

Alejandra, a quien no había buscado en casi tres meses, fue a verme en cuanto se enteró de mi estado de ánimo. No me merecía esas atenciones, por la forma en que la traté, al contrario, debería haberme dejado sola. Ni siquiera preguntó por qué no la había buscado en todo ese tiempo. Entró a mi habitación y se sentó en la cama junto a mí. Estuve a punto de decirle que se fuera. En otros tiempos le habría gritado un par de groserías, pero en ese instante mi corazón estaba más necesitado de ella que nunca. Puso su mano sobre mi cabello y comenzó a acariciarlo sin decir una palabra. Me conocía tan bien que sabía perfectamente que si me hacía preguntas no respondería. En cambio, si esperaba en silencio, yo le contaría todo. Siempre he sido así y ella fue la única que comprendió mi forma de ser, mis defectos y mis estados de ánimo tan volubles.

—Me quiero morir —le dije aún sin mirarla—. Extraño a mi nana, a papá… y a Santiago.

—¿Quién es Santiago?

Entonces le conté todo. Y me escuchó en silencio por más de dos horas sin interrumpirme. Lloré desconsolada en sus brazos. Y cuando ya no tuve más por contar me dijo lo que menos esperaba:

—Me sorprende escuchar todo esto de ti. Siempre has sido tan fuerte, valiente y segura de ti misma.

—No lo soy. Nunca lo he sido. Es una máscara para protegerme de los demás.

—Ahora más que nunca debes utilizarla.

—No puedo, si me niego a casarme con don Nazario mi madre podría quitarse la vida.

—Si lo hace será culpa de ella, no tuya.

—No entiendes nada.

—Sí, lo entiendo mucho mejor que tú.

—Necesito estar sola.

—Cuando te cases con don Nazario tendrás tiempo de sobra para estar sola. Inmensamente sola.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—No eres el tipo de mujer que necesita que le digan qué hacer. Lo sabes perfectamente.

—No tengo el coraje.

—Lo tendrás. Te lo aseguro. Comienza por pararte de esa cama.

—No quiero.

—No me importa —me arrancó las cobijas—. Vamos.

Ese día salimos a caminar hasta el bosque de Chapultepec.

—Perdóname —le dije mientras caminábamos en medio del bosque—. Fui muy grosera contigo. No debí tratarte de esa manera.

—No te preocupes, no estás en un buen momento.

—Me refiero a la noche en que me dijiste que sabías sobre el adulterio de mi padre. Entiendo que no fue sencillo tomar una decisión. Yo no habría sabido qué hacer en tu lugar. Seguramente no me habría atrevido a decirte nada, para evitarte el sufrimiento. Gracias.

—Fue muy difícil —una lágrima rodo por su mejilla.

—¿Cómo te enteraste?

—No me preguntes eso.

—Como gustes.

—¿Ese que está allá al fondo es tu hermano Daniel? —Alejandra señaló a un par de hombres jóvenes que platicaban sentados a los pies de un árbol.

—Sí, y ése es… —me quedé sin palabras por un instante—. Nuestro chofer.

—No. Me equivoqué. Se parece, pero no es tu hermano. Ni tu chofer —dijo Alejandra—. Vámonos.

—¿Estás segura?

—Completamente. Se nos hace tarde —dio media vuelta y caminó sin esperarme.

Alejandra los había reconocido, pero, como tantas veces, fingió para evitar la molestia de tener que dar su testimonio si alguien le preguntaba si ella había visto a Daniel y al chofer de la familia platicando a la sombra de un árbol del bosque de Chapultepec.

Yo tampoco pensaba delatar a mi hermano por ningún motivo. Ni siquiera había pasado por mi mente comentarle que lo había visto. A fin de cuentas, no fue necesario: él mismo se acercó a mí una tarde y me pidió que habláramos en secreto. Entonces me llevó a caminar por la colonia Roma.

—Necesito decirte algo muy importante, hermanita —dijo temblando de miedo—. Estoy viviendo en pecado.

—No sé de qué hablas… —disimulé pésimamente.

—Sí lo sabes —me miró seriamente.

—Quizá no quiero saberlo —evité su mirada.

—No vengo a hablar precisamente de eso, pero tengo que hacerlo para decirte lo verdaderamente importante.

—Te escucho.

—Rodrigo y yo somos amantes.

—No quiero saber los detalles.

—No te traje aquí para hablar de eso.

En ese momento se apareció Rodrigo frente a nosotros.

—Señorita —dijo inclinando la cabeza. Se veía nervioso.

—Debemos seguir caminando —exigió mi hermano—. No podemos arriesgarnos a que alguien escuche lo que Rodrigo tiene que decirte.

—Y bien, ¿qué es eso que me tienes que contar? —pregunté a Rodrigo luego de haber caminado por casi tres cuadras en absoluto silencio.

—Como usted sabe, tengo cinco años trabajando como chofer de su familia.

—Sí. Lo tengo muy claro.

—Yo llevaba a su padre a todas partes. Conocía a la perfección su itinerario, los nombres de las personas a las que visitaba, las direcciones y los motivos. Fui su sirviente más leal. Jamás hablé con nadie de lo que su padre hacía. Le había prometido que nunca lo delataría. Pero las circunstancias no me lo permiten. Mi consciencia no me dejaría vivir en paz si me callo. Su padre no merece que lo recuerden de esa manera. No soy nadie para juzgar lo que hizo, pero tengo claro que debo hacerle justicia. Fui el único que supo de la relación amorosa entre su padre y doña Lucila. Yo iba por ellos de forma separada y los traía aquí —señaló la casa frente a nosotros —. La noche del 15 de septiembre yo llevé a su padre y a doña

Lucila a su casa. Luego de año y medio yo ya sabía a la perfección el tiempo que su padre demoraría; entonces estacionaba el coche a una o dos cuadras para no levantar sospechas. A veces daba vueltas hasta que llegaba el momento de venir por ellos. Esa noche me estacioné a la vuelta de la esquina, porque debido a los festejos del centenario de la Independencia, su padre debía regresar a Palacio Nacional. Por lo tanto, él me dijo que lo esperara ahí y que él llegaría al auto. Veinte minutos después vi a un hombre en la esquina con un bote de gasolina en la mano. Tardé unos minutos en reconocerlo por la oscuridad y por el sombrero que le cubría parte de la cara. Luego apareció un coche y el hombre lo abordó. Era el mayordomo de don Nazario. Yo estaba a escasos diez metros. Sé que era él. Lo vi cientos de veces, cuando llevaba a su padre a esa casa. Usted sabe que él y don Nazario eran socios. Minutos después vi a varios de los empleados de la casa salir en ropas para dormir, todos asustados, mirando hacia arriba. En cuanto levanté la mirada me percaté de que había un incendio: una nube de humo salía de una ventana. Me bajé inmediatamente y comencé a preguntar por don Ignacio. Nadie entendía de lo que hablaba. Lo demás fueron gritos de auxilio y lamentos. Su padre y doña Lucila habían sido asesinados por el mayordomo de don Nazario.

»No estoy haciendo conjeturas, señorita. Semanas antes del incendio, su madre me pidió en tres ocasiones que la llevara a algunos restaurantes, con la excusa de que iba a ver a unas amigas. Pero yo sabía dónde vivían sus amigas y dónde se veían. Al llegar al local, su madre se bajaba del coche y me decía que volviera a casa y que regresara en una hora exactamente. En lugar de hacer eso, me estacioné a la vuelta de la esquina como le hacía con su padre. Disculpe mi sinceridad, señorita, pero, creí que su madre tenía un amante. Más aun cuando vi a don Nazario caminando sobre la acera, en dirección al restaurante. De ninguna manera pensaba decirle algo a su padre ni a nadie. Don Nazario y su madre no se vieron después del incendio hasta el día del funeral. Fue entonces que comprendí que no había una relación amorosa, sino un pacto. Al terminar el sepelio, su madre abordó el coche. Sus hermanas Guadalupe y Luisa iban a subir también pero su madre les pidió que se fueran en otros autos porque ella necesitaba estar sola.

»Lo que más llamó mi atención en ese momento fue que el tono de voz y la actitud de su madre era igual que antes del incendio. Nada parecido a lo que ustedes han visto en estos meses. Se escuchaba cuerda, congruente, segura. En cuanto sus hermanas se marcharon, apareció don Nazario. Y sin pedir permiso abordó el coche. No le dio el pésame a su madre ni mostró pena. Su actitud era arrogante.

«¿Qué estás haciendo aquí?», preguntó su madre con temor, al mismo tiempo que se asomaba por las ventanas. «Todos te vieron».

«Es lo que se espera», encendió su pipa.

«Soy el viudo, hablando con la viuda. Y vine a darle el pésame en privado».

«Rodrigo, déjanos solos», ordenó su madre.

«No, Rodrigo. Quédate», dijo él.

«Van a sospechar», dijo su madre sin quitar la mirada de la ventanilla.

«Si él se baja del coche entonces sí van a sospechar más. Incluso podría correr el rumor de que somos amantes. Y eso sí que no nos conviene».

«Sabes de qué hablo».

«No tengo idea», don Nazario hizo un tono de voz irónico.

«¿Qué quieres?».

«Que cumplas tu parte del trato».

«Dame una semana para hablar con Cecilia».

«¿Para qué esperar tanto? En cuanto se suba al coche se lo informamos».

«Es demasiado pronto».

«Tú querías que fuera rápido», don Nazario respondió con tranquilidad.

«Ya no digas más», se asomó por la ventanilla y le gritó a usted; luego se dirigió a mí: «Rodrigo, confío en tu discreción», dijo con tono amenazador.

«Yo no he escuchado nada, señora», respondí temeroso y al mismo tiempo muy triste por lo que acababa de escuchar.

«¡Más te vale!», sentenció don Nazario. «No quieres saber de lo que soy capaz cuando me traicionan».

»Minutos después usted abordó el coche. Todo está muy claro, señorita: su madre y don Nazario planearon el incendio. Y debido a que

don Nazario llevaría la mayor responsabilidad del crimen, su madre tenía que pagarle con algo muy valioso: usted».

Capítulo 7

Un beso largo

Esa tarde Cecilia se empantanó en una profunda crisis de melancolía. Caminó sin aliento, arrastrando los pies y dejando fragmentos de su corazón esparcidos por las banquetas. Sin derramar una sola lágrima entró a su casa y le pidió a Fátima que no la molestara hasta el día siguiente; al llegar a su habitación, cerró con llave, se dejó caer de rodillas en el piso y lloró sin parar hasta la mañana siguiente. El entusiasmo se había evaporado con todas sus esperanzas y sueños. A diferencia de las semanas anteriores, en que el insomnio era poseedor de sus noches, ahora se encontraba sumergida en una fatiga indómita: dormía hasta quince horas; incluso en el transcurso del día, a veces cuatro o cinco horas seguidas. Una tarde despertó creyendo que estaba por amanecer y días después ocurrió lo contrario: se acostó a las tres de la tarde y se despertó a las seis de la mañana creyendo que acababa de oscurecer. Sin importar la hora en la que abriera los ojos, permanecía acostada, sin pensar en otra cosa más que en la muerte de su padre, el atroz crimen de su madre y don Nazario, el desprecio de sus hermanos, en Santiago y en lo mucho que se arrepentía de haber rechazado su propuesta de irse a Estados Unidos. Cuando por fin se levantaba de la cama lo hacía nada más para sentarse en el colchón y permanecer inmóvil por otros quince o veinte minutos, con la mirada ausente. Caminaba al baño, orinaba, y si aún sentía esa pesadez en el cuerpo, regresaba a la cama a dormir. Comía una vez al día y nunca se terminaba lo que le servían. Ya ni siquiera bajaba. Una sirvienta le llevaba sus alimentos.

—Debe comer más —le decía su dama de compañía todos los días—. Es por su bien.

—No puedo —respondió Cecilia con los ojos cerrados y el gesto de quien se está quedando dormida.

—Todo ese dolor que siente pasará pronto —Fátima sabía de la relación con Santiago, pero nada sobre la muerte de don Ignacio ni las verdaderas intenciones de la familia por casarla con don Nazario. Para toda la servidumbre era común ver que las hijas de los patrones se enlazaran con hombres mayores y adinerados, aunque no los conocieran.

—No quiero vivir —le entregó la charola con comida. Apenas si había dado tres bocados.

—No diga eso. Tiene muchas razones para vivir.

—¿Tú qué sabes? Hablas nada más por hablar.

Fátima se puso de pie con la charola en las manos, la llevó hasta una mesita frente a la ventana, regresó a la cama y se sentó junto a Cecilia.

—De dónde yo vengo no se sufre por amor, sino por hambre, miseria, injusticias, abusos, enfermedades que matan por falta de dinero, y violencia. Probablemente no sé cómo sufre una niña rica, pero sí sé cómo sufrimos los pobres. En el norte del país ya comenzó un levantamiento armado. Quieren sacar a don Porfirio de la presidencia y esta vez sí lo van a lograr. Miles de personas se están uniendo a las tropas de Francisco I. Madero. Por lo que cuentan en el mercado y en las iglesias, muy pronto todos estaremos dentro de esa guerra. Entonces todo lo que la hace sufrir hoy no será nada comparado con lo que viene.

—Me disculpo —bajó la cabeza humillada.

—Le ruego me perdone usted a mí, no debí decir eso —se puso de pie y se inclinó con reverencia—. Si no necesita nada más, me retiro —caminó a la mesita frente a la ventana y tomó la charola.

—Déjala ahí —se mordió el labio superior.

—Con su permiso —caminó a la puerta.

—Fátima —dijo a tono de ruego.

—Mande usted —se dio media vuelta y se mantuvo firme con las manos enredadas por detrás.

—Gracias.

Esa tarde Cecilia se acabó la comida que le habían llevado. Si bien no había desaparecido el dolor, se había sembrado una idea en su cabeza: por primera vez en su vida había contemplado muy seriamente la posibilidad de irse a Estados Unidos en busca de Santiago.

Por si fuera poco, faltaban cuatro días para el banquete en el que don Nazario pediría la mano de Cecilia en presencia de quinientos invitados. Aquel compromiso era un secreto a voces, visto por muchos como una de las uniones más vergonzosas de los últimos años. Era el tema principal entre las damas de la alta sociedad:

—Es una falta de respeto a los difuntos. ¿No se podían esperar?

—Yo me enteré que don Nazario y Cecilia ya eran amantes desde antes de la tragedia.

—Mujer, la niña estaba en Suiza.

—Eso dicen, pero también se rumora que la sacaron del país para ocultar el embarazo.

—¿Se embarazó?

—¿Y de quién creen?

—De veras que don Nazario no tiene perdón de Dios.

—Era una niña.

—¿No la habrá…?

—No lo creo. Don Nazario será un libertino, borracho y mal hablado, pero de ninguna manera un patán de tal magnitud.

—Yo ruego a la Virgen que nada de eso sea verdad.

—Claro que sólo son rumores.

—¿Entonces por qué la prisa por casarse?

—Algo han de estar ocultando. Ya nos enteraremos. Ustedes saben que en esta ciudad todo se sabe.

Todas estas voces continuaron murmurando hasta la tarde del banquete en casa de los Lombardo de Rus y Gurría. Se encontraban presentes las más importantes personalidades de la aristocracia mexicana; entre ellas Justo Sierra Méndez, Olegario Molina, Rafael Reyes Spíndola, Emilio Rabasa, Rosendo Pineda, Fernando Pimentel y Fagoaga, Emilio Pimentel, Porfirio Parra, Jacinto Pallares, Pablo Macedo, Miguel S. Macedo, José Yves Limantour, Francisco Bulnes, Sebastián Camacho, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral, Francisco Cosmes, Enrique C. Creel, Alfredo Chavero, Manuel

Flores, Guillermo Landa y Escandón, y Antonio Rivas Mercado, constructor de la columna de la Independencia.

—¿Ya viste quién está ahí? —le preguntó Rosario a Cecilia.

—¿Quién? —preguntó Cecilia tratando de disimular.

—El hombre al que está saludando Gabriel.

—No lo conozco.

—Eso no es una buena señal.

—¿De qué estás hablando?

—Él y su familia son de mala suerte.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—Es Ignacio Torres Adalid, mejor conocido como «el rey del pulque», e hijo de Josefa Adalid, una de las mujeres más acaudaladas de México, dueña de dos de las haciendas más grandes del país: Ometusco y Goycochea. Se supone que murió en 1869, pero mucha gente asegura que sigue viva.

—Son rumores.

—Eso crees tú. Deberías ser más respetuosa con los muertos vivos.

—No seas supersticiosa.

—¿Supersticiosa? Toda la gente sabe que doña Josefa ya había muerto cuando era adolescente. La familia llevó a cabo un funeral en la iglesia de Santa Brígida y al terminar, cuando ya toda la familia y amigos se habían marchado, el sacristán sacó el ataúd de la cripta del templo para robarle una sortija a la difunta. Al no poder quitarle la joya, optó por mutilar el dedo, pero apenas comenzó a cortar, la joven regresó de la muerte…

—Papá me contó que en su adolescencia doña Josefa sufrió un síncope y un médico la dio por muerta y que despertó cuando el sacristán intentó cortarle el dedo para quitarle la sortija. El hombre estuvo a punto de salir corriendo pensando que la muerta había regresado para castigarlo.

—Y así fue: regresó de la muerte…

—Luego se detuvo y la observó: ella, perturbada, detenía el sangrado de su dedo al mismo tiempo que intentaba entender por qué se encontraba dentro de un sarcófago entre decenas de criptas. El sacristán comprendió que por negligencia la habían dado por muerta y que entonces debía matarla para evitar que ella lo denunciara por intento de robo. En cuanto él se acercó, la joven se

dio cuenta del peligro en el que estaba y le rogó que no le hiciera daño. «Si te dejo viva, me denunciarás», dijo el hombre. «Le juro que no lo haré», respondió aterrada. «Si me lleva a mi casa le diré a mi familia que usted me rescató y les pediré que le den una muy buena recompensa. Y le doy este anillo». El sacristán quedó convencido y la llevó a su casa. Josefa cumplió su palabra y vivió muchos años más. Tras su verdadera muerte surgió la leyenda que no había muerto y que sigue viva.

—Está viva. Varias amigas la han visto.

—Mejor hablemos de otra cosa —Cecilia dirigió su mirada a una de las invitadas—. ¿Ya viste ese vestido? Está hermoso.

Entre las vestimentas de las invitadas destacaron las tendencias recién llegadas de Francia e Inglaterra: la silueta de la mujer lisa en la parte superior, marcando el pecho ahora sin corsés, dando libertad a los senos con un corpiño; vestidos enteros con flecos, con escote en «V» y menos apretados en la cintura, telas ligeras y bolsos pequeños. Se adoptaron estilos orientales y la moda de los Ballets russes de Diaghilev; faldas estrechas (también llamada falda trabada) que obligan a las mujeres a dar pasos muy cortos, sombreros muy anchos, sin felpa ni llorones, con silueta de triángulo invertido. El maquillaje había dejado de ser blanco para convertirse en un facial rosado.

Cecilia llevaba un vestido largo, liso, color crema, cinturón café claro abajo del busto, cuello en «V», guantes de encaje blancos a las muñecas y un sombrero redondo.

—Te ves bellísima, Cecilia —le dijo una de las invitadas.

—No puedo ni imaginar lo bella que se verá el día de la boda —dijo otra.

—Eres la envidia de toda la ciudad. No sabes cuántas mujeres habrían dado lo que fuera por casarse con don Nazario.

—Le aseguro que no —Cecilia continuó caminando sin despedirse del grupo de mujeres que la había interceptado para platicar.

Llegó a la mesa donde se encontraba su amiga Alejandra, se sentó junto a ella y le habló al oído.

—Sácame de aquí, te lo suplico.

—¿A dónde te llevó? —respondió discretamente.

—A robarle algo a una de estas viejas decrépitas.

—No te entiendo —Alejandra intentó disimular su asombro.

Cecilia se cruzó de hombros y miró a su amiga con un gesto de enfado irónico. Alejandra se quedó en silencio, tratando de evadir la mirada de su amiga.

—Vamos —insistió Cecilia con voz baja—. Necesito divertirme —se puso de pie y la jaló del brazo.

—Espérate —respondió sin moverse.

Cecilia comprendió que debía ser más discreta.

—Tienes que elegir a una —dijo sin mirar a su amiga.

Cecilia se sentó y observó cual niña traviesa a todas las mujeres invitadas.

—La señora Altamirano y Garza.

—No puedes. No está hospedada en tu casa. Vive a dos cuadras de aquí.

—Cierto —sonrió.

—Doña Irma —es prima de mi madre, vino de Durango. Está hospedada en la habitación del fondo del tercer piso.

—No se diga más —Alejandra se puso de pie con discreción.

—Compórtate —Cecilia caminó a su lado con una sonrisa pícara.

Cruzaron disimuladamente el jardín plagado de invitados y meseros que repartían copas de vino.

—¡Cecilia! —la llamó su madre.

—Dime.

—Se dice mande usted.

—Mande usted —eludió el enojo por esa ocasión para poder alcanzar su objetivo a corto plazo.

—¿A dónde vas?

—A mi habitación. Alejandra me va a ayudar a retocar mi peinado y el maquillaje.

—No se tarden. Ya casi va a ser hora —doña María Luisa se notaba muy contenta.

—Vamos rápido —le dijo Cecilia a su amiga en cuanto su madre se alejó.

Siguieron su camino sin hablar, pero con sonrisas pícaras.

—¿Desde cuándo sabes que…? —preguntó Alejandra al llegar al tercer piso.

—Desde hace seis o siete años. No lo recuerdo bien —ambas caminaban con discreción.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? —la miró atónita.

—Porque sabía que si no me lo decías era porque disfrutabas hacerlo a solas.

—¿Y ahora qué cambió?

—Que ya me aburrí de ser siempre la que vigila —puso la mano en el picaporte de una de las puertas.

—La que siempre…

Alejandra se quedó hablando sola: Cecilia había entrado a la habitación de la huésped sin avisar a su amiga, quien no tuvo más remedio que fingir en el pasillo en cuanto una de las mucamas pasó frente a ella.

—Señorita, mi amiga Cecilia quiere que le traigan un poco de agua. Está en su habitación.

—En un momento se la traigo —la mucama se regresó a las escaleras.

Cecilia salió rápidamente con un alhajero en las manos.

—¿Qué has hecho? —Alejandra la miró aterrada.

—¡Vámonos! —Cecilia caminó a su recámara con apuro.

—Tiene que ser una prenda, no todas las joyas. Así se va a dar cuenta inmediatamente.

—Esto es tan divertido —dijo Cecilia con una sonrisa ladina al mismo tiempo que entraba a su habitación.

—Bueno. Sirve para que te diviertas un rato. ¿Y qué piensas hacer con todas estas joyas?

—Venderlas —las colocó sobre la cama.

—No las vas a poder vender tan fácilmente.

—¿Tú qué haces con lo que te robas?

—Lo disfruto. Mejor dicho: disfruto el triunfo. Me lo quedo un tiempo hasta que pierde valor y lo tiro en la calle o se lo regalo a algún desconocido. Jamás he intentado vender nada. No lo necesito.

—Yo sí lo voy a necesitar —desapareció el regocijo de su rostro.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Me voy escapar.

—¿Estás hablando en serio? ¿A dónde piensas ir? ¿Con quién?

—A Estados Unidos, a buscar a Santiago. No me voy a casar con don Nazario.

—¿Ya pensaste en las consecuencias?

—Sí. Muchas veces y entiendo que me puede ir muy mal, que

puedo arruinar mi vida, pero también tengo la certeza de que si me quedo aquí siempre me arrepentiré por no haberme arriesgado. No podría vivir sabiendo que dejé escapar la felicidad. Ya lo hice una vez. Mi padre, la persona que más me amaba en el mundo, me condenó a la infelicidad obligándome a casarme con un desconocido o a quedarme soltera con su herencia y el odio de mis hermanos. Dudo que lo haya hecho para arruinarme la vida. Me amaba y por ese amor me mantuvo aislada del mundo. Cuando me fui a Suiza creía conocer México y al regresar, descubrí otro país, uno menos agradable, más dolido. Vi lo mismo, pero con otros ojos: un país de rostros diferentes. Eso fue apenas una muestra. Me falta mucho por descubrir. Quiero explorarlo, vivirlo, sufrirlo, entenderlo. Pero primero tengo que estudiar medicina. Tengo claro que si me caso con don Nazario no me lo permitirá y si me quedo soltera, tampoco podré hacerlo. Debo irme, buscar a Santiago, estudiar medicina y comenzar una nueva vida.

Los ojos de Alejandra se inundaron de lágrimas. Ella también vivía en una jaula de oro. Su madre, su nana, sus institutrices y sus hermanos lo controlaban todo. La costumbre familiar la había sentenciado a permanecer junto a su madre hasta que muriera.

Pero los embrujos del amor siempre encuentran su camino. El día menos esperado apareció en su vida una niña morena de dieciséis años, hija de la nueva cocinera. Sin jamás haber sentido conscientemente interés por una niña, el trato con Yadira, aquella indígena que apenas podía pronunciar en castellano, la fue enredando en la telaraña del deseo. Delgada, piel canela, chiquita y una cabellera hasta la cintura, Yadira entraba todas las mañanas a tender la cama de Alejandra, quien permanecía en la mesa de la esquina, observando cómo la joven se inclinaba para enterrar la orilla de las sábanas debajo del colchón. Luego limpiaba el tocador y las mesas de noche con un trapo húmedo. Apenas si le sonreía al decir «buenos días» y «con su permiso, señorita». Alejandra pasó largas noches tratando de descifrar aquel deseo. Lo único que le quedaba claro era que Yadira le fascinaba. Con el paso del tiempo fue comprendiendo que en realidad jamás había sentido atracción hacia los jovencitos de la escuela, y que tan sólo había aprendido lo que en su entorno social era aceptable: distinguir a los hombres guapos y hablar de ellos con deseo desmedido en las conversaciones

con las amigas, con el único fin de encajar en el grupo. Asimismo, entendió que sus sentimientos hacia Cecilia, desde la infancia, iban más allá del afecto. No obstante, jamás lo había concebido de otra forma que no fuera un profundo cariño a su mejor amiga. En casa jamás se había hablado sobre la masturbación, el sexo, el deseo carnal, los noviazgos y mucho menos la existencia del amor entre mujeres.

Con la llegada de Yadira a su vida las emociones germinaron al por mayor, día y noche. Verla quince minutos en su recámara todas las mañanas era suficiente para soñar despierta las próximas veinticuatro horas. Adoraba la vitalidad con la que limpiaba la habitación. Como si estuviera preparándose para un festejo. De vez en cuando Alejandra interrumpía las labores de limpieza con un puñado de preguntas que dejaban a Yadira con la boca abierta.

—¿Te parece que soy bonita? —dijo mientras se cepillaba el cabello.

—Por supuesto, señorita —respondió sin dejar de limpiar el tocador, pero con los nervios a punto de estallar.

—¿Por qué? —le coqueteaba con la mirada.

Yadira dejó el trapo húmedo sobre el cristal que protegía la base del tocador, levantó la mirada y observó detenidamente a Alejandra a través del espejo.

—Su piel tan blanca y suave, sus ojos…

—¿Qué tienen mis ojos?

—Brillan… Me alegran.

—¿Mis ojos te alegran? —preguntó Alejandra sonrojada.

—Disculpe, señorita —agachó la cabeza y permaneció inmóvil por unos segundos, como si la hubiesen regañado.

—No… No te disculpes. Sigue.

—No, señorita —respondió sin levantar la mirada—. No debo. Me va a regañar mi amá.

—¿Por qué te va a regañar? —Alejandra caminó hacia ella.

—Ella dice que no debo hablar con los patrones. Que debo entrar en silencio, que cumpla con mis obligaciones y me salga en silencio. Ella dice: «Tú no escuchas nada. Siempre callada».

—Pero conmigo no tienes por qué ser así —le tomó la barbilla con la mano derecha y la levantó para que ambas se vieran a los

ojos.

—Es que me da pena, señorita.

—¿Por qué?

—Usted tan elegante y tan bonita hablándome como si fuera su amiga.

—Podríamos ser amigas.

Esa tarde Yadira salió de la habitación más nerviosa que nunca. Al día siguiente se hizo una hermosa trenza que comenzaba arriba de su sien izquierda y recorría cual serpiente su nuca hasta llegar al lado derecho del cuello donde pendía el resto de la cabellera trenzada. Se puso rubor hecho por ella misma con polvo de raíz de remolacha, flores arrurruz, cacao en polvo y jengibre. Se roció un poco de perfume hecho en la cocina de la casa con alcohol etílico, esencia aromática de lavanda y agua destilada. Ser hija de la cocinera le había dado ésas y muchas recetas más.

Aquel conjuro de amor surtió efecto esa mañana: Alejandra la contempló embelesada desde el sofá junto a su cama. Finalmente, no pudo controlar sus impulsos y le ayudó a Yadira a tender la cama.

—Señorita, usted no debería…

—No es nada —sonrió y observó la trenza de Yadira—. Qué hermoso te arreglaste el cabello.

—Gracias —bajó la mirada y sus mejillas se sonrojaron.

—Y ese aroma tan rico —se acercó a Yadira con la firme intención de besarla, pero aquella mocosa era más astuta de lo que aparentaba.

Disimuló no darse por enterada de las intenciones de la hija de los patrones y siguió limpiando como si nada. Amarró a su enamorada a las cuerdas del deseo por casi dos meses, dándole a penas lo suficiente para mantener viva la flama. A diferencia de los amores prohibidos entre hombres y mujeres, aquéllos entre mujeres debían ser mucho más cautelosos. Y peor aún si se trataba de la hija de la cocinera y la de los patrones.

Una mañana Alejandra tomo uno de los riesgos más grandes de su vida: buscó la felicidad. Yadira podría salir corriendo y confesarles todo a los patrones con tal de salvar su trabajo o responder a las insinuaciones de la hija de los patrones. El aroma de lavanda tenía

hipnotizada a Alejandra quien, sin titubear, se acercó a Yadira como una leona cazando a un ciervo.

—¿Podrías dejar eso por un momento? —se acercó.

—¿Necesita algo, señorita? —dio unos pasos lentos hacia atrás.

—¿Por qué me evitas?

—No, señorita.

—Sí —le acarició las mejillas con la cautela con la que se tocan las espinas de un rosal.

—Usted es la hija de los patrones… —dio un paso hacia atrás y su espalda chocó con el muro.

—Eres tan hermosa —la arrinconó.

—No me diga eso, señorita.

—Alejandra. Me llamo Alejandra —puso sus manos con suavidad sobre las mejillas de Yadira, quien en ese santiamén cerró los ojos con la esperanza de que Alejandra le embriagara los labios con un roce.

Se bebió su aroma con los ojos cerrados. Alejandra recorrió con la punta de la nariz, las mejillas de Yadira, tan lento como pudo. Con deseos de no abrir los ojos jamás. Se detuvo un poco al borde de la sien derecha para respirar con profundidad el olor a manzana de un grueso mechón de cabellos lacios. Continuó su recorrido por la frente, dejando que la punta de su nariz rozara suavemente la piel de Yadira quien en ese momento se dejaba seducir, consciente de que ella también era esclava de aquel deseo indómito. Poco a poco, sus labios se rindieron al magnetismo de la pasión hasta terminar fusionadas en un beso delicado. Y mientras sus alientos se mezclaban, la mano derecha de Alejandra bajó suave y lentamente por el cuello de Yadira y se detuvo en su pecho. En menos de lo que dura un suspiro, Yadira enrolló a Alejandra entre sus brazos. Después de un largo rato, dio inicio el despojo de prendas. Una tras otra fueron cayendo al piso, expuestas ante aquel huracán de arrebatos. Cual hormiga, los labios de Yadira descendieron lentamente por el esbelto cuello de Alejandra, se extraviaron en el laberinto de sus pezones, subiendo y bajando desde la cumbre hasta las faldas de aquellos volcanes erectos. Continuó su recorrido por el desierto de su abdomen; se puso de rodillas y llevó sus labios al frondoso bosque que custodiaba la mina ubicada entre las piernas de Alejandra, quien minutos atrás se creía la cazadora, y acabó

siendo cazada. Yadira la guió hasta la cama recién tendida, donde minutos más tarde sus sexos se encontraron en un beso largo y húmedo.

El par de jovencitas estuvo consciente desde el inicio de que aquella aventura no tenía futuro y que cualquier día podría llegar a su fin. Sin jamás hablar sobre tema llegaron a un pacto: nunca prometer ni pedir amor. Alejandra aprendió a hacer la limpieza de su recámara, para aprovechar al cien por ciento el tiempo que Yadira debía demorarse haciendo el aseo: no más de media hora en cada habitación. Pronto la rutina quedó estrictamente marcada: en cuanto Yadira entraba, se quitaba la ropa y se introducía desnuda por debajo de las cobijas y le besaba el cuerpo entero a Alejandra hasta terminar entre sus piernas y hacerla estallar en un orgasmo indómito. Apenas si platicaban después de cada encuentro. El tiempo era demasiado valioso como para desperdiciarlo con palabras.

Las jóvenes se aseguraban siempre de cerrar, pero un día doña Estela abrió con su juego de llaves, entró sin avisar y las encontró enredadas sobre la cama. Las jóvenes se apresuraron a taparse con las cobijas.

—Yadira, vístete y dile a tu madre que están despedidas —ordenó doña Estela sin moverse de la puerta—. Puedes decirle la verdad o esperar a que yo lo haga.

—¡Mamá…! —Alejandra intentó abogar por Yadira.

—¡Tú, te callas!

Doña Estela jamás habló con Alejandra ni con nadie sobre lo ocurrido. Su pudor le impidió imaginar una conversación sobre el tema. Se dedicó a vigilar personalmente todos los movimientos de su hija. Un día se enteraron de que don Ignacio Lombardo había muerto y que Cecilia regresaría muy pronto de Europa. Sólo hasta ese momento doña Estela comenzó a dudar de la amistad entre Alejandra y Cecilia. Pero en cuanto se dio cuenta de que la devoción entre las dos muchachillas se había quebrantado después del funeral, recuperó un poco la tranquilidad. Luego se enteró de que Cecilia se casaría con don Nazario y eso la hizo sentirse completamente segura. Pero las dos amigas de toda la vida reanudaron sus encuentros en casa de Cecilia, y doña Estela volvió a sentir la misma repulsión hacia su hija. A pesar de que nunca

hablaron del tema, Alejandra entendía a la perfección el aborrecimiento de su madre.

—Si tanto me odias envíame a un convento —le dijo en una ocasión mientras desayunaban.

—¿Y de verdad crees que haría algo así? ¿Para que seduzcas a las demás novicias? Eres una pervertida. Me avergüenzo de ser tu madre.

Si bien, jamás pasó por su mente huir de su casa, Alejandra tenía bien claro que tarde o temprano terminaría por hacer algo al respecto. Jamás le tuvo miedo al futuro, ni se arrepintió de lo vivido. Sabía que algún día encontraría la solución a su problema. En cuanto Cecilia le dijo que planeaba huir a Estados Unidos, Alejandra decidió que se iría con ella.

—Pero… —Cecilia dudó al escuchar que su amiga también quería irse de su casa—. Tú no necesitas escapar…

—Tú no sabes. No estuviste aquí por año y medio.

—No me has contado.

—Te puedo contar en el camino. ¿Nos vamos?

Cecilia sonrió al saberse acompañada por su amiga.

—¿Cuándo? —preguntó Cecilia.

—Hoy mismo —Alejandra respondió con firmeza.

—¿Tan pronto?

—¿Piensas bajar y participar en el teatrillo de la entrega del anillo de compromiso?

—No lo voy a negar, sí pensaba hacerlo para no despertar sospechas.

—Da lo mismo que nos escapemos hoy o en una semana. Se hará un escándalo.

—Tienes razón.

—Entre más lo pienses más difícil será.

—¿Cómo nos vamos?

—Con la menor carga de ropa posible. No podemos huir con valijas enormes, como si fuéramos a Europa.

—Lo sé. Viviremos como pobres.

—Quizá no tanto. Yo le puedo robar dinero a mi mamá —sonrió con malicia.

—Creo que yo también —Cecilia pensó en la caja fuerte de su padre en la biblioteca.

—Vamos rápido.

—Espera. Necesitamos algo para esconder el dinero —dijo Alejandra.

—Tienes razón —Cecilia sacó un maletín pequeño de su armario.

Las dos jóvenes tuvieron mucha cautela al bajar al primer piso, para que nadie las viera entrar a la biblioteca.

—¿Sabes dónde está la llave de la caja fuerte?

—Sí. Papá tenía más confianza en mí que en cualquiera de mis hermanos —Cecilia caminó a uno de los libreros, sacó cinco tomos, los dejó sobre el escritorio, levantó una tabla muy delgada sobre la repisa y tomó la llave escondida dentro de la madera.

Al abrir la caja fuerte Cecilia se encontró con una gran cantidad de documentos, gruesos fajos de billetes y monedas de oro.

—Creo que con esto nos va a alcanzar para vivir bien un par de años —dijo Alejandra sorprendida al ver aquel tesoro.

Cecilia sacó varios fajos de billetes y docenas de monedas. Mientras Alejandra las acomodaba en el maletín Cecilia cerró la caja fuerte, devolvió los libros a su lugar sin regresar la llave y se dirigió a la puerta.

En ese momento entró doña María Luisa.

—Cecilia, te he estado buscado por toda la casa. Te estamos esperando. Ya es hora —la tomó del brazo y la jaló para llevarla al jardín.

Capítulo 8

La vida cambia

En lo alto de la abrupta serranía,
acampado se encontraba un regimiento
y una moza que valiente lo seguía,
locamente enamorada de un sargento.

La Revolución había comenzado, no sólo en el país, también en mi casa. Nunca más volveríamos a ser los mismos.

Yo era apenas una señorita de casi dieciocho años cuando inició el conflicto armado. No entendía bien lo que estaba ocurriendo. Para mi familia don Porfirio Díaz había sido el mejor presidente de toda la historia. Mi hermano Gabriel, por ser el mayor y el más cercano a los socios y amigos de mi padre, intelectuales y empresarios, obtenía siempre información de primera mano. En ese círculo no había rumores, todo era claro, aunque secreto. El problema de la reelección de don Porfirio Díaz en 1910 comenzó seis años antes, cuando el presidente restableció el cargo de vicepresidente, nombrando al mal afamado Ramón Corral Verdugo, quien había sido represor de los yaquis en Sonora, luego gobernador de Sonora y regente de la Ciudad de México, hasta que en 1904 recibió el cargo de vicepresidente de la república, lo cual, por la edad avanzada de don Porfirio, le garantizaba el pase directo a la presidencia en caso de que el general falleciera en funciones. Era tan mala la reputación de Corral que gran mayoría de los Científicos estuvo en contra de su nombramiento.

Cierto que el prestigio de don Porfirio Díaz había decaído, pero

no lo suficiente como para que el país entero se levantara en armas. Papá solía decir que los pueblos nunca se revelan ante sus gobernantes por sí solos, que para ello siempre debe haber alguien de mucho poder orquestándolo todo.

Por su parte, mi hermano Manuel se informaba en los diarios opositores al gobierno, lo cual le daba una perspectiva completamente distinta a la de Gabriel. Creía ciegamente en los ideales del Partido Liberal Mexicano, fundado por Camilo Arriaga y los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto, Librado Rivera, entre otros, que también fundaron el periódico *Regeneración*, con el cual demandaban el respeto a las Leyes de Reforma, la educación laica y liberal y menos corrupción. Para entonces ya había en todo el país alrededor de cincuenta clubes liberales que se hacían pasar por círculos literarios, para eludir la represión del gobierno. Fue vital el apoyo de mujeres acaudaladas que financiaron, en muchas ocasiones en su totalidad, a estos clubes y periódicos, como Luisa Acuña y Rosetti, editora y financiera del periódico *La Guillotina*.

En aquellos años yo era aún muy joven para comprender la importancia de las mujeres en la sociedad y en la revolución que estaba comenzando. Mi familia me había mantenido al margen de todos los problemas sociales del país. Yo ignoraba que hasta apenas años atrás las mujeres habían logrado incorporarse a la vida laboral, aunque no del todo y no en todo. La sociedad veía con malos ojos la presencia femenina en ese ámbito —lo cual implicaba formación académica— y lo consideraba ocioso, innecesario y peligroso. Las mujeres éramos educadas para la maternidad, el matrimonio y el hogar. Setenta y seis por ciento de la población era analfabeta, de los cuales la mitad eran mujeres de casi todas las clases sociales y la otra mitad, hombres pobres.

México apenas se estaba recuperando del rezago académico que había vivido desde la Conquista. Si bien es cierto que don Porfirio Díaz marginó a las clases pobres, también debe admitirse que dio grandes pasos en el progreso del país, como fue la creación en 1888 de las Escuelas Normales, en las cuales las mujeres se incorporaron al magisterio. Entonces sólo veinticinco por ciento de la población académica eran de sexo femenino; para 1907, las mujeres formaban el setenta y ocho por ciento.

En el Porfiriato las mujeres también se incorporaron a otros sectores laborales como oficinistas, telegrafistas, periodistas, editoras de periódicos, enfermeras y parteras.

Fueron las periodistas y editoras de periódicos las que iniciaron los primeros movimientos a favor de la mujer, los primeros reclamos al gobierno sobre los abusos de género en todo el país. Los hombres que se negaban a incorporar a las mujeres a la sociedad no estaban tan equivocados: las mujeres con educación somos peligrosas para una sociedad machista. Pronto surgieron periódicos y revistas escritos por y para ellas: *El diario del hogar*, *El hijo de Ahuizote*, *Vésper*, *Las violetas del Anáhuac*, *La mujer mexicana*, *El álbum de la mujer*, *El correo de las señoras*. El más radical y anarquista de todos era *Vésper*; no obstante, casi todos hacían crítica hacia el gobierno e incitaban a la mujer a demandar mejores condiciones de vida, derecho al voto, más libertad. Muchas de sus periodistas y editoras fueron encarceladas en repetidas ocasiones y obligadas a salir del país.

Insisto, entonces yo ignoraba todo lo que acabo de mencionar. Comencé a comprender tantas cosas en esos días de inmensa soledad y aburrimiento, en los que escuchaba las discusiones entre Gabriel y Manuel, quienes casi nunca estaban de acuerdo.

—Es por todos sabido que los porfiristas evitaron que la gente votara a favor del antirreeleccionismo —dijo Manuel mientras meneaba con una cuchara el azúcar en su taza de café.

—La prensa extranjera no dijo nada —respondió Gabriel desde el otro extremo de la mesa, con el periódico en las manos sin mirar a Manuel.

—Porque sólo vigilaron en la capital, donde no hubo fraude, porque los porfiristas sabían que iba a haber muchos observadores extranjeros. Pero en el resto de la república las cosas fueron completamente opuestas.

—La prensa nacional publicó: «Queremos ser los primeros en tributar un caluroso elogio a ese partido que se ha mostrado a la altura de los pueblos más cultos».

—Simulación de los periódicos porfiristas —Manuel encendió un cigarro—. José Vasconcelos escribió: «Ahora fue patente que de no destruir el gobierno las cédulas, una gruesa votación habría barrido del poder al porfirismo».

Tras el fraude electoral hubo manifestaciones en contra del régimen de Díaz, pero fueron reprimidos con violencia por las autoridades. No cabía duda de que para el presidente no era lo mismo México que mexicanos. Para él, México era una hacienda gigantesca y los mexicanos, los peones. En privado, siempre se refería a la población como «la caballada». Contrario a lo que muchos creían, Francisco I. Madero tampoco representaba al pueblo. Él era un hacendado, al mismo nivel que todos los intelectuales, burgueses y empresarios que habían respaldado por tantos años al presidente.

—Escucha bien lo que te voy a decir, querido hermano —dijo Gabriel al mismo tiempo que colocaba el periódico sobre la mesa y encendía un puro—: Si no hubieras sido tan rebelde, papá te habría enseñado muchísimo. Más allá del padre autoritario, insensible y gruñón que tú conociste, había un hombre muy ilustrado, conocedor del mundo, inteligente, sensato, sabio y con un impresionante conocimiento de historia, filosofía, literatura, teatro, arte, música, política nacional e internacional. Era una delicia escucharlo hablar. No tienes idea de las maravillosas conversaciones que te perdiste. Bien sabes que fue uno de los confidentes de don Porfirio. Se enteró de muchas cosas que jamás aparecerán en los libros de historia ni en periódicos.

»Gobernar un país es una de las tareas más difíciles de este mundo, y si ese país es el vecino sureño de los Estados Unidos, resulta aún más complejo. Deja de creer en tantas estupideces. La oposición no es más honesta ni más justa que el gobierno. Para ellos la historia siempre será una batalla contra el tirano. La realidad es que el verdadero villano es el gobierno de Estados Unidos. Todo esto que está sucediendo en el país comenzó con el expresidente Teddy Roosevelt, quien, como debes saber, dejó el cargo en 1909. Ese cabrón le mandó decir a don Porfirio, con el embajador de México en Estados Unidos, Francisco León de la Barra, que invadiera los países de Centro y Sudamérica, y que él le facilitaría su ejército. Hace apenas unos meses el general Porfirio Díaz solicitó al gobierno de William Taft que extraditara a los partidarios de Madero que se encontraban en Texas, pero lo ignoraron descaradamente. Luego envió a Joaquín Casasús como representante del gobierno mexicano para hablar de los

acontecimientos en el país con Taft y éste le respondió que no podían hacer nada; que aquellos mexicanos no estaban quebrantando las leyes estadounidenses. Y por si fuera poco, se están haciendo de la vista gorda ante el tráfico de armas de Estados Unidos a México.

»Si don Porfirio quisiera, él podría detener la rebelión de Francisco I. Madero con gran facilidad. ¿Estás enterado de que Madero cree que habla con los muertos? En las noches hace sesiones espiritistas con amigos y familiares. Entre los muertos que supuestamente trajo del más allá está un hermano suyo que murió a los cuatro años por quemaduras causadas por una lámpara de petróleo que le cayó encima. ¿Qué clase de presidente podría ser alguien cuyo libro de cabecera es *El libro de los espíritus*, de Allan Kardec? Se cree "médium escribiente", lo que quiere decir que, si entra en un trance, los espíritus escriben con su mano. Y no sólo eso, asegura que su libro *La sucesión presidencial* lo escribieron los espíritus. ¿Qué podemos esperar de alguien con esas creencias?».

—Tú crees en Dios, en la Virgen y en los santos.

—Eso es diferente.

—Es exactamente lo mismo.

—Don Porfirio se ha equivocado en muchas cosas, pero te aseguro que nadie en su lugar lo habría hecho mejor en estos treinta años. ¿Tienes idea de por qué no ha enviado a todo el Ejército a terminar con los rebeldes? Porque sabe que Estados Unidos está detrás de todo esto y que si opone resistencia a la Revolución tarde o temprano los gringos invadirán México. Y lo que menos quiere es otra guerra. Por eso mismo va a renunciar.

—¿Cómo sabes que va a renunciar?

—Soy hijo de don Ignacio Lombardo de Rus, tengo acceso a información privilegiada.

—Eres el hijo privilegiado.

—Porque tú nunca quisiste obedecer a papá.

—Lo mismo ocurre en México: los hijos sumisos reciben todos los privilegios; los rebeldes son ignorados, humillados, marginados. Si recorrieras el país entenderías lo que estoy diciendo. Quizá el espiritismo no sea una verdadera herramienta para gobernar, pero Francisco I. Madero encontró en él las bases fundamentales para entender las necesidades del pueblo. No ambiciona el poder, sino la

libertad de la gente. Cuando regresó a México luego de haber estudiado en Europa y Estados Unidos, se hizo cargo de una de las haciendas de su familia y al ver la miseria en la que vivían los peones mandó construir casas dignas para ellos y escuelas para sus hijos. A pesar de ser un hombre rico vivía en austeridad. Hace medio año vendió todas sus propiedades, con lo cual consiguió setenta y cinco mil pesos, que entregó para el financiamiento de la Revolución.

Francisco I. Madero no era un hombre de guerra. Él deseaba liberar a la patria sin tener que derramar sangre. Y si Porfirio Díaz hubiese aceptado entregar el poder en las elecciones de 1910, no habría surgido la Revolución. Madero no tuvo otra opción que levantarse en armas.

A su movimiento se unieron, entre muchos otros, Abraham González, quien buscó al bandolero, prófugo de la justicia, llamado Doroteo Arango, mejor conocido como Pancho Villa. Se podría decir que la Revolución comenzó el 17 de noviembre a manos de Villa, quien se encontraba en un campamento en la sierra de la Estacada cuando se enteró de que el capataz de la hacienda Chavarría, cerca del poblado de San Andrés, andaba amenazando con perseguir a los revolucionarios y que estaba reuniendo gente. Entonces bajó de la sierra en compañía de ocho hombres y confrontó a Domínguez quien, herido en la balacera, salió corriendo y brincó el cercado. Los villistas le dieron dos balazos, pero el hombre seguía huyendo. Se dice que tuvo fuerzas para brincar otra cerca. Luego Pancho Villa lo alcanzó y le quitó el rifle, pero Domínguez, se defendió a mordidas. Entonces un tal Urbina, aliado de Villa, llegó y le dio un balazo en la cabeza a Domínguez.

También se adhirieron los hermanos Aquiles y Máximo Serdán, quienes habitaban en Puebla. Pusieron alrededor de mil obreros a disposición de Francisco y Gustavo Madero para iniciar el levantamiento armado. Por su parte los Madero les dieron dinero a los Serdán para que compraran rifles. Los hermanos Serdán no fueron suficientemente discretos y pronto los descubrieron. La mañana del 18 de noviembre de 1910 llegaron a su casa los gendarmes, encabezados por el jefe de la policía, Miguel Cabrera. Los hermanos Serdán se encontraban acompañados por otro grupo de hombres. En cuanto se percataron de la llegada de los

gendarmes, tomaron sus armas y esperaron en silencio mientras los policías derrumbaban la puerta a culetazos. Finalmente, el jefe de la policía entró triunfante, sin imaginar que una ráfaga de balazos lo esperaba. Miguel Cabrera murió al instante y los gendarmes salieron huyendo. Media hora más tarde llegaron cuatrocientos soldados. Los hermanos Serdán y sus obreros subieron a la azotea de la casa y desde ahí combatieron al Ejército que rodeó la casa desde las calles aledañas, las azoteas y los balcones de los vecinos. Quince minutos más tarde Máximo Serdán y sus aliados estaban muertos. Cuando entraron los soldados encontraron vivas a la madre, la esposa y la hermana de Aquiles. Horas más tarde lo descubrieron a él escondido debajo del piso de madera, entre las vigas.

El 20 de noviembre de 1910, como estaba planeado, no sucedió mucho: hubo trece levantamientos en zonas rurales sin grandes consecuencias. Entre éstos, un asalto a un banco y la liberación de los presos de la cárcel de Gómez Palacio, Durango. Al día siguiente se dio el primer enfrentamiento entre revolucionarios y tropas federales en Ciudad Guerrero, Chihuahua.

Los que estaban a favor de don Porfirio se burlaban, sin imaginar que días despué́s comenzarían los levantamientos en Durango, Chihuahua, San Luis Potosí, Veracruz, Coahuila, Guerrero, Morelos, Sonora y Zacatecas.

Para enero de 1911 el conflicto armado había alcanzado dimensiones inesperadas, principalmente en el norte del país; mientras que en la capital las cosas aún seguían tranquilas, de cierta forma; pero no en mi familia.

El 15 de enero, don Nazario Castillo y Berra iba a pedir mi mano ante la crema y nata de la aristocracia capitalina. Esa mañana yo había tomado la decisión más importante de mi vida: huir de mi casa para ir en busca de Santiago. Había robado, en compañía de Alejandra, las alhajas de una de mis tías y había tomado dinero de la caja fuerte de mi padre. No tenía claro cuándo me fugaría hasta que mi amiga me convenció de hacerlo ese mismo día aprovechando que todos se hallaban en el banquete. Pero justo cuando estaba por salir de la biblioteca, apareció mi madre en la puerta para informarme que había llegado el momento en el que don Nazario pediría mi mano.

—Necesito ir a mi habitación —dije temblando de miedo, como si ya fuera a entrar vestida de novia a la iglesia.

—Eso dijiste hace una hora —respondió mi madre completamente cuerda.

Alejandra se encontraba en el interior de la biblioteca observándonos en silencio. Hasta que de pronto vi a mi padrino caminando justo frente a la puerta de la biblioteca.

—¡Padrino! —dije con entusiasmo—. ¡Te he estado buscando! —era mi única salida de emergencia en ese momento. Sabía que debía aprovecharla sin importar las consecuencias. Total, las cosas no podrían empeorar.

—¡Ahijada! —se acercó a nosotras—. Mírate, estás bellísima. Ya eres toda una señorita. Cómo pasa el tiempo. Parece que fue apenas hace unos años que te cargué para bautizarte y ahora te me vas a casar.

—Rubén, qué gusto verte —dijo mi madre con una sonrisa bien actuada—. Pensé que no ibas a venir.

—Tarde pero seguro. No podía fallarle a mi amigo Ignacio.

—Ay, quién sabe por dónde andará a estas horas, ya sabes que se entretiene con el trabajo —mi madre pareció recordar en ese momento que debía fingir demencia.

—Mamá, quiero hablar con mi padrino a solas.

—¿En este momento? Don Nazario y todos los invitados te están esperando —como por arte de magia volvió la lucidez de mi madre.

—En ausencia de papá, mi padrino es quien debe darme su bendición y consejos antes de comprometerme en matrimonio.

—Tienes razón. Nadie mejor que el ministro de la Suprema Corte de Justicia, don Rubén Argüelles. Pues supongo que la biblioteca es un buen lugar para que platiquen. Nada más no se tarden mucho. Los estamos esperando en el jardín.

—Ale, si gustas puedes ir a mi habitación a dejar los libros que me pediste. En un momento te veo allá —le dije y ella asintió con una sonrisa.

—Buenas tardes, don Rubén —dijo mientras caminaba a la puerta con el maletín lleno de dinero entre los brazos.

—Buenas tardes, Ale —respondió mi padrino con dulzura.

Muy a pesar de la mala fama que tenía la Suprema Corte de Justicia por supuestamente deliberar siempre a favor del gobierno,

la reputación de mi padrino lo señalaba como el ministro más íntegro y justo. Mi padre decía que la justicia no se imparte a placer sino obedeciendo las leyes, sin importar que tan injustas sean, se busca siempre la mejor solución posible con lo que se tiene.

—¿Cómo te sientes? —preguntó mi padrino poco después de sentarse en el sofá de cuero color vino en el que papá solía leer todas las noches.

—Necesito contarte algo, pero… —comencé a sudar y a temblar de nervios.

—Imagino que no te quieres casar —mi padrino sacó sus anteojos de la gabardina, los limpió con un pañuelo y se los puso con mucho cuidado.

Negué con la cabeza en silencio y unas lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Te entiendo —bajó la mirada y suspiró con desolación—. Yo tampoco estoy de acuerdo con que a las señoritas se les obligue a casarse con hombres de tan avanzada edad y peor aún que sea con alguien a quien apenas si han visto unas cuantas veces. Te falta tanto por vivir. Yo por eso dejé que mis hijas eligieran el momento y al hombre con quien querían casarse. Es lo más justo. Un día esas costumbres van a cambiar.

Sus palabras me llenaron de seguridad. Siempre me ayudó a solucionar problemas o a comprender cosas que nadie podía explicarme. Y no porque haya sido mi padrino, sino porque era un hombre sensato. Papá siempre lo admiró inmensamente y cada vez que tenía un problema lo buscaba para pedirle un consejo. Expresaba lo que pensaba sin intenciones de agradar a nadie.

—Debo irme de aquí. En este momento —jamás imaginé que le pediría eso a mi padrino y no tenía idea de las consecuencias. Tenía muy claro que por su trabajo era incapaz de hacer algo fuera de la ley o de las costumbres familiares. Temí que me dijera que yo ya había adquirido un compromiso y que había tenido tiempo suficiente para negarme o algo parecido.

Él se enderezó y me observó con asombro.

—¿Estás completamente segura?

—Sí. Tengo dinero para irme con Alejandra.

—¿A dónde? —frunció el ceño y me preocupé.

—A Estados Unidos —me llevé las manos a la boca.

—Podrías esperar un poco, quizá… —se rascó la mejilla al mismo tiempo que miraba los libreros.

—¡No! ¡No puedo! Mis hermanos quieren casarme para cobrar la herencia. Y mi madre… —no pude contenerme y comencé a llorar abrumada.

—Tu madre ya no se ve tan consternada como en los primeros meses.

—Ella… no está loca. Nun… nunca lo estuvo. Ha fin… gido to… do este tiempo —apenas si podía hablar por el llanto—. Ella y don Nazario asesinaron a mi padre y a doña Lucila porque eran amantes.

Mi padrino permaneció en silencio por un rato. Se frotaba la barbilla, miraba en varias direcciones con desconfianza, suspiraba profundamente, cerraba los ojos por varios segundos.

—Arturo Villafuerte…

—¿Qué? —no sabía a qué se refería.

—Arturo Villafuerte, el jefe de la policía ocultó las evidencias —dijo mi padrino en un lamento, mirando al piso, con los codos sobre sus rodillas y los dedos de las manos en sus sienes y su frente—. Es muy amigo de don Nazario. Se han ayudado mutuamente en muchos conflictos desde hace un par de décadas. Nazario no se habría atrevido a algo así sin el apoyo de Villafuerte.

De pronto se puso de pie, se acomodó el moño y la solapa con la mirada en alto.

—Cecilia, me pediste mi bendición y como tu padrino te la doy con todo mi amor. Y por la amistad que me unió a tu padre casi toda mi vida, te deseo lo mejor en la decisión que tomes. No puedo ser cómplice, pero las leyes me otorgan el derecho a respetar las elecciones de todos los ciudadanos siempre y cuando no infrinjan la ley. Y debido a que hasta el momento no tengo evidencias de que hayas cometido algo ilícito, no puedo impedirte salir de esta casa, ni mucho menos delatarte con nadie. Lo que sí te aseguro es que voy a utilizar todo el conocimiento que tengo de las leyes mexicanas para hacerle justicia a tu padre y castigar a los responsables de tal atrocidad.

Lo abracé fuertemente, con ganas de quedarme ahí un largo tiempo, aferrada a él. Necesitaba su protección. Me hacía tanta falta sentirme segura. También entendía que él no podría brindármela.

De pronto mi padrino me tomó de la barbilla, alzó mi rostro y lo contempló amoroso por un par de minutos. Sus ojos enrojecieron.

—Necesitas ir a tu habitación a arreglarte el maquillaje. Si te vieras en un espejo te espantarías. Yo iré al jardín a informarles a tu madre y los invitados que nuestra plática te ha conmovido tanto que urgía corregirte el maquillaje. No tardes. Tu madre podría subir a buscarte —suspiró y se limpió las lágrimas con el pañuelo.

—Gracias, padrino —lo abracé una vez más, con el presentimiento de que nunca más nos volveríamos a ver y salí corriendo con los ojos empapados.

Subí las escaleras tan rápido como pude. Al llegar a mi habitación, me encontré con Alejandra, quien ya me había preparado una pequeña valija con lo más esencial.

—¡Vámonos! —dije desesperada—. En el camino te cuento.

—Te estaba esperando…

Apenas abrimos la puerta nos encontramos con Manuel.

—¿Qué estás haciendo aquí? Te estamos esperando —bajó la mirada y al ver la valija y el maletín hizo una mueca de asombro.

—Manuel, te lo ruego, déjame ir —supliqué—. Yo no me quiero casar con ese señor.

Se cruzó de brazos, levantó la barbilla, suspiró, cerró los ojos, apretó los labios, y sin decir una palabra giró a la izquierda y caminó lentamente, en sentido contrario a las escaleras. Alejandra y yo corrimos en sentido contrario.

—¡Espera! —exclamó mi hermano.

Sentí que se me congelaba el cuerpo.

—Dame eso. Si alguien te descubre va a sospechar. Ve con el chofer, dile que lleve el coche a la calle de atrás. Alejandra y tú caminen hasta allá y espérenme. Llegaré en unos minutos.

—Pero…

—Confía en mí.

En la salida nos encontramos con los choferes de los invitados charlando entre sí. Ninguno volteó a mirarnos. Manuel tenía razón: de haber bajado con las valijas todos habrían notado nuestra presencia. Para ellos éramos tan sólo un par de adolescentes que salían de una fiesta para distraernos. Rodrigo se hallaba conversando con otros choferes, pero en cuanto me vio se acercó a mí con toda discreción, casi como si no nos conociera.

—Lleva el coche a la calle de atrás —seguí caminando.

El recorrido me pareció eterno. El vestido y los tacones dificultaban mis pasos. Y, por si fuera poco, había más gente de lo común en la avenida. Sólo deseaba no encontrarme con alguno de los vecinos o invitados al banquete. Al llegar al punto acordado Manuel ya nos estaba esperando. Había salido por la puerta de servicio de la casa.

—Ya hablé con Rodrigo y le pedí absoluta discreción —dijo ignorando que el chofer estaba de nuestro lado—. Las llevará a donde ustedes le digan. Te deseo lo mejor, hermanita —me abrazó y se marchó rápidamente.

Le pedí a Rodrigo que nos llevara a la estación de trenes. En el camino le expliqué mis planes y le pedí que se los informara a Daniel. Rodrigo prometió discreción absoluta. Únicamente había boletos en Ferrocarriles Nacionales de México para Matamoros, Tamaulipas, debido a los conflictos armados en el resto de la frontera.

—Le sugiero que compre tercera clase —dijo Rodrigo en voz baja antes de que hiciéramos alguna compra—. Si sus familiares la buscan, es muy probable que lo hagan en primera clase.

—Rodrigo tiene razón —dijo Alejandra.

Adquirimos los pasajes en tercera, que saldría dos horas más tarde. Nos sentamos en unas bancas y observamos a la gente que esperaba en clase económica. Todos nos miraban con curiosidad.

—Cometimos un error —dijo Alejandra.

—Yo también estoy pensando lo mismo —respondí—. Necesitamos comprar ropa como ésa.

—¿Dónde?

—No sé.

—Yo se las voy a comprar —dijo Rodrigo y se puso de pie—. Necesitaré dinero.

Saqué algunas monedas de oro de mi bolso.

—Con una o dos será suficiente —dijo Rodrigo asombrado al ver la cantidad de monedas que cargaba.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Alejandra acostumbrada a adquirir siempre las prendas más caras en las tiendas más exclusivas.

—Créanme… —dio media vuelta y salió de la estación.

Minutos más tarde volvió con una bolsa de tela llena de ropa y otra de manzanas, peras y naranjas.

—¿Dónde compraste eso? —cuestioné atónita, al comprender lo que Rodrigo había hecho. Aun así, me negaba a creerlo.

—Afuera de la estación hay un puesto de frutas. Les va a dar mucha hambre en el camino.

—Me refiero a eso —señalé la bolsa con forma de costal.

—A una mujer delgada, de su estatura, que iba saliendo de la estación. Supuse que iba llegando, por lo cual era obvio que estaría dispuesta a vender su ropa. Ni siquiera preguntó para qué la quería en cuanto le mostré la moneda de oro.

—¿Nos compraste ropa usada? —Alejandra hizo un gesto desaprobatorio.

—Van a abordar un vagón de tercera clase, tienen que verse exactamente igual que el resto de la gente; de lo contrario llamarán la atención todo el viaje, mucho más que en este momento. Sus familiares las buscarán, y no será complicado dar con dos señoritas en vestidos franceses, viajando en clase baja.

—No tengo problema con usar ropa como ésta —se quejó Alejandra—, pero es ropa usada de una desconocida.

—La entiendo —respondió Rodrigo—. Si hubieran planeado esto con más tiempo habrían podido prever estas cosas.

—Nos pondremos esta ropa —dije para terminar con la discusión.

Alejandra aceptó a regañadientes. Fuimos a los baños y nos cambiamos de ropa.

—Huele horrible. Creo que ni siquiera está lavada —dijo Alejandra.

—Creo que no —me reí—. Te prometo que llegando a Texas te compro ropa nueva. Toda la que quieras.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué falda tan espantosa!

—¡Ya deja de quejarte!

—Si camináramos con esta ropa sobre Paseo de la Reforma, podría pasar en frente de mi madre y lanzarle huevos podridos sin que me reconociera. Ya me la imagino gritando: ¡Malditas indias!

—Ay, Alejandra qué locuras se te ocurren.

—¿Ahora resulta que yo soy la que hace locuras?

—Nos vamos a tener que despeinar y desmaquillar.

—Si quieres de una vez me hago una trenza —dijo bromeando.
—No estaría mal.
—Allá afuera. Ya me quiero salir de aquí. No aguanto el olor.
Nos lavamos los rostros y nos despeinamos. Cuando salimos a la sala de espera Rodrigo no nos reconoció.
—Se ven muy bonitas —dijo asombrado.
—No te burles, Rodrigo —le respondí.
—Bueno, yo siempre me veo bonita —agregó Alejandra y extendió la falda como abanico.
—Ya nadie voltea a verlas —Rodrigo señaló alrededor con satisfacción. Luego su rostro entristeció—. Debo marcharme, señoritas. Para este momento ya deben estar buscándolas.
—Muchas gracias, Rodrigo —lo abracé.
—No hablen con nadie. Si ven algo sospechoso, huyan.
Alejandra comenzó a llorar.
—Falta una hora para que salga su tren, pero dentro de unos veinte o treinta minutos las dejarán abordar.
—¿Qué vas a decir si te preguntan dónde estabas?
—Lo que me dijo su hermano: que él me envió a recoger un regalo para usted. Un anillo a una joyería, pero que no estaba listo. A su hermano le van a creer.
—Adiós, Rodrigo —Alejandra lo abrazó sin dejar de llorar.
La espera se hizo eterna. Sentí miedo todo el tiempo. En cuanto veía a algún policía o un señor con traje imaginaba lo peor. Cuando por fin pudimos abordar el tren me sentí un poco más segura. No mucho. No me sentiría a salvo hasta que cruzáramos la frontera. Poco a poco el vagón se fue llenando. La gente entraba con cajas y bultos que acomodaban donde podían. El aroma del vagón era asqueroso: sudor, humedad, comida, especias, animales. La suciedad de los asientos y la pintura carcomida de las paredes le daban un aspecto espantoso.

No pude contener el llanto cuando el tren echó a andar. Aunque era algo que había deseado con todas mis fuerzas, en ese momento sentí miedo, tristeza, enojo, desconsuelo, incertidumbre y alegría. Duele decirle adiós al pasado. Por más que se intente, no se puede olvidar tan fácilmente. Se queda entre los poros de la piel, en el aliento, en los sonidos. Millones de recuerdos transitan por la mente en un

delirio. Todo revive sin preámbulo. Martirizan las imágenes. El futuro es incierto. ¿A dónde vamos? ¿Quién es más valiente: quien se aferra a lo que tiene o quien se desvía por convicción en busca de nuevos caminos? ¿Se obedece al destino o se construye? ¿Por qué algunos tienen mala fortuna a pesar de su integridad? ¿Por qué otros corren con tanta suerte sin importar sus fechorías? Si una mano dicta nuestras venturas y desventuras, ¿por qué ejerce tanta crueldad?

Tres horas después de haber salido de la capital me paré para sacar una de las frutas que Rodrigo nos había comprado. Alejandra se había dormido. Todo el equipaje estaba amontonado sobre la reja que pendía sobre los asientos. Donde debían estar nuestras valijas había una caja muy pesada. Traté de moverla, pero no pude. Entonces le pedí ayuda al hombre sentado frente a nosotras. Bajó la caja y sólo había un costal.

—Alejandra… Ale… —le toqué el hombro con desesperación.

—¿Ocurre algo, señorita? —el hombre también se mostró preocupado.

—Alejandra… ¡Alejandra! —la zarandeé.

—¿Qué tienes? —respondió adormilada.

—¡Nuestro equipaje no está!

Capítulo 9

Altagracia y Dolores

Popular entre la tropa era Adelita,
la mujer que el sargento idolatraba,
porque a más de ser valiente era bonita,
y hasta el mismo coronel la respetaba.
Pues sabía que decía, aquel que tanto la quería…

Los rumores explotaron cual barril de pólvora en la Ciudad de México. Las señoritas Alejandra Castañeda Landa y Cecilia Lombardo de Rus Gurría habían desaparecido justamente el día del compromiso de la segunda con don Nazario Castillo y Berra. De nada sirvieron las excusas de la familia Lombardo por intentar ocultar los acontecimientos. En primera instancia pretendieron justificar la ausencia de las dos jovencitas con el nada creíble argumento de que estaban indispuestas; luego aseguraron que ambas habían sufrido una infección estomacal, pero nadie les creyó. En cuanto ambas familias reportaron a la policía la desaparición de las muchachas, la noticia se filtró y no hubo manera de detener la avalancha de rumores en la sociedad. De nada sirvieron los exhaustivos interrogatorios de los Lombardo a los empleados de la casa ni las investigaciones de la policía: nadie supo nada. Los choferes de los invitados vieron salir a más de treinta chicas de la casa aquella tarde y, debido a que no conocían a Cecilia ni a Alejandra, no las podían reconocer. Todas eran jóvenes, esbeltas, bellas, bien vestidas, ojos claros, cabello largo, ¿nariz respingada?, ¿ojos pequeños?, ¿quién sabe?, ninguno de ellos estaba tomando

nota. Estaban descansando.

Nadie imaginó la existencia del romance entre Cecilia y Santiago. Ni mucho menos pensaron que las dos señoritas se hubiesen atrevido a abordar un tren en dirección a la frontera. Para todos era casi seguro que ellas andaban deambulando por alguna parte de la ciudad, evadiendo el compromiso de Cecilia con don Nazario.

—Cecilia ha ido demasiado lejos con sus caprichos —dijo una de las invitadas.

—Es una irresponsable —susurró otra.

—Seguramente anda de chiflada con algún muchachillo de la calle —continuó otra.

—¿Usted cree que haya sido capaz de renunciar a la fortuna que le iba a heredar don Nazario?

—Si lo sabré yo. La hija de mi vecina tuvo sus queveres con uno de los empleados de la casa. Bueno, eso me contaron, yo nunca los vi. Pero de pronto desapareció la condenada.

—Pues no es por inventar chismes, pero por ahí escuché que a la hija de los Castañeda Landa le gustan las chamacas.

—¡No me diga, comadre!

—Pues eso dicen. Que hasta anduvo revolcándose con una de las criadas.

—¡No!

—Que Estelita entró a la habitación de su hija y las encontró… Ni me atrevo decirlo…

—No me diga que…

—Total que Estelita bien enojada corrió a la chamaca así: ¡Y te me largas de mi casa! Y a su madre que era la cocinera, también la echó.

—¿Y usted cree que Cecilia y Alejandra…?

—Pues imagínese: año y medio metida en una escuela de señoritas…

—Usted fue a una escuela de señoritas, ¿o no?

—Por eso lo digo. Afortunadamente Diosito me dio la virtud de ser una mujer decente, pero si yo le contara la de cosas que vi ahí adentro le daba un infarto en este momento.

—¡No me diga…! Dios nos ampare.

—Uy, si yo le contara…

—Pues yo escuché que Cecilia ya estaba en estado y que a la mera hora ya no le quedó el vestido, así que mejor se hizo la enferma.

—Podría ser…

—Y a todo esto, ¿dónde andarán las chamacas?

—Si no es que están encerradas en alguna habitación allá arriba, en algún lugar de la ciudad: la casa de alguna tía o un primo…

—¿Y si se fueron de la ciudad?

—¡Pero qué cosas se te ocurren, comadre! Con esto de la Revolución tendrían que estar locas para salir de la capital. En estos momentos el resto de la república es tierra de salvajes.

Mientras tanto, Alejandra y Cecilia estaban a punto de llegar a San Luis Potosí. Tenían varias horas buscando su equipaje, interrogando a cada uno de los pasajeros, revisando cada centímetro, vagón por vagón. El pasajero del asiento frente a ellas les había ayudado desde el inicio. Después de recorrer todos los vagones de tercera, intentaron ingresar a los de segunda y primera, pero uno de los empleados de la línea se los impidió.

—No pueden pasar —dijo el hombre sin mirarlas.

—Robaron nuestro equipaje —explicó Cecilia.

—Ése es su problema, no mío…

—Únicamente necesitamos ver si está en alguno de los vagones de segunda o primera.

—¿Y qué te hace creer que alguien de primera querría robarse los costales de dos sirvientas?

—¡Míranos bien, estúpido! —Alejandra enfurecida señaló a ambas—. ¿Te parece que somos sirvientas?

—Tienes razón. No parecen sirvientas —las observó detenidamente, admirando descaradamente su belleza—. ¿Son prostitutas?

—¡Grandísimo imbécil! —Cecilia estuvo a punto de darle una bofetada, pero el pasajero que les había ayudado a buscar su equipaje la detuvo, al mismo tiempo que el empleado se llevaba la mano derecha al tolete colgado de la cintura.

Por primera vez Alejandra y Cecilia vivieron en carne propia lo que los pobres sufrían a diario con la burocracia, en las calles, en

los mercados, en las tiendas, en los trenes, en todas partes.

—¿Quién te crees que eres? —le reclamó Alejandra al hombre que vigilaba la puerta.

—Vuelvan a sus asientos si no quieren que las baje del tren en la próxima estación.

—Vamos —dijo el pasajero—. Tranquilícense.

Regresaron empapadas en llanto.

—Lo siento mucho —dijo el pasajero al tomar su asiento—. No nos hemos presentado: me llamo Silverio Orozco Trejo.

—Yo soy Altagracia y ella es… —se limpió las lágrimas.

—Dolores —la interrumpió Alejandra.

—¿Altagracia qué?

Se quedaron en silencio por unos segundos al no estar preparadas para responder eso. No había cavilado en las complicaciones que le traería mencionar sus verdaderos apellidos.

—Altagracia Hernández.

—¿Y ella?

—Igual. Somos hermanas —respondió Alejandra con agilidad.

—Un par de hermanas muy bellas.

Las dos se agacharon tratando de evitar el evidente coqueteo de aquel hombre.

—No es muy común ver jóvenes tan bonitas en tercera clase. ¿Se escaparon de su casa?

—Muchas gracias por habernos ayudado —Cecilia intentó finalizar la conversación.

—¿Ya pensaron en lo que van a hacer en cuanto lleguen a su destino? No tienen dinero.

—¿Cómo sabe que traíamos dinero? —Cecilia cuestionó con desconfianza.

—Si viajan con maletas de lujo, seguramente debe haber dinero y cosas de valor.

—¿Cómo sabe que eran maletas de lujo? —preguntó Alejandra tratando de fingir esa seguridad que ya habían perdido por completo.

—Le preguntaron a cada uno de los pasajeros si habían visto a alguien con un velís de piel color marrón y un maletín negro muy fino. ¿Qué se supone que debo imaginar?

Las jóvenes no supieron qué responder. Los nervios se

apoderaron de ellas. Sintieron deseos de bajar del tren en ese momento y correr en cualquier dirección.

—Era obvio que les iban a robar. ¿Cómo se les ocurre entrar a un vagón de tercera, vestidas como sirvientas y con equipaje de primera? Miren alrededor: todos traen cajas, bultos, costales… Les puedo asegurar que quien les robó ya sacó el dinero y lanzó las maletas por el camino.

—¿No habrá sido usted? —preguntó Alejandra inclinándose hacia el frente de manera retadora.

—Les mostraré mi equipaje para que lo revisen.

—Me parece una buena idea.

Silverio se puso de pie y bajó una maleta vieja y a punto de desbaratarse como una rosa marchita.

—No es necesario —dijo Cecilia apenada por la osadía de Alejandra—. Discúlpenos.

—De verdad. Les puedo mostrar mis pertenencias —se sentó y abrió su maleta, en la cual traía algunas batas blancas y equipo quirúrgico—. Quiero que desaparezcan todas sus dudas.

—Es médico… —Cecilia lo miró como si de pronto se le hubiese aparecido una imagen divina.

—Así es. Me dedico a salvar vidas, a ayudar a la gente, por lo tanto, sería incapaz de robarle a dos jovencitas desamparadas.

—Discúlpenos —Alejandra se mostró desconcertada.

—Le ruego nos perdone —agregó Cecilia y se tapó el rostro.

—No se preocupen.

—Yo quiero estudiar medicina —Cecilia sonrió un poco.

—¿Dónde?

—En Estados Unidos.

—¿Y por qué no en la capital? —Silverio alzó las cejas.

—Por la Revolución. Dicen que probablemente…

—No te creo —se encogió de hombros—. Pero ya no voy a hacer más preguntas.

—Nuestros papás no quieren que Cecilia estudie medicina y por eso decidimos escapar. Una tía nos va a recibir en su casa y nos ayudará a que entremos a alguna universidad —Alejandra actuó con maestría.

—Eso suena más lógico. Aunque… —se mostró dudoso y se quedó en silencio.

—Aunque… —Cecilia esperaba que Silverio terminara lo que iba a decir.

—No me hagan caso. Prefiero no hablar más. Van a pensar que me meto en lo que no me incumbe.

—Para nada —Alejandra insistió—. Díganos qué es lo que está pensando.

—Que si sus familiares ya dieron aviso a las autoridades es muy probable que cuando lleguen a la frontera la policía ya las esté esperando. Además, no tienen dinero. Van a necesitar pagar hospedaje, alimentos, transporte de la frontera a donde vayan.

—No podemos regresar —Cecilia respondió tajante.

—Hay una solución.

—¿Cuál? —Alejandra ya se veía impaciente.

—Soy médico voluntario. Me dirijo a Chihuahua a dar auxilio a los revolucionarios. Se necesitan mujeres.

—No sabemos usar armas —respondió Alejandra de manera violenta. Le aterraba la idea de ir a una zona en guerra.

—Es para que ayuden a los revolucionarios haciéndoles de comer, lavando ropa y atendiendo a los heridos. En el campo de batalla todas las manos son útiles, todos aprendemos al día y todos improvisamos. Les aseguro que a un campesino con una herida de bala no le va a importar si ustedes son enfermeras o cocineras. El auxilio siempre es bienvenido. ¿Alguna vez han hecho algo por el prójimo sin esperar nada a cambio?

Ninguna de las dos respondió.

—Quizá éste sea el momento. No se van a arrepentir. La satisfacción de ayudar al más necesitado no se puede comparar con nada en la vida. Dar y ayudar son los únicos placeres que no son por beneficio personal. Sé que no es lo que tenían planeado, pero las condiciones no se ven nada favorables para ustedes. Si intentan cruzar la frontera sin dinero, se van a topar con muchas adversidades. Sin olvidar que en cualquier momento las puede encontrar la policía. El único lugar donde nadie las va a buscar será con los revolucionarios. Nadie se imaginaría que están ahí. Muy pronto esto terminará y ustedes podrán seguir su camino. Para entonces, los dirigentes de la Revolución las ayudarán a llegar a su destino, ya sea con apoyo económico o con alguien que las acompañe hasta su destino. Pero de ninguna manera las van a dejar

solas. La Revolución es un movimiento que ha logrado unir a los mexicanos en una sola lucha a favor de los más desprotegidos. Ha llegado el momento de que haya verdadera justicia en este país y nosotros lo estamos haciendo realidad. Ustedes tienen dos opciones: seguir su camino y dejar que sus compatriotas den todo por su tierra o unirse y ser parte de este hecho histórico que hará de México un mejor país.

Cecilia miró a su amiga quien se encontraba más asustada que nunca.

—Nos pueden matar —dijo Alejandra con la mirada hacia el piso.

—Ustedes no estarían en el campo de batalla. Los doctores y las enfermeras permanecemos en los hospitales improvisados: generalmente, casas o escuelas. Ahí es totalmente seguro.

—No puedo —Alejandra comenzó a temblar—. Me dan mucho miedo las guerras, las armas. Me asusta la sangre. No cuando se trata de una cortadita, sino la sangre de las heridas, producto de la violencia.

—No tienen que tomar una decisión en este momento. Nos quedan algunas horas para llegar a Saltillo. Ahí es donde yo me bajaré y abordaré el tren a Torreón y luego a Chihuahua.

—¿Es cierto que los revolucionarios son ladrones, bandoleros y expresidiarios? —Alejandra preguntó aún con las manos tiritando.

—Mentiría si dijera que no. Sin embargo, no todo lo que se dice es verdad. En este país hay mucha injusticia. Hay políticos que roban a manos llenas sin que jamás los castiguen, pero si un campesino roba por hambre o para comprar medicamentos para su hijo, se le envía a la cárcel sin juicio y ya después se investiga. En efecto hay algunos revolucionarios que cometieron delitos en el pasado. Unos estuvieron en la cárcel y otros no, pero no debemos condenarlos para toda la vida. Todos merecemos una segunda o tercera oportunidad. Ahora están luchando por la libertad de los mexicanos, están arriesgando sus vidas por el resto de los ciudadanos.

—No los vamos a conocer —respondió Alejandra tajantemente —. Nosotras no salimos de nuestras casas para terminar viviendo entre delincuentes.

—¿Nuestras casas? —preguntó Silverio haciendo énfasis en el

plural.

—Tenemos dos y con frecuencia…

—No es necesario dar explicaciones —sonrió burlonamente—. Si no piensan cambiar de opinión, no tiene caso que yo siga hablando.

—Disculpe.

—No hay nada de qué disculparse. Yo simplemente quise ayudar —el hombre cerró los ojos, se echó hacia atrás en el asiento, inclinó la cabeza a la derecha y se cruzó de brazos, dando a entender que iba a dormir.

Cecilia le hizo señas a Alejandra para ir al final del vagón. Para esas horas la mayoría de los pasajeros estaban dormidos. La oscuridad dificultaba el tránsito por el pasillo lleno de bultos y cajas acomodadas cerca de los asientos.

—¿Quieres que regresemos a la capital? —preguntó Cecilia y en ese momento el tren pasó por una curva que empujó a las dos jóvenes hacia la pared.

—No lo sé —respondió Alejandra luego de que ambas recuperaron el balance.

Uno de los empleados apareció con una lámpara y les alumbró el rostro.

—Señoritas, será mejor que vuelvan a sus asientos. Estamos entrando a una zona de muchas curvas y podrían sufrir un accidente.

—Gracias. Necesitábamos estirarnos un poco. Usted entiende —respondió Cecilia con dulzura—. En un momento regresamos.

—¿Quieres regresar? —preguntó Alejandra en cuanto el hombre siguió su recorrido.

—¿Con qué dinero? Además, no quiero volver a mi casa. Pero tampoco tenemos otra opción más que ir a Chihuahua.

—Podríamos enviar un telegrama a tu padrino o alguno de mis hermanos y pedirles dinero.

—Y con eso nos encontrarían inmediatamente. Te aseguro que para estas horas nuestras familias ya dieron aviso a las autoridades.

—¿Y si buscamos un trabajo en la frontera?

—¿De qué?

—No lo sé —Alejandra perdió la paciencia. Hablaba muy agitada—. Nunca imaginé que nos robarían el dinero. Ni mucho menos que tendríamos que ir a Chihuahua a trabajar como

enfermeras. No sé. No sé. No sé —comenzó a llorar con desesperación. Cecilia la abrazó.

—Ya no llores. En cuanto lleguemos a Saltillo hablamos con la policía y que nos envíen de regreso a la capital. Y después con más calma podemos planear otra huida. Vamos a sentarnos.

Las horas transcurrieron sin que ninguna de las dos lograra conciliar el sueño. Tampoco volvieron a cruzar palabra. En cuanto la luz de la mañana alumbró el interior de los vagones la gente comenzó a despertar. De pronto aquel lugar que había permanecido en absoluto silencio se convirtió en un torrente de conversaciones. Muchos se pusieron de pie para bajar sus cosas y tenerlas a la mano al momento de llegar. Poco después de las siete de la mañana llegaron a la pequeña y casi vacía estación de Saltillo.

—Señoritas, fue un placer conocerlas. Les deseo de corazón que lleguen a su destino lo más pronto posible —dijo Silverio al mismo tiempo que se ponía de pie.

—Muchas gracias —respondió Cecilia.

Alejandra tenía la mirada perdida en la ventana. En ese momento vio cuatro policías cuyo comportamiento la preocupó.

—Aceptamos su propuesta —dijo Alejandra y se puso de pie—. Pero no tenemos para pagar los boletos del tren ni para comer.

En ese momento los policías abordaron el tren. Alejandra tomó de la mano a Cecilia y la jaló en dirección al otro extremo del vagón. Silverio se detuvo frente a los agentes para entretenerlos:

—Oficiales, qué bueno que están aquí. Soy médico y tengo un problema.

—Espere un momento —respondió uno de ellos—. Baje del vagón.

—¡No! —Silverio se mostró alterado—. Me han robado equipo médico de mucho valor.

—Ya le dije que espere.

—Y mientras tanto, el ladrón escapa.

Los pasajeros pedían a los policías que los dejaran salir. Otros comenzaron a reclamar.

—Quítese de mi camino si no quiere que lo arreste —el oficial le apuntó a la cara con el revólver.

Para ese momento, Cecilia y Alejandra ya habían bajado del

vagón. Uno de los policías comenzó a interrogar a todas las adolescentes que encontró a su paso.

—Vele la cara —le dijo el otro con un poco de molestia e ironía —. Es una pinche india jodida. ¿Te parece que es lo que estamos buscando?

Silverio bajó del vagón con discreción y buscó entre la multitud a las dos jóvenes que parecían haber desaparecido. Frente a él yacía una caja de madera de un metro cuadrado. Buscó a los dueños y al sentir que nadie la cuidaba, decidió trepar en ella para ampliar su visión a lo lejos.

—¿Qué cree que está haciendo? —le gritó un hombre enfurecido —. ¡Esa caja es mía! ¡Respete la propiedad ajena!

—Disculpe, estoy buscando a alguien —respondió Silverio sin mirar al hombre enfurecido.

—¡Me importa un rábano a quién esté buscando! ¡Bájese de ahí inmediatamente si no quiere que llame a las autoridades!

Al fondo del andén notó la presencia de un par de mujeres con las cabezas cubiertas con rebozos. Dio un salto al piso para bajar y caminó apresurado entre el tumulto de gente, pero inmediatamente se percató de que había dejado su equipaje a un lado de la caja de madera. Regresó lo más rápido que pudo.

—¿Y ahora qué quiere? —preguntó el dueño de la caja, aún molesto.

—Olvidé mi maleta —Silverio señaló al piso.

El hombre ya no respondió. Silverio recuperó su valija y continuó con su búsqueda, pero ya no las encontró. Luego de recorrer el andén, la estación y las calles alrededor, se dio por vencido. Regresó a la estación para esperar el tren a Torreón. Para entonces el andén ya se encontraba vacío. Los policías también se habían retirado.

Mientras descansaba en una de las bancas abrió su maleta y, asegurándose de que nadie lo viera, sacó del fondo una bolsa de monedas de oro y gruesos fajos de billetes que comenzó a contar tranquilamente. Con eso tenía suficiente para vivir bien por lo menos tres años. Por un instante sintió el deseo de cambiar el curso: buscar una vida tranquila en El Paso, Texas, quizá. Sin embargo, su espíritu aventurero, el mismo que lo había llevado hasta ahí, le indicaba seguir hasta Chihuahua y vivir aquello que, según los

pronósticos de muchos, cambiaría el destino de México para siempre. Silverio no creía tanto en la prosperidad augurada, ni en el fin de la corrupción y el autoritarismo. Había crecido escuchando las historias que su abuelo le contaba sobre la guerra de Independencia, el conflicto contra Estados Unidos, la Intervención francesa y la guerra de Reforma.

Una hora más tarde vio a las dos jóvenes al fondo del andén. Apresurado tomó su equipaje y caminó hacia ahí. Se mostró sumamente preocupado al encontrarse frente a ellas.

—Las estuve buscando varias horas.

—Nos fuimos lo más lejos posible para que la policía no nos encontrara —respondió Cecilia.

—Hicieron bien. Las estaban buscando.

Ambas se miraron con preocupación.

—El tren va a salir en una hora y media —agregó Silverio—. Así que podemos ir a comer algo mientras tanto.

—No tenemos dinero —Alejandra habló con vergüenza. Era la primera vez que experimentaba la carestía.

—Yo me encargo. No tengo mucho, pero de ninguna manera voy a abandonarlas.

—Se lo agradecemos con toda sinceridad —Cecilia se acercó y le besó la mejilla.

—No tienen nada que agradecer. Yo nací para socorrer al prójimo.

—Me da una gran tranquilidad saber que caímos en buenas manos.

—De eso no tengan la menor duda.

Sin embargo, Alejandra no mostraba la misma confianza que su amiga. Tenía el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir. Aunque siempre había sido una niña muy aventurada, jamás hacía algo que no le hiciera sentir segura, sin importar el grado de riesgo de sus fechorías.

Apenas si pudo comer un pequeño plato de caldo de gallina con arroz, a pesar de que no había probado nada desde la mañana anterior. Se mantuvo en absoluto silencio mientras Cecilia y Silverio charlaban con más confianza en el humilde restaurante con piso de tierra, paredes de madera y techo de palma. La dueña, una enclenque señora de noventa y dos años, jorobada y la cabellera tan

canosa como escasa, hacía todo sin la ayuda de nadie: mientras las tortillas se cocían en el comal, ella limpiaba las mesas y servía los alimentos que había preparado desde la madrugada. Había enterrado a su esposo, a sus nueve hijos y a media docena de nietos. Los sobrevivientes la visitaban a diario y se ofrecían a ayudarle, pero ella aseguraba que el día que dejara de ser autosuficiente, comenzaría a morir.

—No te vas a arrepentir —dijo Silverio mientras la anciana les llenaba el tortillero—. Esta guerra va a hacer de México un lugar mejor.

—Yo nací en 1819 —intervino la anciana jorobada—. Crecí escuchando a los adultos renegar sobre la gran decepción que hubo en todo el país luego de que acabó la guerra de Independencia. La paz no llegó. Apenas se firmó el Acta de Independencia, todos se pelearon por el poder. Y cuando no era entre mexicanos, nos invadieron los gringos y los franceses. Luego hasta con la Iglesia se agarraron. Mi general don Porfirio Díaz ha sido el único que ha sabido gobernar esta tierra de necios y envidiosos. Ese muchachito Madero únicamente está alborotando el gallinero. Tiene suerte de que don Porfirio ya este viejo y cansado. Ya no le interesa andar en argüendes. En sus buenos años ya lo habría puesto en su lugar.

—No, doñita, esta vez será diferente —respondió Silverio al mismo tiempo que enrollaba una tortilla sobre la palma de su mano.

—En verdad espero equivocarme, jovencito, pero ya viví mucho y lo que vi me ha dado la experiencia que tanto me habría servido en la adolescencia. Alguna vez fui tan joven y guapa como estas dos señoritas… También muy ingenua. Juventud y sabiduría nunca van de la mano. Se adquiere una mientras se desvanece la otra. ¿Qué se le puede hacer?

—Entonces… —Alejandra habló por primera vez—. ¿Usted cree que debemos volver a casa?

—No. Yo no puedo opinar en eso, mi’jita. No quiero ser responsable de tu destino.

—No sería responsable, sólo me daría un consejo.

—Y te arrebataría la oportunidad de fracasar.

—No quiero fracasar.

—¿Te da miedo vivir?

—Pero usted acaba de decir que Madero únicamente está alborotando el gallinero.

—Pero jamás dije que no lo debería hacer. Nunca está de más intentar. Yo sólo digo que no deberían construir sueños guajiros. La miseria no desaparecerá quitando a don Porfirio del poder. La injusticia seguirá por años. Así es nuestra raza. Lo mejor habría sido que mi general hubiera cedido la presidencia en las pasadas elecciones. Pero el poder, el dinero y el amor doblegan a cualquiera.

—Y la comida —agregó Silverio.

—También la comida —la anciana liberó una sonrisa escueta.

—Este caldo de gallina le quedó delicioso.

—No lo creo, esta niña apenas si lo ha probado —señaló a Alejandra.

—No es eso… —intentó justificarse—. Sólo que no tengo mucha hambre.

—Si de algo te sirve, entre más opaco se vea tu destino más oportunidades tendrás de cambiarlo. Ir a lo seguro no siempre es la mejor opción. La estabilidad a veces nos hace inútiles, nos esclaviza, nos impide abrir las alas, caernos y volvernos a levantar —en ese momento dirigió la mirada a Cecilia—. Pero nunca olviden andar con mucho cuidado. No se confíen de los hombres y menos de aquellos que hablen más bonito. Son los peores.

—No. No todos somos iguales —Silverio dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Quieren algo más? —la anciana recogió los platos vacíos.

—Con eso fue más que suficiente —respondió Cecilia con una sonrisa tierna.

—No los interrumpo más —la anciana se marchó a la cocina.

Minutos más tarde, camino a la estación de trenes, Silverio aprovechó para defender su postura.

—A veces los ancianos son demasiado negativos —acompañó su comentario con una risilla irónica.

—A mí no me pareció pesimista —dijo Alejandra—. Al contrario. Me gustó su forma de hablar.

—Yo opino que sí lo fue, especialmente cuando dijo eso de que no confíen en los hombres. Como si todos fuésemos unas bestias. Además, no todos somos iguales.

—Sus razones debió tener —Alejandra respondió sin mirar a Silverio.

—Ya, ya —intervino Cecilia—. Se parecen a mis hermanos.

—Nadie está discutiendo —Alejandra respondió con ironía.

—Pues eso parecía. La anciana tiene razón, Silverio también y tú igual. Hay hombres malos, abusivos, mentirosos, crueles, pero no por eso vamos a generalizar. La mujer no fue pesimista, sólo habló como ella cree que son las cosas.

—A lo mejor vio algo y nos quiso enviar una advertencia.

—Vamos a poner esto en claro —Silverio se mostró ofendido—. Si no confías en mí no tengo ningún problema. Me voy para Chihuahua y ustedes a donde gusten.

—Silverio, no le hagas caso, está nerviosa y confundida.

—No hables por mí. Yo sé cómo me siento y qué es lo que quiero —Alejandra caminó apresurada.

Cecilia le hizo señas a Silverio para que esperara y caminó detrás de su amiga.

—Ale, espera —se postró frente a ella—. Silverio únicamente quiere ayudarnos.

—Quiere llevarte a la cama —le apunto al pecho con el dedo índice—. ¿Eso es lo que nos estaba diciendo la anciana?

—Ella no lo conoce. Ni siquiera sabe quiénes somos.

—Algo vio. Por algo dijo lo que dijo.

—¿Entonces quieres que nos regresemos a la capital sin dinero?

—No. Que no te confíes de él.

—Ya nos demostró que es un buen hombre. Es médico, es voluntario. Le gusta ayudar a las personas.

—Dice que no tiene dinero, pero nos pagó la comida, nos pagará los pasajes y allá nos dará hospedaje… ¿A cambio de qué?

—Está bien. Tendré mucho cuidado. Y a la primera que sienta desconfianza te aviso y nos vamos a la capital.

—¿Eso es suficiente para ti?

—¡No! ¡No lo es! —Cecilia comenzó a llorar—. ¡No sé qué vamos a hacer! También me muero de miedo, pero no quiero regresar a mi casa. No confío en Silverio, pero tengo que hacerlo, tenemos que hacerlo, mientras tanto. No tengo idea de qué vaya a ocurrir, pero como dijo la anciana: «Entre más opaco se vea tu destino más oportunidades tendrás de cambiarlo. Ir a lo seguro no

siempre es la mejor opción».

—Vamos a Chihuahua —Alejandra abrazó a su amiga.

Capítulo 10

Te juro que él no es así

Adelita se llama la joven,
a quien yo quiero y no puedo olvidar.
En el mundo yo tengo una rosa,
que con el tiempo la voy a cortar.

Nos robaron el equipaje y el dinero. No me atrevo a decir que fue mala fortuna. De lo peor que nos puede ocurrir siempre hay algo bueno como consecuencia. A veces nos sirve de experiencia; otras, nos lleva a mejores condiciones de vida. Aunque Alejandra siempre dijo que la presencia de Silverio en nuestras vidas únicamente nos traería problemas, estoy segura de que gracias a él llegó la mejor etapa de mi vida.

No me arrepiento de haberlo conocido ni de haber ido a Chihuahua. Las cosas no fueron fáciles. Las guerras cambian a la gente, de muchas maneras, para bien y para mal. Alejandra y yo dejamos de ser las niñas ingenuas, consentidas, miedosas e inútiles.

Al llegar comprendimos que Chihuahua era un estado huérfano, cuya miseria se respiraba por doquier, se impregnaba en la piel con el aire frío de aquel invierno. Imposible no adherirse al duelo de haberse quedado sin nacionalidad y los derechos más básicos sin siquiera haberse independizado. Niños y mujeres descalzos por los caminos de tierra con bultos sobre sus espaldas. Individuos de miradas desconfiadas y argumentos defensivos. El enojo tan grande como el hambre.

—Tú debes ser Silverio —se acercó a nosotros un hombre con un

grueso bigote que le cubría los labios por completo, sombrero de ala ancha, paliacate, chaquetín de cuero, carrillera de balas y chaparreras de gamuza.

—Para servirle a Dios y a usted —Silverio se quitó el sombrero.

—Me llamo Cástulo Herrera. Tu tío, Pascual está ocupado con algunos asuntos y me pidió que viniera por ti.

—Le presento a Altagracia y Dolores. Son de la capital. Nos van a ayudar en lo que sea necesario.

Don Cástulo nos miró detenidamente, de pies a cabeza.

—Mucho gusto —extendió su mano—. Disculpen mi atrevimiento, pero éste no es lugar para unas damitas como ustedes.

—Las señoritas extraviaron su equipaje en el tren.

—¡No! —lo interrumpí molesta—. No lo extraviamos; nos robaron.

—Lo lamento mucho —don Cástulo se mostró consternado—. Pero ¿piensan quedarse aquí o se van a regresar a la capital?

—Es la única opción que tenemos —decidí hablar con la verdad para evitar malos entendidos a futuro—. Escapamos de nuestras casas.

—Y por lo que veo, son de familias adineradas.

—Sí.

—Por su seguridad más les vale que no anden hablando de sus vidas. Por unas cuantas monedas no faltará quien las quiera delatar. Vamos. Tenemos que vestirlas al modo local. Con eso que traen parecen oaxaqueñas.

—Pues cuando usted mande nos vamos.

—Vámonos, pues.

Cástulo Herrera era jefe de un comando, sin embargo, la rudeza de su aspecto contrastaba con su actitud: a su tono de voz le faltaba autoridad. Era muy parecido a los hombres que había conocido toda mi vida, pero en medio de esa guerra civil, los buenos modales estaban de sobra.

—Me contaba tu tío que cuando recibió tu carta, no creyó que vendrías —dijo don Cástulo a Silverio.

—¿En verdad lo dudó? Yo siempre cumplo lo que prometo.

—Algo me dijo que tenías que acabar la carrera de medicina.

—Ya acabé —hizo una mueca para que don Cástulo dejara de preguntar.

Hasta ese momento comprendí que Silverio nos había mentido. Era la primera vez que iba a Chihuahua y no era médico. Me sentí decepcionada, pero tampoco podía hacer nada en ese momento. Alejandra me miró con recriminación.

Don Cástulo había llegado hasta ahí con un acompañante que llevaba un caballo para Silverio. Alejandra y yo nos fuimos caminando ya que no nos ofrecieron monturas. El camino era de tierra y las casas de adobe con techos de paja o de teja muy maltratada.

—¿Cómo va todo por aquí?

—Posva comenzando —don Cástulo frunció el ceño al mismo tiempo que miró al fondo del camino—. Tras leer el Plan de San Luis en una reunión, los primeros trescientos setenta y cinco combatientes fuimos repartidos entre varios grupos. Tomamos el pequeño pueblo de San Andrés sin enfrentamiento alguno, ya que los rurales habían huido. Tres días después tomamos Santa Isabel de la misma manera. El problema está entre nosotros mesmos…

—¿Cómo es eso?

—Se trata de uno solo. Un tipo que se hace llamar Pancho Villa. Su verdadero nombre es Doroteo Arango, pero debido a que mató al hijo de un hacendado que había intentado abusar de su hermana, se convirtió en prófugo de la justicia. Por diecisiete años fue bandolero, asaltante de caminos, ladrón y cuatrero. Dicen que los mismísimos organizadores de la Revolución lo buscaron para que les ayudara. ¿A quién se le ocurre traer a esta lucha tan digna a un bandido sin educación y sin intenciones de dialogar? Se supone que está bajo mis órdenes, pero hace lo que le viene en gana. Muchos de los suyos andan saqueando tiendas. Por su culpa murieron quince hombres a finales de noviembre, cuando intentamos tomar Chihuahua con una brigada de doscientos veintisiete cristianos, pero nos esperaban setecientos de los mil ochocientos federales que habían llegado hasta ahí días atrás. Cerca del rancho Las Escobas, se dio un enfrentamiento de veinte maderistas contra los federales. Justo cuando ya se había dado la retirada llegaron Villa y sus hombres y reiniciaron el combate por más de noventa minutos, con lo cual murieron quince personas por su culpa. Yo no los ayudé para no poner en peligro a los míos. Hasta él mismo salió con un balazo en la pierna izquierda.

»El 2 de diciembre el gobernador de Chihuahua mando una propuesta de paz, pero nosotros no podíamos darle una respuesta. Madero estaba en Estados Unidos. Así que le enviamos un mensaje a tu tío Pascual, quien se encontraba en Ciudad Guerrero, y él se negó. El mismo Pancho Villa tampoco estaba de acuerdo en terminar así nomás, él quería seguir la guerra: “¿Es decir que ya no hay con quien pelear? Vámonos para otra parte donde haiga pleito”.

»Y pues en una reunión entre Pascual Orozco, Pancho Villa, Francisco Salido, José de la Luz Blanco y un servidor, decidimos no aceptar la oferta de paz. En esos días yo viajé a Estados Unidos para reunirme con Madero y conseguir municiones. El 11 de diciembre hubo varios enfrentamientos contra novecientos federales, en los cuales murieron ochenta maderistas. Pancho Villa no estuvo en esas batallas, lo cual generó una riña entre Orozco y Villa, quien no estaba dispuesto a recibir órdenes de nadie.

»El 15 de diciembre, Villa perdió veinticuatro caballos tras un pleito con federales, por lo cual tuvieron que esconderse en la sierra durante varios días, hasta que encontraron algunas haciendas de las cuales robaron los caballos que necesitaban. Con esto fueron tomados Santa Cruz de Rosario, Guadalupe, Santa Cruz del Padre Herrera, hasta llegar a Parral. Villa, disfrazado de carbonero, estuvo varios días, vigilando a los federales y conviviendo con su segunda hija. Para su mala fortuna lo descubrieron cuando iba saliendo de Parral, el 13 de enero. Y esa noche, treinta y tres jinetes del regimiento de caballería los siguieron hasta un rancho, donde se agarraron a tiros. Villa recibió dos balazos y se fue con el vientre y la caja torácica llenos de sangre a Santa Cruz, justo a donde nos dirigiremos mañana temprano para reunirnos con el resto del grupo».

Minutos más tarde llegamos a un jacal. Había poco más de una veintena de hombres acampando afuera. Nos miraron como lobos en cacería. No había una sola mujer, lo cual nos preocupó a Alejandra y a mí.

—¡Martín! —gritó don Cástulo.

—A sus órdenes —apareció un joven delgado, de piel muy morena.

—Lleva a las señoritas allá atrás con las otras viejas.

—Síganme —respondió el muchacho y se dio media vuelta.

Mientras caminábamos entre esa veintena de hombres sucios, toscos e irrespetuosos, sentimos sus miradas llenas de morbo. Algunos de ellos chiflaron y lanzaron piropos un tanto vulgares. Don Cástulo tuvo que llamarles la atención, aunque no sirvió de mucho. Comprobé entonces lo que había percibido desde un principio: le faltaba autoridad. Al llegar a la parte trasera del jacal nos encontramos con siete mujeres: dos de ellas estaban lavando ropa, y las otras cinco hacían de comer.

—Doña Eufrozina —dijo Martín—. Don Cástulo le manda estas dos chamacas.

—¿Y estas de dónde las trajeron? ¿De Oaxaca? —nos observó detenidamente, al mismo tiempo que el resto de las mujeres también nos veía de lejos—. No… Estas mocosas vienen de la capital. O de Jalisco. Tal vez de Sinaloa. Allá se dan mucho las güeritas. ¿De dónde son?

—De la capital —respondió Alejandra.

—¿Cómo se llaman? —preguntó casi como si nos regañara.

—Altagracia… —respondí dudosa.

—Altagracia, ¿qué?

—Martínez… Altagracia Martínez.

—¿Y tú?

—Dolores Navarro —Alejandra se mostró mucho más segura de sí misma que yo.

—¿Con quién vienen? —preguntó la mujer.

—Con ella —respondimos Alejandra y yo al mismo tiempo, señalándonos una a la otra.

—¡Si serán tarugas! ¿Vienen con sus maridos o qué?

—No —negamos asustadas con las cabezas—. No estamos casadas.

—¿Quién las trajo?

—Un tal Silverio…

—Pero apenas lo acabamos de conocer —continuó Alejandra.

—Pues a él le van a tener que preparar la comida y lavarle los calzones. Una de las dos y ya la otra tendrá que buscarse quien la mantenga.

—¿Mantenga?

—Sí. Puede ser uno o varios. Les van a pagar una mierda, pero alcanza para comprar de vez en cuando unos huaraches o un

sarape.

—No entiendo —dije confundida—. Creí que era un trabajo comunitario.

—Possí, es comunitario, pero a fin de cuentas es algo individual.

—¿Y qué pasa si llega un hombre que no tiene quién le lave y le prepare de comer?

—Ya habrá quién le lave y de cualquier manera va a comer.

—Está raro y desorganizado —dije.

—¿Quieres hacerte cargo?

—No. Nada más decía…

—Dolores, ayúdale a Cecilia a picar las cebollas y los chiles pa' la salsa.

Alejandra y yo nos miramos tratando de esconder nuestras sonrisas.

—Y tú, Altagracia, ve con Petra a hacer la masa para las tortillas.

—¿Qué se necesita para hacer tortillas? —le pregunté a Petra.

—¿No sabes hacer tortillas? —se reía.

—No.

—¿De maíz o de harina? —seguía con una sonrisa burlona.

—¿Cómo que de harina?

—De trigo.

—No sabía. ¿Y cómo las hacen?

—Para hacer las tortillas de trigo, o de harina como más se les conoce en el norte, se mezcla harina, manteca, sal y agua. Cuando la masa está lista, se coge una bola de masa, se estira sobre una mesa o tabla, se extienden con un rodillo y se pone sobre el comal.

—¿Y cómo se hacen las de maíz?

—Ésas son más laboriosas: se pone a cocer el maíz en agua y cal en la leña, alrededor de una hora; se deja reposar, según el tipo de maíz, desde unos minutos hasta un día; después si el grano de maíz se pela con los dedos al frotarlo, está listo para lavarse; se muele en el metate de piedra hasta que el maíz quede hecho masa; luego se le agrega un poco de harina y agua hasta que la masa queda suave. Finalmente hay que encender el fuego para el comal, se hacen bolitas de masa, se aplanan con las manos y se ponen al comal.

—¿Y cuántas tortillas hacen al día?

—Posdepende… Cada persona come entre doce y veinte tortillas

al día.

Era la primera vez que yo hacía algo en la cocina. Petra tuvo que enseñarme al percatarse de la forma tan torpe con la que cogía la masa. Fuimos el hazmerreír de esa tarde. Desconocíamos lo más básico de la cocina.

—¡Altagracia! —me gritó doña Eufrozina cuando la comida estuvo lista—. ¡Anda! ¡Llévales de comer a los muchachos! —me extendió dos platos hondos repletos de arroz, frijoles y un puño de chiles serranos.

—¿A dónde? —pregunté desconcertada.

—¿Cómo que a dónde, niña? Posallá en frente. ¿No los viste cuando llegaste?

—Disculpe, pensé que estarían en el comedor.

—Cierto, están en el comedor. Se me había olvidado —en ese momento todas ellas lanzaron tremendas carcajadas—. Aquí no hay comedor, chamaca, apúrate, porque tienes que llevarles a todos lo más rápido posible, si no quieres que comiencen a quejarse.

—¿Dónde están los cubiertos? —pregunté y me arrepentí al instante.

—Los de plata están en esas cajas —dijo una de ellas en tono burlón—. Los de oro están reservados para ocasiones especiales.

Bajé la cabeza humillada.

—Aquí la tortilla sirve de cuchara y tenedor. ¡Apúrate! —tronó los dedos doña Eufrozina.

Al llegar con los revolucionarios, escuché un coro de chiflidos e insolencias. Sentí un impulso por llorar, pero me aguanté hasta que regresé a la parte trasera del jacal. En ese momento me topé con un joven que tenía una mirada aterradora. No me dijo una sola palabra, pero no me quitó la mirada de encima. Su boca estaba entreabierta y podía ver su dentadura chueca y amarillenta. Sentí muchísimo miedo y seguí mi camino.

—¿Qué te pasa? —doña Eufrozina me regañó.

Sin responder me fui corriendo hasta un árbol que estaba al fondo. Alejandra intentó alcanzarme, pero doña Eufrozina le ordenó que no se moviera. Ella fue por mí y, sin el menor consuelo, me ordenó que volviera a mis obligaciones. Una hora más tarde, cuando los hombres terminaron de comer, nosotras tuvimos que lavar los trastes para poder comer y luego volver a lavarlos y

guardarlos en cajones de madera como si nos fuéramos a ir de ahí esa tarde. Poco antes de que oscureciera y cayera la helada, nos tocó encender la leña para el fogón. Nos dieron unos rebosos que no nos quitaron el frío. Estuvimos tomando café sin azúcar, sentadas frente al fuego, mientras los hombres se preparaban para dormir. Tenían programado salir muy de madrugada a robar unos caballos a un rancho cercano y conseguir algo de alimento.

—No sé de dónde vengan ni por qué están aquí —dijo doña Eufrozina—, pero tienen que aprender desde ahora, porque cuando les lleguen los baleados no van a poder sentarse a chillar.

Noté en ella algo de nostalgia. Ya no era la misma mujer que nos había regañado horas atrás.

—Mi hijo, José Sánchez, era muy amigo de Pancho Villa. Robaban ganado y asaltaban gente en los caminos. Un día Pancho llegó bañado en sangre a este mismo jacal. Ni siquiera me dio tiempo de preguntar y me ordenó que preparara todo para curar a José. Salió del jacal, montó uno de los caballos que teníamos, justamente aquí atrás y se fue a todo galope rumbo al cerro del Tecolote. Una hora más tarde volvió con mi hijo como bulto, amarrado a las nalgas del caballo. Lo había dejado en el camino para poder correr hasta el jacal. Sabía que si lo cargaba él mismo se tardaría el triple en llegar conmigo. No iba a sobrevivir de cualquier manera, pero gracias a lo que hizo Pancho, todavía pude ver a mi muchacho con vida. Esa noche Pancho me prometió que nunca faltaría comida para mis tres hijas, todavía muy jóvenes. Y lo cumplió. También se hizo cargo de José Dolores Palomino, hijo de otro amigo muerto en Casas Grandes. Sin importar dónde andaba, tarde o temprano regresaba para traerme dinero. Eso ocurrió hace diez años. Por eso, cuando me enteré de que estaban planeando hacer una Revolución, le ofrecí a Pancho acompañarlos a donde fueran. Ellos se hicieron bandidos porque nunca tuvieron más opciones. Quiero que mis hijas tengan una vida digna, algo que hartos de nosotros jamás hemos tenido. Y si para eso tenemos que matar a veinte mil federales y al mesmísimo Porfirio Díaz, estoy dispuesta a hacerlo.

—Lo siento mucho —dijo Alejandra.

—Esas palabras aquí están de sobra —respondió doña Eufrozina frotando sus manos para calentarse—. O lo demuestras con hechos

o mejor te quedas callada. A Francisca —señaló con la mirada a una mujer al otro lado del fogón—, le mataron a sus hijos hace pocos meses. Como en todos los funerales, sobraron los pésames. Semanas después muchas de las personas que le ofrecieron su ayuda se olvidaron de ella. Pancho Villa, unas cuantas vecinas y yo seguíamos ahí brindándole el apoyo que necesitaba.

—Esta tarde —dije dudosa—, cuando estaba sirviendo la comida, me interceptó un joven con una mirada —tragué saliva—, no sé cómo decirlo…

—Seguramente te encontraste a Palomino —respondió doña Eufrozina—. Se llama José Dolores Palomino, pero todos le decimos Palomino.

—Cuidado, porque ese cabrón mató a sus padres —dijo Petra.

—Dicen que en su pueblo violó a varias de sus vecinas —agregó Salomé.

—Ya dejen de decir pendejadas —las calló doña Eufrozina—. Al chamaco le tocó ver cómo mataban a sus padres cuando él tenía ocho años y se quedó loco. Aquella que ves allá, Juana, es su tía. El mismo Pancho Villa ha cuidado de ellos desde la tragedia en Casas Grandes. Rumores sobre el pasado siempre ha habido. En su pueblo aseguran que Palomino mató a su padre por accidente y que su madre lo echó de la casa. Otros que los mató a los dos, pero quién mejor para decirte la verdad, sino la Juana y Pancho. Se lo trajeron para acá, porque ya la vida en su pueblo era insostenible. Cuando a una comunidad se le mete una pendejada en la cabeza no hay poder humano que la saque. Palomino es un buen muchacho. Está loco, si quieres, pero no es tonto. Es muy obediente y leal. De repente se le alocan las cabras, pero con un par de cachetadas se le baja. Y si no es pa' tanto, con un buen grito. Eso sí, no le sonrían. Ignórenlo.

—¿Por qué?

—Pospa' que no se enamore de ti.

—No entiendo.

—Sí, mi'ja, el chamaco ya ha sufrido demasiado como pa' que se ande haciendo falsas ilusiones con cualquiera de ustedes. ¿O me vas a decir que le vas a hacer caso?

No pude responder.

—¿Ves que tengo razón? Déjenlo en paz y él no las molestará.

—Elenita —dijo de pronto una voz masculina a mi espalda.

La más joven de todas ellas se puso de pie muy a pesar del cansancio de haber trabajado todo el día. Ninguna de las mujeres mostró inquietud, aun sabiendo que a Elena la habían llamado para fornicar esa noche con varios de ellos. De eso me enteré hasta la mañana siguiente al ver el modo dolido de caminar de aquella muchacha salida de algún rancho de por ahí. Alejandra y yo no tardamos en comprender que para esos hombres las mujeres éramos menos valiosas que un caballo y presas fáciles de violar. El maltrato físico y psicológico era cosa de todos los días. Lo peor de todo era que ellas no comprendían que tenían derecho a negarse. Habían sido educadas durante siglos para ser sirvientas y esclavas sexuales. A Alejandra y a mí nos habían educado a ser obedientes, serviciales y reservadas, pero no a ese grado tan humillante. Habíamos viajado a Europa en muchas ocasiones, sabíamos que aun entonces, los derechos de la mujer eran una utopía, pero teníamos plena consciencia de que el abuso no era tan descarado como en aquel lugar al que habíamos llegado. Como si hubiésemos viajado doscientos años al pasado.

Esa noche no pudimos dormir ni Alejandra ni yo. Nos quedamos frente al fogón hasta altas horas de la madrugada. Doña Eufrozina, que estaba acostada muy cerca de nosotras, despertó en varias ocasiones y nos dijo que durmiéramos. Aun así, no le hicimos caso. Alejandra y yo casi no hablamos, y cuando lo hacíamos era en voz baja y sólo para comentar sobre lo que llamaba nuestra atención: los ruidos de la noche, las estrellas en el cielo, el relincho de los caballos, los ronquidos de las mujeres dormidas alrededor del fuego, el frío intenso y el eco del silencio. Cuando el cansancio nos abatió, Alejandra y yo nos acostamos juntas, de lado, para combatir el frío. Ella se colocó detrás de mí y me abrazó. Por más que intenté ignorarlo, escuchaba su respiración en mi oído y sabía que seguía despierta. A ratos me preguntaba en voz baja si ya me había dormido y yo le respondía que sí; entonces ella reía sin hacer ruido y me picaba las costillas con un dedo.

—Te va regañar doña Eufrozina —le bisbisaba.

—No nos escucha.

—Eso crees.

Pudimos dormir quizá una hora a lo mucho, porque nos

despertaron los ruidos del amanecer.

—Tenemos que irnos de aquí —me dijo Alejandra poco antes de que todos despertaran.

—El problema es que no tenemos un peso para escapar —respondí con tristeza.

Había gente vigilando por todas partes, las veinticuatro horas del día. Por si fuera poco, a Alejandra le dio un intenso resfriado por lo cual estuvo en cama casi tres semanas. No me di cuenta cuando me tapó con su reboso, dejando su espalda al descubierto.

En esa primera semana no tuve contacto con Silverio porque desde la mañana siguiente lo enviaron a espiar, con otros tres hombres, al gobierno de Chihuahua. El día que volvió me buscó como si yo fuera su mujer.

—¿Cómo estás? —preguntó con insistencia.

—Bien —respondí con tranquilidad al principio, pues ignoraba lo que él estaba indagando.

—¿No te hicieron nada? —me miraba fijamente a los ojos.

—No —comencé a incomodarme por el cuestionamiento.

—Estoy hablando de los hombres —me tomó de la barbilla.

Ninguno de los que nos vieron le dio importancia a la actitud dominante de Silverio. Las mujeres, menos. Como si todos ellos dieran por hecho que yo era su mujer. O, mejor dicho, su propiedad.

—Ya sabes cómo son, pero hasta ahí. No se han propasado ni conmigo ni con Dolores, solo… —no pude continuar. Comprendí lo que le preocupaba a Silverio. Hasta ese momento ni Alejandra ni yo habíamos pensado que podían hacernos lo mismo. Sabíamos que corríamos ese riesgo, pero de alguna manera sentíamos cierta protección porque habíamos llegado con Silverio y don Cástulo.

—¿Me estás diciendo la verdad? —me tomó de los hombros.

—Sí.

—Qué bueno —me abrazó fraternalmente.

No puedo negar que me sentí protegida en sus brazos. No quería que me soltara. Hasta que pensé en pedirle que revisara a Alejandra y recordé.

—Nos mentiste —le reclamé apenas estuvimos solos—. No eres médico.

—Me falta un año para graduarme.

—¿Por qué nos engañaste?

—Al recibir la carta de mi tío supe que tenía que venir a ayudar. Tenía que hacer algo por mi país; luego te conocí, me gustaste de inmediato y no pude evitarlo. Perdóname.

No sé a qué se debió, pero en esos primeros días, Santiago desapareció de mis pensamientos casi por completo. No lo había dejado de amar de la noche a la mañana, pero la situación rebasó mis intenciones originales de estar ahí. Silverio se me acercó y me besó. No me gustaba, pero era muy seductor y yo tenía una necesidad inmensa por sentirme deseada, acompañada, protegida.

Esa noche, alejados del grupo, entre los arbustos, dejé que me tocara y me arrancara la ropa de la manera más salvaje que pudo. Como si me estuviese violando, pero con mi consentimiento. Aún no se quitaba los pantalones y ya sentía su verga tratando de entrar en mi vulva. Nunca olvidaré la impresión que sentí al verlo completamente desnudo. Tenía un miembro tan largo y tan grueso que sentí miedo. Era una cosa enorme. Apenas entró tuve que detenerlo. Sentí que me estaba desgarrando. Le pedí que lo hiciera despacio. Aceptó. Cerré los ojos. Lo sentí entrar en mi cuerpo muy lentamente. Y sin quererlo imaginé a Santiago. Entonces abrí los ojos y vi a Silverio, ese desconocido. No era Santiago. Le rogué que se detuviera.

—Perdóname, no puedo. No puedo hacer esto.

—¿Me vas a dejar así? —cuestionó con tono de amenaza.

—No me siento bien.

—Pero no me puedes dejar así —alzó las cejas al mismo tiempo que dibujó en su rostro una sonrisa cruel y luego con los dos dedos índices se señaló la verga—. Chúpamela.

Perdí todo deseo sexual en ese momento.

—No sé cómo. Nunca lo he hecho.

—Eso dicen todas —rió sarcásticamente—. ¡Apúrate! —puso sus manos en mis hombros para indicarme que debía bajar a la altura de su sexo.

Apenas estuve de rodillas sentí un deseo por vomitar. No podía creer que me encontraba ahí. Como si de pronto hubiese despertado. «¿Qué estoy haciendo?», me cuestionaba. Entonces sentí las manos de Silverio en mi cabeza tratando de jalarme hacia su pene.

—No puedo —le dije y comencé a llorar.

—Ven —me dio su mano y me ayudó a ponerme de pie.

De pronto se transformó en el hombre más cariñoso que cualquier mujer desearía en situaciones como la que yo estaba viviendo en ese instante. Me abrazó cariñosamente y yo lloré en su pecho por un largo rato. Lloré por mi padre, por Santiago, por mi familia, por el dinero que nos habían robado, por mis planes frustrados, por la miseria que estaba conociendo en esa guerra que apenas iniciaba y por lo que acababa suceder entre Silverio y yo minutos atrás.

Apenas estaba descubriendo el mundo. Y sólo hasta entonces pude admitir que me aterraba lo que estaba frente a mis ojos. Había huido de mi jaula de oro para volar por un campo lleno de flores y terminé en un desierto dinamitado.

Aquella noche dormí tranquila en brazos de Silverio sin saber que sería la última vez en mucho tiempo.

A la mañana siguiente nos reunimos con el grupo de Pancho Villa. Lo que había escuchado de él era poco comparado con la realidad. Su personalidad era como un imán para todos los que lo rodeaban. A don Cástulo nadie le hacía caso, incluso se burlaban a sus espaldas, pero a Villa nadie se atrevía a contradecirlo. Tenía un impresionante don de palabra. La gente se unía al movimiento con sólo escucharlo, aunque no comprendieran lo que estaba ocurriendo. En menos de quince días logró reclutar más de trescientos hombres. Sin jamás haberlo deseado fui testigo cercano del surgimiento de uno de los más grandes ídolos de nuestra nación. No era nada parecido a aquellos que lucharon por la independencia de México ni en la guerra de Reforma ni en las guerras contra Francia o Estados Unidos. Se trataba de un hombre que había sido marginado toda su vida y entendía las necesidades de su pueblo. No me atrevería a decir que de todo México, porque éstas son distintas en cada ciudad y en cada estado. Villa no sabía de política ni de economía ni de relaciones internacionales. Era un analfabeta que apenas si comprendía el significado de algunas letras, pero eso le bastaba para entender que todo México necesitaba miles de escuelas. Conocía el hambre y ésa era su razón para luchar por los hambrientos. Sufrió los abusos de la autoridad y con eso tuvo para

luchar en contra de ellos. Podía parecer muy simple lo que decía, pero no todo el que es marginado se pone de pie para luchar por sus derechos, no cualquiera que padece hambre les arrebata el pan a los ricos para compartirlo con los demás.

—¡Vamos a tomar el poblado de Guadalupe! —dijo frente a todos.

Las mujeres no participábamos en aquellas reuniones; escuchábamos de lejos y a escondidas. Éramos como fantasmas que ellos únicamente veían cuando tenían hambre o ganas de coger. Las que tenían marido o amante, en mi caso, éramos intocables para los otros. Más que un código de honor se trataba de una regla de bárbaros, pues eran capaces de matar al que se les acercara a sus mujeres. Por eso Silverio se apresuró en marcarme como su amante, algo que yo en esos días ignoraba por completo. Alejandra, por su parte, sufrió acoso todos los días. En una ocasión uno de ellos intentó violarla, pero doña Eufrozina la rescató, algo que no podría hacer por siempre. Aquella mujer nos protegía, aunque pareciera lo contrario con su mal humor y sus constantes regaños. Ella sabía perfectamente que tarde o temprano todas nosotras terminaríamos siendo víctimas de aquellos bárbaros, pero hacía todo lo posible por aplazar la desdicha de convertirnos en rameras de los revolucionarios.

—¿Qué le podemos hacer, mi’ja? —me dijo en alguna ocasión doña Eufrozina mientras limpiaba los frijoles—. Los hombres en celo son peores que cualquiera animal. Se les para la verga y se les hace chiquito el cerebro —me miró de reojo al mismo tiempo que sacaba una piedra diminuta del puño de frijoles que sostenía en la palma de su mano—. Ya te imaginarás el tamaño.

La toma del poblado de Guadalupe fue cosa fácil. Los revolucionarios no sufrieron bajas. En esos mismos días se enfocaron principalmente en el contrabando de armas y municiones de Estados Unidos, ya que en México no había forma de conseguirlas. Luego nos fuimos a San Andrés, donde ya habían acampado anteriormente. Mientras tanto, Francisco I. Madero entraba al país por el estado de Chihuahua, luego de haber permanecido en el exilio por varios meses. Villa y sus trescientos hombres entraron en Santa Rosa, fusilaron al juez y al secretario de juzgado y luego se dieron a la huida al percatarse de la llegada del

Batallón 29. Entonces se ofreció la primera recompensa por Pancho Villa, vivo o muerto.

Recuerdo perfectamente la tarde en que nos informaron que habían capturado a Pancho Villa. Doña Eufrozina cerró los ojos, liberó un doloroso suspiro, dejó la masa de las tortillas, se lavó las manos y se alejó del grupo de mujeres que preparábamos la comida de ese día. Yo no la vi, pero doña Gertrudis me contó que la vio llorando. Y le creo, primero porque esa mujer no hablaba mucho, y cuando lo hacía era para decir verdades, y segunda, porque doña Eufrozina era capaz de matar y sacrificar su vida para salvar la de Villa.

—¡¿Qué chingaos están haciendo bola de huevonas?! —nos gritó cuando regresó y nos encontró hablando sobre lo sucedido—. ¡Órales! ¡A trabajar, cabronas!

Nunca olvidaré el rostro de doña Eufrozina al ver llegar a Pancho Villa montado en su caballo. Parecía que había visto al mismísimo Dios. No había sido un rumor. En efecto habían capturado a un hombre muy parecido a él y la noticia estalló como pólvora. Esa tarde doña Eufrozina ordenó matar al único puerco que teníamos para hacer una comida especial. A diferencia de las celebraciones comunes en todo el país, aquellas que se hacían alrededor de Pancho Villa, carecían de alcohol. Él lo tenía estrictamente prohibido. Sin embargo, había algunos que lo hacían a escondidas a altas horas de la noche; entre ellos Silverio.

Aún sigo sin comprender cómo fue que de un día para otro terminé siendo su amante. Jamás tuvimos un romance ni nada mínimamente cercano. Ni siquiera sentía atracción sexual. Se apoderó de mí en el momento más vulnerable de mi vida, cuando yo era incapaz de tomar la decisión más simple. Tardé muchos años en comprender que entonces, sin darme cuenta, me prostituí para tener protección. Tal era mi miedo que no pude ver más allá de mis necesidades personales. Dejé que Alejandra naufragara sola en aquel océano plagado de tiburones. La abandoné y ella lo supo. Por lo tanto, la noche en que tres hombres la violaron, ella no dijo una sola palabra a nadie. No era de sorprender que se guardara sus secretos. Lo verdaderamente lamentable era que yo no me hubiese percatado del infierno por el que ella estaba caminando descalza. Los abusos sexuales de los revolucionarios jamás han sido

castigados. Entre ellos no es siquiera considerado un delito; excepto que se tratara de la mujer de otro. Hasta hoy sigo ignorando el número de veces que Alejandra fue violada.

Nos distanciamos sin darnos cuenta. Yo tampoco me atrevía a contarle lo que ocurría cada noche entre Silverio y yo. Sé que ella pensaba que yo estaba en medio de un romance y que había olvidado a Santiago, pero la verdad era que yo no sentía absolutamente nada por aquel hombre que me desnudaba todas las noches y me violaba. No había nada que lo detuviera. Era un sordo ante mis plegarias y mi llanto. «Estoy cansada», le decía. «Necesito dormir. Trabajé mucho». Pero sus apetitos sexuales no tenían límites. Él sabía que yo no tenía a dónde ir y que carecía de voluntad y fuerzas para huir de ahí sin un peso en la bolsa. Me había transformado en la mujer más cobarde del mundo, y no lo sabía. Era torpe a su lado. Carecía de argumentos. Me avergüenza saber cuan idiota fui en esos días.

Una noche me atreví a decirle que no quería desnudarme.

—Cecilia, déjate de pendejadas —me dijo y se quitó el cinturón.

—En verdad estoy muy cansada —respondí—. Hoy me pusieron a hacer la masa para las tortillas…

—¿Y tú crees que yo fui a pasear?

—Sé que estás cansado. Vamos a dormir.

—¿Quién te crees que eres para decirme qué debo hacer? —me abrazó, intentó besarme y sentí su aliento alcohólico.

—Si Villa se entera de que estás bebiendo a escondidas se va a enojar mucho.

—Eso sólo ocurriría si tú le dices —tomó mi quijada fuertemente con su mano derecha—. ¿O es que planeas delatarme?

—No.

—¿Segura? —clavó sus ojos en los míos.

—Segura…

—Maldita puta. Después de que te salvé la vida me pagas con esta traición.

—No le he dicho nada.

—¡No mientas!

—No le he dicho a nadie…

—¡Cállate, pinche puta! —me dio una bofetada.

No supe cómo responder. Estaba atónita. Ni siquiera sentía el

dolor en la mejilla. El hombre que tenía frente a mí se estaba transformando en un monstruo.

—¿Con quién has estado hablando? —me cogió del cabello.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la pendeja.

—Me estás lastimando.

—¿Esto te duele? —me jaló con fuerza.

—¡Silverio, suéltame!

—¡Cállate!

—Si no me sueltas, voy a gritar.

—Inténtalo.

—¡Aux…!

Ni siquiera pude terminar la palabra cuando su puño cayó sobre mis labios. En ningún momento soltó mi cabello. Volvió a darme otro golpe en el pómulo izquierdo. Traté de cubrirme el rostro, pero él me tomaba las manos y me obligaba a bajarlas. Me cogió de la quijada y me miró a los ojos.

—Entiende esto: a mí no me amenazas —al terminar eso me escupió en la cara.

Me tiró al suelo y me pateó en el abdomen. Sentí que me faltaba la respiración. No me atrevía a verlo. Todo se escuchaba muy lejano. Entonces perdí el conocimiento.

Capítulo 11

La impostora

Si Adelita quisiera ser mi novia.
si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda,
para llevarla a bailar al cuartel.

Mientras el cuerpo inconsciente de Altagracia Yacía en el piso de tierra, Silverio contemplaba en silencio sus dos maletas, una de ellas repleta de dinero y la otra de ropa, artículos personales y equipo de medicina, el cual no había utilizado hasta el momento, ya que no habían tenido heridos en los pueblos que habían tomado.

Por primera vez, desde que habían llegado a Chihuahua, Silverio había sentido deseos de abandonar el movimiento. Le gustaba la adrenalina de la guerra, la compañía de los revolucionarios, pero sabía que el dinero que les había robado a Altagracia y Dolores no estaría a salvo todo el tiempo. Corría el riesgo de que su maleta se extraviara, o que tarde o temprano, alguien la abriera por accidente o intencionalmente. Silverio no podría justificar la posesión del dinero con aquellas jóvenes en el campamento. Si Altagracia lo acusaba de robo, Pancho Villa lo mandaría fusilar.

Silverio tenía claro que su estancia entre los revolucionarios sería corta; mucho más de lo que había planeado antes de conocer a Altagracia y Dolores. También hasta ese momento se arrepintió de llevarlas a Chihuahua. Sin ella habría sido muy fácil justificar el dinero que escondía.

Lamentó haber perdido el control aquella noche. No tanto por

los golpes que le había propinado a aquella adolescente, sino por el riesgo que corría de ser denunciado ante Villa. Muy probablemente Altagracia no habría sido capaz de decir una palabra, pero el resto de las mujeres podrían hacerlo. Tal vez no directamente, sino por medio de sus amantes. Sin lugar a dudas, cualquiera de esos hombres haría lo que fuera por deshacerse de Silverio con tal de quedarse con una de las jóvenes más guapas del campamento.

Eran las dos de la madrugada. Todos dormían excepto algunos vigilantes. Altagracia y Silverio se encontraban en el cuarto donde guardaban el armamento. Altagracia seguía inconsciente. Él analizó la posibilidad de huir esa madrugada cálida. Había terminado el invierno. Tenía claro que huir del campamento a esas horas era casi imposible. Cualquier ruido alertaría a todos, especialmente a Pancho Villa, que, a decir de muchos, dormía con un ojo abierto. Sus años como bandolero le habían heredado ese hábito. Despertaba varias veces en la noche y por lo regular se cambiaba de sitio, incluso se iba a lugares muy alejados del campamento.

Pancho Villa era demasiado astuto como para que alguien como Silverio lo engañara. Aunque no habían tenido contacto directo con la mayoría de sus hombres, los tenía bien ubicados. No tenía tiempo para platicar con cada uno de ellos, pero sus ojos y oídos siempre estaban alertas.

Nadie sabía con exactitud qué era lo que hacía a Pancho Villa tan interesante y admirado por todos; incluso el mismo Francisco I. Madero quedó impresionado al conocerlo en San Andrés, en marzo de 1911. Villa lo recibió con seiscientos rancheros, mal vestidos, mal comidos y mal armados, pero bien formados.

Por fin se encontraron frente a frente dos hombres que luchaban por una misma causa, aunque personalmente eran opuestos: uno catrín de modales exquisitos, con estudios en París, baja estatura y voz aguda, mientras que el otro era un bandolero, alto, robusto y analfabeta.

—¿Cuántos años tiene, señor Villa? —preguntó Madero.

—Treinta y tres —le faltaban poco más de dos meses para cumplirlos.

—Pensé que era mucho mayor —Madero, de treinta y siete años de edad, intentó ocultar su asombro—. Lo digo por su… bagaje.

—¿Mi qué?

—Por lo que ha vivido.

—Las mujeres y las balas nos hacen viejos… —fue lo último que Altagracia alcanzó a escuchar.

Como en otras ocasiones, las mujeres habían permanecido en la parte trasera del campamento: haciendo tortillas, moliendo chile y tomate para la salsa y limpiando los frijoles para la olla.

—¿Qué haces, Altagracia? —doña Eufrozina la regañó al verla escondida tras un árbol—. Deja de andar de chismosa y vente a picar las calabazas.

Altagracia regresó cojeando a su lugar con una mano en el abdomen, la otra en la cadera. Por más que hizo todo lo posible por ocultar su dolor, fracasó, ya que en la madrugada doña Eufrozina la vio lavando su ropa en una cubeta para quitar las manchas de sangre.

—¿Por qué te pegó ese desgraciado? —preguntó Dolores mientras desgranaba el maíz para la sopa.

—Fue mi culpa —respondió en voz baja—. Yo le dije a Silverio que Pancho se iba a dar cuenta de que estaba bebiendo tequila en las noches.

—¿Tequila? ¿Y de dónde saca dinero para comprarse algo tan caro, si aquí apenas si les alcanza para los frijoles?

—No sé. Supongo que tenía sus ahorros. Qué importa.

—Pues a veces pienso que él tiene nuestro dinero —Dolores se acercó al oído de Altagracia para decir esto en voz baja.

—¿Y por qué nos trajo con él?

—No seas mensa, ¿para qué más? —bajó la mirada y la dirigió a la entrepierna de su amiga—. Y tú caíste redondita en sus manos a la primera. Ni siquiera te hiciste del rogar.

—Deja de molestarme.

Dolores echó todos los elotes a la cubeta y se fue a otra mesa a desgranarlos.

A partir de entonces las dos jóvenes se distanciaron a pesar de que estaban juntas todo el día. Dolores había hecho otras amigas y Altagracia se había aislado. Los golpes que Silverio le propinaba eran cada vez más frecuentes, aunque no tan severos como la primera vez. Silverio había adoptado estrategias más sutiles para su maltrato, de forma que nadie lo notara: bofetadas, jalones de

cabello, golpes en el abdomen o empujones.

—Perdóname, mi amor —le decía minutos después—. No es mi culpa. Es la guerra que me tiene estresado. Si supieras todo lo que he tenido que presenciar. Ustedes que están aquí todo el día no lo saben, pero hay mucha crueldad allá afuera.

Altagracia ya no respondía: había adoptado el silencio como única defensa, algo que, si bien no la protegía de los golpes, la resguardaba de sí misma, del peligro de perder la cabeza. Se sabía impredecible. Cualquier día se levantaría y pondría fin a aquella tortura. Algún día. Sin aviso y sin prensarlo. Debido a esas decisiones abruptas había huido de casa. Sólo que en esta segunda ocasión tenía muy claro que la felicidad era una utopía que se construye sola. Sueños vagos que se evaporan con el primer tifón. La esperanza de reunirse con Santiago se iba desvaneciendo lentamente. El recuerdo de sus ojos era cada vez más lejano. Tan lejano, como cercanos eran los golpes de Silverio, en un tiempo en el que la mujer carecía de derechos. Su silencio no era por temor, sino por obediencia. Patrones heredados de los aztecas y de los españoles. Costumbres que nadie estaba dispuesto a cambiar. Abusos que quedaban en el olvido. En esos días lo único importante era la Revolución.

Después de aquella reunión entre Madero y Villa se llevaron a cabo los planes para tomar Chihuahua, pero no todos estaban de acuerdo: Pascual Orozco, quien no era adepto a Villa, recomendaba que tomaran Ciudad Juárez. Villa quería ir primero por armas a la frontera, lo cual no era difícil: el linde con Estados Unidos carecía de vigilancia. Además, había rancheros, mercaderes y banqueros dispuestos a venderles armas, municiones y hasta uniformes a crédito. Un evidente interés por financiar la Revolución Mexicana desde el lado gringo.

El 7 de abril, Madero y Villa se entrevistaron de nuevo y comenzaron su recorrido rumbo a Ciudad Juárez. Las mujeres guardaban en cajones de madera todos los utensilios de cocina mientras los hombres ensillaban los caballos y limpiaban sus armas.

—¿Me permite hacerle una pregunta, don Pancho? —preguntó Madero al mismo tiempo que caminaban juntos.

—Las que usted disponga, señor presidente —respondió Villa

con genuino respeto.

—¿Cómo se hizo…? —Madero titubeó al sentir la imponente mirada de Villa—. Quiero decir… ¿Cómo adoptó la vida de bandolero?

—Aquí en el norte me dicen ladrón, pero se equivocan: los que gobiernan el estado son las verdaderas ratas. En comparación con ellos, soy un fino caballero.

—Disculpe mi insolencia, don Pancho —Madero evadió el cruce de miradas.

—No se preocupe, señor presidente. No me ofendo. Yo le respondo lo que usted pregunte.

Francisco I. Madero se enderezó, respiró profundo al sentirse más cómodo en aquella plática.

—No quiero ser imprudente, pero si usted quiere contarme su vida, yo estaría honrado de escucharlo.

—Nací en un caserío llamado la Coyotada, muy cerca del rancho Río Grande y San Juan del Río, Durango, allá por 1878, un 5 de junio —se quitó un sombrero de paja que portaba esa mañana—. Vengo de una familia de campesinos. Me bautizaron como José Doroteo Arango Arámbula. Mi padre murió cuando yo tenía diez años y nos dejó una deuda, que yo, por ser el hijo mayor de cinco, tuve que pagar a los diez años, trabajando como leñador. Me tenía que parar a las tres de la madrugada para caminar quince kilómetros y poder llegar a la labor a las cinco. Casi no tuve amigos y mis pláticas casi siempre las tuve conmigo mismo, salvo cuando hablaba con el burro, mi amigo de toda la vida.

Francisco I. Madero no pudo esconder una sonrisa.

—¿Cómo se llamaba el burro?

—Canelo —Villa sonrió con un dejo de nostalgia, luego se llevó las manos a la carrillera de balas cruzada, infló el pecho y exhaló—. Poco después, un amigo de la familia, llamado Pablo Valenzuela, nos ayudó a comprar un burro, con lo cual pude dejar el trabajo de leñador y me dediqué al comercio de baratijas de pueblo en pueblo. No ganaba mucho, pero alcanzó para comprar sarapes para mis hermanos, mi madre y yo que dormíamos en el piso. También pude comprar huaraches, calzones, sombreros de petate y rebosos.

—¿Nunca fue a la escuela, don Pancho?

—Ni un solo día en toda mi vida —respondió, pero algunos que

lo conocieron aseguraban que el niño Doroteo asistió a la escuela ocho días—. Aunque me habría gustado. Por eso mesmo me gustaría pedirle, señor presidente, que, como un favor personal, para mí, o mejor dicho, en mi honor, construya muchas escuelas cuando todo esto termine y usted asuma el poder.

—Así será, don Pancho —Madero se detuvo por un instante y observó el horizonte—. Imagine todo lo que podríamos hacer si todos fueran como usted.

—No le siga, señor presidente —Villa se llevó las manos al cinturón, infló la barriga y sonrió—. Imagine cuántos bandoleros habría regados por todo el país.

—Usted no es una mala persona —Madero colocó su mano sobre el brazo izquierdo de Villa—. Estoy casi seguro de que fue un hijo ejemplar.

—Ni tanto, señor presidente. Siempre anduve en riñas —Pancho Villa guardó silencio por un rato mientras contemplaba las nubes que se acumulaban sobre ellos—. Por eso mesmo terminé como bandolero.

—Don Pancho —intervino Madero al notar la nostalgia en los ojos de Villa—. Usted es muy joven, su vida no ha terminado.

—¡No! —se encogió de hombros—. Yo no he dicho que ya me vaya a morir. Es un decir eso de que terminé de bandolero. Apenas comenzaba a contarle mis inicios. Además de andar en pleitos todo el tiempo, yo era adicto al juego de cartas, desde los doce o trece años, no lo recuerdo bien. En una de ésas, cuando tenía catorce años, perdí todo el dinero que tenía y para poder pagar mis deudas de juego, pos, se me ocurrió, ni más ni menos que robarme un tronco de mulas para jalar carruajes de la hacienda de la Ciénaga de Bosco, allá por San Juan, y lo vendí. Pero luego luego me descubrieron los dueños del tronco. Entonces me fui para Canatlán, a donde lo había vendido, me robé el mentado tronco, otra vez, y lo llevé de vuelta con sus dueños. Para mi mala suerte ni los primeros aceptaron el chingado tronco ni los segundos me perdonaron que se los robara también a ellos, así que me tuve que esconder en la sierra de la Silla.

»Y pues, a partir de entonces comencé mi vida de ladrón. Recuerdo perfectamente el día que un tal Manuel Valenzuela nos arrestó a mi

compañero Francisco Benítez y a mí. “Están acusados de abigeato”, dijo, y mi primera pregunta fue: «¿Qué es eso?». El tal Manuel cerró los ojos y suspiró: «¡Lo que hacen todos los días!». «Hacemos muchas cosas en el día», dije con ingenuidad. Y se enojó: «¡No se hagan pendejos!». «No me hago pendejo», le respondí. «No sé qué significa esa palabra que dijo». «Que se roban el ganado, cabrón, ¡las pinches vacas!». “Poseso hubiera dicho desde el comienzo. ¿Para qué hacer las cosas tan difíciles?”. No sé si fue mi actitud la que hizo que el tal Manuel me tuviera buena fe o Francisco le cayó mal. Aunque aquí entre nos, sí era un mamón. Un ojete. Conmigo no, pero con los demás sí. Y ese día que nos capturó el tal Manuel, Francisco se comportó muy soberbio. Se negó a responder a las preguntas, y cuando lo hacía era con desprecio. Hasta se atrevió a escupirle un gargajo en la cara a Valenzuela, quien ritiharto encabronado lo mandó fusilar en ese mesmo instante. Era la primera vez que yo veía cómo mataban a alguien y para qué negarlo, me estaba zurrando del miedo, porque creiba que el siguiente iba a ser yo. Por suerte, a mí me llevó a la cárcel, donde me dejaron contactar a don Pablo Valenzuela, el amigo de la familia, y me sacó de allí. La verdad, sigo sin saber cómo le hizo. No sé si había algún parentesco entre ellos, o sólo por el apellido se cayeron bien. Hay poca gente por aquellos rumbos, y muchos con ese apellido, quién sabe. Ya ve que luego se conocen y platicando resulta que el abuelo y la tía y que la chingada madre fueron parientes de tal por cual. Sobre este episodio en mi vida corren rumores de que yo maté a Francisco Benítez con un puñal en una riña por un juego de cartas. Habladurías, nomás».

—¿Fue ésa la razón por la que usted se dedicó a la delincuencia?

—No, no, no —Pancho Villa se ajustó los pantalones que se le estaban cayendo—. Mi vida cambió por completo el día que don Agustín López Negrete, dueño de la hacienda de Gogogito, en Canatlán, Durango, donde vivíamos, intentó abusar de mi hermana Martina. Afortunadamente mi madre llegó antes de que aquel agravio se consumara. Cuando yo llegué, mi madre le gritaba bien encabronada que se largara. Salí inmediatamente de la habitación y fui a la de mi primo Reynaldo, quien tenía una pistola colgada en la pared, la tomé y regresé para darle tres balazos a don Agustín. Pa’ pronto llegaron cinco criados de la hacienda. Ya mero me mataban.

Desde entonces me tuve que esconder en la sierra —Villa derramó un par de lágrimas. con lo cual dejó sumamente conmovido a Francisco I. Madero.

—Nadie lo perseguirá por sus delitos anteriores a la Revolución, le doy mi palabra.

—Se lo agradezco, señor presidente —Villa extendió su mano y Madero la recibió con afecto.

Una hora más tarde salieron rumbo a Ciudad Juárez. La mayoría de los hombres iba a caballo, excepto algunos campesinos en huaraches. Las mujeres iban a pie y con bultos en las espaldas.

—En lugar de que estos cabrones echen todo esto sobre los lomos de los caballos nos tienen a nosotras cargando como mulas —reclamó Alejandra entre las mujeres, ya conocida como Dolores.

—¡Cállate, escuincla, si no quieres que te rompan el hocico! —la regañó doña Eufrozina al mismo tiempo que caminaba entre las cocineras.

—¿Por qué me tengo que callar? —rezongó Dolores.

—Porque así es esto y no lo vas a cambiar.

—Por eso no me gustan los hombres —dijo en voz baja sin imaginar que lo que decía sería escuchado por sus compañeras.

—Ya sabía yo que ésta era tortillera —dijo Chayo con tono de burla.

—Tú también haces tortillas —respondió Dolores sin comprender lo que su compañera insinuaba.

—Dios me libre —le contestó sin miedo—. A mí me gustan los machos, peludos y con muchos huevos.

—¡Ah! Ya entendí —Dolores no se sintió ofendida y continuó con la discusión—: Para todas ustedes es mejor un macho que las humille que una mujer que las trate con amor.

—Dios hizo al hombre y a la mujer por una razón. Para formar familias. Lo demás es pecado nefando.

—¿No se pueden quedar calladas cinco minutos? —doña Eufrozina las regañó.

—Posesta tortillera.

—Ya quisieras tenerme en tu cama, pendeja.

—¡Con un carajo! —gritó doña Eufrozina.

Dolores se alejó de Chayo y se acercó a Altagracia, quien había permanecido en silencio en todo lo que llevaban recorrido.

—¿Cómo sigues? —le preguntó Dolores.

—¿De verdad te interesa o lo dices porque ya no tienes con quién seguir discutiendo?

—Me interesa saber cómo estás.

—Si tú lo dices —evitó el cruce de miradas.

—Si no fuera así, créeme que ya habría buscado la manera de contactar a mis padres para que envíen a alguien por mí. Yo no tengo por qué estar sufriendo todas estas chingaderas.

—¡Hazlo! ¡Lárgate! —gritó—. ¡No te necesito! Ni a ti ni a nadie.

—Jódete —Dolores se apartó.

Caminó sola sin hablar con nadie en la parte final de la tropa, donde marchaba un grupo conocido como los magonistas. Uno de ellos la vigiló todo el tiempo de manera obsesiva.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó desde su caballo, como quien interroga a una prisionera.

—Dolores.

—Macario Hernández, pa' servirle a Dios y asté.

—…

—Está asté muy chula. ¿De dónde viene?

—Soy de aquí.

—A mí no me engaña, chaparrita.

Dolores no respondió.

—¿Tiene marido?

—No.

—¿Pretendiente, novio, amante?

—Anda por allá adelante con Pancho Villa, y es muy celoso.

—No me diga —sonrió burlón—. Si asté quiere, yo le puedo quitar lo celoso.

—Otro macho presumido…

—No, no se crea, soy bien humilde. ¿Asté cómo se llama?

—¿Para qué quiere saber?

—Nomás…

—¿Le piensa hacer algo o qué?

—Possi asté me lo pide, pue'que sí, chula.

Dolores dudó por un instante lo que iba a decir, pero en el fondo lo deseaba más que nada en ese momento. A pesar del distanciamiento que se había creado entre su amiga y ella, la seguía queriendo como siempre y sufría cada vez que la veía con

moretones o adolorida por los golpes.

—Silverio… —miró a aquel hombre a los ojos—. Se llama Silverio y me golpea todos los días; aún más si me ve hablando con un hombre.

—Eso está muy mal.

—Le voy a confesar algo: me llamo Altagracia. Le mentí hace un rato para que Silverio no se enojara conmigo. La verdad es que ya no soporto que me maltrate.

—Asté namás dígame y lo arreglamos.

—¿Está hablando en serio?

—¿Poscon quién cree que está hablando? Macario Hernández siempre cumple su palabra.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, quiero que me ayude.

—¿Y qué voy a recibir a cambio?

—No tengo cómo pagarle.

Macario Hernández se acomodó el sombrero con una mano.

—No se preocupe, chula. Yo le ayudo.

El ejército maderista tenía entonces más de dos mil hombres con las brigadas de Villa, Orozco, José de la Luz y Garibaldi. Asimismo, el número de mujeres se había incrementado a poco más de cien, apenas las suficientes para alimentar a todo el ejército. También había magonistas, un grupo que tenía varios años manifestándose en contra de la dictadura, y que también promovía el socialismo con banderas rojas y gritos de «¡Viva el socialismo!», lo cual molestó a Madero, cuyo objetivo era establecer un gobierno democrático y de elecciones libres, sin reelección. Muy pronto aquello se convirtió en un problema, ya que los magonistas, de buenas a primeras exigieron a Madero que abandonara el liderazgo de la Revolución. Madero se reunió esa misma tarde en privado con Villa:

—Pancho —le dijo sin preámbulos—: Necesito de su ayuda.

—¿Para qué soy bueno, señor presidente?

—Tenemos un problema con unos cuantos que se quieren apoderar del movimiento: son los magonistas, fundadores del periódico *Regeneración*, quienes en los últimos años han…

—No se diga más —a Pancho Villa no le gustaba meterse

demasiado en los conflictos entre los grupos. Sabía perfectamente que, tanto en la política como en la delincuencia, siempre había inconformes y traidores—. Si lo que quiere es que los apacigüe, así lo haré.

—No quiero derramamiento de sangre.

—Usted no se preocupe, señor presidente —y se preparó para cumplir con la misión.

—Pancho… —dijo Madero al ver a Villa de espaldas.

—Dígame —se dio media vuelta para verlo de frente. Jamás lo miró por arriba del hombro ni mucho menos lo ignoró.

—Gracias.

—Al contrario, soy yo quien está agradecido por la confianza.

Si algo distinguía a Pancho Villa era su capacidad para ganarse el respeto, de una u otra manera. Cuando no era posible, imponía su autoridad, como fue el caso de los magonistas a quienes cercó acompañado de cuatrocientos hombres. En cuanto este grupo se vio rodeado se puso a la defensiva.

—¡Bajen sus armas —ordenó Villa—, y nadie saldrá herido!

Uno de ellos optó por salir corriendo, pero fue interceptado por los villistas. Entre el forcejeo y los golpes otros acudieron en su auxilio, pero no consiguieron más que una lluvia de porrazos.

—¿Y se puede saber por qué nos están desarmando? —preguntó uno de los magonistas luego de rendirse.

—Ustedes bien deben saberlo —Villa respondió sin bajar de su caballo, con el rifle apuntándole a la cara.

—¿Lo manda el chaparro Madero?

—El señor presidente.

—Ese hombre es más tirano que el mismo Porfirio Díaz.

—Posyo no estoy aquí para juzgar al presidente ni para discutir con ustedes. Yo cumplo órdenes.

—Si crees que ese chaparro te va a dar un puesto en su gabinete de gobierno estás muy equivocado. Cuando termine la Revolución te va a hacer a un lado, al igual que a todos estos pelados que están aquí contigo. Ellos no creen en la justicia. Sólo ambicionan el poder. Nosotros luchamos por la igualdad y la equidad.

—¿Quién es usted? —preguntó Villa con mucha calma.

—José Inés Salazar.

—¿Y ellos?

—Fundadores del club y el periódico *Regeneración*.

Villa se dirigió a sus hombres:

—Arresten a esos cinco y llévenlos con el señor presidente.

En unos cuantos minutos, sin derramar una gota de sangre, Villa le había quitado a Francisco I. Madero un gran peso de encima.

Aprovechando el alboroto de aquella tarde, Macario Hernández, en compañía de cuatro de sus más cercanos compañeros, buscó a Silverio y lo vigiló. Para entonces, los magonistas ya habían sido dispersados por órdenes de Madero y colocados en diferentes brigadas.

—¿Asté se llama Silverio? —le preguntó uno de ellos cuando llegó la hora de acampar.

—Así es.

—Una chamaca lo anda buscando.

—¿Quién?

—Posuna muy chula, que anda por allá, detrás de la loma, creo que se llama Altagracia.

En ese momento Silverio vio a Altagracia a lo lejos, como siempre, haciendo labores de cocina. Lo primero que pasó por la mente de Silverio fue que alguien ya había descubierto el dinero que llevaba en la maleta. Para no levantar sospechas, accedió a ir con aquel desconocido.

—Pues vamos a ver qué necesita esa chamaca. ¿Dónde dice que la vio?

—Allá, detrás de la loma.

—Pero ¿está bien?

—Sí… bueno, eso parece, pero yo creo que no, que debe traer algún problema, no sé.

Apenas dejaron de ser visibles para el ejército, Silverio sacó su arma y la encañonó en la nuca de aquel desconocido.

—¿Qué es lo que quieres? —jaló el martillo.

—Tranquilo —el hombre no se intimidó.

—O me dices qué te traes o te agujero la cabeza.

—Inténtalo —se dio media vuelta—. La cosa está que arde: acaban de arrestar a cinco de nuestros dirigentes y si tú me matas, no tendrás tiempo de correr. Allá, atrás de la loma, nos esperan. Si escuchan un disparo te darán de tiros al instante.

—No me digas —Silverio se quitó el cinturón.

—¿En verdad crees que me vas a matar con eso?

De pronto Silverio sintió el cañón de un revolver en la espalda.

—Baja el arma.

Silverio obedeció.

—Ponla en el piso muy lentamente.

—¿Qué es lo que quieren?

—Hacerle justicia a una chamaca.

—Ah… —se sintió reconfortado—. Era eso.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Silverio se mantuvo en silencio por unos segundos.

—El otro día perdí en un juego de cartas y no pude pagar mi deuda. No tengo dinero. Creí que me matarían por eso.

—Mira nada más —Macario Hernández sonrió—. Creo que hasta salimos ganando. ¿Cómo se llama el cristiano al que le debes dinero?

—Ram… Ramón —Silverio se arrepintió de aquella mentira.

—¿Dónde anda ese tal Ramón?

—Se quedó allá en Chihuahua…

—Mira, qué casualidad. Pues no sé por qué, pero no te creo. Como que la pones muy fácil. Qué se me hace que algo escondes.

—No tengo nada que esconder.

—¡Ya deja de perder el tiempo! —dijo otro—. ¡Métele sus madrazos!

—Ya, ya —respondió cual niño regañado y luego se dirigió a Silverio—. Mira, mano, esto no es personal, pero la chamaca ésta, ¿cómo se llama?, Altagracia, está muy chula y no se merece que la maltrates —y sin decir más le dio un golpe en la boca.

Capítulo 12

El llanto de los cerdos

Una noche en que la escolta regresaba
conduciendo entre sus filas al sargento,
en la voz de una mujer que sollozaba,
la plegaria se escuchó en el campamento.

Por años fui dueña de mi entorno. No le temía a nada ni a nadie. Y un día, ese poder desapareció: me volví débil, incapaz de defenderme a mí misma. Pero todo eso regresó a mí, como un destello de luz, la mañana que vi a Silverio con la cara llena de moretones, sangre y varios dientes perdidos. No había dormido conmigo la noche anterior.

—¿Qué te ocurrió? —pregunté al verlo de rodillas revisando sus maletas—. ¿Quién te golpeó?

—Lárgate —respondió sin dirigirme la mirada.

—Si quieres me voy, pero dime por qué te golpearon.

En otras condiciones Silverio se habría puesto de pie y, sin decir palabra, me habría dado una bofetada y luego repetido varias veces que me largara, o me habría echado en cara su problema. Pero esa tarde todo fue distinto. Tenía frente a mí a otro Silverio, uno callado, acobardado, desconcertado.

No supe cómo reaccionar en ese momento. Con el paso del tiempo me arrepentí de haberme comportado tan condescendiente. «Debí haberlo humillado», me repetía día y noche. Tenía todo a mi favor: los moretones, su silencio; incluso mi dinero, aunque no lo sabía aún.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó al borde de las lágrimas.

—No sé a qué te refieres, Silverio.

—Está bien —me dio la espalda—. Prefiero no discutirlo. Te prometo que… —se quedó callado, mirando a la nada.

Entonces comprendí que él me estaba responsabilizando de lo que le había ocurrido. Lo primero que llegó a mi mente fue una venganza absoluta. Temí por mi vida. Estaba casi segura de que me haría algo tarde o temprano. Algo que yo no olvidaría jamás. Luego pensé con más tranquilidad y concluí que si alguien lo había golpeado y él tenía la certeza de que yo lo había orquestado todo, alguien seguramente me quería proteger y, por ende, Silverio ya no se atrevería a ponerme una mano encima.

Pero si no era ninguna de las dos y tan sólo se trataba de un mal entendido, Silverio volvería a lo mismo. En pocas palabras el peligro estaría siempre latente. Entonces decidí callar, con la esperanza de que alguien me dijera que estaba de mi lado y que me protegería por siempre, justo como lo hacía mi padre.

Pensé en las posibilidades y me pregunté quién habría sido. ¿Doña Eufrozina? ¿Dolores? ¿Pancho Villa? Descarté a Dolores, no sé por qué. Corrijo: sí sé por qué: me parecía más heroico que hubiera sido doña Eufrozina y más paternal por parte de Pancho Villa.

Entonces yo estaba molesta con Dolores y me rehusaba a creer que ella hubiera sido capaz de algo así. Me hallaba en una etapa de mi vida incongruente y egoísta. Me arrepiento de tantas cosas. Sé que debí ser más agradecida con mi mejor amiga, pero por el enojo que sentía era mucho más sencillo (sin justificación) tomarla contra ella. Justamente porque sabía que era la única persona a la que podía tratar mal sin tener represalias. Oh, cuánto lo siento, querida. Ale, Dolores, ya no importa cómo te llames, para mí siempre serás… Sería muy sencillo esperar que un día me perdones, pero no lo merezco. Estoy dispuesta a cargar con esta culpa hasta el último día de mi existencia.

—Abandonaré la Revolución —dijo Silverio.

—¿A dónde irás? —pregunté temerosa.

Sentí mucho miedo. A pesar de todo lo que Silverio me había hecho, yo me sentía protegida con él. A mi estúpida e inmadura forma de pensar, Silverio nos había llevado hasta ahí y él tenía que

sacarnos. Sin darme cuenta aún, había remplazado la figura de mi padre con Silverio.

—No me dejes aquí. Llévame contigo —rogué y me arrepentí minutos más tarde.

—No fuiste tú —aseguró y me miró fijamente, como si hubiese encontrado en ellos la solución a todos sus problemas.

Comprendí la gravedad del error que había cometido al ver en sus ojos una mezcla de satisfacción, certidumbre y malicia.

—Lo siento —se postró frente a mí al mismo tiempo que puso sus manos sobre mis hombros—. No debí decir todo lo que dije. No te pienso abandonar jamás. No lo haría por nada en el mundo.

Tenía frente a mí al seductor que había conocido en el tren. Silverio podía doblegarme con ese tono de voz tan reconfortante y esa mirada que acariciaba mi alma. Y de pronto me entregué en un abrazo.

—¿Quién te hizo eso? —pregunté con mi mejilla recargada en su hombro.

—Fueron unos revoltosos que llegaron con los otros escuadrones. Francisco I. Madero ordenó a Pancho que los apaciguara, y así lo hicimos, pero horas más tarde, algunos de ellos me encontraron solo y pus, ya ves.

—¿Le informaste de esto a Pancho?

—No —dio unos pasos hacia atrás, desvió la mirada y se dirigió a donde estaba su maleta, tomo su pistola y se ajustó el cinturón—. Voy a hacerlo en este momento.

No supe nada de Silverio por el resto del día ya que casi todos salieron rumbo a la frontera entre El Paso y Ciudad Juárez, en un lugar con una pequeña casa de adobe donde planeaban establecer el nuevo campamento. Raúl Madero ya los estaba esperando. Iban aproximadamente tres mil revolucionarios en contra de ochocientos federales.

Esa tarde, mientras preparábamos la comida, llegó un grupo de hombres preguntando por Dolores. No teníamos idea de quiénes eran, ya que con la llegada de las otras tropas nos era imposible reconocerlos a todos. Además, ni iban uniformados, así que cualquiera podía decir que pertenecía al movimiento revolucionario. Doña Eufrozina dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia ellos.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó al mismo tiempo que se limpiaba las manos con el delantal.

—Vengo a cobrar una deuda —dijo uno de ellos.

Los tipos que lo acompañaban caminaban entre todas nosotras y nos observaban con la lujuria descarada. A algunas les levantaban las faldas para verles las piernas.

—Ésta está rechula —dijo uno de ellos mirando a sus compañeros mientras me acariciaba la mejilla con el dorso de los dedos.

—Lárguense de aquí, hijos de la fregada —gritó doña Eufrozina.

—Poseso no se va a poder —respondió el hombre con descaro y una sonrisa lasciva.

—¿Tons qué? —preguntó el que estaba a mi lado—. ¿Nos llevamos ésta también?

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el otro.

—Altagracia…

—No. Ésa no —le dijo a su compañero—. Las que quieran, menos a ésa.

—Pero ¿qué se están creyendo cabrones? —doña Eufrozina tomó el cuchillo más grande que encontró.

—¿Dónde está Dolores? —gritó el hombre.

—Aquí estoy —respondió ella con la cabeza agachada, tal cual se había mantenido desde el instante en que los vio llegar.

—Ahí estabas, chula.

—¡Es la última vez que se los advierto! —doña Eufrozina le apuntó con el cuchillo, que sostenía con ambas manos.

Aquel hombre se acercó a ella y con un golpe no sólo le quitó el arma, sino que también la dejó inconsciente. Algunas de nosotras intentamos acudir en su auxilio, pero nos interceptaron otros.

—Tráiganse aquellas tres chamacas y a la Dolores —dijo el hombre, preparándose para retirarse.

—¡No se la lleven! —rogué inútilmente.

—Lo siento, pero esta chamaca y yo hicimos un trato y yo ya cumplí con mi parte. Ahora le toca a ella, y bueno, las otras son pa'mis camaradas, pa' que no se vayan a sentir solitos.

En ese momento comprendí que Dolores le había pedido a ese hombre que golpeara a Silverio. No me quedaba duda.

—¡No se la van a llevar! —tomé a Dolores del brazo—. ¡No se

los voy a permitir!

—¡Ya deja de estar jodiendo! —me gritó el hombre.

Dolores lloraba y temblaba de miedo.

—¡Auxilio! —grité desesperada—. ¡Ayúdenos!

Los pocos hombres que había en el campamento no se movieron. Como si nadie estuviese gritando. Gertrudis, Petra y Juana intentaron ayudarme, pero las derribaron a golpes; las otras mujeres se alejaron. Algunas nos observaban con miedo y otras simplemente se volteaban para otro lado.

—¿Qué están haciendo ahí paradas? —les reclamé a gritos—. ¿Qué esperan para ayudarnos?

Todas tenían miedo, lo sé. Yo también. Pero quería que confrontaran sus miedos, tal cual lo estaba haciendo yo en ese momento. Necesitaba que me ayudaran. Yo sabía que juntas podríamos hacer más, pero nuestro principal enemigo era nuestra cobardía. Trabajábamos juntas, estábamos en el mismo lugar el día entero, pero no había entre nosotras un lazo de hermandad, de lealtad, de complicidad. También es cierto que al sesenta por ciento de ellas no las conocíamos ya que acababan de unirse al campamento con la llegada de las otras brigadas.

—¡No se las lleven! —me aferré a una pierna de Dolores.

—Ya fue mucha despedida —el hombre soltó a Dolores, caminó hacia mí y me habló tajantemente—: Ponte de pie.

Obedecí. Pensé que había logrado convencerlo, pero apenas me puse de pie recibí un golpe que me dejó inconsciente.

Recuperé el conocimiento minutos más tarde: doña Eufrozina estaba sentada en el piso junto a mí. Tenía el rostro lleno de tierra y lágrimas. Jamás la había visto tan triste.

—¿Dónde está Alejandra? —pregunté sin percatarme del nombre que había utilizado. Doña Eufrozina me lo recordó después en privado.

—Se la llevaron.

—¡No! —grité y lloré.

Me puse de pie minutos más tarde. Me sentía más enojada que nunca. Miré a todas las mujeres que estaban ahí y les reclamé:

—¡Son unas cobardes!

—¿Y qué chingados querías que hiciéramos? Si nos metemos, también nos violan a nosotras.

—¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Cobardes!

—¡Ya cállate! —gritó otra—. Agradece que no te llevaron a ti también.

—¡Un día van a necesitar que alguien las defienda!

—Altagracia, ya tranquilízate —me dijo Petra—. No te desgastes en esto. No las vas a cambiar. De cierta manera tienen razón. No podemos hacer nada al respecto. Esos cabrones son peores que cualquier bestia. Se cogen a la vieja que se les hinche su regalada gana y no hay nada que los detenga.

—Hablaré con Pancho Villa —dije sin mirar a ninguna de ellas —. No. Mejor con Francisco I. Madero. Él sí me va a escuchar y les va a dar su merecido a esos desgraciados.

—¿En verdad crees que te van a escuchar? —preguntó Juana con ironía.

—Tienen que escucharme —me sacudí el polvo de la falda.

Esperé hasta que llegó el ejército para ir en busca de Madero.

—Mi'ja, espérate a mañana —dijo doña Eufrozina con tono de plegaria—. Van llegando. Tienen hambre. Y seguramente vienen muy cansados.

Le hice caso. Como siempre, todas las mujeres nos pusimos a trabajar para servirles de cenar a todos lo más pronto posible y así evitar los reclamos de los soldados que nos trataban peor que esclavas. De pronto, Dolores y las otras cuatro muchachas aparecieron entre todas nosotras. No hubo forma de detenernos a hablar. Tuve que esperar a que termináramos de servir la cena para poder abrazarla.

—Perdóname, Ale, perdóname —nos alejamos del campamento.

—Alejandra está muerta. Me llamo Dolores —se alejó de mí.

—Espera —intenté detenerla.

—Perdóname —insistí.

—No pidas perdón. Fue mi culpa.

—Lo sé. Perdón. No me refiero a que haya sido tu culpa. Quiero decir que lo deduje cuando vi que habían golpeado a Silverio.

—Por lo menos valió la pena: le dieron su merecido.

—No. No es suficiente, y te aseguro que lo van a pagar, él y esos desgraciados que te hicieron esto.

—¿Cómo? —preguntó como si se burlara.

—Ya lo verás. Te lo juro por mi vida.

—Como tú digas —se dio media vuelta y caminó a donde estaban las demás mujeres limpiando los primeros platos de la cena.

Poco después de media noche terminamos de lavar los platos y nos fuimos a acostar, pero yo no puede dormir en toda la noche. Se me hizo insoportable la presencia de Silverio junto a mí. Sabía perfectamente que él había mandado a esos desgraciados a que violaran a Dolores y a las otras cuatro mujeres. Mi repudio hacia Silverio estaba creciendo mucho más de lo que jamás imaginé que llegaría a sentir por alguien. A veces he llegado a creer que fue mayor al odio que sentí hacia mi madre por haber asesinado a mi padre.

A la mañana siguiente intenté hablar con Francisco I. Madero, pero un par de hombres me impidió el paso.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar con el señor Madero.

—No te puede atender.

—Es importante.

—Dinos de qué se trata y le daremos tu mensaje.

—Ayer que salieron, unos tipos se regresaron y violaron a cinco de nosotras.

—¿Y qué esperas que haga Madero?

—¿Cómo que qué espero? ¡Que los castigue!

—No digas pendejadas, escuincla. ¿Crees que se va a detener la Revolución para castigar a un par de cabrones que sólo quería coger? ¿Para qué crees que las tenemos aquí? No nos hagas perder el tiempo y vete a preparar el desayuno.

—¿Está hablando en serio?

—¿Qué más quieres?

En ese momento Francisco I. Madero pasó frente a mí, acompañado de los otros dirigentes.

—¡Señor! —caminé hacia él—. ¿Me permite un minuto?

—¿Qué necesitas? —se detuvo unos segundos.

—Es sobre mi amiga.

—Háblalo con ellos —señaló a los hombres con los que yo acababa de hablar minutos atrás y se siguió derecho.

—Ya se los expliqué… —lo seguí.

—Lo siento, niña. Yo no te puedo atender. Voy de salida —me

quedé congelada, viendo cómo se alejaban Madero y sus aliados.

Comprendí cuán indefensas nos encontrábamos las mujeres de la Revolución. Estábamos a merced de aquellos bárbaros. Desprotegidas por completo. Éramos víctimas de nuestros defensores, los que presumían luchar por un México mejor. Nadie nos iba a defender más que nosotras mismas.

Volví con el alma destrozada. Me sentí ridícula. No tenía forma de justificar mi fracaso. Sentía mucha rabia. Tuve deseos de envenenarles los alimentos, aunque también pensé que no todos eran iguales.

Decidí que había llegado el momento de abandonar la Revolución. Ya no me importaba cómo, sólo quería irme, pero tenía que llevarme a Dolores conmigo. Aún no sabía si ella aceptaría. Habíamos cambiado mucho más de lo que jamás imaginamos. Nuestra manera de ver la vida, la muerte, a la gente, la pobreza y la riqueza era distinta. No me reconocía a mí misma. Cecilia era una niña desconocida en mi memoria. Comprendí perfectamente lo que me dijo Dolores al decir que Alejandra había muerto. Cecilia también. Incluso tenía la certeza de que el nombre ya no me quedaba, como si hubiese sido prestado. Aun así, no me sentía identificada con el nombre de Altagracia. Ahora todo eso lo cuento con claridad y serenidad, pero entonces no entendía casi nada de lo que me estaba ocurriendo. La transición entre Cecilia y Altagracia fue muy dolorosa, pero nada comparado con el siguiente paso. Altagracia también debía morir; y con ella Silverio y el desgraciado que había violado a Dolores.

—¿Te enteraste de lo que le hicieron a Dolores y otras cuatro mujeres? —le pregunté a Silverio la noche siguiente.

Nos encontrábamos de pie, bajo un árbol, a unos cuántos kilómetros de Ciudad Juárez. No teníamos casas dónde quedarnos y teníamos que dormir a la intemperie. Cuando Silverio quería tener sexo debíamos alejarnos del campamento, algo que hacíamos prácticamente todas las noches.

—No —respondió mientras ponía su mano sobre mi seno derecho, aún cubierto por el vestido.

—Las violaron… —intenté no darle importancia a la mano de Silverio que en ese momento intentaba bajarme el vestido por el hombro derecho.

—¿Eso te contó? —respondió con una tranquilidad que me irritó.

—No hubo necesidad de que me contara.

—Qué pena —me bajó el vestido y mis senos quedaron al descubierto.

Mi mirada estaba centrada en la pistola que yacía en el piso junto al sombrero y la carrillera. Estaba dispuesta a matarlo en ese momento. Sin embargo, no es lo mismo estar dispuesta que estar preparada. Me faltaban las agallas y la habilidad para tomar el revólver y jalar el gatillo sin pensarlo dos veces. Tenía que ser rápida y certera, de lo contrario lo pagaría muy caro, incluso con mi vida.

Cecilia jamás habría pensado siquiera en asesinar a alguien. Por prejuicios, escrúpulos, creencia religiosa y, ciertamente, cobardía. Altagracia carecía de todo eso, excepto de cobardía. Nació en medio de una tragedia, con un inmenso dolor en el corazón, lo cual le impedía defender su dignidad. Fue hasta la noche en que violaron a su amiga que comprendió la importancia de la dignidad. Ningún hombre tenía derecho a pisotear su integridad, bajo ninguna circunstancia. Jamás.

Sería soberbia si dijera que comprendía lo que me estaba ocurriendo. Cierto es que todo sucedió tan rápido: el revólver, mi rabia, la noche. Para alcanzar mi objetivo tuve que fingir, ocultar el asco que me generaba el aliento de ese pervertido mientras me besaba y me desvestía. No tenía idea de lo que sucedería. En otra ocasión, habría aguantado su repugnante presencia. Me habría quedado callada si se hubiera enojado y me hubiera golpeado. Insultos, cachetadas, empujones, escupitajos, todo lo había tolerado por cobardía, porque me creía incapaz de defenderme. Fui educada para ser indefensa… sumisa.

—Regresemos al campamento —dijo cuando terminó de coger.

—No —respondí con dulzura—. Abrázame.

—No estés chingando —intentó ponerse de pie.

—En verdad, necesito un abrazo. Sólo esta noche. Abrázame aquí.

—Pinches viejas, son tan ridículas. No mames, ya cogimos, ¿qué más quieres: que te meta la verga otra vez? Estoy cansado, no chingues.

—Sólo quiero que te quedes acostado conmigo y que me abraces. Me siento triste. ¿No puedes entender eso?

—No. Ya no jodas —se acostó a mi lado.

—¿Me abrazas?

—Sí, pero sólo un momento.

Yo sabía que ese momento sólo duraría cinco minutos, luego se quedaría dormido. Sabía que él tenía el sueño pesado. El momento transcurrió y Silverio comenzó a roncar. Me levanté y caminé hacia el arma. Estaba dispuesta, pero no estaba preparada. El revólver era mucho más pesado de lo que había imaginado. En el cinturón de la pistola también había una navaja muy grande. La contemplé por un minuto. Nada estaba calculado, actué sin pensar en las consecuencias. Devolví la mirada al revólver y decidí que no era el arma adecuada para matar a Silverio. No tanto por el ruido que haría, sino porque no tenía idea de cómo usarla. La navaja era un utensilio con el que ya estaba familiarizada. Doña Eufrozina me había enseñado a matar gallinas, guajolotes y cerdos que con frecuencia los revolucionarios se robaban de las haciendas cercanas.

La primera vez que me llamó para que le ayudara a matar unas gallinas pensé que lo hacía para hacerme pasar un mal rato. Recuerdo perfectamente su voz ronca y su indiferencia al pedirme que atrapara una. En cuanto se la entregué, la cogió del pescuezo y, como si se tratara de una matraca, se lo rompió con una vuelta. No pude contener mi asombro, pero doña Eufrozina no me dio tiempo de más:

—¿Qué esperas, chamaca? Ve por otra.

Ese día no me tocó matar ninguna gallina, pero sí me puso a desplumarlas y a limpiarlas por dentro. La segunda vez ni siguiera me advirtió que yo las mataría, sólo me dio órdenes.

—Ya viste el otro día cómo se hace. Apúrate porque si no la gallina se pone nerviosa y luego el caldo se amarga.

—¿De verdad?

—Ya deja de perder el tiempo.

La obedecí, pero no lo hice con fuerza y la gallina se me cayó al piso y dio unos pasos con el pescuezo medio roto. Doña Eufrozina no me regañó por el error; se quedó en silencio, viendo cómo mataba las otras. Semanas después me enseñó a matar cerdos. Ella y yo solas atamos a uno del cuello y amarramos el mecate a un árbol;

luego doña Eufrozina tomó un hacha y con la parte sin filo le dio un golpe en la nunca al animal, que cayó al piso de forma instantánea. Se arrodilló junto al marrano que guarreaba y sacó su cuchillo. Yo tenía que seguirla, de acuerdo a previas instrucciones.

—Aquí está el corazón —puso mis dedos sobre el pecho del puerco—. Tienes que enterrar el cuchillo con rapidez para que el animal no sufra —enterró el cuchillo y el cerdo se estremeció.

—¿No que era para que el caldo…?

—No, mi'ja, es para que no sufra. Aunque me veas hacer esto con tanta tranquilidad, en el fondo me duele matar animales, más que a un cabrón —se puso de pie.

—¿Usted ha matado a algún hombre? —me paré junto a ella sin quitar la mirada del animal.

—A veces la vida no te deja más opciones, mi'ja.

El cerdo se zarandeaba sobre el charco de sangre.

—¿Y por qué lo mató? —la observé de reojo.

—Porque era un desgraciado…

Se quedó en silencio por un momento mientras el animal se retorcía cada vez menos.

—Muchos hombres creen que tienen el derecho de tomar a la mujer que les da su chingada gana, como si fueran frutos de un árbol —jaló aire, se enderezó y me miró como si intentara darme una advertencia—. Violó a mi hija de tan sólo nueve años —un par de lágrimas brotaron de sus ojos—. Y no sólo eso, la dejó embarazada. Ni ella ni la criatura sobrevivieron al parto.

—¿Y cómo lo mató?

El cerdo dejó de sacudirse.

—Con un golpe en la nuca y veinte puñaladas en el pecho. Con la primera fue suficiente, las otras diecinueve fueron de pura rabia.

Tardé en comprender que ese día doña Eufrozina me estaba dando la lección más importante de mi vida: me estaba enseñando a defenderme.

Lancé el revólver lejos del alcance de Silverio. Decidí matarlo con el cuchillo. Bien podía haber enterrado el acero en el pecho de Silverio pero no quise darle el privilegio de morir como los cerdos que no saben por qué les están quitando la vida. Lo sé. Fue demasiado arriesgado. Pero necesitaba que ese desgraciado estuviese consciente de lo que estaba ocurriéndole, que en sus

últimos minutos de vida viera mi cara y mi placer al matarlo.

Entonces cambié de opinión. Busqué la pistola en el arbusto donde lo había lanzado, pero no la encontré.

—¿Qué estás haciendo?

No supe responder. Tampoco me atreví a voltear. Le estaba dando la espalda. Me encontraba de rodillas sobre la hierba casi seca.

—Te estoy hablando.

—Se me cayeron unos aretes —seguí buscando el arma con la mirada entre el arbusto.

—¿Aretes? Yo no he visto que uses aretes.

—Me los regaló Chayo —me giré, sin ponerme de pie, para verlo.

Silverio dirigió la mirada hacia sus pertenencias y se puso de pie.

—¿Dónde está mi pistola?

—No lo sé —me puse de pie y traté de esconder la navaja entre mi vestido, poniendo mi mano a un lado de mi pierna.

Se puso el pantalón y su camisa. Luego buscó sus cosas.

—Vaya —me miró con aborrecimiento—. Me quieres matar…

—No sé de qué estás hablando —aún me aterraba su mirada.

—Devuélveme mi navaja y mi pistola. Te prometo que no me voy a enojar. Volvemos al campamento y nos dormimos.

—No las tengo.

—¿Esperas que te crea? —caminó hacia mí.

De pronto me hallé repitiendo en mi cabeza: «Es un cerdo, es un cerdo, es un cerdo». Pensé que, si lo veía de esa manera, sería fácil enterrar la navaja en su pecho. Pero también quería matarlo lentamente, que se arrepintiera de lo que nos había hecho a Dolores y a mí.

—No te acerques —dije aterrorizada, pero al mismo tiempo me sentí liberada por exigirle algo que no me había atrevido jamás. Aunque mi tono de voz carecía de autoridad, muy en el fondo de mi ser sabía que lo estaba diciendo con coraje.

—¿Qué dijiste? —se acercó a mí y yo di un par de pasos hacia atrás.

—Dije que no te acerques…

Se llevó la mano izquierda a la quijada y la derecha a la cintura.

Sonrió con vileza. Yo sabía que me golpearía en ese momento. Se frotó las manos y se tronó los dedos.

—Ahora entiendo tu interés porque nos quedáramos aquí.

Miró en ambas direcciones, como siempre lo hacía, para asegurarse de que nadie lo viera, y luego se preparó para darme un golpe. No lo logró: le enterré la navaja en el costado. Se dobló hacia la izquierda.

—Te advertí que no te acercaras —le dije viéndolo retorcerse del dolor.

Mi error fue dejarle la navaja enterrada. La sacó de un jalón y me miró fijamente a los ojos.

—¡Maldita puta! —se lanzó sobre mí, pero yo me hice para atrás y caí de nalgas sobre el arbusto—. Te voy a desfigurar la cara, malagradecida.

Me arrastré hacia atrás, al mismo tiempo que él se acercaba a mí con dificultad. Con la mano izquierda se estaba cubriendo la herida y con la derecha sostenía la navaja. Se agachó y trató de sujetarme del pie, pero le respondí con una patada en la cara.

—¡Te voy a matar, hija de la chingada! —sin soltar la navaja, se limpió con el antebrazo la tierra que la suela de mi guarache le había dejado en la cara.

Aproveché para alejarme y a la vez buscar la pistola. De pronto sentí su mano en mi tobillo.

—¡Ven acá! —me jaló.

Mientras me arrastraba hacia él me crucé con el revólver. Lo tomé rápidamente, giré bocarriba y le apunté a la cara.

—¡Suéltame!

Para sorpresa mía, él no se mostró asustado, por el contrario, sonrió. Seguía sosteniendo mi tobillo.

—¡Dispara…!

Me temblaba la mano. Él sabía que yo jamás había utilizado un arma. Entonces jaló mi pie. Perdí el balance y bajé el arma para poder contrarrestar su fuerza. Lo tenía más cerca de mí. Levanté la pistola, pero de un golpe logró derribarla. Cuando me tuvo desarmada puso sus manos en mi cuello.

—Eres una pendeja —comenzó a apretar mi cuello.

—Eres un cobarde… —dije con dificultad.

El peso de su cuerpo sobre el mío y sus manos en mi cuello

dificultaban mi respiración. Busqué con las manos una piedra lo suficientemente pesada para poder golearlo. No había, pero encontré algo mejor: la navaja que Silverio había dejado en el piso. La tomé con la mano izquierda y se a enterré en el costado derecho. Silverio me soltó para tocarse la herida. Lancé la navaja lejos de mí. Sabía que si me la quitaba me mataría con ella en ese instante, sin pensarlo. Al ver lo que hice, me dio un par de puñetazos en la cara. Después se quitó de encima de mí para ir por la pistola. Aproveché su descuido para buscar la navaja. Él se movía con limitación. Yo, a pesar de la sangre que escurría de mi boca y nariz, podía moverme con agilidad. Recuperé el cuchillo y regresé a donde estaba él, de rodillas buscando el revólver. Le enterré la navaja en la nuca. Igual que a los cerdos, cayó al piso y se zarandeó tratando de sacarse la navaja. Me acerqué a él y se la arranqué del cuello.

—Mírame, Silverio —le dije.

Se volteó boca arriba.

—Te juro que nunca más volverás a ponerme una mano encima. Ni tú ni nadie —le clavé el cuchillo en la garganta.

Lo observé mientras se desangraba lentamente. Disfruté su agonía. Los sonidos de su garganta eran silenciosos, pero podría jurar que en mi cabeza eran exactamente iguales a los de los cerdos en sus últimos suspiros.

Capítulo 13

El trabajo invisible de todas las mujeres

Al oírla, el sargento temeroso
de perder para siempre a su adorada,
ocultando su emoción bajo el endoso,
a su amada le cantó de esta manera
y se oía que decía… aquel que tanto la quería…

—Dolores, despierta —Altagracua bisbió melancólica al oído de su amiga acostada de lado en un petate y enrollada en una cobija vieja de algodón.

—Déjame dormir… —respondió sin abrir los ojos.

—Despierta, te lo suplico —imploró de rodillas junto a su amiga.

—¿Qué quieres? —se volteó bocarriba.

—No alces la voz —le colocó el dedo índice sobre los labios—. Acompáñame.

Doña Eufrozina las observó con discreción desde su petate, acostada de lado, con un rollo de vestidos como almohada y cubierta con un zarape.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dolores adormilada.

—No hagas ruido.

—Estoy muy cansada —se giró para verla.

—Lo sé. Perdóname. Pero…

—Pero ¿qué? —Dolores se alarmó al ver el rostro preocupado de su amiga y se sentó frente a ella.

—Acabo de matar a Silverio…

Ambas se miraron a los ojos en un silencio largo. Dolores estiró

el cuello y levantó la frente con dignidad.

—Bien hecho. Se lo merecía —se puso de pie—. ¿Dónde está el cadáver?

—En aquella dirección —Altagracia señaló con la mirada y un ligero movimiento de su cuello.

—¿Qué quieres hacer? —por la actitud de Dolores en ese momento, nadie habría creído que acababa de despertar.

—Que tú y yo nos larguemos de aquí.

—Primero tienen que enterrar el cuerpo —se escuchó la voz ronca de doña Eufrozina a sus espaldas—. Silverio era sobrino de don Pascual Orozco, por lo tanto, su muerte llamará la atención, mucho más que la de cualquier otro miserable.

Altagracia sintió que se caía de vergüenza.

—Doña…

—No hay tiempo que perder —comenzó a hacerle una trenza a su larga y nevada cabellera—. Voy por Palomino para que nos ayude.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Dolores mientras esperaban.

Alrededor había decenas de hombres, mujeres y niños acostados en el piso. Caballos al fondo, perros deambulando en busca de desperdicios. Casi nadie despertaba por una conversación, los ladridos de los perros, los relinchidos de los caballos, el ruido de los pasos que trituraban las diminutas piedras de la seca tierra chihuahuense, o los —a veces inexplicables— sonidos de la noche.

—Lo maté por lo que te hizo —Altagracia tenía la mirada ausente, el ceño fruncido, los labios caídos.

—Pero…

—Y también por todo lo que me hizo. Ya no soportaba su presencia, su aliento, su voz, su mirada, su…

—¿Cómo lo mataste?

La pregunta revivió la escena en la memoria de Altagracia, una escena que se quedaría grabada por siempre.

—Con un cuchillo en el cuello —exhaló y bajó la mirada brevemente.

—¿Cómo te sientes? —no podía quitar la mirada del rostro de su amiga, aquélla a la que había conocido desde la infancia y que jamás imaginó en esas circunstancias.

Altagracia levantó la mirada al cielo despejado y respiró profundo.

—Liberada, pero asustada. Muy nerviosa. Jamás imaginé que un día le quitaría la vida a alguien.

—Se lo merecía.

—Lo sé. Aquí las mujeres estamos indefensas —los ojos de Altagracia se enrojecieron.

—Quiero matar al tal Macario Hernández…

—Lo haremos, te lo juro.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio. Más tarde llegaron doña Eufrozina y Palomino con cuatro palas. Caminaron en silencio hasta el lugar donde yacía el cuerpo de Silverio.

—Sí le sacates un buen susto a este pelao —dijo doña Eufrozina agachada frente al cadáver—. Mira nomás sus ojos y su cara. Se nota que no se lo esperaba.

—No fue a traición —Altagracia intentó justificarse—. Él me golpeó.

—Sí te creo, mi'ja, ni modo que tú solita te haigas dado de madrazos. Tuvites suerte de que no te matara.

—No fue suerte, fue coraje.

—Posvamos a darle sepultura a este cabrón. Aunque de santa no tendrá nada, ni que se la mereciera. Yo por mí lo dejaba que se lo comieran los buitres, pero no queremos problemas.

Comenzaron a cavar entre los cuatro bajo la luz de la luna. Palomino era el que más se apuraba y el que más tierra sacaba.

—¿En serio piensan irse? —preguntó doña Eufrozina con dificultad al hablar. A pesar de que era una mujer fuerte, trabajos tan pesados la cansaban rápidamente.

—Sí —Altagracia enterró la pala—. Es lo mejor.

—Quién sabe, mi'ja.

—¿Por qué lo dice?

—Porque si se desaparecen, ustedes van a ser las principales sospechosas.

—Podrían pensar que nos fuimos con él —Altagracia intentó simplificar la situación.

—¿Y si descubren el cadáver? —doña Eufrozina la miró como si la regañara.

—Para entonces ya estaremos muy lejos —continuó Altagracia

—. Además, yo ya no soporto estar aquí.

—¿Qué es lo que no soportas?

—Todo: el trabajo de sirvienta, el maltrato, la comida, dormir en el piso, el abuso, la miseria.

—Possí, esta vida no es pa' dos señoritas como ustedes.

—Disculpe —Altagracia dejó de cavar—. No quise decir eso…

—Pero lo dijites. Y tienes razón. Vivimos en la miseria, pero estamos luchando por una vida mejor.

—Lo sé y las admiro por eso, en verdad.

—La admiración nos sirve pa'un carajo. Necesitamos mujeres como ustedes: valientes, dispuestas a partirle en su madre a cualquier cabrón. No como esas pendejas agachonas que tenemos allá.

—No podemos quedarnos.

—¿Y a dónde piensan ir?

—A Estados Unidos —respondió Dolores—, a donde íbamos originalmente, hasta que…

—¿Qué? —doña Eufrozina se detuvo y se recargó en el mango de la pala como si se tratara de un bastón.

—Hasta que nos robaron la maleta con el dinero y Silverio nos convenció de que nos viniéramos con él. Y pues por eso nos queremos ir.

—Posyo no las puedo obligar a quedarse. Luego hablamos sobre la manera en que se van a ir. No va a ser fácil. Siempre hay gente vigilando. De día sería mejor.

—Pero antes de irnos vamos a matar a Macario Hernández —agregó Dolores—, el tipo que me violó.

Doña Eufrozina alzó las cejas.

—Con respecto a Macario Hernández me gustaría que lo planeáramos mejor. El tipo está muy bien acompañado. Además, no sabemos casi nada de él.

—¿Qué propone?

—No lo sé, mi'ja, no lo sé.

De pronto, todos callaron. Sólo se escuchaba —entre los sonidos de los grillos, el viento, coyotes a lo lejos, aves nocturnas y el silbido del viento— el ruido de las palas enterrándose en la tierra y sacando pequeñas porciones. Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando terminaron de cavar el hoyo. El cuerpo de

Silverio se hallaba tieso.

—«Ora sí echemos a este cabrón al infierno —dijo cansada doña Eufrozina y se dirigió lentamente al cadáver.

—Yo lo haré —dijo Altagracia con el rostro negro por la tierra —. Debo hacerlo yo.

—Adelante, mi'ja —doña Eufrozina se sentó en el piso con mucha dificultad y al poner su mano derecha entre la hierba sintió un objeto frío y metálico: era el revólver de Silverio. Sin decir nada lo guardó entre su falda y su espalda baja.

Altagracia contempló al muerto por unos minutos. Aún no cabía en su mente la idea de que había matado a un hombre. No logró identificar lo que sentía. ¿Culpa? ¿Vergüenza? ¿Satisfacción? Volvió a su mente el instante en el que enterró el cuchillo en la garganta de Silverio. Las imágenes en su memoria eran exactas. No habían pasado muchas horas. Sabía que cargaría con ello por el resto de su vida. Tomó el cuerpo de los pies y lo arrastró a un lado de la fosa. Cerró los ojos por unos segundos, respiró profundo y con el pie derecho empujó el cadáver para que cayera al fondo.

—Púdrete…

Dolores, doña Eufrozina y Palomino se apresuraron a tapar el hoyo.

—Vamos a bañarnos antes de que despierten las otras y nos vean así de sucias —dijo doña Eufrozina cuando acabaron.

—Gracias —dijo Altagracia a los tres.

—Vámonos —doña Eufrozina agachó la cabeza y siguió su camino.

Palomino se acercó a Altagracia y la miró a los ojos con devoción. Ella le tocó la mejilla con cariño y él sonrió. Mientras caminaban rumbo al campamento y escuchaban sus pasos crujiendo con la tierra desértica del lugar. Al fondo, detrás del monte, se divisaba una pequeña franja de luz que indicaba el pronto amanecer.

Para que las mujeres se pudieran asear, los revolucionarios habían construido unos baños con paredes de madera que desmontaban cada vez que se movían de lugar: dos metros cuadrados donde apenas cabía una tina redonda en la que se medio enjuagaban. La mayoría de las veces con pura agua. El jabón era un privilegio de los generales.

Jamás un baño le había generado tanta desolación a Altagracia como el de aquella madrugada en la que se sintió más sucia que nunca. No tanto por la tierra que le había ensuciado el rostro y las manos, sino por la sangre de Silverio que seguía en ella, toda ella, como si se la hubiese untado a propósito. El forcejeo la había obligado a mezclar su sangre con la de su víctima; a enterrarlo a él con la sangre de ella y a ella a permanecer toda la noche con el aroma de su cuerpo pestilente y su sangre coagulada.

Se lavó el cuerpo con tal fuerza que pronto su piel enrojeció. Sus lágrimas se diluyeron con el agua teñida de sangre. El dolor en su corazón la derrumbó y cayó de rodillas dentro de la tina enrojecida. La culpa. Maldita culpa, la atormentó. Había matado a un hombre. La venganza no había curado sus dolencias. La venganza no siempre sana las heridas. La venganza a veces solo las magnifica. Nunca antes la soledad se había sentido tan amarga. Quería dormir y despertar años más tarde, sin pena, sin rencor. La vida duele, unos días más que otros.

Pensó en Santiago. ¿Seguiría amándola? ¿Estaría dispuesto a recibirla? ¿Ella sería capaz de vivir con la culpa de haber matado a un hombre? Ella era una señorita de sociedad; no una bandolera, ni una homicida. «¿A dónde vas, Altagracia?», se preguntó desnuda, encogida dentro de la tina, con la piel roja. Ya ni siquiera era capaz de llamarse Cecilia a sí misma. La vida cambia y nos transforma. La vida nos abandona y en otras nos rescata. La vida nos zarandea como marionetas en un circo sin público. La vida no se justifica ni pide perdón sólo sigue su rumbo en un río desbordado.

—¡Altagracia, apúrate! —le dijo Dolores del otro lado de la puerta—. Ya va a salir el sol. Tenemos que estar con las demás para preparar el desayuno.

—¡Voy!

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Altagracia mientras se secaba con una toalla pequeña.

—¿Segura?

—Sí —sacó un pie de la tina.

—No te creo.

Ya no respondió. Metió su ropa en la tina, la enjuago rápidamente y luego la exprimió. Vació el agua de la tina y se

vistió.

—¿Quieres hablar? —preguntó Dolores en cuanto vio a su amiga salir prácticamente empapada.

—No. Voy a recostarme unos minutos antes de que todas despierten.

Pero Altagracia no fue a recostarse, sino a revisar la maleta de Silverio. Entre decenas de bultos de ropa sucia y objetos sin valor, ahí, dentro de un velís estaba todo su dinero, suficiente para vivir decentemente por dos años, su pase a la libertad. A pesar de descubrir que había sido engañada todo ese tiempo, se sentía tranquila, por fin tranquila. En las últimas semanas se había resignado a jamás volver a ver a Santiago. Ahora, aquel sueño truncado parecía recobrar vida. Observó el dinero por un largo rato. Pensó en la ruta que tomarían para llegar a su destino en Estados Unidos. Quiso creer que su nueva vida sería perfecta. De eso se tratan los sueños. Muy a pesar de lo ocurrido la noche anterior, en esos momentos se sentía libre y más fuerte que nunca.

—Pensé que estarías acostada —dijo Dolores a espaldas de Altagracia.

—Acércate —susurró Altagracia.

Dolores se quedó boquiabierta al ver el dinero dentro del velís. Sonrió como quien ve el amanecer después de muchos días de oscuridad.

—¡Vámonos ya!

—Pero tú querías matar a…

—Olvídalo. Ya no vale la pena. Hombres como él hay en todas partes y no los puedo matar a todos.

—¿Estás segura?

—Sí. Quiero irme de aquí.

—Primero tenemos que hablar con doña Eufrozina para darle las gracias y despedirnos.

Como si nada hubiese ocurrido la noche anterior, ambas atendieron sus obligaciones sirviendo a los más de tres mil revolucionarios que ya estaban preparados para tomar Ciudad Juárez en cualquier momento.

Uno de los hombres más cercanos a Madero se acercó discretamente a doña Eufrozina y le pidió que la acompañara. La mujer lo siguió con las manos en el mandil.

—¿Crees que tenga que ver con…? —preguntó Dolores con preocupación.

—No quiero pensar.

—Vámonos —dijo Dolores exaltada.

—No; esperemos un momento.

Minutos más tarde doña Eufrozina regresó y caminó directamente a Dolores y Altagracia.

—En un rato va a llegar al campamento un grupo de mujeres antirreleccionistas que han apoyado a Pancho Madero desde 1904, en la fundación del Club Democrático Benito Juárez y la organización del periódico *El Demócrata*, y luego en la creación del Partido Antirreeleccionista en San Pedro de las Colonias, Coahuila, y ahora están encargadas de realizar actividades de propaganda y difusión por todo el país. Me han ordenado que preparemos una comida más o menos decente para ellas y que las atendamos con respeto. Por eso necesito que se queden.

—¿Nosotras? —preguntó Altagracia asombrada.

—Pos, sí mi'ja, quién más las va a atender con elegancia sino ustedes. Sé que no son sirvientas, pero saben de todos esos modales de la alta sociedad. Si mando a cualquiera de estas mocosas, Pancho Madero me va a colgar de un árbol. Sólo se trata de un día. Ya mañana se van tranquilas a donde quieran.

—Está bien, doña Eufrozina, cuente con nuestro apoyo.

—¿Y a qué vinieron? —Dolores cuestionó.

—Yo no sé mucho, sólo me dijeron que son señoras de la alta sociedad y que hacen periódicos, revistas y propaganda pa' que más gente se entere de lo que está ocurriendo aquí. Pero no como lo informan los periódicos de don Porfirio.

—Mi hermano leía esos periódicos —dijo Altagracia.

—Pero tus hermanos son porfiristas —interrumpió Dolores.

—Manuel no.

—Bueno, ya fue mucha plática. ¡A trabajar!

No tardaron mucho en llegar las mujeres antirreeleccionistas. Entre ellas estaban Teresa Arteaga, María Arias Bernal, Joaquina Negrete, María Aguilar Castaño, Josefina y Adela Treviño, fundadoras de la Liga Femenil de Propaganda Política en el Distrito Federal; Dolores Jiménez y Muro, Julia Nava de Ruiz Sánchez, Eulalia Méndez, María de los Ángeles Viuda de Méndez fundadoras

del Club Femenil Antirreeleccionista Hijas de Cuauhtémoc, en 1910 en la Ciudad de México; Isabel Vargas Urquidi, colaboradora de la campaña antirreeleccionistas de Francisco I. Madero; María Arias Bernal, maestra y aliada al movimiento maderista; María Teresa Rodríguez, maestra de educación primaria, afiliada al Partido Democrático Revista, en 1908 y el Partido Antirreeleccionistas, en 1909, organizadora de clubes femeninos en Orizaba, Veracruz, miembro del Club Aquiles Serdán, en Puebla, en 1910 y 1911, en el cual se encargó conseguir armas para el levantamiento armado de Francisco I. Madero; Dolores Romero de Sevilla —esposa de Leonardo Revilla Siqueiros, dueño de una sastrería, punto de reunión de conspiradores, al cual todos los días acudía Abraham González con el pretexto de probarse un traje—, colaboradora del Club Sara Pérez de Madero; María Luisa Urbina, militante de la Liga Femenil de Propaganda Política; Josefina y Adela Treviño militantes de la Liga Femenil de Propaganda Política; Eulalia Jiménez Méndez, afiliada al Club Femenil Antirreeleccionista Hijas de Cuauhtémoc, encarcelada en 1910 por marchar a la Cámara de Diputados exigiendo la renuncia de Porfirio Díaz; Áurea San Martín, familiar de los Serdán, receptora de la correspondencia de Aquiles a nombre de Ernesto para ser entregada a Carmen Serdán o a la causa maderista y encargada de distribuir armas y dinamita entre los revolucionarios, y Carmen Parra, conocida como la coronela Alanís, con trescientos hombres bajo su mando.

Para sorpresa de las mujeres que estaban preparando los alimentos de aquel día, el grupo de mujeres activistas se dirigió a donde estaban cocinando, algo que ningún hombre había hecho. Con gran interés anduvieron merodeando entre cada una de las mujeres que molían el maíz para las tortillas en los metates, las que limpiaban el frijol, y las que picaban verduras. Cargaron a los niños recién nacidos que muchas mujeres llevaban en sus espaldas la mayor parte del día. Las entrevistaron con enorme interés para poder relatar ampliamente sus testimonios en periódicos, revistas y propaganda alrededor de todo el país sobre la manera en la que estaban viviendo las mujeres y hombres de la Revolución.

—Yo te conozco —le dijo doña Teresa Arteaga agachándose a un lado de una joven que molía maíz en un metate—. Sé que te he visto en alguna parte.

—No… —Altagracia agachó la cabeza y siguió su labor. Su espalda se arqueaba y se estiraba con cada movimiento en el metate.

—Déjame ver tu rostro —dijo doña Teresa y recogió con la mano derecha el cabello pendiente que le cubría el rostro a Altagracia.

—Asté disculpe, pero es que si no me apuro —disimuló la forma de hablar de los locales.

—Tú eres esa joven que se desapareció hace poco en la capital.

—Seguramente se confunde… —se puso de pie, cogió una cubeta y caminó hacia la enorme tina que contenía cincuenta kilos de maíz.

—Cómo olvidarlo, tu foto apareció en todos los periódicos… Cecilia…

—Me llamo Altagracia —se paró firme ante la mujer que la interrogaba.

—No te preocupes, no pienso decir nada. Ni aquí ni en la capital.

—No sé de qué habla… —le dio la espalda.

—Me parece admirable lo que hiciste. Abandonar todos los privilegios con los que vivías para venir a luchar con las mujeres más pobres del país.

Altagracia se detuvo sin mirarla. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Hasta el momento no se había detenido a pensar en lo que estaba haciendo ahí, en Chihuahua. Nunca pasó por su mente que eso, tendría un significado para la gente de su mismo nivel social.

—Estamos del mismo lado.

—Se equivoca…

—Todas esas mujeres que ves ahí, señoras de la alta sociedad, maestras, secretarias, enfermeras, reporteras, editoras de periódicos, fundadoras de clubes feministas pensamos igual que tú, queremos un cambio verdadero en este país: mejores condiciones laborales para las mujeres, más oportunidades académicas, derecho al voto, derecho al divorcio, derecho a heredar, derecho a tener una identidad propia y no la de esposa de, hija de, derecho a decidir sobre nuestros cuerpos, a elegir cuántos hijos queremos tener. Ya no queremos ser nada más esposas, amas de casa y madres. Aunque

parezca sencilla nuestra labor, ha requerido mucho esfuerzo y riesgos. Muchas hemos sido encarceladas en varias ocasiones por exigir la renuncia de Porfirio Díaz, por apoyar a Aquiles Serdán y a Madero, por contrabandear armas, por financiar periódicos, por alzar la voz. La lucha apenas comienza. Y ahora tú nos demuestras que todas las luchas son válidas, desde cualquier trinchera. Eres un gran ejemplo para todas nosotras.

—Debo continuar con mi trabajo…

—Adelante. No te interrumpiré más.

Aquella tarde, Altagracia no pudo concentrarse en las labores: se le cayó una cubeta con maíz, tropezó mientras preparaba la leña, se le quemaron varias tortillas en el comal.

—¿Pos«ora qué te trais? —le preguntó doña Eufrozina para disimular ante las demás mujeres, de no hacerlo llamaría la atención. Era bien conocida por regañar a todas a cada rato.

—Disculpe. Me bajó la regla, necesito ir al baño.

—Anda, no te tardes.

Al caminar por el campamento pudo ver a las mujeres alrededor de Madero y otros hombres de su confianza, en particular dos: un italiano llamado Guiseppe Garibaldi, a quien Madero había nombrado coronel de la legión de extranjeros que habían llegado de diversas partes del mundo a apoyar la Revolución Mexicana, y Benjamín V. Viljoen, asesor de Madero con experiencia militar en la guerra anglobóer.

En ese momento pasó por su mente algo que jamás había imaginado: volver a la Ciudad de México y colaborar con todas esas mujeres, desde el periodismo. Súbitamente se dijo a sí misma: «Desde la comodidad de un escritorio». Se sintió acorralada. «¿Qué saben ellas de la verdadera lucha, de la chinga que nos llevamos aquí todos los días?». Aquel soliloquio parecía no dar tregua: «Todas las luchas son válidas, desde cualquier trinchera». «Pero no es lo mismo. Ellas no saben lo que es estar aquí». «Ni tú tienes idea de lo difícil que ha sido para ellas luchar a contracorriente en una sociedad machista, confrontar al gobierno desde los periódicos, ser encarceladas por exigir sus derechos». «Vete a Estados Unidos». «¿Y abandonar a todas estas mujeres?». «Es lo que quieres, ¿o no?». «No sé». «Ya lo habías decidido. Vete, disfruta del dinero que tienes, construye una nueva vida con Santiago». «Eso puede esperar. Soy

muy joven. Aquí soy más útil». «Tú sola no puedes hacer nada». «Pero todas juntas sí. Desde distintas trincheras». «En ese caso vuelve a la capital e incorpórate a algún periódico». «Pero ya estoy aquí. Ya sé cómo funcionan las cosas». «¿Y si descubren que mataste a Silverio?». «Lo mejor será que me vaya». «Vete, busca tu felicidad, busca a Santiago».

Regresó con las demás mujeres y se ocupó en sus labores sin hablar con nadie, ni siquiera con Dolores, quien le cuestionó en varias ocasiones sobre su estado de ánimo. Toda la tarde observó con atención a las mujeres con las que había compartido días enteros. A pesar de que muchas se acababan de agregar debido a la llegada de los otros contingentes, ya las ubicaba perfectamente. Asimismo, había compartido momentos con varios de los casi cincuenta niños que había entre ellas, la mayoría recién nacidos o menores de diez años. Por fin había comprendido cómo era la miseria.

—Buenas tardes —la saludó una mujer que no vestía como las otras que habían llegado al campamento. Llevaba pantalones, camisola, chaleco de gamuza y carrilleras cruzadas.

—Buenas… —intentó ignorarla.

—¿Altagracia Martínez?

—¿En qué le puedo servir?

—En mucho, mi'ja, en mucho. Hace un momento estuve platicando con Pancho Madero y le comenté que voy a necesitar unas cuantas muchachillas a mi cargo, y me dijo que las eligiera…

—¿Y por qué a mí? ¿Cómo sabe mi nombre?

—¿Quieres que te invente mentiras o te hablo con la verdad?

—La verdad…

—Teresa Arteaga estuvo hablando contigo en la mañana, ¿no?

—Ya entendí… —se dio media vuelta.

—Espérate, chamaca, no sabes ni qué te voy a decir. No seas tan terca.

Altagracia alzó la frente, exhaló profundo y volvió la mirada hacia aquella mujer.

—Todas esas señoras que llegaron conmigo esta mañana, ya se van en este momento a Ciudad Juárez y de ahí para la capital, pero yo me voy a quedar a cargo de trescientos hombres que traje conmigo.

—¿Usted les da órdenes…?

—¡Por supuesto!

—Y usted es…

—Carmen Parra, pero me llaman la coronela Alanís.

—¿Y qué es lo que quiere de mí?

—Tanto así como que quiera algo de ti, no, Teresa fue la que me pidió que te cuidara.

—No necesito que me cuiden.

—Quizá no, pero si Pancho Madero da la orden de que te vengas con mi grupo, pues no te va a quedar de otra.

—Si es una orden, entonces no tengo nada más que decir.

—Tampoco es como si te estuviera llevando presa, sólo te voy a dar diferentes ocupaciones. ¿O quieres pasarte toda la guerra moliendo maíz?

—¿Qué ocupaciones?

—Ya lo sabrás en su momento.

—Está bien.

—Bueno, pues mañana comenzamos, ve a terminar lo que estabas haciendo, y despídete de tus amigas.

—Así lo haré.

Apenas se despidió de Carmen Parra, Altagracia se dirigió a Dolores para informarle que tenían que huir lo más pronto posible ya que una mujer que recién había llegado pretendía llevárselas a otro grupo. Sin mucha discusión ambas acordaron escapar la mañana siguiente, para lo cual hablaron con doña Eufrozina quien, para evitar las despedidas, respondió con un «vayan con Dios» y le ordenó a Palomino que las acompañara hasta la frontera.

—Y llévense tres caballos, porque la caminata es larga y la calor muy juerte.

Así se cumplieron sus planes a la mañana siguiente cuando las mujeres estaban lavando los trastes y comenzando con la comida.

Esa misma mañana la mayoría de los soldados se prepararon en las trincheras. Desde el 20 de abril habían llegado a Ciudad Juárez dos representantes del gobierno para negociar con Madero, quien pedía la renuncia del vicepresidente Corral. Porfirio Díaz —que desde la primera reunión con Madero supo que tenía frente a él a un hombre de paz— le ofreció una tregua que duró apenas quince días. Madero

no quería derramar sangre, creía firmemente que se podía llegar a un acuerdo con el gobierno y a una transición pacífica, pero la mayoría de los que se habían unido al movimiento pensaban diferente, especialmente Villa y Orozco quienes, cansados de esperar tantos días en las trincheras frente a Ciudad Juárez, decidieron comenzar un tiroteo. Pero ambos sabían que no podían hacerlo personalmente. Madero no se los perdonaría. Así que el 8 de mayo Villa y Orozco se fueron a tomar malteadas a la Elite Confectionary en El Paso, Texas, mientras que dos jóvenes lanzaban tiros a los federales. Le siguieron quince hombres más por el río. De ahí se desató una balacera que duró varias horas.

Altagracia, Dolores y Palomino se encontraban a cinco kilómetros de ahí y pudieron escuchar los balazos.

—Ahora sí ya se armó —dijo Dolores tratando de escuchar mejor.

—Será mejor que te vayas por otra ruta más larga, Palomino, no te vaya a pasar nada malo —dijo Altagracia.

—No pasa nada malo, no pasa nada malo —sonrió al mismo tiempo que una lágrima brotó de su ojo izquierdo.

—¿Estás bien?

—Sí, Palomino está bien —subía y bajaba la cabeza—. Bien… Bien…

—Vete con cuidado, ya vamos a cruzar la frontera —dijo Dolores.

—Palomino espera… espera… Palomino quiere ver a Dolores y Altagracia cruzar seguras.

—Yo sabía que no estabas tan bruto —dijo Dolores—. Ven acá.

Palomino se acercó montado en su caballo y Dolores le besó la mejilla, envolviéndolo en un abrazo. Altagracia hizo lo mismo.

—¿Estás lista? —Dolores le preguntó llena de esperanza a Altagracia.

—No —Altagracia detuvo su caballo.

Capítulo 14

Adelita

En lo alto de una abrupta serranía,
acampado se encontraba un regimiento
y una moza que valiente lo seguía,
locamente enamorada de un sargento.

Conocí a Francisco I. Madero en persona. Lo veía a diario, pero muy pocas veces cruzamos palabra. Casi nadie podía hablar con él y por ello muchas mujeres le escribían cartas para solicitarle ayuda. No era soberbio, pero tenía tantas cosas en la cabeza que apenas si podía concentrarse. Siempre estaba de un lugar a otro. Dicen que cuando estaba solo en las noches escribía lo que le dictaban los muertos. Quién sabe. En el campamento había más rumores que fusiles. Lo cierto es que era un buen hombre. El único de la Revolución que no se manchó las manos de sangre. Sólo él creía ciegamente en una Revolución. O, mejor dicho, el único que realmente comprendía el significado de Revolución como forma de evolución. Para el resto tenía diferentes acepciones: guerra, lucha, ataque, batalla, oposición, venganza, revancha, anarquismo… excepto propuestas reales, organización, planeación.

Don Porfirio Díaz comprendió el error que había cometido al no cumplir con su promesa de permitir unas elecciones libres e intentó revertir el daño el 1 de abril de 1911 con un discurso a la nación en el que llamaba a la unidad y a la paz, pero ya era demasiado tarde: el pueblo estaba encarrilado a la guerra, no sólo en Chihuahua, sino también en otros estados. Nada ni nadie los podría detener, ni el

mismísimo Francisco I. Madero.

Por eso, el día de la ofensiva entre revolucionarios y federales en la frontera, Madero no se enteró. Le informaron cuando ya era casi imposible interrumpirla. Ordenó el cese al fuego y que ondearan banderas blancas, pero Orozco y Villa no obedecieron, enviaron más tropas y se apoderaron de las casetas aduanales y las entradas de Ciudad Juárez.

Los disparos se escuchaban como si estuvieran a dos calles, a pesar de que Dolores y yo nos encontrábamos a unos cuantos kilómetros de ahí, a punto de cruzar la frontera. Palomino nos observaba en silencio, preocupado por la incertidumbre de nuestro futuro.

Justo antes de cruzar la frontera, Dolores me preguntó si estaba lista; entonces le respondí que no, detuve el caballo y me quedé contemplando el horizonte del otro lado de la frontera. Comprendí que el amor por Santiago se había extinguido. Lo extrañé con toda el alma. Devoré noches recordando todo de él. Calciné mi dignidad y mi orgullo. Me aterraba darme cuenta de que conforme pasaban los días se iba disipando como un espejismo. Lo reinventé en mis recuerdos para que no se esfumara, pero al día siguiente volvía a desvanecerse lentamente. Gota a gota ese recuerdo se alejó de él y se acercó más a esa persona que yo me inventé, que quería a mi lado, no la versión original de él, sino un impostor, una espantosa creación mía, perfecto, que en una utopía me habría hecho la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra. Ojalá lo hubiera conocido más para hartarme de él, detestarlo, borrarlo de mi memoria, pero dejó solo cosas buenas y eso me hipnotizó y me mantuvo agonizando en ese cadalso. Recorrí largos senderos con la única esperanza de encontrar mi reflejo en sus ojos.

Entendí que mi destino estaba en Chihuahua, con todas esas mujeres luchando por cambiar al país que tanto había sido marginado por el gobierno y la clase alta, esa clase soberbia a la que yo había pertenecido.

—¡¿Qué?! —preguntó Dolores alterada. Quiso disimular, pero no lo logró.

—Lo siento —respondí apenada—. No puedo irme.

—¡Eres injusta y egoísta! —se veía más molesta que nunca. Había ira y resentimiento en su mirada.

—Lo sé: he sido muy injusta y egoísta contigo desde hace mucho tiempo, y no sabes lo mal que me siento al respecto. Por primera vez en mi vida quiero ser justa y hacer algo por los demás sin esperar nada a cambio. Quiero luchar junto a todos esos hombres y mujeres. No me importa si tengo que hacerlo un año, diez o toda una vida.

—¿Y quieres que yo me regrese contigo?

—No…

Me quedé sin palabras por un instante. Ella tenía razón: estaba siendo demasiado injusta. Por un lado, yo sentía que debía cruzar la frontera y seguir con ella, cuidarla, pero no teníamos un destino fijo. Me quedaba perfectamente claro que, aunque encontrara a Santiago, ya no sería igual; si es que seguía soltero. Por el otro, y quizá el que más peso tenía, el hecho de sentir que estaba abandonando a todas esas mujeres con las que habíamos vivido en los últimos tres meses.

—Sí. Quiero que te regreses conmigo porque quiero protegerte, y saber que estás bien, pero tampoco quiero que sea a la fuerza. Ya has hecho demasiado por mí al salirte de tu casa y acompañarme hasta acá y sufrir… —no pude evitar recordar lo que le habían hecho y comencé a llorar—. Pero también comprendo que ya no quieres regresar al campamento, que quieres iniciar una nueva vida, tal cual lo habíamos planeado.

—Quiero que comencemos una nueva vida, Cecilia… yo te amo.

Cerré los ojos, apreté los labios y agaché la cabeza. Sabía que ese «te amo» no era de cariño de hermanas. Por eso me había seguido hasta Chihuahua. Por eso me aguantó tantos desplantes en la infancia y la adolescencia.

—Eres la mejor amiga del mundo. Más que una hermana. Mi gratitud hacia ti es infinita… yo…

—No necesitas decir más: conozco la respuesta. Sólo quise decirlo antes de irme.

Sentí que se me desmoronaba el mundo. No quería que se fuera sola.

—Vámonos —hice que el caballo avanzara.

—No —extendió el brazo derecho para detenerme—. Regresa al campamento, ayuda a esa gente. Yo puedo irme sola.

—No voy a permitir que te vayas sola.

—Me escaparé cuando estés dormida. Nuestros destinos deben separarse tarde o temprano. No puedo perseguirte de por vida. Te agradezco lo que has hecho por mí…

—Yo no he hecho nada por ti —la interrumpí—. Tú eres la que ha hecho todo por mí.

—Gracias por estos años —derramó un par de lágrimas.

—No me hagas esto…

—Es lo mejor. Voy a estar bien.

—No me importa, llegamos juntas y nos iremos juntas.

—¿Para siempre? —alzó las cejas.

Titubeé en responder.

—… No sé si para siempre… pero no a estas alturas.

—¿Algún día pensaste qué ibas a hacer conmigo si Santiago te hubiera pedido que te casaras con él? Nos íbamos a separar en algún momento. Yo lo tuve claro desde el día que salimos de la capital. Ahora es el momento. Regresa. Yo estaré bien.

—¡No…!

—Te lo advierto, si vienes conmigo, me escaparé cuando tenga la primera oportunidad.

—¿A dónde piensas ir?

—Por el momento a El Paso, ya luego decidiré.

—Llévate todo el dinero.

—Con una parte es suficiente.

—Todo. Es mi condición. Sabes que en el campamento no necesito dinero mientras trabaje.

Dolores aceptó llevarse el dinero. Lo acomodó en el morral que llevaba detrás de la silla del caballo, me miró con dulzura y nostalgia, y, sin decir más, echó a trotar al caballo. Vi su larga cabellera latiguear contra su espalda. Esperé a que pasara la aduana, pero no llegó. Se detuvo a medio camino, se quedó ahí por unos segundos, luego se dio media vuelta e hizo que el caballo corriera. Al llegar junto a mí, sin detener la montura, gritó con acento chihuahuense:

—¿Qué esperas, pues? ¡Nos quedamos en Shihuahua!

Palomino y yo echamos los caballos a correr detrás de ella. Fue un poco difícil alcanzarla. Ya luego bajamos el paso. En todo ese tiempo los balazos no habían cesado, por lo tanto, decidimos tomar una ruta más larga, pero más segura. Al llegar al campamento nos

encontramos con gran alboroto. Nadie se había percatado de nuestra ausencia. Cuando doña Eufrozina nos vio, sonrió con los labios apretados, y sin decir una palabra siguió con lo que hacía. Por primera vez las mujeres habían dejado de hacer tortillas para cargar fusiles, llevar agua a los soldados y ayudar a los heridos.

—¿Se les perdió algo? —dijo doña Eufrozina simulando su muy conocido autoritarismo—. Vaigan a ver en qué pueden ayudar con los baleados.

Villa y Orozco habían regresado de El Paso en un taxi y se dirigieron a la casa de adobe, donde habían instalado el cuartel general. Madero los regañó y Villa le respondió que la gente ya estaba muy exaltada y que era imposible detener la Revolución. Orozco intentó minimizar el asunto argumentando que tan sólo eran unos cuantos heridos.

Madero mandó llamar a los soldados que estaban en el campamento y les dio un discurso, de esos que a él le fascinaban, pero la gente ya no quería sermones, sino balazos, tomar Juárez, sentir el triunfo. Lo que no comprendían —y que Madero sí—, era que una vez comenzando la guerra sería muy difícil detenerla, peor aún, podrían perderla.

Finalmente, Madero se dio por vencido poco después de que oscureciera: «Pues si así se da, ¿qué le vamos a hacer?».

Todos celebraron el inicio oficial de la guerra, excepto Francisco I. Madero, cuyo rostro era un cúmulo de preocupación, desilusión y un temor por las vidas de todos nosotros. Era algo inevitable. Desde el momento en el que comenzaron a reunir armas y gente, la guerra ya estaba garantizada. El único que nunca quiso ver la realidad fue el mismo Madero, quien creyó ingenuamente que con su amenaza, don Porfirio Díaz se iba a intimidar.

Madero dio la autorización de seguir combatiendo a los federales, Villa y Orozco se encargaron de organizar al resto del ejército. Villa atacó por el sur con seiscientos cincuenta hombres, Orozco con quinientos por el río y Garibaldi con cuatrocientos ochenta. Los federales respondieron con cañones, destruyendo casas donde los maderistas se ocultaban. Había francotiradores en las azoteas. Villa combatía frente a una escuela; Orozco cerca del cuartel general; Garibaldi frente a la plaza de toros. Aquello duró de la tarde del 8 al medio día del 10 de mayo, día y noche. Hubo

muchas bajas. Los soldados tuvieron que tomar turnos para ir al campamento a comer y descansar algunas horas, incluyendo a Pancho Villa, que la última noche ya no aguantó tanto desvelo y se fue a dormir en la madrugada. Lo despertaron a mediodía para avisarle que el general Navarro se había rendido. Villa, que se había acostado con todo y zapatos, nada más se paró, se puso el sombrero, se montó en su caballo y fue a darle la noticia a Madero.

Villa ordenó que desnudaran a los soldados federales, dejándolos en calzones para que fueran fáciles de identificar en caso de que intentaran huir. Luego los llevaron a la cárcel que para entonces ya estaba desocupada, pues Villa había liberado a los prisioneros que se unieron a los revolucionarios.

Entre todos los detenidos había un viejo que llevaron los soldados maderistas ante Villa.

—¿Y este qué? —preguntó Villa al verlo inofensivo.

—Lo encontramos con un rifle calibre 22 y muchas cajas de balas en la azotea de una ferretería.

—¿Y se puede saber a quién andaba tirándole? —Villa frunció el ceño.

—¡A ustedes, hijos de puta! —respondió el anciano con altanería —. ¡Yo maté a más maderistas que esos pendejos de los federales!

—No me diga —Pancho Villa sacó su pistola, se la puso en la frente al viejo y le disparó. Los hombres que lo llevaban arrestado quedaron bañados en sangre.

Para la mayoría de los soldados revolucionarios, aquella victoria representaba muchísimo, como si hubieran ganado la guerra. Era evidente que ignoraban la magnitud del conflicto, del tamaño del país, de la fuerza del Ejército a nivel nacional y de que tan sólo estábamos en el principio de una guerra que cobraría muchas vidas, ya fuese en combate, por hambre o epidemias.

La euforia de la victoria no duró más de un día, pues Pancho Villa ordenó que se cavaran fosas en el cementerio y se recogieran todos los cadáveres. Algunos tuvieron que subir a las azoteas en busca de muertos y heridos. Resulta imposible saber cuántas personas fallecieron, ya que muchos, de ambos bandos, fueron recogidos por la Cruz Roja de El Paso. Quizá alrededor de trescientos muertos y heridos.

Por otro lado, dio inicio el pillaje. Hasta cierto punto era

justificable, pues el alimento estaba escaseando rápidamente, pero muchos robaban artículos que no eran para comer. Abraham González tuvo que solicitarle a Villa que detuviera los saqueos. La autoridad no tenía autoridad en su nueva conquista ni en su territorio. Había caos en Ciudad Juárez, que era entonces un montón de casas repletas de agujeros de las balas. En el campamento, varios hombres aprovecharon la distracción de los líderes revolucionarios para violar mujeres. Era muy fácil aprehender a una joven que se había alejado de las otras para ir al baño y llevarla al monte.

Doña Eufrozina sabía del riesgo que corríamos todas en el acuartelamiento, por lo tanto, habló con nosotras y nos dio instrucciones específicas: siempre estar acompañadas por lo menos de otras dos, no alejarnos demasiado, y avisar a dónde íbamos; sin embargo, eso no era suficiente: para esos cabrones, acorralar a tres o cinco mujeres no era difícil. Lo peor de todo es que hubo muchas que ignoraron a doña Eufrozina y se creyeron muy valientes. Entre ellas una joven de quince años llamada Natalia. Doña Eufrozina me envió a buscarla.

—Toma, mi'ja —extendió la mano con un revólver—. Lo encontré entre la hierba y los arbustos aquella noche. Quizá lo necesites.

Contemplé el arma por unos segundos y sin poder evitarlo recordé lo acontecido. Sentí el mismo miedo. No sabía si sería capaz de jalar el gatillo en esta ocasión. La muerte de Silverio me perseguía. También comprendía que las cosas jamás volverían a ser iguales. Había asesinado a un hombre y como estaba la situación era muy probable que lo haría nuevamente. Me pregunté cuántas veces más. No quería matar a más hombres. La culpa era ya demasiado pesada. ¿Cuántas personas hay que matar para dejar de sentir culpa, para acostumbrarse y creer que no es tan malo?

—Nunca se sabe, mi'ja —doña Eufrozina arrugó las cejas.

Tomé el arma, monté el caballo y fui a buscar a Natalia en compañía de Dolores y Palomino, quien al enterase del motivo de nuestra salida tomó una pala.

—Deja eso, Palomino —le dijo Dolores.

—No… Palomino necesita la pala…

—Vámonos… —dije sin darle importancia.

Recorrimos aproximadamente dos kilómetros sin dirección precisa, hasta que dimos con Natalia y un tipo con los pantalones a las rodillas, sobre ella, que medio desnuda, con el cuerpo lleno de tierra e inundada en lágrimas, gritaba aterrada. Le quité la pala de las manos a Palomino y cabalgué a todo galope en dirección a ellos. El hombre se percató de mi presencia y se puso de pie inmediatamente. En cuanto estuve cerca, me bajé del caballo, me acerqué y golpeé al tipo en la cabeza. Cayó al piso con una enorme mancha de sangre escurriendo sobre la hierba. Intentó ponerse de pie, pero lo volví a golpear una y otra vez con una rabia indomable. Me había convertido en una fiera salvaje. En ese momento llegaron Dolores y Palomino para detenerme y quitarme la pala de las manos.

—¡Ya fue suficiente! —gritó Dolores mientras me apretaba entre sus brazos.

El hombre estaba tirado bocabajo sobre un charco de sangre, con los pantalones hasta los tobillos. Natalia se hallaba aterrada en el piso, cubriéndose los senos con las manos, tratando de asimilar lo que acababa de presenciar.

—¿Está muerto? —preguntó Natalia temblando.

—Muerto… —repitió Palomino moviendo la cabeza de arriba abajo ligeramente—. Muerto… Muerto…

—No lo sé —le respondió Dolores—. Vístete y vámonos ya.

—¿Y él? —preguntó Natalia mientras se ponía la blusa que aquel hombre le había desgarrado—. ¿Lo vamos a dejar ahí?

—¡Sí! —respondí sin mirarla.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! —en un ataque de pánico la joven comenzó a temblar y a alzar la voz—. ¡Está muerto! ¡Dios nos condenará por esto! ¡Dios nos condenará por esto!

—¡Estúpida! —la tomé de los hombros y la zarandeé al mismo tiempo que le grité—: ¡Él te estaba violando!

—Dios te salve María…

Al ver que no reaccionaba le di una bofetada.

—Fue en defensa tuya. ¡Él te estaba violando!

—¡Sí… sí… sí…! —respondió agitada, con la mirada ausente.

—Tenemos que irnos —intervino Dolores.

—Vamos —le dije a Natalia—. Sube al caballo con Palomino.

—No… no… —espetó temerosa.

No supe si era por el aspecto de Palomino o porque era hombre.

—No te preocupes, ven conmigo.

Apenas la estaba ayudando a montar al caballo cuando llegaron cuatro jinetes, ni tiempo nos dieron de huir.

—Buenas —uno de ellos se bajó del caballo—. Elías Cortázar, para servirle.

No le respondí, sólo lo miré con indiferencia. Por su aspecto pude deducir que no eran revolucionarios, pero tampoco federales. Ni siquiera de Chihuahua.

—¿Qué pasó aquí? —miró el cuerpo bañado en sangre.

Ahora que lo recuerdo, no puedo creer que yo haya reaccionado de una manera tan tranquila y arrogante.

—Nada que a usted le importe —respondí sin mirarlo.

—¿Y por qué no debería importarme? —su voz era… No puedo negarlo: simplemente seductora. Siempre he tenido una debilidad por las voces tan masculinas.

—Lárguese de aquí —saqué el revólver y le apunté al rostro.

—Quiere matarme —dijo con tranquilidad—, hágalo, pero mis compañeros se encargarán de hacerme justicia.

Él sabía que no le iba a disparar. Un pistolero sabe cuándo lo van a matar y cuando sólo lo están amenazando. Lo aprendí con el tiempo.

—Váyase, esto no es asunto suyo —dije al mismo tiempo que bajaba el arma y montaba mi caballo.

—Hay un muerto frente a mí, ¿por qué no sería asunto mío?

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté al mismo tiempo que mi caballo relinchaba.

—Entender qué es lo que está ocurriendo aquí.

—¿Y de qué le serviría entender lo que sucedió?

—Para hacerle justicia a este hombre.

—Ese hombre estaba violando a esta niña y la rescatamos. ¿Aún quiere hacerle justicia? ¿O es usted de esos que creen que tienen derecho de tomar por la fuerza a la mujer que les dé la gana?

El hombre miró a sus compañeros y les dio instrucciones de retirarse.

—Sólo quiero hacerle una pregunta —dijo antes de montar su caballo.

—Dígame…

—¿Usted sabrá de casualidad cómo llegar al campamento de Francisco I. Madero?

Yo que creía que me había librado de ellos, comencé a preocuparme aún más.

—Está diez kilómetros al norte —mentí y eché a andar mi caballo.

—Gracias —le escuché decir sin mirarlo.

Nuestra sorpresa fue que al llegar al campamento él y sus compañeros ya estaban ahí, hablando con Madero. Seguramente en el camino se encontró a alguien que le dio instrucciones correctas y al comprender que le había mentido decidió llegar antes que nosotros que cometimos el error de irnos a paso lento. Nos miró discretamente sin interrumpir su conversación. Madero ni siquiera se percató de nuestro cruce de miradas.

—¿Crees que le diga lo que vio? —preguntó Dolores.

—No —respondí mirando con desconfianza al hombre—. Sólo me preocupa que más adelante quiera extorsionarnos.

—¿Quién será?

—Ha de ser de los que se están levantando en armas en Coahuila. ¿Recuerdas al señor de barba canosa y larga que vino hace varias semanas, justo cuando llegaron los emisarios de don Porfirio Díaz para negociar con Madero?

—Sí.

—Ellos han de venir de parte de Venustiano Carranza —dije mientras desmontábamos—. Palomino, muchas gracias por ayudarnos.

—Palomino, muchas gracias —repitió con esa sonrisa que cada día me resultaba más enternecedora—. Palomino, muchas gracias.

—Lleva los caballos a beber agua.

—Caballos a beber agua.

—Siempre pensé que él era una mala persona —dijo Natalia ya mucho más tranquila—. Me daba miedo su aspecto.

—Puedes confiar en que él siempre te protegerá —agregó Dolores como si hablara de un santo—. Es el mejor ser humano que hay por aquí.

—Ustedes también —respondió Natalia.

—Yo no —dije seriamente—. Vayan con doña Eufrozina. En un momento las alcanzo. Tengo que hacer algo muy importante.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Dolores.

—Gracias, pero necesito hacer esto sola. Mejor acompaña a Natalia para que se bañe y le curen los raspones en los brazos y piernas.

—Como tú digas —noté en el tono de voz de Dolores una obediencia que no había en ella antes. Por lo menos no de la misma manera. Una obediencia de genuino respeto y quizá un poco de temor.

Fui por la maleta donde tenía el dinero y busqué a Carmen Parra. No podía arriesgarme a vivir bajo chantaje nuevamente. Aquel desconocido me daba muy mala espina. Así que opté por delatarme yo misma. Encontré a Carmen bastante ocupada organizando las atenciones médicas para sus hombres heridos en los días pasados.

—Doña Carmen… —dije a su espalda.

Era una mujer robusta, alta, de aspecto rudo.

—La próxima vez que me digas así te voy a pasar por las armas —me amenazó y mantuvo su mirada fija en mis ojos, como si buscara temor en ellos. Segundos después sonrió—. Dime coronela Alanís. O coronela, así nomás.

—Coronela, necesito hablar con usted de algo muy serio.

—¿Ya te vas?

—No.

—¿Entonces para qué el velís?

—Es parte de lo que quiero hablar con usted, pero en privado.

Pensé que se mostraría desconfiada o sorprendida pero no fue así.

—Vamos… —me guió hasta la casa de adobe, la cual en ese momento estaba vacía. Afuera había poco más de una docena de hombres. La coronela les dio órdenes de que se alejaran de ahí—. Vayan a ver si ya puso la marrana.

Nunca había entrado a la casa de adobe, que era para muchos un mito, pues sólo podían entrar Madero, los generales y personas importantes que iban a verlo con frecuencia como don Venustiano Carranza, las mujeres que hacían propaganda en periódicos y los enviados de don Porfirio Díaz. Había rumores de que por dentro estaba llena de lujos a pesar de que por fuera tenía aspecto pobre. Yo comprobé que era igual por dentro que por fuera. Madero no

tenía más lujos que nosotros, si acaso su ropa y cosas personales.

Había unas mesas y unas cuantas sillas de madera. La coronela tomó una y me invitó a sentarme frente a ella.

—Me llamo Cecilia Lombardo de Rus Gurría, pertenezco a una de las familias más ricas de la Ciudad de México… y del país. Me escapé de mi casa con intenciones de llegar a Estados Unidos, pero en el camino nos robaron nuestro dinero… y el pasajero que iba sentado frente a nosotras…

—¿Quiénes?

—Sólo mi amiga Alejandra y yo.

—Prosigue…

—El pasajero frente a nosotras nos convenció de venir aquí. No teníamos dinero para seguir nuestro camino y él se ofreció a ayudarnos y nos convenció de apoyar la Revolución. Luego Silverio y yo comenzamos una relación íntima y con el paso de los días comenzó a golpearme, hasta que se convirtió en parte de la rutina diaria. Una noche no pude más y lo maté.

—¿Dónde está su cuerpo?

—Lo enterré en el monte.

—¿Y luego…?

—Descubrí entre sus cosas el dinero que nos habían robado en el tren —abrí el velís y le mostré el dinero.

La coronela no se inmutó.

—Eso no es todo…

Alzó las cejas.

—Hace unas horas maté a otro hombre que estaba violando a una niña de quince años.

—¿Y qué es lo que quieres de mí? —alzó la cara.

—Usted me ofreció su apoyo hace unos días.

—¿Quieres que te proteja?

—No. Quiero aprender a protegerme yo sola. No quiero depender de ningún hombre. No quiero ser sirvienta de nadie. Tengo dinero suficiente para comprar un par de caballos y mis propias armas. Quiero aprender a disparar y a luchar como usted. Por lo mismo decidí ser honesta.

En su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción. En ese momento entró Pancho Villa a la casa con mucha confianza. Yo me apresuré a cerrar el velís. La coronela no se preocupó por su

presencia.

—Coronela, buenas tardes —dijo Villa quitándose el sombrero.

—Buenas tardes, Pancho. ¿Conoces a Altagracia?

Me miró por unos segundos.

—No —se acercó a mí y me extendió su mano—. Creo que la he visto por aquí.

—Sí. La chamaca ha estado ayudando con las tortillas. Muy chambiadora.

—Me da gusto, Graciela —me dijo Villa—. Necesitamos gente como tú.

—Eso no es todo —continuó la coronela—. Ella quiere hacer más…

—¿Es cierto eso… —hizo una pausa—… Alta… mira?

No pude evitar sonreír al percatarme de que no podía recordar mi nombre.

—Sí, señor.

—¿Y qué te parece tan gracioso? —inclinó la cabeza a un lado sin quitar su imponente mirada de mí.

—Nada, señor, sólo que me da mucho gusto poder platicar con usted. Lo admiro mucho.

—Muchas gracias —infló el pecho—. El gusto también es mío —se acarició el lado izquierdo del bigote.

—Ella viene de una familia adinerada de la capital, pero no quiere que se sepa —continuó la coronela—. Está dispuesta a hacer una donación para el movimiento —se acercó al velís y lo abrió—. Con una condición…

—No me diga, coronela —me miró alzando las cejas—. Tan chiquita y ya poniendo condiciones.

—Quiere aprender a usar las armas y luchar con nosotros. También quiere un caballo para ella y su amiga.

—Mira nomás, Alta… —cruzó las manos al nivel de su cintura y cerró los ojos tratando de recordar mi nombre—. A… Adelita. Saliste cabrona.

—Más de lo que te imaginas, Pancho. Mucho más.

—Pues te escucho…

—Hace poco tuvo que matar a un hombre que la golpeaba todas las noches… Y hoy rescató a una chamaquita que estaba siendo violada por un pelao. Tú sabes cómo son tus muchachos, Pancho.

Ay que ponerles un alto.

—Eso va a estar muy canijo —se peinó el bigote y me vio seriamente. Luego se dirigió a la coronela—. No puedo vigilarlos a todos. Pero entiendo los motivos de Adelita y la respeto por eso —se dirigió a mí—. Yo mismo tuve que hacerle justicia a mi hermana hace muchos años. Sólo que no puedes andar matando a mis hombres. Espero que lo comprendas.

—Lo entiendo, señor.

—Te vas a hacer respetar —se llevó las manos a la cintura e infló el pecho—, como la coronela aquí presente —la señaló con las pupilas—, pero con el ejemplo, con tu valor y con tus acciones en el campo de batalla.

—Así lo haré —me sentí como una niña de ocho años siendo regañada por su padre.

—No se diga más, Adelita. En un rato te conseguimos tus dos caballos y tus armas.

La coronela me miró con una mezcla de gusto y orgullo y agregó:

—Bienvenida a la Revolución, Adelita.

Capítulo 15

Adiós, señor presidente

Popular entre la tropa era Adelita,
la mujer que el sargento idolatraba,
que además de ser valiente era bonita,
que hasta el mismo coronel la respetaba.
Y se oía que decía, aquel que tanto la quería…

El 28 de enero de 1882, en medio de una de las madrugadas más frías que se hayan sufrido en el municipio de Guerrero, del estado de Chihuahua, nació un niño cuyo llanto estridente alarmó a los padres. La partera tuvo la sospecha de que aquel pequeño, descendiente de inmigrantes vascos, no seguiría el camino emprendedor de la familia de comerciantes, sino el grito de la guerra.

Educado en la hacienda de Santa Inés —cerca de un pueblo polvoriento llamado San Isidro, fundado por misioneros jesuitas en el siglo XVII—, el niño bautizado como Pascual Orozco no tuvo más beneficios que el resto de los de la zona. La infancia no era un privilegio. No había tiempo para la educación ni para la ternura. Igual que todos los demás chiquillos, en esos años de desamparo nacional, los tropiezos en la vida eran la única escuela. Madurar era una proeza. Cualquiera podía hacerse viejo.

La adolescencia llegaba a su fin y con ella la llegada de un torrente de emociones: el síndrome del amor tocó a su puerta. Todavía no cumplía los veinte años y ya había caído fulminado ante los pies de una joven llamada Refugio Frías. Eran tiempos de

esperanza, a pesar de la desesperanza nacional. La ilusión de entregar un mejor porvenir a su nueva familia lo llevó a los laberintos del comercio.

Si bien el joven Pascual inició su vida laboral como arriero en el transporte de metales, muy pronto, encontró su verdadera vocación al conocer las ideas de los hermanos Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano. Para 1909, decidió invertir su modesta fortuna —generada por él mismo en la década anterior— en la compra de armas en los Estados Unidos y se unió a los revolucionarios reclutados por Abraham González.

Dos años más tarde, a sus veintinueve años de edad (pero con la apariencia de cuarenta), aquel hombre alto, flaco, de ojos afligidos, pómulos prominentes y bigote mediano, un poco afrancesado, se encontraba entre los líderes de la Revolución. Pascual Orozco estaba conociendo el poder y quería más. Su descontento con las decisiones de Madero crecía como una avalancha. Opinaba que la Revolución era de quienes arriesgaban sus vidas en el campo de batalla y no de aquellos que se mantenían al margen del peligro, como Venustiano Carranza, que sin haber jalado el gatillo una sola vez había sido nombrado ministro de guerra por Madero; otro que tampoco estaba dispuesto a manchar sus manos con sangre.

—Madero está muy verde para leña —expresó indignado Pascual Orozco en una charla con Roque Estrada en la cantina del hotel Sheldon, en El Paso Texas. Su molestia principal en ese momento era que le habían solicitado a Madero alimento para los soldados y él había respondido con un tajante «que se aguanten».

Orozco y Villa, a pesar de sus grandes diferencias, estaban de acuerdo en la importancia de alimentar a los soldados y que debía hacerles justicia a los hombres fusilados en Cerro Prieto bajo las órdenes del general Navarro, a quien tenían preso desde la toma de Ciudad Juárez. Así que decidieron fusilar a Navarro el amanecer del 12 de mayo. Madero llegó a las diez de la mañana, en compañía de Abraham González y su escolta, dirigida por Máximo Castillo, justo a tiempo para rescatar al general Navarro. Intentó dialogar con Orozco y Villa, pero lo único que consiguió fue enfurecerlos aún más. Rescatar al hombre que había ejecutado a sus compañeros revolucionarios representaba una traición al movimiento; un acto de ingratitud de Madero hacia sus hombres, a quienes debía el

triunfo.

—¡Las tropas exigen justicia para nuestros hombres! —espetaron a Madero, quien apenas si podía contener sus nervios.

—¡Señores, ésta no es la forma de solucionar…! —dijo Abraham González antes de ser derribado por uno de los hombres de Orozco y Villa.

—¡No perdamos la cordura! —Madero alzó la voz.

—¡¿Cómo quiere que no perdamos la cordura si no le proporciona alimento a nuestras tropas, señor Madero?! —reclamó Orozco enfurecido—. A usted no le importan nuestros hombres. Sólo piensa en llegar a la presidencia.

—¡Está usted muy equivocado! —respondió Madero indignado por las aseveraciones—. ¡Evitemos la barbarie! ¡Tengamos misericordia con nuestros enemigos! ¡El general Navarro estaba cumpliendo con su trabajo!

—¡Y nosotros con el nuestro! —replicó Orozco, con la mano derecha en la pistola que pendía del cinturón.

—¡Entréguenme al general! —Madero se mostró firme, mirándolo a los ojos.

—¿Qué le hace creer que lo obedeceré? —su arrogancia se inflaba.

—¡Es una orden! —su autoridad confrontaba uno de los primeros obstáculos en su carrera por la silla presidencial.

—¿Quién se cree que es? —Orozco intentó tomar del brazo a Madero, pero éste alcanzó a escabullirse y se dirigió a la salida.

Villa lo interceptó con pistola en mano.

—¿Cómo es posible, Pancho? ¡Tú también te me estás revelando! —gritó Madero desesperado y confundido por lo que estaba ocurriendo.

Villa lo tomó del brazo y lo guió a la salida:

—Ándele, ándele.

—¡Maten a Villa! —gritaba Madero consternado.

Pancho Villa lo soltó en cuanto se encontraron en la calle y éste se apresuró a un coche estacionado en la banqueta. Orozco los había seguido con pistola en mano e intentó aprehender a Madero.

—Entréguese, señor Madero —le gritó al mismo tiempo que intentó tomarlo del brazo nuevamente. Roque González Garza intervino apuntando a Orozco con su pistola. Madero se liberó e

intentó huir, pero chocó con Villa.

—Baja tu arma —dijo Castillo.

—Mátame, si tienes huevos, cabrón —había poco más de treinta hombres apuntándole, incluyendo a Raúl Madero, y alrededor de trescientos testigos.

Francisco I. Madero abordó su coche al mismo tiempo que comenzaron los gritos, forcejeos y empujones.

—Entréguese, Madero —gritaba Orozco enfurecido.

—¡Muerte a Navarro! —gritaba la multitud.

Como una araña escurridiza, Madero subió al toldo del coche y le habló a la aglomeración con el tono de voz más fuerte que encontró en su repertorio:

—¿A quién obedecen ustedes: a mí o a Orozco? —preguntó Madero sin imaginar lo dividido que estaba la opinión pública: mientras unos gritaban Orozco, otros vitoreaban Madero. El jefe de la Revolución decidió cambiar la estrategia:

—¡El general Navarro es nuestro prisionero! ¡Debemos ser justos si queremos un país justo!

—¡Muerte a Navarro!

—¡Bajen sus armas! —gritó Madero—. ¡Señor Orozco, no es necesario usar las armas!

—¡Si es necesario la utilizaré! —respondió Orozco—. ¡Usted es un inútil, no es capaz de alimentar a su gente…! ¿Cómo podrá ser presidente? ¡Es un embustero!

—¡Eso ya está arreglado! —respondió Madero dirigiéndose a los soldados—. ¡Tendrán comida y ropa!

La gente comenzó a tranquilizarse. Madero comprendió su error: jamás debía descuidar a su gente; y mucho menos con algo tan básico como la alimentación en tiempos de guerra. Madero bajó del coche, se dirigió pausadamente a Orozco y le ofreció la mano con humildad, un gesto que Pascual no esperaba.

—Dale la mano —le dijeron dos de sus oficiales.

Orozco aceptó, pero con una mueca de desconfianza. Hubo aplausos, aunque no de la manera efusiva que se escuchaban en otras ocasiones. El ambiente aún seguía muy tenso. Las miradas desconfiadas abundaban alrededor. Madero comprendía perfectamente que cualquier paso en falso podría reiniciar el conflicto.

—¡En este momento firmaré un cheque por cuarenta mil pesos para que compremos alimento y ropa en El Paso para todos ustedes! —gritó Madero a la multitud.

Los aplausos se escucharon con mayor fuerza en esta segunda ocasión; incluso se escucharon porras para Madero. Minutos después, cuando la algarabía se calmó, Pancho Villa habló fuerte a los soldados:

—¡Ahora sí, váyanse a lo que sea que estaban haciendo!

Poco a poco la calle se vació y sólo quedaron los dirigentes del movimiento y sus guardias, quienes entraron solemnemente al edificio donde todo había iniciado.

—Señor Madero —dijo Villa luego de quitarse el sombrero y colocarlo contra su pecho como gesto de arrepentimiento—. Le ruego que ordene que me fusilen por traicionarlo.

—De ninguna manera, Pancho —respondió inmediatamente.

Si bien minutos atrás Madero había vociferado que fusilaran a Villa, él y todos los presentes sabían que sería incapaz de matarlo. Justamente por evitar un fusilamiento había comenzado aquel aprieto.

—Muchas gracias, señor presidente…

—Ahora les ruego que me entreguen al general Navarro.

Orozco asintió con seriedad y sus hombres fueron por el prisionero, quien al encontrarse frente a Madero le preguntó con arrogancia:

—¿Vino a presenciar mi fusilamiento?

—No. He venido a salvarle la vida: sígame —Madero se dio media vuelta y caminó hacia el auto.

Navarro observó con incertidumbre alrededor. Al comprender que nadie lo detendría se apresuró al automóvil, el cual avanzó apenas cerró la puerta.

—Lo llevaré a El Paso, pero debe darme su palabra de honor de que no huirá. Usted sigue siendo mi prisionero de guerra.

—Tiene usted mi palabra.

Madero dejó al general Navarro en la frontera y volvió a los cuarteles ahora instalados en Ciudad Juárez. Las cosas no se habían tranquilizado aún. Por otra parte, había duelo entre las familias de los revolucionarios caídos. Decenas de esposas, madres e hijos ignoraban dónde habían quedado los cuerpos de sus esposos, hijos,

padres, hermanos… La mayoría eran jóvenes menores de veinticinco años, entusiastas, ingenuos, hambrientos, inmersos en la miseria. Los estragos de la guerra apenas comenzaban. Nadie imaginaba lo que les deparaba el futuro.

Entre las tantas mujeres que buscaron a sus parientes por toda la ciudad, resaltaba una de espíritu obstinado: buscó hasta debajo de las piedras, día y noche. Sin importar el hambre o el cansancio. Zenaida Pérez removió cada una de las piedras de las casas demolidas por los cañonazos, en busca de su único hijo, el gran amor de su vida. Nada ni nadie logró detenerla. Desgarró su corazón ocho días buscándolo, bebiendo escasamente lo necesario y comiendo apenas la mitad de una miseria; hasta que un día se desplomó entre los escombros de una tienda de abarrotes. Dos semanas más tarde, su hijo —que había sido rescatado por la Cruz Roja de El Paso— volvió con una herida en el pecho, sólo para recibir otra herida en el mismo lugar, pero mucho mucho más profunda. La culpa le impidió seguir adelante. Una noche de septiembre colgó sus penas de un árbol.

Igual que muchos, Pascual Orozco comenzó a buscar a su sobrino Silverio, de quien no sabía nada desde el inicio de sitio de Ciudad Juárez. No era su sobrino predilecto ni mucho menos cercano, pero para Pascual la familia se encontraba entre sus prioridades, sin importar la lejanía. Nadie supo darle información concreta sobre su paradero.

—Algo sí le puedo asegurar —le dijo uno de los soldados—. Silverio no estuvo en el combate. Desde endenantes ya se había desaparecido.

—¿Se desapareció?

—Güeno, así que digamos que se desapareció, posquién sabe. Seguramente le dio miedo la guerra y se jue.

—¿Les dijo a dónde pensaba irse?

—No, poseso sí quién sabe a dónde se jue.

—¿Cómo que no saben? Estaban siempre con él.

—Pospregúntele a su mujer.

—¿Y quién es esa güerca? ¿Cómo se llama?

—Possegún esto se llamaba Altagracia, pero ora dice que se llama Adelita.

—Ve por ella…
El hombre no supo cómo responder.
—Está con la coronela Alanís.
—¿Y eso qué?
—Pos… —se rascó la quijada al mismo tiempo que fruncía el entrecejo.
—¡Habla, cabrón! —Orozco se desesperó.
—Dicen que es su protegida. Ya hasta caballo y pistola le dio. Se rumora que es su querida.
—No me digas… —no pudo evitar una sonrisa irónica.
—Es lo que dicen los que las han visto de cerca —se encogió de hombros.
—No sé cómo demonios se le fue a ocurrir a Madero darle el título de coronela a una vieja —se cruzó de brazos—. Esto es asunto de hombres —llevó las manos al cinturón y se acomodó los pantalones—. Las viejas nacieron para limpiar la casa y alimentar a los escuincles.
—Hasta traen pantalones —agregó aquel hombre delgado como un palillo.
—Con un carajo —se peinó el bigote con los dedos—. ¡Dónde se había visto eso! —negó con la cabeza.
—…
—Pues iré a buscar a esa chamaca… —se acomodó el sombrero —. ¿Y dónde está?
—En uno de los cuarteles, con los demás soldados.
—¿Cuál de todos?
Desde la toma de Ciudad Juárez, el ejército maderista había instalado sus cuarteles en escuelas y edificios del gobierno.
—Ah, poseso sí no sé bien. Si quiere le investigo.
—Ensíllame el caballo y yo voy a buscarla.
Luego de recorrer tres cuarteles, Pascual Orozco dio con el paradero de la coronela Alanís. Si bien habían cruzado un par de palabras en tres ocasiones, Orozco no tenía en la memoria la estatura ni el porte de aquella mujer a la que había ignorado por completo. Una mujer de metro setenta y cinco no era mucho en la mayoría de los países europeos, pero en México era demasiado, comparado con el promedio. Sin embargo, eso no era lo más imponente de su personalidad, sino el timbre femenino e indomable

tono de su voz.

—Coronela…

—Don Pascual —lo miró con la frente en alto—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Ando buscando a una chamaca, que dicen es su protegida.

—Todos esos que ve ahí son como mis hijos: los protejo como ellos a mí.

—Comprendo.

Hubo un breve silencio. Las miradas de ambos se perdieron en el horizonte.

—Quiero hablar con una de sus muchachas a la que llaman Adelita —dijo Orozco al mismo tiempo que buscaba con las pupilas entre la gente.

—¿Y se puede saber para qué quiere hablar con ella? —la coronela se mostró indiferente.

—Me han informado que ella era la querida de uno de mis sobrinos al que no he visto desde hace varias semanas.

—Ah, caray —la coronela supo fingir sorpresa—. Lo lamento mucho, don Pascual. Le ofrezco mis más sinceras condolencias por su pérdida.

—Yo no he dicho que mi sobrino haya muerto.

—Perdone usted mi comentario tan inadecuado. Creí que se refería a un soldado caído. En estos días lo único que he escuchado de las familias es precisamente el lamento por los muertos y los desaparecidos.

—De acuerdo con lo que me han contado, mi sobrino desapareció días antes de que tomáramos Ciudad Juárez.

—¿A dónde se habrá ido su muchacho?

—No creo que haya huido; él no era… No es… ningún cobarde. Estoy seguro de que algo le ocurrió. Por eso quiero hablar con Adelita.

—Claro. Lo entiendo. Permítame un momento. Voy a buscarla y se la traigo.

—Yo la acompaño.

—No es necesario, don Pascual.

—Para mí lo es…

La coronela lamentó no haber previsto tal escenario. Le hubiera gustado tener todo perfectamente ensayado con Adelita para evitar

que la descubrieran.

Adelita se encontraba con don Artemio, uno de los hombres de confianza de la coronela. Le estaba enseñando a usar las armas.

—La primera vez que tires a matar, sentirás miedo… —le advirtió don Artemio—. Mucho miedo. Los siguientes días la culpa te hará la vida imposible. Créeme, nada de lo que te digo hoy se acerca a lo que pasará por tu cabeza. No recordarás lo que te acabo de decir.

—Haré todo lo posible por retener sus palabras, don Artemio.

—Y lo peor de todo: un día no sabrás distinguir entre el placer y la culpa de matar…

La coronela los interrumpió. Adelita reconoció de inmediato al tío de Silverio.

—Don Pascual Orozco quiere hablar contigo —explicó la coronela.

—Con su permiso, yo me retiro —don Artemio recogió las armas que tenía en una mesa.

—¿En qué le puedo servir, don Pascual? —preguntó Adelita con tranquilidad.

—Sabes quién soy… —se mostró orgulloso.

—Todos en la Revolución lo conocemos.

—Supongo que estás enterada de que Silverio es mi sobrino.

—Eso decía.

—No mentía.

«Eso es lo que usted dice», pensó Adelita con rencor.

—Disculpe —disimuló—. No fue mi intención.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—No lo recuerdo. Me dejó por otra.

Orozco frunció el ceño.

—Una puta que conoció en Chihuahua. Lo tenía pendejo. Yo me di cuenta desde el principio, pero no le dije nada. La verdad es que entre él y yo no había nada serio. Él se cogía a todas las que podía. Con frecuencia se desaparecía por semanas. Por eso ni me di cuenta de cuándo desapareció del campamento. Sabía que algo así ocurrirá en cualquier momento. No tiene remedio.

—Tengo la impresión de que estás hablando de un desconocido.

—Yo también sentí lo mismo cuando descubrí sus infidelidades.

—¿Son tus celos los que hablan?

—De ninguna manera: jamás he sido celosa. Y si le soy sincera, nunca me enamoré de él. Nuestra relación fue pasajera y sin importancia.

—¿Tienes idea de dónde podría encontrarlo?

—Ninguna. Pero no se preocupe, don Pascual, cualquier día de estos Silverio volverá, tan tranquilo como siempre.

Pascual Orozco se retiró tranquilo.

Los días siguientes la Revolución parecía llegar a su fin: don Porfirio Díaz anunció su renuncia. El 21 de mayo de 1911, a las diez y media de la noche, se reunieron Francisco S. Carvajal, representante del gobierno de Porfirio Díaz y Francisco I. Madero, Francisco Vázquez Gómez y José María Pino Suárez, representantes de la Revolución, afuera del edificio de la Aduana de Ciudad Juárez, para firmar el acuerdo de paz en todo el territorio mexicano a cambio de la renuncia del presidente Porfirio Díaz y del vicepresidente Ramón Corral, quedando como presidente interino el ministro de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, quien convocaría a elecciones generales. La firma del documento se llevó a cabo sobre el cofre de un automóvil.

Cuatro días más tarde, en la Ciudad de México esto generó mucha alegría: las masas salieron a las calles con la intención de exigir la pronta renuncia de don Porfirio Díaz, quien firmó su dimisión y dio un discurso ante la Cámara de Diputados:

El pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para robustecer la industria y el comercio de la república, fundar su crédito, rodearla de respeto internacional y darle puesto decoroso entre las naciones amigas; ese pueblo, señores diputados, se insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo, es la causa de su insurrección. No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara este fenómeno social; pero permitiendo, sin conceder, que puedo ser un culpable inconsciente, esa imposibilidad hace de mí la persona menos a propósito para raciocinar y decir sobre mi propia culpabilidad. En tal concepto, respetando, como siempre he respetado, la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal,

vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la República, con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la nación, derrochando su riqueza, segando sus fuentes, y exponiendo su política a conflictos internacionales. Espero, señores diputados, que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la consciencia nacional un juicio correcto que me permita morir llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas. Con todo respeto.

México, 25 de mayo de 1911.

José de la Cruz Porfirio Díaz Mori

Al día siguiente, el ya expresidente —acompañado de su esposa Carmen Romero Rubio, sus hijos y cuñadas—, partió a Veracruz, escoltado por el general Victoriano Huerta, donde el 31 de mayo abordó el buque alemán, llamado *Ypiranga*, rumbo a La Coruña, España, con París, Francia, como destino final, para nunca más volver a la tierra que lo vio nacer. Sin embargo, el exilio de don Porfirio en absoluto fue un melodrama; por el contrario: salió con la frente en alto, como siempre. No renunció por cobardía ni porque estuviese acabado, sino por amor a la patria que él —bien o mal— había construido. La caída de Ciudad Juárez no era nada comparada con las batallas que don Porfirio Díaz había librado. De haber querido habría acabado con los revolucionarios, pero prefirió evitar más derramamientos de sangre. Se dio el tiempo de atenderse una infección bucal en una clínica de Interlaken, Suiza; visitar París, conocer la tumba de Napoleón, y tener en sus manos la espada de Bonaparte. «Nunca ha estado en mejores manos», le dijo el general Gustave Léon Niox, encargado del edificio, y quien escoltó a Díaz hasta la tumba de Bonaparte. Asimismo, aprovechó para recorrer las principales capitales de Europa y el norte de África: El Cairo, Keneth, la Esfinge y la gran pirámide de Guiza, en Egipto.

A finales de 1914 la salud de don Porfirio se topó con los obstáculos de la vejez. En junio de 1915, comenzó a sufrir de alucinaciones, lo

cual le impidió salir a sus diarias caminatas matinales por el bosque de Bolonia. El 2 de julio, a los ochenta y cuatro años, sin la capacidad del habla y el tiempo en un limbo, a las seis de la tarde con treinta y dos minutos, José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, dejó de vivir. Sus restos fueron colocados en la iglesia de Saint Honoré l'Eylau, para ser trasladados el 27 de diciembre de 1921 al cementerio de Montparnasse en París, a un pequeño mausoleo que hoy yace en el abandono.

Para algunos, la renuncia de Porfirio Díaz no fue suficiente. Las opiniones entre los líderes de la Revolución se dividieron abruptamente. La credibilidad de Francisco I. Madero se desplomó inmediatamente. Díaz dejaba el gobierno, pero su gente se mantenía al frente. Pancho Villa y Pascual Orozco eran los que menos estaban de acuerdo con que la Revolución terminara de esa manera tan sencilla. Para ellos era una tomada de pelo por parte del gobierno de Díaz y que Madero había caído en la trampa.

Madero sabía que Villa no estaba de acuerdo y le ofreció licencia y once mil quinientos pesos en plata para que se fuera a vivir a Los Ángeles, California. Raúl Madero quedaría en su lugar. Difícil comprender la actitud de Madero. ¿Estaba traicionando al caudillo? ¿Por qué lo quería en el exilio? ¿Lo había utilizado para llegar al poder o sólo estaba remunerando al coronel? Sorprendentemente, Villa aceptó. Aquello quedó registrado en los archivos de la Secretaría de Gobernación como «fondos de licenciamiento dados a Francisco Villa». La prensa nacional y extranjera, que tan atenta estaba a los acontecimientos, no lo supo; Villa y Madero tampoco lo hicieron público.

Entre tantas cosas que en su momento no se hicieron públicas, se encontraban las fortunas de los dueños del país, a quienes la Revolución no les había tocado un pelo. En lo público, había ocurrido un cambio; en lo oscurito, todo seguía intacto. Luis Terrazas seguía siendo el mayor ganadero del mundo, con dos millones y medio de hectáreas, medio millón de ovejas, veinticinco mil caballos, setenta por ciento de la producción de harina, la mitad del ganado del estado de Chihuahua, la única cervecería del estado, el teléfono y la electricidad.

Centenares de revolucionarios fueron licenciados con cincuenta pesos. Quedaron sólo seiscientos cincuenta al mando de Pascual

Orozco. Para la mayoría, aquella transición de tajo era difícil de entender. Las promesas de Madero seguían en pie, pero la gente quería hechos, no sólo palabras.

Francisco I. Madero comenzó su recorrido a la Ciudad de México, el cual duró siete días, ya que en el resto del país, a diferencia de una mayoría de los revolucionarios, la gente creía ciegamente en el triunfo de la Revolución y se volcó a las calles para recibir a Madero en las estaciones de tren de cada pueblo en el que se detenía. Madero entró a la Ciudad de México el 7 de junio de 1911.

El gran ausente fue el coronel Francisco Villa, a quien Madero había excluido de la entrada triunfal a la Ciudad de México. Para muchos la propuesta de Madero de darle licencia a Villa para que se fuera a vivir a Los Ángeles, California, había sido sólo una trampa para evitar que el Centauro del Norte adquiriera más fama y poder. A pesar del acuerdo de exilio, Villa permaneció en el país, con la «Güera». Luz Corral, con quien había contraído matrimonio el 27 de mayo de ese mismo año. Decidieron establecerse en Chihuahua, en la calle Décima, número 500.

Aquella boda generó en Adelita una gran tristeza, pues —además de los dos hermanos menores de Pancho Villa— doña Eufrozina, sus tres hijas y Palomino se irían a vivir a la casa de Villa, quien mantenía firme su promesa de cuidar de ellos.

—No estés triste, chamaca —le dijo doña Eufrozina a Adelita esa tarde—. Deja de llorar, que me vas a hacer chillar a mí también. Mira que hace hartos años que no lloro y si lo hago, no voy a poder detenerme.

—No estoy triste, doña Eufrozina. Me alegra que todo esto haya terminado.

—Váyanse a su casa…

Adelita apretó los ojos; dos hilos de llanto se estiraron por sus mejillas.

—No, doña Eufrozina.

—¿Entonces qué piensan hacer?

—No lo sabemos…

—¿De qué van a vivir?

—Por el momento de lo que nos queda. La coronela no nos aceptó el dinero a final de cuentas. Dijo que lo necesitaríamos tarde

o temprano.

—¿Y ella qué se hizo?

—Se volvió pa'sus tierras.

—Ay, mi'ja, si yo pudiera las llevaría a vivir conmigo, pero yo voy de arrimada con Pancho. Por más que le dije que no me iría con él a su casa, no dejó de ordenar que agarrara mis chivas y me preparara para ir a su casa. Mira que hasta la mandó ampliar para que quepamos todos. A ver si su esposa no se harta de tanta gente intrusa en su casa.

—Ustedes son como su familia.

—No. Somos una carga que él se echó en la espalda sin que naiden se lo pidiera.

—Pues ya nos vamos, doña Eufrozina —dijo Adelita con los ojos inundados.

—Escríbanme cartas. Aunque no sé leer, mis hijas pueden leerlas por mí.

—Se lo prometemos —dijo Dolores, quien hasta el momento no se había atrevido a decir una palabra.

Las tres se envolvieron en un abrazo fraternal. Las dos jóvenes se dirigieron a sus caballos, donde se encontraron a Palomino abrumado por el sentimiento más desolador que cualquier ser humano pueda soportar: el abandono. Se había enamorado por primera vez en su vida. Adelita.

—Yo te amo tanto, tanto, tanto —dijo con claridad y sin pausas, sin quitar la mirada de los ojos de aquella joven que lo había enajenado.

Adelita lo abrazó y besó su mejilla con ternura infinita.

—Lo siento, Palomino. No puedo corresponder a tu amor.

Capítulo 16

No seas coqueta

Si Adelita se fuera con otro,
la seguiría por tierra y por mar:
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar.

La vida nos dio una vuelta de tuerca inesperada. Nadie imaginó que la Revolución terminaría de manera tan rápida y sencilla. En su momento parecía el final. Cientos de hombres y mujeres volvieron a sus casas con la esperanza de que por fin habría un cambio. Las promesas de Madero fueron una utopía que no se cumplió. Sería fácil culparlo a él, pero iba contra la marea. Derrocar al dictador no era suficiente. Su maquinaria se mantuvo intacta. La oligarquía seguía controlando la política, la prensa y la economía. Los periódicos se convirtieron en el peor enemigo de Madero: mordían la mano de quien les otorgó la libertad de prensa que tanto habían exigido por décadas.

En Chihuahua todo seguía igual. Dolores y yo nos quedamos con los seiscientos cincuenta hombres que permanecieron al mando de Pascual Orozco. Fue una decisión complicada. Por un lado, seguía latente el riesgo de que nuestras familias nos encontraran, y por otro, el peligro de que Pascual siguiera indagando sobre la desaparición de Silverio. Los primeros días me sentí tranquila, pues no hacíamos más que cocinar. No había combates ni conflictos con los pocos soldados que quedaban. De cierta manera ellos tampoco querían meterse en problemas. Pero un día llegó al cuartel el mismo

hombre que me había visto golpear a aquel violador. Me reconoció en cuanto me vio. Me seguí con la cabeza agachada, pero sentía su mirada. Minutos después le dije a Dolores que tomara sus cosas y se preparara para irnos.

—¿A dónde? —preguntó confusa.

—Al otro lado.

—¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan alterada?

—Ya volvió el hombre que nos encontramos en el monte el día que… —no pude terminar la frase—. Tú sabes…

Dolores se quedó en silencio.

—Me preocupa que le diga algo a Pascual.

—¿Crees que a él le importe eso?

—No… Pero podría atar cabos: concluir que si fui capaz de hacer eso, también… a Silverio —volvieron a mí los remordimientos.

—Nos hubiéramos ido con la coronela.

—A estas alturas ya no sirve de nada pensar en lo que hubiera sido mejor.

—¿Y si volvemos a la Ciudad de México? —preguntó Dolores con un mohín de cansancio. No era físico, sino emocional. Yo también estaba cansada de comer mal y dormir en un petate. Pero estaba más cansada de ver la miseria de los demás. Ya no era la misma, y estaba segura de que nunca más podría volver a ser aquella niña que vivía rodeada de lujos y alejada de la realidad. En casa abundaban los libros, tantos que ni mi padre, que leía demasiado, pudo leerlos todos. Gracias a ellos pude adentrarme— por medio de la imaginación —en otros países, otras culturas, otras vidas. Sin embargo, ninguna de esas historias cambió mi vida como lo hizo la Revolución, el hambre de los que me rodeaban, la crueldad de quienes aprovechaban la impunidad. La literatura nos puede describir las desgracias del mundo, pero jamás logrará hacernos sentir el dolor ajeno, repudiar la injusticia y la maldad en carne propia, ni llorar hasta quedar con los ojos hinchados.

Si regresaba a la Ciudad de México, mi familia me encerraría en un convento o en mi casa. Ciertamente estaría mucho más segura en una celda —con una Biblia en la mesa de noche, y mis alimentos tres veces al día—, que con los revolucionarios sucios, siempre hambrientos y cansados de tanta miseria.

Asimismo, me sentía responsable por Dolores. Y ella no estaba dispuesta a regresar sola. Sentía que era una carga para ella. Ninguna de las dos quería que la otra sufriera. Pero tenía que ponerla a salvo. No podía arrastrarla a una vida llena de miseria. Tampoco quería que ella siguiera cultivando falsas esperanzas. Jamás podríamos… Hay muchos prejuicios…

Sí. Claro que me gustan los hombres. Más aún esos vestidos de revolucionarios, con sus bigotes tupidos y barbas sin rasurar en dos días. Me excita verlos montados en sus caballos, con sus carrilleras de balas en el pecho, con su fusil en la mano, dirigiendo la tropa, gritándoles «pendejos» a sus hombres.

Quizá fueron los revolucionarios quienes me hicieron olvidar a Santiago Muriel Altamirano, ese caballero intachable, elegantemente vestido, siempre tan formal, incapaz de alzar la voz. Tengo la certeza de que si hubiese regresado a la Ciudad de México y me hubiese casado con algún hombre de la alta sociedad, jamás me habría enamorado. La rudeza de un revolucionario me iba a hacer falta por el resto de mi vida.

Sé que lo que acabo de decir es muy contradictorio porque también detesto a los revolucionarios. Odio su incapacidad para comprender a las mujeres, su forma salvaje de coger, su brutalidad, sus malos modales, sus arranques crueles, sus celos idiotas, su comportamiento posesivo, y peor aún: sus abusos sexuales. No tengo idea de por qué me gustan si hacen lo que odio. Deseaba alejarme de la Revolución tanto como quería permanecer en ella por el resto de mi vida. Me descubrí deseando la lucha. Tuve miedo de que nunca más pudiera vivir en paz en una casa, con mis hijos y mi esposo en un lugar tranquilo. El simple hecho de ver a Chihuahua en paz comenzaba a aburrirme.

—Olvídalo… —dijo Dolores de pronto. Me conocía tan bien que al ver mi silencio compendió que yo no planeaba volver.

—¿De qué hablas? —fingí haber estado distraída.

—De regresar a la Ciudad de México. Es una pésima idea.

—Pero tú quieres volver —esperaba que dijera que sí. O, mejor dicho: ansiaba que me dijera que tenía decidido marcharse, incluso sin mí. Yo necesitaba estar sola.

—No. Lo dije sin pensar. Lo último que quiero es volver con mi madre.

Entonces escuchamos la voz masculina a nuestras espaldas.

—Buenas…

Era ese hombre. Me sentí nerviosa.

—El destino se empeña en reunirnos —sonrió al mismo tiempo que se llevó las manos a las dos carrilleras de balas que le cruzaban el pecho como una equis.

—No es el destino —respondí con pedantería, sin dirigirle una mirada—; es usted quien se empeña en seguirnos.

—¿Y yo por qué tendría que hacer algo así?

No le respondí.

—Vamos, chula, no se ponga difícil que yo no soy el malo.

—No me diga chula…

—Disculpe; Adelita…

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Dígame cuántas mujeres andan por aquí en pantalones, carrilleras, sombrero y fusil.

—Dolores y la coronela.

—También sabía de la coronela y que su amiga se llama Dolores. Quizá no lo sepa, pero ustedes se están haciendo famosas. Y sabrá Dios por qué, pero a ustedes ya les dicen las Adelitas. Hay retihartos rumores por ahí.

—¿Y qué se rumora?

—Nada que usted no pueda desmentir…

—¿Usted cree que son verdad?

—Dicen que cuando el río suena…

—Si será ingenuo.

—Si mi memoria no me falla, usted le estaba partiendo la madre a un cabrón con una pala cuando yo la conocí.

—No sé de qué me habla —me marché.

—Espere, créame que de mis labios nadie sabrá de lo ocurrido.

Lo ignoré y seguí mi camino.

—Adelita… —caminó detrás de mí y me tomó del brazo.

—¡No me toque! —le grité enfurecida.

—Está bueno, nomás no se me enoje. Yo sólo quiero platicar con usted —me incomodó tanto su actitud.

—Usted y yo no tenemos nada de qué platicar.

—Si no me conoce y no se deja tratar cómo va a saber si tenemos o no de qué platicar. Quién quita y tenemos más cosas en

común de lo que imaginamos.

—¿Y qué le hace creer que quiero conocerlo?

—¿Qué quiere apostar a que si me conoce se enamora de mí? —dijo con una sonrisa tan soberbia que sentí deseos de bofetearlo.

—Cuide sus palabras… —contuve la ira.

—Ta güeno, no se enoje. Permítame comenzar de nuevo: Elías Cortázar para servirle.

—Con permiso. Tenemos cosas que hacer.

—No deberías ser tan grosera con él —dijo Dolores mientras nos alejábamos—. Provocar su ira podría generar represalias.

—No es momento para que me sermonees —respondí molesta.

—No es un sermón; es una advertencia —dijo enfurecida—. Tu soberbia nos pone en peligro. Qué importa si te coquetea. Con que le des por su lado será suficiente. Piensa a dónde vamos, qué quieres hacer de tu vida. No seas infantil. A ése no lo conoces, no tienes idea de lo que es capaz de hacer. Mataste a dos hombres, y corres el riesgo de que tarde o temprano se descubra. No puedes comportarte como niña berrinchuda. Ya no tienes a tu papá para que te proteja. Estamos solas. No nos queda más que aguantar y ser fuertes. Así que la próxima vez que ese hombre se cruce en tu camino, recuerda que él te puede salvar la vida.

Me dejó sin palabras. Dolores estaba madurando a pasos agigantados y yo no me había dado cuenta. Seguía viéndola como la niña con la que había compartido mi infancia. De pronto me sentí avergonzada. La había subestimado.

—Tienes razón. Perdóname.

—Yo no tengo nada qué perdonarte.

Regresamos a nuestras obligaciones sin cruzar palabra. Sólo volvimos a platicar un poco antes de dormir.

A la mañana siguiente despertamos con la noticia de que un perro había encontrado el cadáver de Silverio. El dueño del animal era un campesino que estaba pastando las vacas del rancho donde habíamos enterrado a Silverio sin saber que era propiedad privada. En Chihuahua era difícil saber dónde terminaba la propiedad de un rancho. Había hombres que poseían tantas hectáreas que se podía construir una ciudad en ellas. La opulencia y la miseria caminaban codo a codo en el mismo país, pero tan distantes como el sol y la Tierra.

Pascual Orozco ordenó que toda la tropa y las mujeres que los alimentábamos nos formáramos en una fila para interrogarnos uno por uno. Transcurrieron casi seis horas en las que estuvimos expuestos al sol sin agua y sin alimento. Sentí que me desmoronaba de miedo cuando vi a Elías Cortázar caminar frente a Pascual. Entonces él no estaba en Chihuahua y no tenía ningún testimonio sobre la muerte de Silverio, pero me aterraba que pudiera decir que me había visto matar a un hombre. Aunque no logré escuchar su conversación, noté que hablaban como amigos. Pascual sonrió en dos ocasiones. Finalmente se dieron la mano y Elías se retiró sin mirarme. De pronto sentí que Pascual me observó. Tuve deseos de confesar todo. Total, si me iban a fusilar, que fuera con la frente en alto. Estaba defendiendo mi dignidad. El sol me estaba tostando la piel. Mi piel bañada en sudor apenas si podía contener el ardor. Levanté la mirada al cielo y vi el brillo cegador del sol. De pronto imaginé mi visión desaparecer en una oscuridad roja hasta perder el sentido. «Eso es», pensé; cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se derrumbara como tabla, a riesgo de lastimarme con el golpe. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no delatarme con un gesto. Pronto escuché la voz asustada de Dolores y de otras personas.

—Adelita… —escuché a lo lejos—. Adelita… —eran varias voces —. Adelita… —alguien tocaba mis mejillas—. Reacciona…

No sabía si aquello que estaba haciendo me iba a salvar, pero por lo menos en ese momento me ayudó a evadir el interrogatorio de Pascual. Disimulé estar inconsciente por varios minutos. En realidad, no tengo idea de cuánto tiempo transcurrió, sólo escuché que alguien pidió una botella de mezcal y un rebozo. Me acostaron bocarriba. La luz del sol a través de mis párpados formaba una cortina anaranjada; una cortina que a ratos parecía hipnotizarme. Quería quedarme ahí, escuchando aquellas voces tan cercanas y tan lejanas. Voces desconocidas, pero tan familiares. Voces de personas que jamás formarían parte de mi familia en otras circunstancias pero que ahí eran más que una familia. Entonces la luz que daba ese color naranja a mis párpados se opacó. Algo me hacía sombra.

—Adelita —dijo Dolores mientras acariciaba mi mejilla y colocaba una botella de mezcal en mi nariz—. Despierta, Adelita.

Era momento de abrir los ojos con desconcierto, fingir que no sabía qué había ocurrido…

—Mírame —decía Dolores—. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes quién soy?

Habíamos aprendido eso al recibir a los heridos inconscientes de la batalla de Juárez.

Al abrir los ojos tenía frente a mí un rebozo extendido por varias manos, a un metro sobre mi rostro. Pude ver a través de éste la figura resplandeciente del sol. A mi lado, el rostro de Dolores y sus manos en mi cara.

—Adelita…

—Sí —dije arrugando los ojos—. Eres Dolores. ¿Qué me ocurrió? ¿Dónde estoy?

—Te desmayaste.

—Ya reaccionó —dijo una voz.

—Ya fue suficiente —dijo Pascual ajustándose el cinturón del pantalón que se le caía de lo flaco que estaba—. Se acabó el circo. Llévensela y váyanse a beber agua, a comer y a descansar, luego terminamos —luego se dirigió a mí—: Usted y yo tenemos una conversación pendiente —se retiró.

—Vamos a que descanses —dijo Dolores.

Apenas si me estaba poniendo de pie cuando apareció frente a mí Elías Cortázar con sus botas empolvadas, sus pantalones caqui, su chaleco de gamuza y con sus carrilleras de balas en el pecho. No me había dado la oportunidad de observar detenidamente sus ojos, su bigote y sus patillas gruesas y esos labios carnosos.

—No estará pensando en irse caminando en ese estado.

—¿Cómo quiere que me vaya? —pregunté disimulando cansancio.

—¿Poscómo? —se acercó a mí y sin decir una palabra me cargó como novia rumbo al lecho matrimonial.

Hacía mucho que no me sentía tan protegida. En otras situaciones me habría negado, pero se suponía que apenas me estaba recuperando de un desmayo. Dejé que me llevara. Dejé que me consintiera, que me tratara como una reina.

—¿A dónde me lleva? —pregunté cuando noté que no iba en dirección al campamento donde me estaba quedando.

—¿Cómo que a dónde? Poscon un médico para que vea a ese chamaco.

—¿Cuál chamaco?

—¿Poscuál? El que trae en la panza.

Sentí muchas ganas de reír. No había previsto que la gente pensaría que estaba embarazada. Era de esperarse que entre tantas panzonas Elías creyera eso. Era raro encontrarse una joven de mi edad que no estuviera embarazada o que tuviera por lo menos dos o tres hijos. Muchos de esos críos eran producto de los abusos sexuales de los revolucionarios.

Por un instante pensé en negarlo, pero hacerlo le quitaría credibilidad a mi desmayo. Se suponía que no sabía el motivo. Decidí dejarlo con esa idea; al final el médico diagnosticaría insolación, desnutrición o cualquier otra cosa menos un embarazo. Me había bajado la regla una semana atrás. Además, no era conveniente que se murmurara. Muchos asumirían que era hijo de Silverio.

Llegamos al consultorio del doctor —un lugar pobre— pero nos informaron que había salido a ver un paciente a un rancho. Elías me llevó a la casa donde él se estaba hospedando y me acostó. Tenía tanto tiempo de no dormir en una cama. Era fácil notar la diferencia entre ésta y un petate. Aquella comodidad me hizo caer en un sueño largo.

Al despertar a la mañana siguiente, Dolores estaba sentada a mi lado, sosteniendo mi mano. Tuve sentimientos encontrados: mucha gratitud, un cariño inmenso, y a la vez una vergüenza absoluta, me sentí miserable. Ella cuidaba de mí a todas horas y yo pretendía alejarme de ella. Era lo mejor que tenía en mi vida, era mi ángel guardián. Pero no podía corresponder a su amor.

—¿Cómo te sientes? —había en su mirada esa ingenua devoción que sólo emiten los ojos de los enamorados.

Me sentí peor que el día anterior. La traté pésimamente por tantos años y ella jamás se dio por vencida. Seguía cuidándome día y noche. Dejó todo por mí. La única manera de pagarle tanta devoción era correspondiendo, pero…

—Mejor —respondí evadiendo el encuentro con sus pupilas. Sus manos envolviendo la mía me ponían nerviosa.

—No pude dormir —dijo y sentí que me estaba echando en cara lo que había hecho.

Jamás me ha gustado que me digan lo que hacen por mí. Lo siento como si me lo estuvieran cobrando. Hice esto por ti, ahora

estás obligada a hacer esto otro. Lo admito: soy una mierda de persona, nunca hago las cosas para pagar los favores o porque son buenos conmigo, sino porque me nace. Sería más sencilla mi vida si correspondiera a todo lo que hacen por mí, pero papá me hizo así: me dio todo sin jamás pasarme la factura. Su amor hacia mí era genuino.

—Buenos días, don Pascual —se escuchó una voz femenina en la entrada de la casa.

—Vengo a hablar con Adelita.

—Iré a despertarla…

En casa, cuando alguien llegaba sin previa cita, el mayordomo, por órdenes de mi madre, siempre respondía que la persona a la que visitaban estaba indispuesta, sin importar que estuviera dispuesta. Jamás habría respondido que iría a despertarla. Mi madre siempre decía que las buenas familias no recibían visitas inesperadas, y si acaso se dignaba a hacerlo, las hacía esperar hasta una hora. Mi padre pensaba lo contrario: decía que si alguien se tomaba el tiempo de visitarnos, merecía un trato digno.

—Señorita —dijo la dueña de la casa—. Don Pascual Orozco vino a verla.

Dolores y yo nos miramos con preocupación. Nos conocíamos tanto que ya era innecesario intercambiar palabras en situaciones como ésa.

—Estaré afuera para lo que necesites.

—Gracias —apreté su mano antes de soltarla. Ella suspiró al mismo tiempo que cerraba los ojos. Sabía que cualquier muestra de afecto mía, para ella significaba el mundo entero.

Minutos más tarde entró Pascual Orozco. Sentí que el corazón me palpitaba acelerado. Ya no tenía forma de escapar a su interrogatorio. Decidí confesarle todo. Total, si me iba a fusilar, por lo menos que supiera mi versión.

Entró justo cuando me estaba acomodando para sentarme en la cama con la espalda recargada en la pared.

—No te molestes, Adelita —dijo como un padre que le habla a una hija convaleciente—. Tienes que reposar.

No sabía si era por lástima o por interés genuino. Jamás me había hablado de esa manera. Creo que nunca lo escuché hablarle así a nadie.

—Tenemos que cuidar bien de ese chamaco… Porque eso sí, va a ser varón. Igualito a su padre. Un Orozco más en la familia —infló el pecho con orgullo—. Tú no te preocupes. No estás desamparada. A ese niño no le faltará nada.

Fue tan sincero que no supe cómo responder; incluso me dio ternura su actitud paternal. No era el mismo Pascual Orozco que había conocido. «¿Qué le digo?», me preguntaba con incertidumbre. Si le decía que no estaba embarazada, continuaría con su interrogatorio; pero si le decía que sí estaba embarazada, tarde o temprano descubriría que le había mentido. Cualquiera de los dos caminos me llevaría al mismo patíbulo.

—Gracias —respondí eludiendo su mirada.

—Mi niña, disculpa que me haiga tardado tanto en venir —dijo de pronto doña Eufrozina al entrar abruptamente a la habitación. Luego se detuvo sorprendida—. Disculpe, don Pascual, no sabía que estaba aquí.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Eufrozina. Fui la encargada de la cocina desde que comenzó la Revolución. Actualmente vivo en la casa de Pancho Villa. También soy partera. Vine a ver cómo va el embarazo de Adelita.

Pascual se llevó las manos a la cintura y se mostró ufano.

—Si es así, entonces me retiro para que la revise. Ese güerco tiene que nacer fuerte —entonces Pascual se acercó y acarició mi mejilla—. Cuídate mucho, Adelita. Yo estaré al tanto de tu embarazo. Mañana enviaré dinero y todo lo necesario para que te quedes en esta casa.

Entonces comprendí que la llegada de doña Eufrozina no había sido casualidad.

—Tienes que irte de aquí, mi'ja —espetó doña Eufrozina en cuanto Pascual se retiró.

—Lo sé, pero no sé a dónde.

—Pal otro lado. No hay de otra.

La vida es un laberinto que se recorre a ciegas en busca de la felicidad. A veces creemos encontrar el rumbo correcto, pero nos extraviamos aún más, sin comprender que la felicidad no es el fin del laberinto, sino esas gotas de agua que bebemos del cielo en este largo recorrido. A veces llueve a cántaros; otras, sólo cae una

llovizna suave que acaricia nuestros rostros. Nos empapamos de felicidad sin imaginar que en cualquier momento puede llegar la sequía. Esas gotas de agua deberían abastecernos para la aridez, pero nos las bebemos sin guardar reserva.

Mi padre me protegió sin pensar que un día él ya no estaría, ignorando que en su ausencia mi familia me daría la espalda, que emplearían todos los recursos legales para despojarme de la herencia, sin imaginar que la vida en el país cambiaría.

—No puedo irme del país —le dije a doña Eufrozina—. Tengo demasiada sed de justicia como para abandonar a mi gente.

—Tu gente… —repitió con gesto de satisfacción.

—Ustedes son mi gente, mi raza, mi familia. No voy a abandonarlos mientras siga habiendo tantos abusos en este país.

—Entonces vete a Morelos con el Ejército Libertador del Sur. Dicen que allá está luchando un tal Emiliano Zapata y que es igual de justo que Pancho Villa. No como estos cabrones que sólo andan en busca del poder. Zapata está luchando por las tierras de los campesinos.

No era la primera vez que escuchaba sobre Emiliano Zapata; sabía que no se trataba de un hombre salido de la miseria como Villa. Tenía tierras y dinero, sin embargo, estaba indignado por la forma en que los hacendados, el Ejército y el gobierno abusaban de los pobres en su natal Anenecuilco, Morelos. Seis días antes de que Porfirio Díaz renunciara, Emiliano Zapata había tomado Cuautla por las armas. Igual que muchos de nosotros en el norte, Zapata estaba inconforme con la forma en que Madero había resuelto el cambio de poderes tras la renuncia de Díaz. Todos esperábamos que Madero fuera nombrado presidente interino y no uno de los aliados de Díaz. Zapata decía que era una Revolución a medias. Aunque aún no era una declaración oficial, corrían los rumores de que tarde o temprano Zapata volvería a levantarse en armas.

—Me iré a luchar con el Ejército Libertador del Sur, doña Eufrozina —dije con firmeza.

—¿Cómo es eso que se va al sur? —dijo Elías Cortázar al entrar a la habitación—. Disculpen que me entrometa, pero venía entrando y escuché…

Doña Eufrozina y yo nos miramos con inquietud.

—Yo maté a Silverio —dije sin preámbulo.

—Lo sospechaba.
—No estoy embarazada.
—Eso también —la mirada de Elías era otra, una más tierna y compasiva.
—¿Me va a denunciar?
—Me la voy a llevar de aquí.
Sin poder evitarlo, liberé un gestó que Elías reconoció como un sí definitivo.
—No —respondí inmediatamente—. Muchas gracias.
—¿Por qué no?
En ese momento doña Eufrozina salió de la habitación sin despedirse.
—Porque no lo conozco. No cometeré el mismo error dos veces. Confié en Silverio.
—No todos somos iguales.
—¿Cómo sé que usted no será peor que Silverio?
—No la delaté con Orozco.
—En verdad se lo agradezco, pero no puedo aceptar su oferta.
—No me dé una respuesta ahora. Piénselo.
Pensar era lo que menos quería en ese momento. Necesitaba borrar de mi mente tantas preocupaciones para poder dormir. Al mismo tiempo algo me decía dentro de mí que mi deber estaba con mi gente.
—Prométame que lo pensará.
—Sí —respondí con tal de que dejara de insistir.
—Entonces ya no la molesto más. Me retiro para cumplir con mis obligaciones.
—Espere…
—¿Usted qué está haciendo aquí?
—Le seré honesto, ni yo mismo sé. Al principio mi general Cesáreo Castro me envió con algunos mensajes para Madero y yo tenía la obligación de regresar a Coahuila el mismo día, pero ahora que todo terminó… —carraspeó—. Pues mi general Cesáreo Castro me ordenó que me quedara a ayudar a Pascual, quesque porque allá en Coahuila no tenemos nada qué hacer.
—¿Y es cierto?
—La verdad es que nos aburrimos como aquí. Eso de la guerra ya nos estaba gustando.

—¿A usted la guerra le genera placer?

—Placer, como tal no, pero… —tosió—. No me mal interprete, pero… no sé cómo explicarlo…

—¿Adictivo?

—Tal vez —bajó la mirada—. Supongo que no debería ser así —se llevó la mano a la nuca—. Pero no es un deseo de matar…

—Es una sed de justicia.

—¡Exacto! —alzó la cara con fervor—. Usted sí me entiende, Adelita.

—No lo entiendo.

Su rostro cambió súbitamente, como si hubiese visto un terrible fantasma.

—Es lo que yo siento, pero no comprendo por qué, ni lo entiendo a usted.

Volvió la tranquilidad a sus ojos y sus labios.

—Todo esto es nuevo para mí. Jamás había sufrido la pobreza ni la injusticia. En mi mundo todo era perfecto. La servidumbre me proporcionaba todo. Nunca tuve que buscar siquiera el cepillo o unos aretes. Una joven lo hacía por mí. Una joven que yo desconocía, pese a que la veía a diario. Y de pronto todo cambió: me vi obligada a salir de casa y sin imaginarlo llegué a Chihuahua, desconocía la miseria, las desgracias de la mayoría de los mexicanos. Aprendí en pocas semanas más de lo que había aprendido en toda mi vida. Luego comenzaron las batallas y me tocó atender a los heridos, comer una vez al día, dormir tres horas y tantas otras cosas. Es por eso que ya no puedo abandonar la Revolución. ¿Y usted?

—Soy el octavo hijo de mi madre, quien tuvo doce hijos. Murió cuando yo tenía nueve años. Mi padre tuvo más hijos con otras mujeres al mismo tiempo. Mi madre nunca dijo una palabra al respecto. Él se ausentaba de la casa tres o cuatro días por semana. Cuando ella murió, mis hermanos y yo nos fuimos a vivir con otras familias de mis abuelos, tías y tíos. Con el paso del tiempo él desapareció de nuestras vidas. Hasta que un día nos enteramos que se había ido a vivir a la capital con una joven veinte años menor que él. Mi tío Cirilo, hermano mayor de mi madre, se hizo cargo de mí. No sé por qué sigo diciendo eso, si nunca me cuidó; me trataba igual que a los peones. Comía en la cocina con la servidumbre,

trabajaba de sol a sol en la hacienda. Una noche, los peones sacaron el mezcal y dieron inicio a una de sus constantes borracheras. Uno de ellos, al que le decíamos Jelipe, así con jota, sacó una guitarra deslustrada, raspada por doquier y con apenas cuatro cuerdas. Tocó algo desafinado para los presentes y yo comencé a cantar con él, sin que nadie lo esperara:

—«Marieta no seas coqueta… Porque los hombres son muy malos. Prometen muchos regalos y lo que dan son puros palos».

Elías cantó un poco y de pronto calló. Yo sonreí. Hacía mucho que no lo hacía de esa manera.

—Continué…

Elías negó con la cabeza agachada.

—No… Ya la torturé demasiado.

—Quiero escucharlo —le coqueteé con un gesto.

—«Su mamá dijo a Marieta: deja ya la pretensión, déjate crecer el pelo y el vestido tan rabón, porque la mujer que tiene el vestido tan cortito cuando llega así a agacharse se le mira muy bonito. Marieta no seas coqueta, porque los hombres son muy malos. Prometen muchos regalos y lo que dan son puros palos. La Marieta fue a un mandado que su mama le encargó, pero estando en el mercado a su novio se encontró. Cuando regresó a su casa, su mamita le pegó porque un quinto del mandado en la calle lo perdió. A la pobre de Marieta se le quemó el delantal y si no lo apaga pronto la quemada que se da. La Marieta fue a los toros. Su mamá no lo sabía porque andaba de coqueta con los de caballería».

—¿Y qué dijeron sus amigos ese día?

—Todos me aplaudieron. Jelipe me enseñó a tocar la guitarra semanas más tarde. La música se convirtió en mi único pasatiempo. Pronto comencé a escribir mis primeras canciones. Quería dedicarme a eso por el resto de mi vida hasta que… —hizo una pausa y bajó la mirada—. Mejor no hablemos de eso…

—¿Y cómo terminó en las tropas de la Revolución?

—Pues, todo comenzó cuando…

De súbito entró Pascual Orozco rabioso como un perro.

Capítulo 17

Los sueños de Arcelia

Y si Adelita quisiera ser mi novia.
Y si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda
para llevarla a bailar al cuartel.

Un frijol yacía solitario afuera del plato sobre una vieja mesa de madera, la cual apenas sí tenía espacio para los seis hijos varones del abarrotero que comían apretujados. Al centro, en una canasta de mimbre, un paño de tela envolvía un montón de tortillas de maíz recién salidas del comal.

Elías, de ocho años, observaba cómo su hermana menor sacaba del comal las totillas infladas y las aventaba dentro del tortillero. Ni ella ni sus otras cuatro hermanas comían hasta que los hombres se retiraban.

—¿No tienes hambre? —dijo la niña.

—Sí —se notaba distraído—, sí… sí… —recuperó el grano de frijol y lo devolvió a su plato.

Arcelia, de siete años, no sabía leer ni escribir, ni tenía amiguitas con quien jugar afuera de la casa (Elías era su único amigo). No habló hasta que cumplió los cinco años. Su primera palabra fue Elías. La dijo a media noche, atormentada por una pesadilla en la que veía a su hermano huyendo. Aunque la pesadilla se repitió varios años nunca logró descifrar de qué o de quién huía su hermano. Comía hojas de árboles y flores, como si fueran caramelos. Siempre andaba descalza, buscando insectos, roedores y

lagartijas, los cuales, en lugar de huir de ella, eran dóciles cuando los cargaba. Con frecuencia se los llevaba consigo el día entero e incluso hasta la cama, y se dormía abrazándolos como muñecas. Admiraba su capacidad de librar el peligro y esconderse en cualquier lugar, como cuando ella huía de su padre. Sólo hasta llegar al fondo de algún arbusto o la copa de un árbol se sentía a salvo. Nunca le dirigía la palabra a su padre. Ni siquiera lo llamaba papá. Para ella era «el hombre malo».

Evaristo Cortázar Aguirre contrajo matrimonio a los treinta años con Blanca Ayala Sosa, de diecisiete, hija de Casiano Ayala, un hacendado de Cuatro Ciénegas, Coahuila, quien aceptó el matrimonio conjeturando que Evaristo heredaría una parte de la hacienda de su padre, pero ignoraba que su nuevo yerno era alcohólico, mujeriego y pésimo administrador del dinero; razón por la cual su padre lo desheredó. Para no dejar al matrimonio en la miseria, don Casiano les regaló una casa y una tienda de abarrotes que Evaristo llevó a la quiebra en más de cuatro ocasiones, y que don Casiano se vio obligado a rescatar.

Cuando don Casiano se enteró de que Evaristo tenía dos hijos con otra mujer, lo mandó llamar a su hacienda para exigirle que se fuera de la casa que él les había regalado, pero en medio de la discusión, don Casiano sufrió un infarto al corazón y murió esa misma noche. Faustina, su viuda, estaba enterada de los motivos de aquella reunión, pero decidió callar para evitar que sus hijos tomaran venganza. Sabía que cualquiera de ellos mataría a Evaristo inmediatamente. Don Casiano había reclamado a Evaristo algo que él también había hecho en su juventud. Era por todos sabido que don Casiano tenía cinco hijos ilegítimos. Pero como él mismo le había dicho a su esposa: «Si Evaristo quiere tener otras mujeres, que las mantenga con su dinero, no con el mío».

Libre de los regaños de su suegro, Evaristo volvió a las andadas y tuvo siete hijos más con otras cuatro mujeres. Para Blanca el matrimonio era sagrado y nada ni nadie la separaría de su marido. Por ello evadía a toda costa hablar de las infidelidades y los hijos bastardos de Evaristo, como si no existieran.

—Blanquita —le dijo su comadre en una ocasión—, perdona que te diga esto, pero la gente anda diciendo que Evaristo…

La interrumpió:

—En el sermón del domingo, el cura dijo que era pecado hablar de los demás en su ausencia.

—Pero esto es sumamente…

—Creo en Dios todo poderoso, en su misericordia, en su bondad y sé que él sabe por qué hace las cosas.

Blanquita no soñaba. Blanquita no aspiraba a nada. Blanquita no tenía esperanzas. Blanquita no sabía que había otras formas de vida. Blanquita no sabía que la felicidad existía.

Para Blanquita, una sonrisa de Evaristo era suficiente para dejar de sentir miedo, por lo menos por un instante.

—¡Blanquita! —gritó Evaristo al abrir la puerta de la casa.

Los seis hijos varones que comían en la mesa de la cocina se pusieron de pie con sus platos y los dejaron en la barra de concreto que yacía hacia la pared de la cocina, donde las mujeres de la casa picaban las verduras y hacían la masa para las tortillas. Las cinco hijas se apresuraron a tener todo listo para Evaristo: Macaria, de doce años, limpió la mesa; Eleonora, de quince, sirvió un caldo de pollo; Amelia de catorce, la cerveza; Arcelia, de siete, colocó los cubiertos y Carlota, de diecisiete, le preparó las tortillas. Mientras tanto Blanquita, con cinco meses de embarazo, lo recibía sumisa.

—¿Por qué no hay nadie en la tienda? —Evaristo traía un severo aliento alcohólico.

—Estábamos comiendo, papá —respondió Evaristo, el hijo de dieciocho años.

—No te estoy hablando a ti, cabrón.

—Perdón.

—Estaban comiendo —respondió Blanquita.

—¿Y todos tienen que comer a la misma hora?

—No —respondió con la cabeza agachada.

Lo cierto es que a Blanquita le encantaba tener a todos sus hijos en la cocina a la hora de la comida. Además, sus hijos menores —Adalberto de once años, Tomás de diez, Elías de ocho— no eran aptos para atender la tienda solos, y mucho menos Julián de cinco y Álvaro de tres.

—¿Qué esperas, huevón? —Evaristo se dirigió a su hijo mayor.

—Voy…

—¡¿Qué dijiste?!

—Que ya voy.

—Se dice: cómo usted ordene.

—Como usted ordene —agachó la cabeza y se dirigió a la tienda que estaba en la planta baja de la casa. Adalberto y Tomás lo siguieron. Elías observó a su padre con enojo. Julián y Álvaro ya se habían ido a su habitación.

—¿Qué me ves, pendejo? —le reclamó a Elías.

—Estás borracho —respondió sin quitar la mirada de su padre.

—¡Elías! —Blanquita caminó hacia él, lo tomó de la cabeza suavemente, al mismo tiempo que se inclinó para verlo cara a cara —: No digas eso. Debes tenerle respeto a tu padre.

—Está borracho y huele feo…

—Ven acá, güerco malcriado —Evaristo se quitó el cinturón.

—No, te lo ruego —Blanquita puso a Elías detrás de ella.

—¿Estás todo el día en la casa y no puedes educar a tus hijos? ¿Pues qué tanto haces?

—Te juro que no lo volverá a hacer —Blanquita comenzó a temblar.

Elías miraba a su padre asomando el rostro entre el brazo y la cintura de su madre.

—Claro que no lo volverá a hacer —se enrolló parte del cinturón en la mano derecha—. Acércate, Elías.

El niño intentó salir corriendo y el padre lo persiguió tropezando con algunos muebles.

—¡Perdónalo! —rogaba Blanquita—. Es un niño.

—¡Elías! —vio a su hijo escondido debajo de la mesa. Con una mano la volteó de lado. El plato de comida, la cerveza y las tortillas salieron volando—. ¡Te voy a enseñar a respetar a tus mayores! —soltó el primer cinturonazo que dio en la nuca del niño. Tres más dieron en la indefensa espalda del niño que se cubría la nuca y la cabeza con las manos.

—¡Hombre malo! —gritó Arcelia, y en ese mismo instante Eleonora le tapó la boca.

—¿Tú también?

Los ojos enrojecidos de Arcelia miraban a Elías hecho bola en el piso. Evaristo miró alrededor pausadamente. Le costaba trabajo mantenerse de pie.

—Carlota, dame algo de beber.

La joven corrió por una botella de cerveza.

—¿En qué estás pensando? La cerveza es para la comida. ¿Estoy comiendo? ¿Acaso me ves comiendo?

—No… —temblaba de miedo. Fue por la botella de mezcal.

Evaristo se sentó en una silla y contempló a Elías en el piso.

—Esto lo hago por tu bien. La vida no es fácil. Un día yo no estaré para orientarlos. ¿Qué van a hacer entonces? Prefiero que hoy me odien y que en el futuro me lo agradezcan.

El odio lo tenía asegurado. Sus hijos pocas veces lo vieron sobrio. Blanquita, sin embargo, se empeñó en defender al padre de sus hijos contra viento y marea. Como si al rescatarlo del escarnio público, se salvara a sí misma. Para ella cada hijo engendrado era un milagro que los unía cada vez más. Estaba segura de que con cada hijo que paría les ganaba la batalla a las otras mujeres. Aquéllas eran capillas; ella era la catedral. Evaristo, su gran obsesión, tenía el poder de llevarla al cielo o al infierno cuando le daba la gana.

—Blanquita —le decía tiernamente cuando estaba sobrio y de buen humor—. ¿Qué haría yo sin ti? Mi Blanquita preciosa.

Su carisma seducía a cualquiera. Las reuniones, fiestas y borracheras se encendían con su presencia y se apagaban cuando se marchaba, lo cual ocurría solamente cuando se acababa el alcohol o se iba con alguna mujer. Era amigable con todo aquel que se le cruzaba en el camino. Saludaba a los vecinos, ayudaba a los ancianos, prestaba dinero cuando se lo pedían, auxiliaba en labores comunitarias, escuchaba al afligido, consolaba a las mujeres engañadas. Sólo bastaban una sonrisa y unas palabras para que casi cualquier desconocido cayera rendido a sus pies. Hombres y mujeres. Tenía una voz envidiable. Cantaba como un tenor. No había fiesta en la que no le solicitaran que amenizara el ambiente con su voz a capela.

Aquella capacidad para engolosinar a la gente también empalagó a otros y germinaron las envidias y enemistades. En varias ocasiones se salvó de que le rompieran los dientes y en otras la amenaza se cumplió al instante. Aunque sabía que tenía las contiendas perdidas —pues aquello siempre le ocurría cuando estaba ebrio e incapaz de mantenerse de pie—, Evaristo nunca se mostró intimidado. «Veamos que traes, jijo de la tiznada».

Uno, dos, tres y al piso. Si corría con suerte, un solo puñetazo

bastaba para derrumbarlo. Inmediatamente algún amigo o conocido lo defendía. «Suerte de brabucón», le decían. Sin embargo, aquellos pleitos de cantina jamás representaron un peligro para él como lo fueron los esposos de las mujeres con las que cometía adulterio.

El primero que intentó matar a Evaristo fue Braulio González, quien, tras haber espiado a su esposa por varias semanas, la descubrió entrando a la tienda de abarrotes una mañana de domingo, cuando toda la familia de Evaristo se encontraba en misa. Se suponía que Refugio, su esposa, también estaría en la iglesia. Al principio, la entrada a la tienda de abarrotes no le generó sospechas a Braulio. El reloj avanzaba con lentitud. Cinco minutos le parecieron veinte. De pronto, las puertas de la tienda se cerraron, con ella adentro. Enfureció. Quiso romper la puerta a patadas, pero un suspiro de cordura lo hizo planear mejor las cosas. Amaba a Refugio más que a su vida y sabía que a ella la perdonaría, pero no a él, su amigo. Caray, tantas borracheras, tantas carcajadas, tantos secretos compartidos. «Cabrón, me la vas a pagar». Esperó una semana. Quizá la semana más larga de su vida. Lo calculó todo, excepto que al entrar a la tienda se encontraría con un niño parado en un banco de madera detrás del mostrador.

—Buenos días. ¿Busca algo en especial? —dijo Elías al ver que el hombre no se comportaba como un cliente.

—Vengo a ver a tu padre —Braulio intentó ver a través de una delgada cortina de tela que colgaba ligera en el marco de una puerta ausente.

—Está dormido —respondió Elías mirando al hombre con curiosidad.

—Está bien. Volveré otro día… —se mostró inseguro—. No le digas que vine.

—No se lo diré si me dice a qué vino.

Braulio alzó las cejas.

—Olvídalo —se dio media vuelta y caminó a la salida.

—Usted no es su amigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo mi hermana.

—¿Cuál hermana? ¿Cuándo? —miró en toda la tienda—. Yo no veo a nadie más en este lugar.

—Lo soñó. Lo soñó a usted. Soñó que usted vendría a buscar a

mi padre.

—¿Y qué más te dijo? —sonrió nervioso.

—Nada. Arcelia sueña cosas y a veces me las cuenta. No siempre se cumplen.

—¿Cómo qué otras cosas sueña?

—Seguido sueña que yo estoy huyendo, pero no sabe de qué o de quién.

—¿Y ella sabe a qué vine?

—No. Por eso le pregunté.

—Hasta luego, chamaco —Braulio salió de la tienda más confundido que nunca.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. «Pinche Evaristo cabrón —se dijo al caer la madrugada—, sabías que iría a tu tienda. Por eso me dejaste ese mensaje con tu hijo». Se preguntó a cuántas personas les habría hablado de sus amoríos con su esposa. «Seguramente soy el hazmerreír de todo el pueblo». A la mañana siguiente decidió mudarse a la capital con su mujer, para nunca más poner un pie en Cuatro Ciénegas. La pareja nunca llegó a su destino. Nadie supo qué les ocurrió en el camino.

Semanas más tarde, el comandante de la policía, acudió a la tienda para interrogar a Elías.

—La vecina dice que vio a este señor entrar a la tienda —preguntó el comandante agachado frente al niño al mismo tiempo que le mostraba una fotografía en blanco y negro en la que Braulio, de traje, se encontraba de pie junto a su esposa Refugio, envuelta en un elegante vestido negro, en el centro de la sala de su casa. Detrás de ellos yacía un retrato de un metro de alto y a la derecha una silla tapizada y una pequeña mesa redonda.

—No lo recuerdo —Elías fijó su atención en el estante detrás del comandante. Faltaba colocar las botellas de aceite.

—¿Seguro? —insistió el hombre.

Arcelia entró a la tienda por el acceso que daba a la casa. Elías la miró discretamente.

—Sí —respondió con firmeza al comandante de la policía—. Estoy seguro.

—Entonces no hay más que decir —el comandante de la policía se enderezó desanimado—. Eso será todo —dijo a los padres de Elías.

Aquel suceso quedó rápidamente en el olvido, pues dos meses más tarde Blanquita dio a luz a su último hijo, un niño al que llamarían Juan José. Hasta ese día Blanquita no había tenido problemas con el embarazo. Después de tantos hijos, ya sabía perfectamente cómo cuidarse, pero no contó con que una hemorragia le vaciaría las venas mientras dormía tras el parto. La partera juró ante Dios, la Virgen y todos sus santos que Blanquita estaba bien cuando ella salió de la recámara. Faustina no pudo arrancar de su cabeza la idea de que su yerno había provocado la muerte de su hija, al igual que la de Casiano. Se negó a saludar a Evaristo en el velorio, la misa, el entierro, el novenario y el resto de su vida.

Al décimo día, Faustina les ordenó a sus hijos que sacaran a sus nietos de la casa de Evaristo, lo cual no les fue difícil. Evaristo no había dejado de beber desde la muerte de Blanquita.

—Era lo único bueno que yo tenía —soliloquiaba—. Blanquita, mi Blanquita hermosa.

Arcelia fue llevada con su abuela, quien vivía relativamente cerca de su casa. Apenas le avisaron que se iría con ella, la niña comenzó a correr sin descanso. Elías marchó con ella. Ambos en busca de la libertad. Lejos de su padre. Sólo entonces podrían ser felices. Faustina cargó a su nieta en cuanto la vio entrar por el portón. Elías también recibió las mismas muestras de cariño. Luego llegaron las explicaciones: él se iría a vivir con su tío Cirilo.

—No, abuelita —dijo Arcelia—. Que se quede aquí, con nosotras.

—Mi'jita, no se puede. También se van a quedar conmigo tus hermanos Julián y Álvaro. No puedo cuidar a tantos niños. Ya no estoy en edad. Además, Elías ya es un hombrecito. Tiene que aprender a trabajar para que en el futuro sea un hombre responsable.

Ni las lágrimas de Arcelia ni los ruegos de Elías lograron convencer a la abuela. La ausencia de Elías fue el golpe más doloroso en la vida de la pequeña. Nunca más volvió a contarle sus sueños a nadie ni comió hojas de árboles y flores, ni se llevó roedores y lagartijas a su cama. La tristeza se apoderó de ella hasta dejarla como un costalito de huesos. A menudo soñaba que Elías estaba en peligro. Pero ya no era el mismo niño, sino un hombre en

medio de centenares como él. Lo soñaba triste, preocupado por alguien.

—Por una mujer —dijo una noche que despertó aterrada.

Quiso contarle a Elías y salió rumbo a la hacienda de su tío Cirilo. Pero en el camino se encontró a su padre ebrio. También lo había soñado a él. Había soñado con su muerte. La muerte de ese hombre malo. Aquella pesadilla le había dolido más que cualquier otra, pero también la hizo sentirse tranquila. Ya no haría más daño aquel hombre.

—Arcelia, ¿qué estás haciendo a estas horas en la calle?

Lo ignoró, como siempre.

—¡Te estoy hablando, chamaca malcriada! ¡Soy tu padre!

No le respondió.

—¡Ven acá!

La tomó del brazo, pero ella se soltó y corrió. Él la persiguió hasta llegar a la orilla de un barranco. Ella decidió deslizarse por la pendiente con tal de escapar.

—¡Lárgate! ¡Lárgate, malagradecida!

Arcelia no pudo controlar la bajada y comenzó a resbalar con mayor velocidad. Entonces chocó con un tronco cortado que la hizo rodar hacia abajo hasta estrellarse contra unas piedras de mayores proporciones. Arcelia murió esa noche ante los ojos de su padre, quien lloró cual mártir en el velorio.

Las autoridades tardaron dos semanas en encontrar el cuerpo de la niña. Algunos vecinos denunciaron haber escuchado los gritos de Evaristo. Aun así, no hubo pruebas suficientes para responsabilizarlo. Para Faustina, el único responsable era su yerno. Pese a que ella no lo culpó ni habló con nadie al respecto, los rumores germinaron como yerba mala por todos los rincones de Cuatro Ciénegas. La reputación de Evaristo se fue opacando con el paso del tiempo.

A Elías, la muerte de Arcelia le hizo trizas el corazón. Se evaporó lo poco que le quedaba de esperanza en la humanidad. Como si le hubieran cortado las piernas, los brazos y la lengua. Nada tenía sentido. Arcelia estaba en todas partes y en ninguna. Arcelia se había ido y lo había dejado más huérfano que nunca. Los años poco pudieron hacer para sanar aquella herida. Nadie pudo convencerlo de que la muerte de su hermana había sido un

accidente. Quizá porque nadie lo creía.

Los años siguientes los pasó entre los peones de la hacienda de su tío Cirilo, quienes bebían todas las tardes. Elías, enemigo número uno de aquel hábito, fue objeto de constantes burlas por su abstinencia. No le importaba. En esa etapa tan vacía de su vida, nada le importaba. Su pequeña felicidad se había hecho polvo.

—Anda, sólo un trago —le decían.

—No me gusta.

—¿Cómo sabes que no te gusta si nunca lo has probado?

—El alcohol hace daño, mucho daño. Lo viví en carne propia.

Pero una tarde en la que el recuerdo de Arcelia dolía más que otras, no pudo contener el llanto y les contó a sus compañeros de la hacienda lo que había ocurrido en su casa, lo cual no era un secreto para nadie. Se puso de pie, caminó hacia uno de los peones y le quitó la botella de la mano. Todos imaginaron que la azotaría contra el piso, en forma de repudio hacia lo que el alcohol le había hecho a su familia. Se resignaron, total, que saque todo ese dolor que le ha amargado la juventud. Que estrelle la botella contra el muro. Para sorpresa de todos, le dio un trago largo. Como si estuviera muriéndose de sed. Demasiado largo para un joven que jamás había probado cualquier tipo de bebida alcohólica. Nadie lo regañó ni lo sermoneó. Como era de esperarse, aquello fue suficiente para que veinte minutos más tarde, Elías cayera borracho al piso.

Lo que habría quedado como una anécdota chusca se convirtió en el inicio de un largo viacrucis de embriaguez. Elías Cortázar, quien siempre había jurado que nunca bebería una gota de alcohol, parecía estar condenándose a sí mismo a terminar como su padre. Y aunque todos los días juraba que no volvería a beber, al caer la noche de una u otra manera conseguía una botella de mezcal, tequila o cerveza. Igual que Evaristo, había descubierto su capacidad natural para seducir a la gente. O tal vez, para su mala fortuna, la herencia del hombre que lo había engendrado.

Una noche entró a una cantina donde un modesto grupo de cuatro integrantes entonaba música norteña, esa que había surgido en 1880, gracias a la llegada de inmigrantes italianos, franceses, bretones y escandinavos que trajeron consigo el acordeón, el contrabajo —que con el tiempo fue modificado y se convirtió en el

tololoche— y guitarras —que mutaron al bajo sexto y al bajo quinto. De pronto, Elías les pidió que lo dejaran acompañarlos con su voz. Para sorpresa de todos los presentes, aquel jovencito cantaba mucho mejor que el vocalista del grupo. Horas más tarde, en esa cantina casi vacía, lo invitaron a unirse al grupo. Elías abandonó la hacienda de su tío y se dedicó a cantar en las cantinas de todos los pueblos vecinos. Alcohol y mujeres nunca le faltaron. Sin embargo, nada de eso llenaba el vacío que sentía en el corazón. Sabía que debía dejar de beber, pero no podía, no sabía cómo. No había una noche en la que, en medio de su ebriedad, no pensara en Arcelia.

Las pocas veces que estaba sobrio las aprovechaba para visitar a su abuela y a sus dos hermanos menores.

—Arcelia subía a los árboles, conocía el monte —le dijo a la abuela en una de esas ocasiones—. No creo que ella se haya caído por accidente.

—Lo sé mi'jito —la abuela se encontraba en una silla mecedora —, pero ¿qué podemos hacer? Ya pasó mucho tiempo. No llenes de odio tu corazón. Te lo digo por experiencia.

—¿A qué te refieres?

—Olvídalo… —cerró los ojos y respiró profundo.

—Ahora menos lo voy a olvidar. Te conozco, abuela.

—No, mi'jo. Los rencores no se deben heredar.

—¿Te refieres a Evaristo? —Elías había dejado de llamarle papá desde la muerte de Arcelia.

Faustina detuvo el movimiento de la silla mecedora poniendo el pie derecho sobre el piso. Se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar en silencio.

—Lo sabía.

—Ya no puedo más con este secreto.

—Cuéntame —movió la silla en la que estaba sentado y la colocó frente a la mecedora de la abuela. Le tomó la mano y la miró a los ojos.

—Evaristo provocó la muerte de tu abuelo. Estaban en la sala discutiendo. Tu abuelo le reclamó por haber engañado a tu madre con otras mujeres. Le exigió que se marchara de la casa, pero Evaristo lo amenazó con que él sabía que tu abuelo tenía otra mujer y otros hijos. Yo siempre lo supe —la abuela se encogió de hombros

—, pero callé. Tu abuelo se desvaneció en ese momento y Evaristo salió de la casa sin avisarle a nadie de lo ocurrido. Yo había permanecido todo ese tiempo en la cocina, escuchando aquella discusión. Al principio creí que ambos habían salido. Esperé un rato. Y al darme cuenta de que Casiano no hacía ruido, fui a la sala y lo encontré desmayado. Murió esa noche y mi corazón con él. Muchas veces quise decirles a tus tíos, pero tuve miedo. No quería provocar otra desgracia. Creo que ahora te puedo contar esto porque nadie sabe a dónde se fue Evaristo, y de cierta manera sé que tú eres un joven prudente. Tus tíos eran muy atrabancados.

—No te preocupes, abuela. No pienso hacer nada en contra de ese hombre. Puedes quedarte tranquila.

De Evaristo sólo se sabía que vivía con una mujer mucho más joven que él, en algún poblado cercano.

Esa noche Elías terminó sólo en una cantina. En la mesa de al lado, cuatro hombres hablaban sobre un levantamiento armado programado para el 20 de noviembre de aquel 1910. Faltaban apenas quince días. Por primera vez, algo le interesaba de verdad al joven, quien se había sentido absolutamente vacío toda su vida.

—Disculpen que los interrumpa —dijo al girar sobre su silla—. No pude evitar escuchar su conversación.

—¿Eres del Ejército? —preguntó uno de ellos con desconfianza.

—No —alzó las manos.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —la duda estaba latente.

—No lo sé, pero me interesa.

—Entonces no te interesa…

—Sí… Me gustaría apoyarlos, pero no sé cómo.

—¿Alguna vez has disparado un arma?

—No.

—Búscale en otra parte, chamaco.

—No sé cómo disparar un arma, pero sí sé lo que es la injusticia —se puso de pie, se quitó la camisa y les mostró su espalda tatuada por los cinturonazos que su padre le propinaba.

—Cesáreo Castro —el hombre le extendió la mano derecha.

—Elías Cortázar.

—¿Alguna vez has escuchado sobre la Convención del Partido Nacional Antirreeleccionista en abril de 1910?

—No…

Le explicó sobre el movimiento organizado por Francisco I. Madero y sobre el Plan de San Luis. Se levantarían en armas en Cuatro Ciénegas, Coahuila, bajo el mando del oriundo de aquel pueblo: Cesáreo Castro.

Elías abandonó el grupo musical y se adhirió a las fuerzas revolucionarias como quien va en busca de una bala extraviada. Sólo que no contaba con que Cesáreo Castro era abstemio y prohibía a sus soldados tomar una sola gota de alcohol. Dejar de beber resultó mucho más difícil de lo que él creía: sufrió la abstinencia día y noche. Las manos le temblaban como gelatinas, se irritaba en los entrenamientos, su memoria era un basurero. En las noches salía en busca de lugares para emborracharse y al amanecer sus compañeros lo regañaban con severidad. «Si don Cesáreo se entera, te va a fusilar», le advertían. Y tal cual, Cesáreo Castro lo descubrió. Todo él era un efluvio de tequila.

—Se lo advertí, jovencito.

—Le ruego me disculpe —Elías agachó la cabeza—. Estoy haciendo un gran esfuerzo… Pero…

—Pero ¿qué?

—…

—¡Responda!

—No puedo.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo… Se lo juro…

—¡Sí puede! ¡Sólo que no tiene los huevos para dejar el vicio!

—Usted no me entiende.

—¡Usted no me conoce! ¡Claro que sé lo que digo! ¡Yo también estuve en las mismas! ¿Y sabe qué? Un día dije hasta aquí, y desde entonces no he vuelto a consumir esa mierda.

—Le suplico que me dé otra oportunidad.

—Esto no es…

Cesáreo Castro se quedó callado unos segundos. Recordó la etapa de su vida en la que él tampoco pudo controlarse. Lo consiguió justo después de haber incendiado su casa por dejar un cigarro encendido en el sillón. Estaba completamente ebrio. De no haber sido por su esposa, él habría muerto incinerado.

—Será la última, se lo advierto.

Cumplir con su palabra no fue tan sencillo como prometerlo.

Para cuando estalló la guerra, Elías había dejado de beber como lo hacía en tiempos pasados, sin embargo, cuando encontraba una oportunidad se tomaba dos o tres tequilas, cual moribundo en el desierto. Tenía claro que para conseguir aquel objetivo tenía que quemar su casa igual que don Cesáreo.

En febrero de 1911 Cesáreo Castro lo envió a entregar un mensaje a las tropas en Saltillo. Esa noche entró a una cantina con la firme convicción de salir completamente ebrio, pero no pudo, pues apenas se había tomado un trago, vio a Evaristo en una de las mesas del fondo. A pesar de los años, podía reconocerlo a la distancia. Su voz jamás se borró de su mente. Lo observó por un largo rato, cual felino vigilando a su presa. Evaristo no estaba ebrio. Tenía un tequila frente a él, del cual no había bebido una gota. Elías comprendió que su padre había dejado el alcohol y que estaba haciendo el mayor esfuerzo de su vida por no tomarse el tequila que yacía en la mesa. Entonces decidió confrontarlo.

—¿No te vas a tomar eso?

Evaristo, asombrado, levantó la cara. No podía creer que el hombre que estaba de pie, frente a él, fuera su hijo.

—¿Elías? —se rascó la sien—. ¿Julián?

—No te hagas pendejo, sabes quién soy.

—Quizá. No lo sé. Eso fue hace tantos años.

—No. No fueron tantos.

—Para mí ha sido una vida entera —respondió Evaristo con melancolía.

De súbito apareció un hombre frente a ellos.

—Párate —le dijo a Evaristo.

—¿Qué? —preguntó el padre de Elías.

—Te estoy ordenando que te pongas de pie.

—Tú no me… —observó la pistola que el hombre traía en el cinturón—. ¿Me vas a matar?

—Tú eliges: aquí, frente a todos, como un perro rabioso, o allá afuera, con dignidad.

Elías permaneció callado.

—¿Tú preparaste todo esto? —Evaristo le preguntó a Elías.

—No.

El desconocido se sintió confundido.

—¿De qué están hablando? Yo a él no lo conozco. Soy el esposo

de Agustina.

—Ah, ya… Agustina —Evaristo se mostró aliviado—. No sé qué rumores habrán llegado a ti.

—¡Te estoy ordenando que salgas de esta cantina, hijo de la chingada!

—Hazle caso, Evaristo —dijo Elías con tranquilidad.

—Está bien, vamos a hablar allá afuera.

Caminaron ocho cuadras. El hombre iba detrás de Evaristo, apuntándole con la pistola a la cabeza. Finalmente llegaron a un callejón vacío.

—Date media vuelta.

Evaristo obedeció con un suspiro de tranquilidad.

—Lo que sea que…

—Yo la amaba… —el hombre le apuntó a la frente.

—Si me vas a matar hazlo ya —dijo Evaristo resignado a que esa noche moriría.

—Ya fue suficiente —intervino Elías—. Dame tu arma —le dijo al hombre despechado.

—No…

—Dámela. Sabes que no lo quieres matar. Este hombre no vale la pena. No te ensucies las manos. Comienza una nueva vida.

—Ella era todo para mí —sus manos comenzaron a temblar.

—Dame el arma —Elías extendió la mano.

—¿Por qué me hicieron esto?

—No te ensucies las manos. Dame el arma.

El hombre cayó de rodillas en el piso. Lloró como un niño. Atormentado porque en realidad no tenía el valor para matar a Evaristo. Elías se agachó y le quitó suavemente el arma de las manos.

—Era el amor de mi vida —lloraba.

—Te lo agradezco, hijo mío —por primera vez en la vida Evaristo le había dado a Elías una muestra de gratitud. Ni siquiera le había dicho hijo mío. Ese hijo al que tanto había maltratado le había salvado la vida.

—Cállate —respondió Elías aún frente al hombre atormentado.

—De verdad te lo agradezco…

Elías se dio media vuelta muy lentamente. Evaristo vio en su hijo al mismo diablo.

—Te prometo que de ahora en adelante las cosas van a cambiar.

—Te dije que te calles —Elías puso el dedo índice en el gatillo.

El desconocido había dejado de llorar. Apenas estaba comprendiendo lo que tenía frente a sus ojos.

—Volveremos a ser una familia. Sé que cometí muchos errores.

—Demasiados… —apretó los labios y dio unos pasos hacia el hombre que le había dado la vida—. Mataste a mi abuelo, a mi madre y a Arcelia…

—No… Eso no es cierto, Arcelia se cayó… Yo sólo la vi…

Elías le dio un tiro justo en la frente.

El hombre atormentado no podía reaccionar. Elías lo miró a los ojos y le dijo:

—Vete de aquí, construye una nueva vida. Si te vuelvo a ver, te mato.

El hombre salió corriendo.

Capítulo 18

¡Viva la revolución!

Y después que terminó la cruel batalla
y la tropa regresó a su campamento
por la voz de una mujer que sollozaba,
la plegaria se escuchó en el campamento.

Para algunas personas, como yo, la vida comienza a tener sentido cuando nos encontramos en peligro. Sólo así vemos con claridad todos nuestros tropiezos. El ego se desinfla. El miedo nos carcome. Comencé a sudar frío al tener a Pascual Orozco delante de mí, con los ojos hirviendo de rabia.

—¿Creíste que me ibas a engañar? —dijo con la mano en la pistola que tenía en el cinturón.

—Don Pascual… —me tiritaban las manos—. No sé de qué me habla.

—¡Traigan al anciano! —gritó dirigiendo la mirada a la puerta.

Entraron dos hombres con un viejito de apariencia humilde.

—¿Es ella? —preguntó Pascual.

El hombre se acomodó el sombrero hacia la parte trasera de la cabeza, encogió los ojos y me observó detenidamente.

—Se parece…

—¿Es o se parece? —Pascual lo regañó.

—No sé, patrón. Estaba muy oscuro —dijo como si se estuviese arrepintiendo de haberme delatado.

—Usted aseguró que había luz.

—Possí… había poquita porque traivan una linterna y se podía

ver… —arrugó los labios—. Poquito.

—Repítame lo que me dijo hace rato.

—Pos… —me miró de reojo con vergüenza— que esa noche yo vide a tres mujeres y un muchacho haciendo un hoyo en la tierra. Ahí donde encontraron al finado.

—¿Cómo eran las mujeres?

—Una de ellas ya era anciana, las otras dos, chulas y jóvenes.

—¿Qué tan bonitas?

—Pos… retiharto…

—¿Cómo la mayoría de las mujeres de la zona?

—No. Eran güeritas, bonitas —agachó la cabeza—… como ella.

—Ya se puede ir, abuelo —Pascual Orozco respiró profundo.

Por un instante pensé en mentir lo que fuese necesario, pero decidí afrontar aquella situación con la verdad.

—Yo asesiné a Silverio —dije con firmeza—. Fue en defensa propia. Él me estaba golpeando y me iba a matar esa noche.

—Algo le has de haber hecho para que se enojara.

—¡¿Qué?!

—Pensaba llevarte con mi familia para que te cuidaran mientras tenías a tu chamaco, pero yo no puedo tener en mi casa a la asesina de mi sobrino. Mataste a Silverio. Y eso no te lo voy a perdonar —entonces se dirigió a Elías—: Sargento, arréstela y prepare todo para fusilarla.

—Como usted ordene, mi general.

Elías caminó hacia mí como lo habría hecho cualquier otro sargento.

—Póngase de pie, señorita —dijo sin mirarme a la cara.

Me mantuve firme en mi postura. No derramé una sola lágrima.

—Apunte bien, sargento —puse la mano derecha sobre mi pecho—, aquí, directo al corazón. No vaya a fallar.

—Camine, señorita —respondió Elías con seriedad.

—¡No se la pueden llevar! —dijo Dolores con desesperación en cuanto me vio salir escoltada por aquellos hombres.

—Quítenme a esta vieja de encima —ordenó Pascual Orozco.

—¡No! ¡No! ¡No!

—Y si no se calla, también la mando fusilar a usted.

—¡Cálmate, mi niña! —le dijo doña Eufrozina.

Caminamos poco más de quince cuadras cuando de pronto

apareció a lo lejos un hombre cabalgando a toda velocidad hacia nosotros. Orozco y sus hombres se llevaron las manos a sus armas.

—¡Mi general! —gritó el hombre a Orozco.

—¿Y «ora tú, posqué te trais?

—Le traigo una noticia urgente —el hombre se bajó del caballo de un salto—. El capitán Juan Martínez se levantó en armas en Ciudad Juárez. Arrestó a su jefe, Agustín Estrada.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—Maldito traidor —Orozco se llevó las manos a la cintura y miró al horizonte mientras pensaba qué hacer. Minutos después se dirigió a Elías—: Sargento, llévese a esta pinche vieja a la cárcel y asegúrese de que no se escape. Si me falla, lo fusilo —luego se dirigió al mensajero—: Vamos por nuestra gente.

—¿Tons me la llevo, o quiere que la deje en la cárcel? —dijo Elías en cuanto nos quedamos solos.

—No diga tonterías —le respondí—. Posclaro que nos vamos.

—¿A dónde yo quiera?

—No. Vamos primero por Dolores y luego a la hacienda de la coronela Alanís.

—Posvamos —Elías me cargó para subirme al caballo.

Yo iba adelante y él me rodeaba con sus brazos para sostener la rienda del caballo. Sentía su respiración muy cerca de mi oreja.

—¿Sí sabe por qué estoy haciendo esto? —preguntó Elías mientras íbamos por Dolores de regreso a la casa donde me había quedado la noche anterior.

—Porque usted odia las injusticias.

—Muy cierto —respondió y se acercó a mi mejilla—. Pero hay otra razón.

—No la sé, pero con la primera me basta.

—¿No quiere que se la diga?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Posaunque no quiera se la voy a decir: usted me gusta retiharto y por eso estoy haciendo esto, aunque me maten.

—¿Me lo está echando en cara?

—No la entiendo.

—Parece que me lo dice para que yo me sienta comprometida con usted porque me está salvando la vida.

—De ninguna manera…

—Pues así parece.

—Usted dispense.

—Voy a ser muy clara con usted: Silverio nos robó el dinero que traíamos, luego fingió que nos salvó y nos engañó para que viniéramos a Chihuahua con él. Entonces yo me sentí en deuda con él y acepté ser su mujer y aguanté violencia, abusos y tantas cosas. Ahora parece que la historia se repite. Usted me está salvando de la muerte y me dice que le gusto. Quiero que tenga bien claro que por ninguna razón voy a pagarle con sexo ni con dinero ni con favores. Si de verdad lo hace porque quiere ayudarme, lo acepto y se lo agradeceré toda mi vida. Nada más. No espere ningún pago.

—No. Posyo ni siquiera había…

—No se haga menso. A poco cree que nací ayer. La cara de pendeja ya me la vieron una vez. Y con eso tuve.

—Le ruego que confíe en mí. Yo no soy como Silverio.

—Confiaré.

En ese momento llegamos por Dolores, quien al verme regresar comenzó a llorar de alegría.

Era 1 de febrero de 1912. Habían transcurrido tres meses y medio desde las elecciones extraordinarias de México. La primera jornada se llevó a cabo el 1 octubre de 1911. De acuerdo con la Constitución de 1857, los electores (únicamente varones casados de 18 años y solteros de 21 en adelante, que saben leer y escribir, y comprueban bienes y un modo honesto de vida) votan por sus representantes: ciudadanos comunes que votaron por ellos en la segunda jornada el 15 de octubre de 1911. Cada uno de estos civiles electos representó a quinientas personas de su comunidad. Al final únicamente acudieron a las urnas veintisiete mil votantes para elegir al presidente, vicepresidente, senadores y diputados federales. Ni una sola mujer.

Francisco I. Madero y José María Pino Suárez ganaron por mayoría. Se aseguró que jamás había habido elecciones tan limpias como ésas. El nuevo presidente y el vicepresidente llegaron al poder gracias al voto popular y no por las armas, algo que en México era desconocido. Por lo mismo, la actitud de Madero fue vista con

malos ojos por muchos de sus partidarios, la Iglesia Católica, la prensa, la élite mexicana, los senadores, diputados y el Ejército que seguían siendo porfiristas. México no estaba —ni está— preparado para la democracia.

«La bala que mate a Madero salvará a México», dijo un ministro del gobierno del presidente interino Francisco León de la Barra.

Para desgracia de Francisco I. Madero, aquella bala llegó muy pronto acompañada de muchas más. Todo estaba peor que antes. Había demasiada inconformidad. El país se estaba convirtiendo en tierra de salvajes.

El 3 de febrero Pascual Orozco llegó a Ciudad Juárez y sometió a los rebeldes. Tres días más tarde Madero le ofreció el gobierno de Chihuahua, pero lo rechazó. Aunque ya había renunciado al cargo de jefe de los rurales desde el año anterior, Orozco dejó el cargo el 1 de marzo. Al mismo tiempo los magonistas le habían ofrecido que se convirtiera en líder de los colorados. Mientras tanto, Pancho Villa —quien se había alejado por completo de la vida política— se dedicó a reunir a su gente durante varias semanas.

Nos enteramos de esto gracias a la coronela Alanís, quien nos recibió gustosa en su hacienda.

—Como tú misma me dijiste un día, chamaca, tienes que aprender a defenderte por ti misma. Yo te puedo tener conmigo el tiempo que sea necesario, pero no puedo cuidarte a todas horas. Nunca sabes cuándo puede llegar la muerte. Hay pelaos que por unas cuantas monedas están dispuestos a sacarle las tripas hasta a su propia madre.

—Estoy consciente de eso —le respondí.

—¿Y éste quién es? —preguntó mirando a Elías Cortázar.

—Es quien me salvó de…

—¿Y por qué la salvaste? —me interrumpió mirando a Elías.

—Porque se estaba cometiendo una injusticia.

—Me parece una buena respuesta. Supongo que sabes usar las armas.

—Así es —respondió con orgullo—. He estado participando en la Revolución desde sus inicios, al lado de mi general Cesáreo Castro, en Cuatro Ciénegas, Coahuila.

—¿Y qué andabas haciendo en Chihuahua?

—Mi general Cesáreo Castro me envió a que espiara a Pascual

Orozco, pues ya desde endenantes Francisco I. Madero había desconfiado de él y le pidió a mi general que se hiciera cargo de vigilarlo.

—Eso quiere decir que no traicionaste a Orozco.

—No. Sigo siendo leal al movimiento maderista.

—No se diga más. En cuanto llegue mi coronel Villa te pondrás a sus servicios. Adelita y Dolores estarán a cargo de sus propias tropas. Tienen permiso de quebrarse a cualquier pendejo que se quiera pasar de listo. Incluyéndolo a usted.

—Tenga la certeza, mi coronela, de que yo jamás le faltaré al respeto a ninguna mujer.

—Más le vale. Retírese, que quiero hablar con ellas.

—¿Y a dónde voy?

—Busque al sargento Gutiérrez y dígale que a partir de hoy estará con nosotros. Él le dará instrucciones.

La coronela nos llevó a Dolores y a mí a un cuartel donde se estaban preparando decenas de mujeres: reporteras, editoras de revistas y periódicos, activistas, espías, telegrafistas, mensajeras, propagandistas, despachadoras de ferrocarriles, enfermeras y soldadas.

—El problema de los hombres es que creen que ellos son los únicos que piensan y que las mujeres sólo servimos para amamantar, cocinar y lavar. Por eso no han desconfiado de Emilia, quien nos envía los telegramas cada mañana. Juana, Magdalena y Berta, que escriben y editan revistas y periódicos a nivel local, y que Alicia se encarga de llevar a las mensajeras que viajan en tren todos los días y que pasan desapercibidas gracias a las despachadoras de ferrocarriles. Ellas cinco son enfermeras de la Ciudad de México y vinieron a apoyarnos. Aquellas veinte de allá son soldadas, han estado entrenando para los combates que vienen. Ellas estarán bajo su mando. Esta vez no será como al inicio de la Revolución. Las mujeres cambiaremos la historia.

La coronela nos presentó como *soldaderas*, lo cual era un rango más alto que las *soldadas*. Todas ellas nos recibieron con respeto y admiración. La coronela ya se había encargado de hablarles de nosotras. Sólo estaba esperando que regresáramos. Aquel día fue el más emotivo de mi paso por la Revolución. Por primera vez sentí que en verdad estaba haciendo algo importante, que había valido la

pena todo el sufrimiento de los años anteriores. Las mujeres nos estábamos empoderando. Muchas de ellas vestidas con botas, pantalones, camisola, chaleco, carrilleras, sombreros y pistolas. Otras optaron por seguir usando sus faldas hasta los tobillos y sus blusas regionales. Pero eso sí: sus carrilleras bien colgadas en el hombro y cruzadas en el pecho. Sin importar el aspecto, el solo hecho de ser soldadas, soldaderas, coronelas, enfermeras, mensajeras, todas ya nos veíamos fuertes, renovadas.

A partir de entonces pude dormir con tranquilidad, muy a pesar de los riesgos que había: la Revolución, la venganza de Pascual Orozco, mis familiares. Me sabía protegida por mí misma, por Dolores, por la coronela, Elías, y por el resto de las soldadas.

Pancho Villa entró con un grupo de hombres a Chihuahua la mañana del 3 de marzo, y doscientos colorados los recibieron a tiros por órdenes de Pascual Orozco. Luego de un par de horas, Villa se marchó derrotado con su tropa. Tres días más tarde Orozco aceptó el cargo de líder de la rebelión en contra de Madero e inmediatamente el congreso lo reconoció como gobernador de Chihuahua, destituyendo a Abraham González.

Villa estableció nuestro campamento en Santa Veracruz, con quinientos hombres y trescientas mujeres. Tuvimos que movernos de ahí días más tarde. Éramos perseguidos por los soldados de Orozco, por lo tanto, comenzamos a sufrir hambre y pérdidas. En la batalla de La Boquilla, el 15 de marzo, ocho hombres murieron y seis quedaron heridos. Las tropas de Orozco nos superaban. Las derrotas desanimaron a los seguidores de Villa quienes poco a poco fueron abandonando el regimiento. Quedamos alrededor de ciento sesenta hombres y cincuenta mujeres.

Fueron días desoladores. Cada vez que alguien abandonaba el movimiento, Villa hablaba con todos nosotros para que no perdiéramos el entusiasmo. Es fácil permanecer al lado de los ganadores. Sólo quien es leal permanece después de la derrota.

—Somos pocos, pero somos los mejores —le dijo doña Eufrozina en una de esas charlas—. No te preocupes, Panchito. Ya llegarán otros con más huevos.

El día 24 de marzo Villa decidió tomar la ciudad de Parral, lo cual no fue demasiado complicado ya que los colorados estaban desorganizados. Villa instaló su cuartel en el hotel del pueblo. Todo

parecía perfecto, hasta que entró Emilia Fuentes, la telegrafista.

—Mi coronel, recibí un telegrama en el que nos informan que viene en camino un tren cargado de soldados al mando del general González Salazar.

—¿Hay alguna forma de convencerlos de que se detengan o de que se regresen?

—No —respondió Emilia—. Pero podemos detener el tren con otra máquina.

—¿Cuántos vagones tiene el tren que viene? ¿Tenemos uno del mismo tamaño?

—Con la máquina basta. Tenemos dinamita.

—¡Miren a esta vieja tan cabrona! —respondió Villa emocionado —. No que ustedes, bola de pendejos —dijo con una enorme sonrisa.

De pronto se puso serio:

—¿Estás hablando en serio? —miró fijamente a Emilia.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

—Unos cincuenta hombres para que suban la dinamita a la máquina.

—¿Para qué tantos?

—Para hacer una cadena humana.

—Si seré pendejo… —soltó una carcajada.

—Vamos a necesitar a su mejor jinete y a su mejor caballo.

—Supongo que para recibir a toda velocidad al maquinista.

—La maquinista —recalcó Emilia—. Se llama Carla Aguilar.

—¿Y estará dispuesta a…?

—Lo estoy, mi coronel —dijo de pronto una joven de veintisiete años, cuya cabellera lucía unos rizos hermosos—. Carla Aguilar, para servirle.

—Margarito Barrera es mi mejor jinete.

—Prefiero que sea Adelita.

—Pero… ¿Por qué?

—La conozco y confío en ella.

—No se diga más —Pancho Villa se dirigió a sus hombres—. ¡Ya escucharon, cabrones! ¡Apúrense a cargar la dinamita! ¡Y ahí de aquel que se atreva a desobedecer a las Adelitas!

—¿Por qué a mí? —le pregunté a Carla Aguilar mientras nos

dirigíamos a la estación de trenes.

—Porque la admiro y porque prefiero poner mi vida en manos de una mujer que en las de un hombre. Ya es tiempo de que se nos dé el mismo privilegio.

—¿Y qué te trajo a la Revolución? —le pregunté.

—Perdí a mi esposo en las primeras batallas. Entonces ambos sólo éramos espectadores. Trabajábamos en la estación de trenes. Él era ferrocarrilero y yo despachadora, pero me enseñó cómo manejar una máquina. Su muerte despertó a la aguerrida Carla Aguilar que todos ustedes conocen en estos días.

Al llegar a la estación de trenes, Carla y yo nos pusimos a practicar su salto desde la máquina hasta el caballo, conmigo cabalgando. Villa estuvo dándonos consejos todo el tiempo.

—El caballo debe ir un poco atrasado para que cuando ella salte caiga contigo. Si vas a la misma velocidad, ella saltará y tú estarás adelante y caerá al piso. Recuerda bien, Adelita: los estribos acortados para dar juego a las articulaciones. Riendas con poca tensión para no generar dolor en la boca del caballo. Que se estire a voluntad. Tú debes ir con la cabeza, hombros y rodillas adelante de la línea vertical de las correas. Caderas flexionadas y talones detrás.

—Así lo haré, mi coronel.

—Otra vez —continuó Villa—. Hasta que nos quede bien este pinche salto.

Cuatro hombres se colocaron a un lado de la máquina por si Carla caía mal, ellos la recibían. Hicimos el salto poco más de quince veces. Hasta que uno de los hombres de Villa nos informó que ya estaba la dinamita en la máquina y que ya era tiempo de partir.

—Mucha suerte, mi'ja —le dijo Villa a Carla antes de que ella echara a andar la locomotora. Luego me miró a mí—: Ahí te la encargo.

—Todo va a salir bien —me dijo Dolores y me abrazó.

Carla encendió la máquina y todos los presentes, que eran alrededor de doscientas personas, gritaron con entusiasmo: «¡Viva la Revolución!».

—¡Viva la Revolución, cabrones! —gritó Villa.

Todos continuaron gritando:

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva Pancho Villa!

—¡Vivan las Adelitas!

Pancho Villa, la coronela Alanís, Margarito Barrera, Dolores, Elías Cortázar y una docena de soldados nos siguieron de lejos.

¡Fu fu ffuu fffu fffffuu!

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva Pancho Villa!

—¡Vivan las Adelitas!

Nunca olvidaré el sonido de la máquina tan cerca de mis oídos: ¡ffffuu fffffuuu fffuu ffffffuuu!

Yo sólo repetía en mi cabeza: «Estribos acortados. Riendas con poca tensión. Cabeza, hombros y rodillas adelante. Caderas flexionadas y talones detrás».

Entonces escuché el silbido del tren que se dirigía hacia nosotras. Silbaba para que la máquina se detuviera. Sus vidas estaban en peligro. También las nuestras si los dejábamos llegar. Así es la guerra.

Carla salió de la cabina sosteniéndose del barandal de acero. Su cabellera ondulada bailoteaba con el viento.

¡Ffffuu fffffuuu fffuu ffffffuuu!

El tren delante de nosotras seguía silbando.

—¡Ahora! —le grité—. ¡Salta!

Carla brincó y cayó en mi espalda. El caballo perdió el balance por unos segundos. Fue un golpe fuerte para el animal y para mí. La máquina siguió avanzando. Alejé el caballo de las vías sin bajar la velocidad. Necesitaba dar una vuelta amplia. Y a la vez bajar la velocidad poco a poco. Los pasajeros del tren que se dirigía a nosotros comenzaron a brincar desde las ventanas y los extremos de los vagones. Las dos máquinas se estrellaron y murieron veintidós soldados. Por mucho tiempo se le llamó El tren de la muerte. También surgieron muchas leyendas al respecto.

Al día siguiente Villa ordenó que se reunieran a todos los hacendados de Parral y les solicitó que apoyaran el movimiento con dinero, caballos, armas, municiones y alimentos.

La tranquilidad apenas nos duró una semana. El 2 de abril, a las cinco de la mañana, fuimos atacados por las tropas de un tal Emilio P. Campa. Villa ordenó a Martiniano Servín que se fuera a defender el cerro con cien hombres, entre ellos Elías Cortázar. El resto

permanecimos en Parral. Villa, con apenas veinticinco elementos. Las soldaderas nos encargamos de llevarles armas, municiones, agua y comida. Y cuando era necesario también defendíamos el territorio en primera fila de combate.

Esa tarde Emilio P. Campa ordenó la retirada. En cuanto entré al cuartel donde las enfermeras ya estaban atendiendo a los heridos, vi a Elías Cortázar sentado en el piso, con la espalda recargada en la pared, empapado en sudor y con el brazo ensangrentado. Corrí hacia él, me senté en cuclillas y le rasgué la manga de la camisola.

—Es sólo un rozón —dijo con una sonrisa, como si hubiese raspado con la rama de un árbol.

—¡Tienes una bala en el hombro, pendejo!

—No te enojes, Adelita.

Me puse de pie y fui en busca de una de las enfermeras. Estaba curándole la herida a otro soldado.

—¿Ya terminó? —le pregunté

—Aún no, sólo me falta ponerle el vendaje.

—¿Se va a morir si no se lo pone en este momento?

—No, pero… —respondió con indiferencia.

—Déjelo y vaya a atender al sargento Cortázar.

—Espérese —dijo sin mirarme.

Saqué la pistola y se la puse en la sien:

—Haga lo que le ordeno.

La mujer tragó saliva, dejó de limpiar la pierna del paciente y se dio media vuelta.

—¿Quién es el sargento…?

—Aquel que está sentado allá.

—Tenemos que cargarlo a una cama.

—Usted y yo lo podemos hacer.

—¿Qué?

—Créame que sí podemos.

La mujer movió la cabeza de arriba para abajo. No fue fácil para ella, pero lo logramos.

—No tenemos anestesia —dijo ella al ver que tenía que sacarle la bala.

—Traeré una botella de tequila —respondí.

—¡No! —respondió Elías alterado—. ¡No!

—¿Por qué? —pregunté sin saber que él había sufrido de

alcoholismo.

—Me aguanto sin anestesia…

—¡Estás loco!

—¡Te lo ruego!

La enfermera hizo la cirugía y yo asistí todo el tiempo. Elías aguantó sin anestesia.

—Quiero pedirte algo, Adelita… —dijo Elías en medio de aquel dolor que lo atormentaba.

—Dime —respondí sin imaginar lo que escucharía.

—Si muero en campaña, te ruego que me vayas a llorar.

—Ten por seguro que, si algo te ocurriera, yo te lloraría.

Eso fue lo único que dijo y se desmayó.

Elías había demostrado su lealtad a Villa. Aunque no era de los más cercanos, se convirtió en un sargento de confianza. De igual forma había cumplido su palabra conmigo. Hasta el momento no me había insinuado nada. Se comportaba respetuoso todo el tiempo. Y hasta cierto punto, apartado. Admito que su actitud me inquietó. No estaba acostumbrada a eso.

Elías era dulce y distante. Serio y sonriente. Vulnerable y fuerte. Valiente y temeroso. Callado. Muy callado. Y, aun así, nos comunicábamos. Su presencia me reconfortaba. Éramos dos compañeros de la Revolución. Sólo eso. Casi nunca nos veíamos a solas. Jamás me lo pidió. Ni se atrevió a declararme su amor directamente.

—Eres el episodio más hermoso de mi vida —me dijo cuando despertó de la cirugía a media madrugada y me vio sentada junto a él.

—Y tú eres el hombre más valiente que conozco. Mira que aguantar la cirugía así sin anestesia.

—Las Adelitas representan a la mujer valiente —me dijo Elías en una ocasión—. Tú más que todas.

Cuando Villa daba órdenes refiriéndose a nosotras decía: «Vayan con las Adelitas. Pregúnteles a las Adelitas. Que las Adelitas se encarguen». Todos sabían que Villa me había dado el nombre de Adelita. Era un privilegio y a la vez una responsabilidad gigante. Las Adelitas estábamos haciendo un cambio. Los soldados habían respetado las órdenes de la coronela Alanís. Ya no nos veían como mujeres indefensas ni objetos que podían tomar sin permiso. Incluso

las soldaderas que vestíamos botas, pantalón, camisola y chaleco éramos tratadas como cualquier general o sargento.

—Todas somos igual de valientes —le dije a Elías.

—Tú, además de ser valiente, eres bonita.

—Ya fue suficiente.

Además, te has ganado la admiración de todos. Hasta el mismo coronel Villa te respeta.

—Ay, Elías, qué cosas dices —me sonrojé.

Era un secreto a voces que Elías estaba enamorado de mí. Yo que creía que nadie lo sabía. Mi sorpresa fue cuando escuché una guitarra y al regimiento cantar alrededor del fogón:

Si Adelita quisiera ser mi novia.

Y si Adelita fuera mi mujer, le compraría un vestido de seda para llevarla a bailar al cuartel.

Era yo. Aquella niña adinerada que un día salió de su casa sin rumbo fijo se había convertido en un ícono para los revolucionarios. Era yo la protagonista de una canción que muy pronto se hizo popular en casi todo Chihuahua. Y meses después en otros estados de país. No lo podía creer. Yo soy: Adelita.

Si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar: si por mar en un buque de guerra, si por tierra en un tren militar.

No me atrevía a decirle que yo también me estaba enamorando. No quería. No podía. O por lo menos sentía que no debía. Tenía una responsabilidad como soldadera. No quería descuidarla por andar en romances. Me daba miedo enamorarme. Supongo que a él también. Huía de mí. Y yo de él.

El 8 de abril, regresaron cinco mil colorados al mando de José Inés Salazar. El mismo que había estado al frente del combate anterior. Fue imposible mantener la batalla y Villa ordenó la retirada. Éramos cuatrocientos hombres y ciento veinte mujeres. Más los quinientos de Tomás Urbina que se nos unieron en el camino, en un lugar llamado Las Nieves. En esos días, Francisco I. Madero le envió una carta a Pancho Villa, en la que le daba instrucciones de ponerse bajo las órdenes del general Victoriano Huerta, en Torreón. Pasamos por Villa de Santiago y Santa Bárbara hasta llegar a Mapimí, a sesenta kilómetros de Torreón, donde nos estaba esperando Raúl Madero y la División del Norte.

Raúl nos explicó quién era el general Victoriano Huerta:

—Fue secretario en la Guerra de Reforma, estudiante del Colegio Militar durante el gobierno de Benito Juárez, soldado, coronel y general brigadier en el gobierno de Porfirio Díaz, a quien escoltó hasta el Puerto de Veracruz tras su renuncia.

—¿Eso significa que ahora estaremos luchando junto a los que combatimos? —preguntó Margarito Barrera, uno de los amigos más cercanos de Pancho Villa.

—Exactamente —respondió Raúl Madero, quien era muy buen amigo de Pancho Villa—. La División del Norte es nada más y nada menos que el ejército que anteriormente servía al gobierno de Porfirio Díaz, incluyendo a Victoriano Huerta.

—¿Y podemos confiar en ellos? —preguntó la coronela Alanís.

—El presidente Madero dice que sí —respondió Raúl sin faltarle al respeto a la investidura de su hermano.

—Yo la mera verdad, no confío en ninguno de ellos —agregó Villa—. No es bueno dejar vivos a los enemigos y mucho menos aliarse con ellos.

—Te voy a ser sincero, Pancho: no es fácil lidiar con él. No muestra respeto a nadie. Es soberbio, agresivo, egoísta, cruel. Siempre está borracho o marihuano. Además, te desconoce como coronel.

—Pero el presidente Madero me otorgó el rango —dijo Villa.

—Lo sé —continuó Raúl Madero—, pero Huerta es un viejo que se formó en el Colegio Militar y no acepta nombramientos que hayan sido otorgados fuera del Ejército. De hecho, a ustedes los llamaba «cuerpo de exploradores» y piensa enviarlos al frente.

—¿Tú qué opinas, Adelita? —me preguntó mientras Raúl Madero hablaba.

Éramos alrededor de doscientas personas reunidas, las de mayor confianza. Otras setecientas se encontraban descansando o comiendo.

—El presidente Madero cometió un grave error al mantener al ejército porfirista. Necesito alejarme de todo esto por un instante. Quiero aire fresco. Silencio.

—Vámonos —era la primera vez que Elías me hacía una propuesta como ésa.

Nos alejamos con discreción hasta llegar a las monturas. Cabalgamos a paso lento por un largo rato, sin hablar. No fue

incómodo; por el contrario, era relajante saberme acompañada en silencio.

—Gracias —dije de pronto.

—¿Por qué?

—Por acompañarme.

—Ya me estaba aburriendo. A veces suelen…

—No me refería a este momento… —lo interrumpí—. Debí decir gracias por haberme salvado la vida.

—No tienes por qué agradecerlo.

—Sabes que sí. Yo fui muy grosera contigo antes de que me desmayara.

—De qué fingieras un desmayo —lo dijo con una sonrisa.

—¿De verdad te diste cuenta?

—Era muy obvio.

—Orozco no lo vio…

—Él es un imbécil.

—Estaba segura de que todo mundo me había creído.

—La verdad es que yo también me la creí, sólo que con el paso del tiempo llegué a la conclusión de que lo habías fingido. Pero fue una excelente actuación.

—Eres un tramposo. Hiciste que me delatara.

Entonces me di cuenta de que le estaba coqueteando a Elías.

—Disculpa —agaché la cabeza—. Debemos regresar.

Los caballos dieron media vuelta y el mío avanzó, pero el de Elías no.

—Adelita…

Detuve mi caballo y cerré los ojos.

—Dime…

—¿Quieres ser mi novia?

Mi corazón estaba a punto de reventar dentro del pecho.

—Lo siento. No puedo.

—Yo podría hacerte muy feliz —continuó.

—Tengo responsabilidades con la Revolución…

—Adelita… Tú eres mis sonrisas y mis sueños.

—Sargento, regrésese al cuartel.

Capítulo 19

No se manchó las manos
ni con oro ni con sangre

Al oírla, el sargento temeroso
de perder para siempre a su adorada,
escondiendo su dolor bajo el esbozo,
a su amada le cantó de esta manera:
y se oía… que decía… aquel que tanto se moría…

Un día, Victoriano Huerta mandó llamar a Francisco Villa al hotel Salvador para informarle que la Secretaría de la Defensa lo había ascendido a General Brigadier. Un honor al que todo miembro del Ejército aspiraba alguna vez en su vida, y más aún en las circunstancias en las que se encontraba el país. No cualquiera obtenía dicho privilegio de manera tan rápida. Pero la envidia es la madre de todas las burlas. Los uniformados reunidos en ese hotel aprovecharon la ocasión para ridiculizar a aquel analfabeta que estaba haciendo el trabajo difícil. Para los oficiales de carrera, Villa sería siempre general honorario. O el Generalito.

Casi todos creían que la sed de protagonismo de Victoriano Huerta era la causante de su actitud beligerante hacia Villa. Otros aseguraban que se debía a su alcoholismo. Villa comprendió la verdadera razón mucho tiempo después, cuando Victoriano Huerta traicionó a Francisco I. Madero en febrero de 1913. Odiaba a Madero. Lo odiaba desde antes de que iniciara la Revolución. Huerta era porfirista. Por eso, cuando le asignaron hacerse cargo de la rebelión contra los orozquistas, envió a Pancho Villa por delante

sin arriesgar a sus hombres. Retrasó los combates más de tres semanas, aunque ello implicara gastar tres mil cañonazos y un millón de cartuchos.

Victoriano Huerta quería ser presidente de México. Tenía que quitar a Villa del camino y permitir que las tropas de Orozco se nutrieran para poder levantarse en contra del gobierno de Madero.

Y para quitar a Villa de en medio aprovechó la primera escusa que se le apareció: un oficial federal le había robado una yegua pura sangre a la gente de Villa, quien fue a hablar con Huerta para solicitar la devolución.

—¿Quién te crees para venirme a dar órdenes a mí? —Huerta estaba ebrio.

—No vine a dar órdenes, sólo estoy pidiendo…

—Eres general honorario… perdón: brigadier, brigadier, brigadier —rió sarcásticamente—. No necesitas venir a pedirme nada. Ve por tu pinche yegua y deja de joder.

—Mi general, le pido que…

—¡¿Qué?! —le gritó en la cara y su saliva le salpicó a Villa.

—Que guarde las consideraciones que me merezco…

—¡Disculpe usted, mi Generalito! —se inclinó y mostró reverencia con una mano de forma mordaz.

—Con su permiso, me retiro.

—¡Lárgate, pinche guerrillero de mierda!

Villa se dirigió al hotel donde se hospedaba el telegrafista de la columna de Huerta.

—Buenas tardes —dijo Villa.

El hombre se encontraba sentado frente a su escritorio, leyendo un periódico.

—Quiero enviar un telegrama urgente…

—¿A quién? —el telegrafista no levantó la mirada.

—Al señor presidente Francisco I. Madero.

Entonces alzó la cara con sorpresa.

—Lo escucho…

—Señor presidente de la república mexicana, Francisco I. Madero, solicitó a usted, el permiso para colaborar sólo en las labores que se me han encomendado, ya que las relaciones con el general Victoriano Huerta no han sido productivas. Sin más por el momento, me despido y agradezco su atención.

Villa se retiró sin cerciorarse de que el telegrama llegara a Madero. El telegrafista acudió inmediatamente ante Victoriano Huerta, quien esa misma noche envió a un grupo de federales por Villa para llevarlo ante él, pero Villa tenía fiebre y les prometió que iría a la mañana siguiente. Victoriano Huerta enfureció y llamó al coronel Rubio Navarrete que se preparara para combatir el levantamiento de Pancho Villa, incluso le ordenó que utilizara las ametralladoras.

El coronel Rubio Navarrete fue a investigar a los campamentos de los irregulares maderistas y sólo encontró gente dormida. En el hotel donde se hospedaba Pancho Villa tampoco encontró movimiento sospechoso.

A la mañana siguiente (4 de junio de 1912). Victoriano Huerta, aún ebrio, enfureció al descubrir que no se habían cumplido sus órdenes; entonces mandó fusilar a Villa, quien en ese momento (aproximadamente 7:30 a. m.), se dirigía al vagón del tren donde tenía su cuartel. Y ahí mismo, sin ninguna explicación, se dispusieron a fusilarlo.

Nadie había visto tan asustado a Pancho Villa como aquella mañana.

—¡Yo no soy un traidor! —comenzó a llorar—. ¿Por qué me van a fusilar?

El teniente coronel Rubio Navarrete llegó en ese santiamén.

—¡Alto! —gritó repetidas veces—. ¡Alto! ¡Alto!

Los coroneles al mando obedecieron.

—¡No pueden hacer esto!

—Son órdenes de mi general Huerta —respondió el coronel a cargo.

—¿Así sin más le van a quitar la vida? ¿Sin cargos, sin consejo de guerra?

—Son órdenes de mi general Huerta.

—¡Deben esperar a que hable con él! ¡No existen pruebas de que Pancho haya planeado algún levantamiento!

Toda la gente de Villa estaba enardecida y a la vez entristecida. Entre ellos Palomino, el protegido de Villa.

—¡Pancho no debe morir! —golpeó con el puño la lámina de uno de los vagones del tren donde había dormido las últimas semanas—. ¡Pancho no debe morir! —la golpeó de nuevo—.

¡Panchonodebemorir! —comenzó a hablar con mucha velocidad—. ¡Panchonodebemorir! —otro golpe—. ¡Panchonodebemorir! —su mano sangraba—. ¡Panchonodebemorir!

—Llévense a Palomino —dijo doña Eufrozina con las mejillas empapadas en llanto.

—¡NovanamataraPanchoVilla! ¡NovanamataraPanchoVilla!

Adelita, Dolores y Elías se acercaron a Palomino y lo abrazaron para evitar que siguiera golpeando la lámina.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

—Palomino, tranquilízate —dijo Adelita abrazándolo como si se tratase de su propio hijo.

—Panchovillanodebemorir —lloró Palomino—. PanchoVillaesbueno. Panchovillaesbueno.

—Todos sabemos que es bueno. Pancho Villa es un hombre muy bueno —le dijo Dolores llena de lágrimas.

—Vamos a caminar —propuso Elías.

—Nononono —respondió Palomino rápidamente—. Palominoaquísequeda. Palominoaquísequeda. Palominoaquísequeda.

Mientras tanto los hermanos del presidente Madero, Emilio y Raúl, y otros más se encontraban con Victoriano Huerta tratando de convencerlo de que detuviera la ejecución.

—¿Por qué lo quiere fusilar, mi general?

—Porque así lo demanda mi honor militar.

—Sólo recuerde que Francisco Villa tiene el aprecio del presidente Madero —dijo Emilio Madero.

—¿Me están amenazando? —respondió Huerta al mismo tiempo que se servía un trago de coñac.

—No. De ninguna manera. Es sólo una plegaria —agregó Raúl Madero.

—No lo voy a fusilar, pero lo enviaré a la capital. Y le escribiré un telegrama al presidente Madero para que se entere de la traición de su amigo el Generalito. —Entonces se dirigió a dos sargentos—. Tráiganme a ese Pancho Villa.

En cuanto la noticia llegó al coronel Rubio Navarrete, la gente alrededor mostró su alegría con gritos, pero luego todo cambió al enterarse de que Pancho Villa sería enviado como preso a la capital. Villa fue llevado ante Huerta, quien únicamente quería verlo para

burlarse de él. Luego ordenó que lo subieran a un tren rumbo a la Ciudad de México.

Afuera, la gente de Villa estaba tan enardecida que Huerta tuvo que enviar a cincuenta hombres para que escoltaran al prisionero.

—Permítame despedirme de mi gente —suplicó Villa.

—No te tardes —dijo el coronel.

—No se den por vencidos. Sean fieles al gobierno de Madero. A nuestras convicciones.

—Ya fue suficiente —y lo subieron al vagón de carga, en la cola del tren, con cincuenta federales.

Los hombres cercanos a Villa tuvieron que realizar grandes esfuerzos para tranquilizar a los irregulares maderistas que se querían levantar en contra del general Victoriano Huerta.

—¡Viva Pancho Villa! —gritaba la multitud exaltada.

—¡Calma! —gritó Margarito Barrera.

—¡Fuera Victoriano Huerta!

—¡Todo se va a solucionar! —insistió Emilio Madero—. ¡Pronto Villa estará de regreso!

—¡Viva la Revolución! —gritó alguien—. ¡Levantémonos en armas en contra de estos federales!

—¡Si hacemos eso, le daremos la razón a Victoriano Huerta! —continuó Raúl Madero—. Todos ustedes saben que mi general Francisco Villa es incapaz de traicionar al gobierno constituido.

Fueron largas horas de angustia, dolor, rabia e incertidumbre. Francisco Villa, Pancho, para quienes lo amaban, Pancho Villa, había sido enviado a la Ciudad de México para ser fusilado. Aquel hombre que les había dado esperanza, que les había enseñado a luchar por los derechos de los pobres, a confiar en sí mismos, a ganarse el respeto, ahora estaba al borde de la muerte. Una sola persona puede avivar el espíritu de la gente y otra puede aniquilarlo: Victoriano Huerta.

—Maldito borracho —dijo doña Eufrozina sin poder controlar el llanto.

Nadie intentó darle alivio, porque nadie creía en consuelo en ese día tan desolador.

—Panchito —lloraba derrumbada en el piso. En el mismo lugar donde lo iban a fusilar esa mañana.

En medio de aquella tormenta nadie se percató de que Palomino

había desaparecido. Había tomado un rifle y salido detrás del tren.

—Panchovillanodebemorir —repetía Palomino mientras caminaba sobre las vías del tren—. Panchovillaesbueno.

—¿A dónde vas? —le preguntó uno de los quince federales que vigilaban que los irregulares maderistas no se levantaran en armas.

—Panchovillanodebemorir —repetía sin mirar a los federales—. Panchovillaesbueno.

—Tu Generalito ya se fue —dijo uno de ellos con risas.

—Papá Pancho te abandonó.

—¿Qué éste no es el protegido del Generalito? —dijo otro con burla.

—Panchovillanodebemorir.

—Sí, es el muchacho que mató a sus padres —explicó otro.

—¡Pero este pendejo no mata ni una mosca!

Todos se carcajearon.

—¿Qué pasa? ¿Extrañas a papá Pancho?

—Panchovillaesbueno. Panchovillaesbueno. Panchovillaesbueno. Panchovillaesbueno. Panchovillaesbueno.

—¡Ya cállate, pedazo de idiota!

—Panchovillaesbueno —subía y bajaba la cabeza—. Panchovillaesbueno. Panchovillaesbueno.

—¡Te estoy ordenando que te calles!

—Panchovillanodebemorir.

—¡Entrégame el rifle! —el hombre estiró el brazo.

—Nonononononono.

—¡Dame ese rifle!

—Panchovillanodebemorir.

El hombre intentó quitarle el rifle a Palomino sin imaginar que se encontraría con la muerte. Palomino le disparó directo al pecho.

—Panchovillanodebemorir.

Los demás sacaron sus armas y Palomino disparó a quemarropa, hiriendo a tres de ellos antes de que una lluvia de balas le penetrara el pecho y la cara. Los sobrevivientes se dieron a la fuga y dejaron los dos cadáveres sobre las vías.

No pasó mucho tiempo para que alguien encontrara el cuerpo de Palomino.

—¡Mataron a Palomino! —gritó una joven soldada—. ¡Lo mataron esos malditos!

—¡No! —doña Eufrozina se llevó las manos temblorosas a la boca—. ¡No! ¡Mi niño! ¡Mi Palomino! ¿Por qué, Dios mío?

Doña Eufrozina no volvió a probar bocado a partir de ese día. No pronunció una sola palabra. No se levantó de su cama. Ni derramó una lágrima más. Nada. Murió once días más tarde y con ella, las esperanzas de muchos de los que la habían seguido. Murió creyendo que Villa moriría muy pronto. Murió desilusionada de la humanidad. Murió sin saber que la Revolución apenas comenzaba. Murió segura de que Victoriano Huerta le haría mucho daño al país. Y no se equivocó…

Pancho Villa llegó a la Ciudad de México sin el apoyo de nadie, ni siquiera el del presidente Francisco I. Madero, quien tanto le había ofrecido su amistad. La noticia sobre el arresto de Villa era ya internacional. Circulaban periódicos con diferentes versiones, casi todas a favor de Huerta. Villa era entonces el tirano de la historia. El general brigadier, Francisco Villa, fue encarcelado en el Palacio Negro de Lecumberri. Se le dictó el auto de formal prisión por robo, insubordinación, y desobediencia.

Francisco I. Madero fue acusado de haber traicionado a Pancho Villa al dejarlo en la cárcel. Lo cierto es que el presidente quería evitar la ira del Ejército que erróneamente había mantenido tras la caída de Porfirio Díaz. Y peor aún, el error de haber mantenido en las filas a Victoriano Huerta. Madero concibió una posible salida fácil: otorgarle a Villa el exilio. España como destino.

Seis meses más tarde, Pancho Villa comprendió que la guerra contra las leyes mexicanas la tenía perdida, entonces decidió fugarse de la prisión. En aquellos meses Villa había dedicado su tiempo a mejorar su ortografía escribiendo cartas con el apoyo del prisionero zapatista Gildardo Magaña y los libros de historia que leía la mayor parte del tiempo. Asimismo, aprendió a escribir a máquina, la cual le prestaban en el juzgado ubicado en la misma prisión. Ahí conoció a un joven secretario llamado Carlos Jáuregui, con quien hizo una buena amistad. Con el paso de los días, Villa le pidió que lo ayudara a escapar de la prisión. Jáuregui aceptó, pues lo admiraba y sabía que el juicio estaba amañado.

La fuga se concibió el 26 de diciembre de 1912. Villa entró al juzgado, y con apoyo de Jáuregui atrancó la puerta con una barra de acero, levantaron la reja y salieron por los pasillos de las

oficinas. Carlos Jáuregui le tenía preparado el disfraz: lentes oscuros, traje y bombín. Bajaron por unas escaleras de caracol hasta llegar a la planta baja, donde se cruzaron en repetidas ocasiones con personal de la prisión. Muchos de ellos ya conocían a Carlos Jáuregui. Villa se tapó la boca con un pañuelo.

—¡Jáuregui! —dijo alguien en el patio antes de llegar a la puerta de la calle.

—No voltees —le dijo Villa en voz baja.

No le hizo caso.

—Hola —se detuvo.

—¿Vas a comer?

—No, no… —señaló a Villa—. El doctor y yo vamos a atender unos asuntos.

—Bien. Nos vemos en la tarde para terminar los archivos pendientes.

—Aquí nos vemos.

Dio la misma explicación en dos ocasiones más, incluyendo al guardia de la puerta. Al salir se dirigieron a Tlatelolco en tranvía; de ahí tomaron un taxi a Toluca; luego abordaron varios trenes a diferentes ciudades para no ser rastreados, hasta llegar a El Paso, Texas, el 3 de enero de 1913.

El 13 de enero de 1913, *El Paso Herald* publicó que Pancho Villa estaba en aquella ciudad fronteriza. La noticia llegó inmediatamente a Chihuahua.

Para entonces muchos habían abandonado las tropas irregulares maderistas. Entre ellos Adelita, Dolores y Elías. Tardaron un par de meses en recuperarse de las muertes de Palomino y doña Eufrozina.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos o nos quedamos? —le preguntó Adelita a Dolores uno de esos días de julio en los que la desolación les cortaba el aliento.

—No me importa… Ya no tengo ganas de vivir.

—No digas eso.

—No tenemos nada. No somos nada.

—Tenemos mucho por qué vivir.

—¿Sí? ¿Cómo qué? ¿Tienes hijos? ¿Alguien a quien besar en las noches? ¿Un trabajo fijo? ¿Una familia? Tú y yo no tenemos nada. Nada.

—Nos tenemos una a la otra.

—Por el momento… Pero el día que te cases yo me quedaré sola.

—Dolores, por favor, no co…

—No me digas eso otra vez —Dolores comenzó a llorar—. ¡Ya basta! No quiero escuchar lo mismo de siempre. Tú sabes lo que yo siento. Sabes perfectamente porque sigo aquí. ¡Sí! ¡Tú eres todo lo que tengo en la vida, pero jamás seré todo para ti! ¡Nunca me vas a amar como yo a ti!

Adelita no se atrevió a responder.

Semanas más tarde consiguieron trabajo en una hacienda de Parral, donde nadie los conocía.

—¿Por qué tenemos que irnos a vivir justo donde va a estar Elías? —preguntó Dolores con molestia.

—Porque él consiguió los trabajos.

—Tú y yo podríamos haber conseguido trabajo en otro lugar.

—Pero no lo hicimos y ya no tenemos dinero.

—Quisiera tener las fuerzas para alejarme de ti —Dolores miró en dirección contraria.

—No te enojes —Adelita le rodeó el cuello con el brazo y la jaló hacia ella. Con eso era suficiente para que Dolores se sintiera feliz.

Los siguientes meses transcurrieron en paz. Aunque las noticias llegaban todos los días, no era lo mismo que estar en la línea de fuego, caminar días y noches, dormir a la intemperie, comer tortillas y frijoles, ver heridos todos a diario, sentir el miedo de las balas circulando cerca de ellos.

—¿Extrañas la Revolución? —le preguntó Elías un día que se encontraban solos en la cocina.

—A veces sí. A veces no.

—A mí la verdad ya no me importa.

—¿Por qué?

—Porque estoy cerca de ti y con eso me basta.

Adelita sonrió.

—Sargento…

Elías se puso de pie y caminó hacia ella.

—Ya no soy sargento —estaba a unos centímetros de ella.

Adelita volteó la cara.

—No.

—Ya no tienes la responsabilidad de la Revolución ni gente a tu

cargo.

—Elías, por favor.

—Dame una oportunidad. Sólo una.

La tomó de las mejillas y la besó. Adelita no se pudo rehusar. Necesitaba paz, alegría, amor. Elías la había enamorado lentamente. Sin presiones. Simplemente con su forma de ser.

Luego de un largo beso, Adelita lo detuvo. O se detuvo.

—Ya fue suficiente. Vuelve a tus obligaciones.

—Con una condición… —Elías seguía besándole los labios suavemente.

—¿Cuál? —Adelita no oponía resistencia.

—Que aceptes ser mi novia —le chupó el labio inferior.

—Sí. Acepto.

A eso le siguió un beso prolongado y una marea de caricias.

—Basta. Va entrar alguien y no quiero que nos vean.

—¿Por qué? —Elías se encogió de hombros.

—Porque no quiero y eso es suficiente.

Adelita se guardó aquella alegría por varios días. No se atrevía a contárselo a Dolores. Para su mala fortuna fue ella la que se dio cuenta desde el primer día. Conocía demasiado a Adelita, pero también se calló. Se tragó su dolor. Una mañana al entrar a la cocina los vio besándose. Elías salió sin saludar a Dolores.

—Acepté ser novia de Elías —le dijo Adelita a Dolores sin preámbulo.

—Qué bien —Dolores apenas si pudo responder.

—Es un buen hombre…

—Sí que lo es…

—¿No me vas a felicitar?

—Felicidades —le dio la espalda y salió de la cocina.

—No te alegra.

—Claro que me alegra que encuentres el amor. Me da mucha felicidad por ti.

Ese día Dolores lloró nueve horas sin pausa a la orilla de un riachuelo solitario. Su gran amor había encontrado la felicidad en otros brazos. Dolores no pudo con el huracán de sentimientos que revoloteaba todo dentro de su corazón. Cecilia era sin duda el amor de su vida. Adelita era todo eso imposible de explicar. La cordura y la rebeldía. La paz y el berrinche. La alegría y el enojo. La tierra y el

mar. Lo intangible y lo material. El silencio y el escándalo. La tranquilidad y la furia. El sueño y la pesadilla. «Oh, Adelita. Te amo tanto. Tanto. Tanto».

Al despertar la mañana siguiente, Dolores se propuso olvidar a Adelita. Sabía que debía sacarla de su corazón. Para siempre. Comenzó por hacerse de nuevas amigas. Todas esas mujeres que había conocido en Parral y que había ignorado. Semanas después logró conquistar a una de las mucamas de la hacienda. Una joven de diecisiete años muy parecida a Yadira. Aunque no tan seductora.

Una de las labores de Dolores consistía en recibir cada mañana el periódico en la puerta de la casa y llevárselo al patrón al comedor. Con frecuencia aprovechaba el tiempo libre para leer las noticias. A veces lo hacía antes de que bajaran los patrones a desayunar, lo cual era muy frecuente, pues no eran muy puntuales.

Por aquellos días se enteró de la fuga de Pancho Villa. Dolores guardó silencio ante Adelita. Había decidido irse con Villa en cuanto éste regresara a Chihuahua y reorganizara sus tropas. No quería saber más de Adelita, con quien ya no hablaba. Apenas si se saludaban en la cocina y en los pasillos cuando se encontraban. Cuando había pláticas grupales en la cocina se echaban indirectas. Si una le pedía un favor a la otra, ésta se negaba o le respondía con una majadería. A veces, en los pasillos o en la cocina chocaban entre sí, para hacer que a la otra se le cayeran los trastes o algo que llevaran en las manos.

Hasta que un día de tantos, Adelita logró hacer que a Dolores se le cayera la charola en la que llevaba el café para el patrón y el periódico del día.

—¿Ya leíste esto? —preguntó Adelita asombrada al ver el periódico en el piso.

—Sí. Ahora entrégame el periódico —respondió Dolores con indiferencia.

—Espera… —Adelita se mostró indignada—. Estabas enterada y no me dijiste.

—No. ¿Y?

—No puedo creerlo…

—¿Qué es lo que no puedes creer?

—Que me hayas ocultado algo tan importante.

—En tu vida no hay nada más importante que Elías.

—¿Y crees que no me he dado cuenta de la sirvienta a la que te estás cogiendo?

—No le digas así.

—Es una sirvienta, igual que tú y yo —dijo Adelita con socarronería.

Dolores no pudo contener su enojo y le dio una bofetada a Adelita.

—Estoy harta de ti —le gritó Adelita a Dolores y le dio una cachetada.

—Y yo de ti —respondió Dolores con otra bofetada.

Ambas se miraron como dos fieras en celo.

Adelita soltó otro golpe.

Dolores le respondió igual.

Mientras tanto en el piso yacía el periódico en cuyo titular se leía: «Francisco I. Madero y José María Pino Suárez: fusilados».

Todo comenzó la mañana del domingo 9 de febrero de 1913 cuando Félix Díaz, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón se sublevaron en contra del gobierno Maderista. Intentaron tomar el Palacio Nacional, pero perdieron la batalla ante el Ejército, por lo tanto, se atrincheraron en la Ciudadela, entonces, el depósito de armas, y permanecieron diez días. Una decena trágica: bombardeos y balaceras a todas horas. Casas y edificios destruidos y una alfombra de cadáveres por todas partes.

Francisco I. Madero creyó en las instituciones, en la democracia, en el Ejército y en Victoriano Huerta. El mismo que había intentado fusilar a Villa sin motivo alguno. Huerta recibió el mando de defender la capital ante los ataques de la aquellos trágicos diez días. De nada sirvieron las cartas que Villa le envió a Madero advirtiéndole que se cuidara de él, ni que su mismo hermano, Gustavo A. Madero, arrestara a Huerta y le explicara que ese general estaba detrás de la decena trágica. Nadie logró convencer al presidente de que México no estaba preparado para la democracia ni para las buenas intenciones. Nadie. Francisco I. Madero le creyó a Victoriano Huerta cuando éste le juró que era el más leal de sus hombres. Madero le devolvió la pistola, y le dijo: «General, tiene usted veinticuatro horas para demostrarme su lealtad». Veinticuatro horas más tarde, el 18 de febrero, Victoriano Huerta llevó a cabo su golpe de Estado: arrestó al presidente y al vicepresidente en Palacio

Nacional y a Gustavo A. Madero en el restaurante Gambrinus. El 19 de febrero, Huerta obligó a los prisioneros a renunciar a sus cargos. Entonces tomó posesión como presidente el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin, quien inmediatamente nombró a Victoriano Huerta ministro de Relaciones, cargo que le daba pase directo a la presidencia en cuanto Lascuráin renunciara, lo cual ocurrió cuarenta y cinco minutos después. El 22 de febrero Madero y Pino Suárez fueron llevados al Palacio de Lecumberri; entraron por la parte trasera y al bajar del auto los acribillaron.

Capítulo 20

No te esperaba

Y si acaso yo muero en campaña,
y mi cadáver lo van a sepultar,
Adelita, por Dios, te lo ruego,
que con tus ojos me vayas a llorar.

Adelita soltó otro golpe. Dolores le respondió igual.

Entonces nos miramos una a la otra como nunca antes. Jamás había entrado tan profundo en sus ojos. Nuestras respiraciones se encontraban agitadas. No nos movimos. Ignoro cuánto duró ese instante. Quizá fueron cinco segundos. Pero para mí fue una eternidad. No lo pude evitar. Tenía que hacerlo. Ya. No había marcha atrás. Ése era el momento. Ni uno antes. Ni uno después. Entonces me acerqué a ella sin quitar la mirada de aquellos ojos y la besé. Me besó. Me besó como nunca nadie lo había hecho. Un torbellino agitaba todo dentro de mi cuerpo.

Como dos imanes caminaron envueltas en sus brazos y adheridas por sus labios a una de las habitaciones para huéspedes y se encerraron con llave. Adelita se acostó bocarriba mientras Dolores le acarició con las puntas de sus dedos cada centímetro de su rostro. No era un sueño. Adelita estaba ahí, con ella, dispuesta a entregarle su cuerpo, su alma y su vida.

—Eres todo lo que me enamora —dijo Dolores al mismo tiempo que le desabotonaba el vestido.

—Tú eres el mar de mis emociones —le respondió Adelita y le besó la barbilla como si fueran los pétalos de una rosa.

Dolores le quitó el vestido y descubrió una lluvia de estrellas estampada en los lunares de su pecho. Le besó una clavícula y siguió hasta la cúspide de uno de sus pezones. Su lengua rodeó la areola rosada. Una, dos, tres, suave, lento. Entonces chupó toda la circunferencia.

Adelita sumergió sus dedos dentro de la esponjada cabellera de Dolores. La jaló hacia ella.

—Soy tuya —y le arrancó los botones al vestido de Dolores de un solo tirón.

Ambas se desnudaron y contemplaron sus cuerpos por lo que parecía una eternidad. Sus dedos exploraron las curvas y las cumbres. Se alimentaron con los aromas que emanaban de sus orillas. Empaparon con saliva todos los poros de sus pieles. Bebieron los jugos de sus volcanes. Sus dedos viajaron hasta las profundidades y agasajaron aquellos muros delicados, sensibles, desconocidos para muchos hombres. La felicidad estaba ahí, en sus caricias y en sus labios. «Más, más. Sigue». Sus sexos unidos en un beso húmedo y agitado. La piel erizada. Sus piernas temblando. Los orgasmos como las erupciones de un volcán explotaban uno tras otro. Tantos que parecía imposible. Tantos que no podían detenerse. Tantos que no querían que el placer terminara jamás.

Aquella mañana Adelita se sintió más feliz que nunca. Por fin estaba conociendo el amor verdadero. Estaba dispuesta a luchar contra todos los prejuicios para defender lo que sentía por Dolores.

—Cómo no me di cuenta antes —le susurró al oído—. Siempre amé tus ojos, tus labios, tus mejillas. Todo estaba ahí, frente a mí todo este tiempo. Fui una tonta.

—Eres el amor de mi vida —dijo Dolores.

—Y tú el mío. No lo puedo creer —Adelita sonrió y la besó en la boca—. Lo nuestro es lo que el mundo creía imposible.

—¿Y Elías?

—…

Imposible confesarle a Dolores que los amaba a los dos con la misma intensidad. Que había encontrado en ambos esa paz que ella tanto necesitaba. Los dos la entendían perfectamente. Sabían seducirla de maneras distintas. Imposible confesarles que ella y él complementaban el amor perfecto. A uno le sobraba lo que a la otra le faltaba, y viceversa. Entonces comprendió el adulterio de su

padre. Aquella joven mujer tenía de lo que su madre carecía. Nadie le enseñó que era posible amar a dos personas a la vez. Igual magnitud. Pero tenía que renunciar a uno de ellos. Aunque no quisiera le haría trizas el corazón a uno de los dos. ¿Renunciar a la feminidad de Dolores o a la virilidad de Elías? ¿La ternura de ella o la fuerza de él? ¿Los labios de Alejandra o los brazos de Elías? ¿Unos pezones rozados o ese pelo en pecho? ¿La dulzura de una voz femenina o la gravedad de una varonil? ¿La inteligencia femenina o la ingenuidad masculina? ¿Por qué renunciar a alguno?

En ese momento su único deseo era permanecer ahí, acostada con Dolores. Pero debían regresar a sus labores.

—Vámonos antes de que nos descubran —dijo Dolores—. Seguramente ya nos están buscando en toda la hacienda.

Se vistieron al mismo tiempo que se seguían besando apasionadamente.

Dolores se dirigió a la cocina y Adelita a los gallineros, para no levantar sospechas. Apenas abrió la puerta un golpe en la nuca la dejó inconsciente.

Despierto y me encuentro en una cárcel oscura, mal oliente y fría. Un hombre me vigila.

—¿Quién es usted? —pregunto.

—Eso no importa —el hombre me ignora.

—¿Por qué me tiene aquí?

—Ya debes saberlo.

—No lo sé.

Entonces lo comprendo todo… Mi tiempo se ha terminado. Me ha tenido encerrada tres días sin alimento, sin agua y sin ninguna explicación. Finalmente entra un grupo de hombres y me ordenan que me ponga de pie.

¿Algún día podrá existir un México libre? ¿Un México demócrata? ¿Un México laico? ¿Un México en el que las mujeres podamos votar y ejercer cualquier oficio? ¿Existirá algún día un México sin violadores sexuales? ¿Un México sin corrupción? Retumban las campanas de la iglesia. La guerra continúa. Y continuará. Caray. México duele. Me dueles, México. Hasta la médula. Quiero salir corriendo. ¡Viva México! ¡Viva Pancho Villa! ¡Viva Francisco I. Madero! ¡Viva Emiliano Zapata! ¡Viva Venustiano Carranza! ¡Viva Benito Juárez! ¡Viva Porfirio Díaz! A todos les

debemos Patria. ¿Todos? A su manera han hecho algo por el país.

Sin los malos tampoco habría patria. ¿Viva Huerta? No. Que chingue a su madre por ojete. Y también Orozco.

¡Viva México! México. Tierra prometida. Tierra del águila y la serpiente. Tierra del nopal. Tierra del chile y la tortilla. País ingrato. País querido. País odiado. Cómo te odio, México, pero cómo te amo. Me enojas. Me seduces. Eres tan contrastante. Tantas razas. Tantas sangres. Hijos de Moctezuma y de Cortés. Hijos de la chingada. Se acabó esta historia. Que les cuenten otra. Ni modo. A lo que sigue. Chinguen a su madre. ¡Viva México, cabrones! Que me sirvan un tequila. ¡No! Mejor un mezcal. Adiós. Adiós. Adiós para siempre, México. A donde quiera que vaya, te llevaré en el alma, México querido.

Siento frío. Me tiemblan los huesos. Puta madre. Tengo hambre. Tengo sed. Tengo ganas de orinar. Que cagada es la vida. Me van a fusilar. Yo, que era una niña rica. Yo, que podría estar tranquila en la sala de mi casa leyendo una novela. Algún libro de filosofía. Todo era tan fácil. No vale la pena hacerme la víctima. Yo me lo busqué. Yo me metí en esto. Se acabó.

Camino. Camino lento. No lloro. Ya no lloro. Nunca lloro. Hace tanto que no lo hago. Canto. Río. Sonrío. Veo. Observo. Callo. Sigo siendo Adelita. Siempre seré Adelita. No tengo familia. No tengo pasado. No tengo futuro. Levanto la mirada. El sol me da en la cara. No hace tanto frío como allá adentro. El pelotón de fusilamiento está formado. Pascual Orozco me mira con placer. Los soldados me observan. Los miro. No se mueven. No parpadean. Son jóvenes. Delgados. Tristones. Cansados. Me siento bien. He cumplido con mi misión en la vida. Moriré.

Cierro los ojos. Escucho la orden: «¡Pelotón!». Abro los ojos. Lo veo. Sonrió. Al fondo está Elías. «¡Preparen armas!». Un grupo de hombres aparece sobre el muro, detrás del pelotón. «¡Apunten!». Dolores vino por mí. Puedo morir en este momento. Por ti. Para ti.

—¡Fuego! •

Nota de la autora

Esta obra de ficción fue escrita principalmente para rescatar del olvido a las mujeres que participaron en la Revolución Mexicana de diferentes maneras: maestras, reporteras, editoras de periódicos, telegrafistas, enfermeras y mujeres de la sociedad mediaalta que lucharon arduamente para crear los primeros movimientos feministas mucho antes de que iniciara la Revolución. De igual manera las mujeres de la clase social más marginada fueron fundamentales para la Revolución: alimentando a los soldados, cargando las armas, repartiendo propaganda, lavando ropa y luchando en la zona de combate.

Para la creación de esta novela fue necesaria una protagonista, por ello decidí inspirarme en una de las mujeres más famosas de la Revolución Mexicana: Adelita, que ha sido de manera generalizada la representante de las mujeres que lucharon junto a los revolucionarios.

Sin embargo, no hay datos oficiales que validen la existencia de Adelita. La leyenda surgió a raíz de un corrido, cuyo autor es desconocido. Entre las versiones más populares sobre su composición resaltan dos: la primera, la de Elías Cortázar Ramírez, joven compositor y capitán del Ejército Constitucionalista, enamorado de una tampiqueña llamada Adela, quien lo desdeñaba. Se dice que antes de morir en combate, Cortázar compuso la canción. La segunda versión señala a un soldado herido llamado Antonio del Río Armenta, quien, enamorado, le escribió un corrido a una enfermera llamada Adelita.

Con el paso de los años, el corrido, se volvió popular y con éste nacieron los cuestionamientos sobre quién era la ya entonces famosa Adelita. Incluso se le ha señalado en varias fotografías famosas de la Revolución, pero historiadores e investigadores han

demostrado que no existen fundamentos para asegurar que ninguna de las mujeres en dichas fotografías se haya llamado Adelita, y mucho menos que sea la que inspiró el corrido.

De igual forma, con el tiempo, la creencia popular le dio vida e historia a nuestro entrañable personaje. Hay quienes aseguran que se llamaba Adela Velarde Pérez, que era enfermera, nacida en Ciudad Juárez. Otra versión (la que me inspiró para crear esta novela, mas no por ello debe tomarse como válida) afirma que el nombre original de Adelita era Altagracia Martínez, que pertenecía a la clase alta en la Ciudad de México, y que viajó a Chihuahua para apoyar a la Revolución. Poco después, Pancho Villa la bautizaría como Adelita; años más tarde fue asesinada por órdenes de Pascual Orozco.

Bibliografía

LIBROS CONSULTADOS

BRADING, David A., *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

FUENTES AGUIRRE, Armando, Díaz y Madero, *La espada y el espíritu*, Planeta México, 2010.

KNIGHT, Alan, La Revolución Mexicana, del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.*

RANERO CASTRO, Mayabel, Mirna A. BENÍTEZ JUÁREZ y Olivia DOMÍNGUEZ PÉREZ, *Mujeres en la Revolución Mexicana*, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, México, 2011.

TAIBO II, Paco Ignacio, *Pancho Villa, una biografía narrativa*, Planeta México, 2006.

Varios autores, *1910: México entre dos épocas*, El Colegio de México, México, 2014.

Varios autores, *Las mujeres en la Revolución Mexicana, 1884-1920*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación y el Instituto de Investigaciones Legislativas de la H. Cámara de Diputados, con motivo de la celebración del Encuentro Nacional de Mujeres Legisladoras, 1992.



Sofía Guadarrama Collado: Ha incursionado en el thriller, novela negra, ensayo, novela histórica, cuento, relato autobiográfico, ciencia ficción y guion cinematográfico. Se ha dedicado al estudio de las culturas mesoamericanas y de la Conquista de México. Nació con disforia de género; en 2010 inició un tratamiento de remplazo hormonal y en enero de 2016 hizo pública su transición, lo cual la convirtió en la primera escritora transgénero mexicana. Como Antonio, publicó, entre otras obras, la trilogía Cóatl y la colección Grandes Tlatoanis. La novela *Piso 931* fue la primera bajo el nombre de Sofía.